
ERES MI MALDITA
POLE POSITION
PADDOCK
VIP
ATHENA PAULSEN

Eres mi maldita pole position

ATHENA PAULSEN

© ATHENA PAULSEN 2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en e ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita d los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquie medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, as como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos Advertencia, esta es una novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es un mera coincidencia.

Vaya, vaya… Pero mírate, cerebrito
Ardiendo en deseos de que te haga mía
Si sabes lo que te conviene, no pasarás la página

Tú lo has querido
Ahora voy a hacerte mía

Capítulo 1

Lina Dimettri

Toda la vida me han repetido que soy una temeraria y que no temo a la muerte tanto como debería. Tenían razón y desde hace un año estoy pagando las consecuencias.

Pero eso acaba hoy.

Lo tengo muy claro. Por eso me irrita horrores que Ethan Vermand el viejales que vino a verme al hospital y me prometió que seguiría teniendo un puesto en la F1 cuando me recuperara, me diga:

—No estás lista.

—Claro que lo estoy, ¿no has leído los informes médicos? ¡Estoy como nueva!

—Lina…

—¿Qué? —dejo de perseguirle por el despacho y clavo los talones a suelo en señal de protesta—. Hace semanas que podría haber vuelto. S he esperado ha sido solo por mi vena paciente.

Me mira por encima de las gafas y alza las cejas.

—Tu no tienes una sola gota de sangre paciente en el cuerpo, por esc estamos teniendo esta conversación.

—Auch, menudo golpe bajo. —Me hago la ofendida.

—Lina.

—¿Por favor?

—No quiero ser el responsable de que te mates. Eres muy joven.

—No tanto. Ya tengo veintiuno y he perdido un año. Si esperc mucho más seré considerada una jubilada —sonrío, pero el carisma no va a llevarme a ninguna parte, así que saco la artillería pesada—. He pertenecido a esta escudería desde que empecé en la Fórmula 1. Quierc volver y hacerlo de vuestra mano, pero… Ethan, si me cierras la puerta iré a llamar a otras.

—Hazlo —dice con aplomo y sin remordimiento.

—Ethan.

—No vales para esto Lina.

—He ganado una considerable cantidad de…

—Eres demasiado agresiva y peligrosa para ti misma. A los veinte la vida te dio una segunda oportunidad y quieres tirarla a la basura.

—He aprendido la lección.

—No es cierto. Te prometí un hueco en mi escudería porque creí que el golpe que te llevaste te haría cambiar, que te sacudiría y te metería en la cabeza los riesgos que entraña este deporte.

Aprieto los dientes. *Será una puta coña.*

—Sé muy bien los riesgos que entraña la Fórmula 1. *—Ahora todos ellos me marcan la piel.*

—¿Lo sabes? Porque a las dos semanas de empezar tu recuperación ya querías hablar de volver —exhala y sacude la cabeza—. Te aprecio niña. No quiero que tu sangre manche mis manos. Estás fuera.

Salgo de las instalaciones con las lágrimas ardiéndome en los ojos pero no las dejo caer.

¿Fuera?

Eso está por ver.

Capítulo 2

Koven Alasdair

Un taladro odioso perturba mis horas de sueño. *O eso diría si e insomnio me dejara cerrar los ojos más de dos minutos seguidos* Salgo de la sala de entreno y camino en dirección a los golpes. No es ur taladro, alguien está aporreando la puerta de mi casa.

Me saco el móvil por el camino para ver la hora.

—Pero si no son ni las seis de la mañana —gruño.

Tengo amigos. No muchos. Dos. Y son hermanos. Irith y Alek San Delphi. *Quien sea que esté en mi puerta va a dejar al otro como hijo único*.

Me sorprende ver por las cámaras de seguridad que no se trata de ninguno de los dos. Abro la puerta ya con el ceño fruncido.

—¿Lucian?

Suelta una carcajada, se quita la gafas de sol *que lleva pese a que aún no ha salido el sol*, y extiende los brazos.

—¡Koven Alasdair! Dichosos los ojos, amigo mío. —Se carcajea, tira de mí y me funde en un abrazo al que no me niego.

He mencionado que solo tenía dos amigos, pero Lucian Hendrix también lo era. Al menos, en mi vida pasada, cuando formaba parte de mundo de la F1.

—Cuánto tiempo.

—Ya lo creo. No te has dejado ver el pelo —me coge del hombro con la mano llena de cicatrices y me zarandea.

Hace mucho que me encerré entre estas cuatro paredes. Desde que ocurrió todo, puedo contar con los dedos de una mano las veces que alguien de ese mundo ha contactado conmigo. Siempre para ofrecerme trabajo, nunca para preguntar cómo estaba.

A Alek Sant Delphi lo conocí porque íbamos al mismo terapeuta *Supongo que eso es todo lo que necesitas saber sobre mi amigo*.

—¿Quieres pasar? —me siento raro al pronunciar esas dos palabras por primera vez en la vida.

Creo que no voy a repetir la experiencia.

—Claro, me encantaría.

Me hago a un lado para que tenga espacio para entrar con el bastón Lucian solo tiene cuatro años más que yo, pero hace no demasiado confesó en una rueda de prensa que la vida que había llevado lo había dejado con el cuerpo hecho trizas. Es un ligón y usa la pena como táctica de conquista. Trizas mis narices. Una ligera cojera y un par de cicatrices, no hay que dramatizar. El tío sabe cómo ganarse a las masas

Le preparo un café porque, aparte de eso, todo cuanto tengo son bebidas alcohólicas y estoy bastante convencido de que la gente normal diría que "es muy temprano para eso".

—¿Y para ti no hay? —pregunta cuando le ofrezco la taza.

Mi desayuno empezará cuando tu te vayas y vendrá en un vaso de cristal con dos hielos.

—Acabo de entrenar y no me apetece —ocupo el sillón frente al sofá en el que está él y lo estudio con la mirada.

Sigue siendo rubio. Sigue pareciendo un pijo de cuidado.

—¿Estás intentando averiguar qué demonios hago aquí?

—Más bien, sí.

—Una de las cosas que siempre me gustó de la forma en la que entrenabas a tus pilotos era lo directo que eras.

—No eran mis pilotos.

—Claro que sí. Y yo debería haber sido uno —dice con resquemor— Habríamos sido invencibles. El equipo perfecto.

Tal vez. Nada de eso importa ya. Él ya no es piloto de F1 y yo ya no soy entrenador.

—Si sabes como soy, te agradecería que no me torturaras y me dijeras qué haces aquí.

—Venía a hacerte una oferta.

—No estoy interesado.

—Ni siquiera la has escuchado.

—Tengo dinero suficiente como para no tener que preocuparme de buscarlo durante el resto de mi vida. No necesito trabajo, puedes terminarte el café y…

—Siéntate, por favor —pide masajeándose la sien con la mano libre Se le iluminan los ojos con triunfo cuando lo hago—. Te conozco, Kover Alasdair.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Sé que estás siguiendo todas las noticias de la F1, que sabes qué escudería tiene el mejor coche y quién tiene los mejores pilotos.

—No sé de qué estás hablando.

—Sé por qué estás aquí —señala mi salón como si fuera una cárcel— Y yo puedo ayudarte a pasar página.

—Estoy satisfecho con la vida que tengo.

—Pues Lina Dimettri no.

Que nombre a la única mujer que hasta hace un año estuvo compitiendo en F1 y conquistando podio tras podio, me pilla por sorpresa.

—¿De qué estás hablando?

—Ethan Vermand no la quiere.

Frunzo el ceño como si me hubieran dado una bofetada.

—Tenía entendido que le había prometido un hueco cuando se recuperara. —*Cómo odio a los mentirosos.*

—Ha cambiado de opinión. Cree que no está lista.

—Entonces será que no lo está. Que espere unos meses y…

—Mentalmente. Ethan le ha cerrado la puerta de manera indefinida. Dice que es una kamikaze y que no quiere cargar con la muerte de la cría a sus espaldas. Imagino que tú podrás entenderle.

No reacciono a ese golpe bajo, pero sí me imagino que le doy un buen puñetazo. O cinco.

—¿Por qué me cuentas todo esto, Lucian?

—Porque Lina ya ha hablado con todas las escuderías y nadie está dispuesto a hacerle un hueco… salvo yo. Pero mi oferta viene con una condición. Tú serás su entrenador.

Me levanto, le quito la taza de café y me la llevo a la cocina.

—Ya sabes donde está la puerta.

—Alasdair. Espera. No me hagas correr, ¡que estoy cojo, coño!

Me doy la vuelta despacio, ya en la cocina. El cretino siempre usa esa muletilla, *nunca mejor dicho*.

—Siento que hayas decidido hacernos perder el tiempo con tu visita. Que te vaya bien.

—Escúchame.

—No, escúchame tú —me acerco y le encaro—. No voy a volver. Nunca.

—Sabes el talento que tiene.

—Alguien más podrá verlo.

—No volverá.

—Este año quizá no, pero el siguiente…

—Será tarde. Venga ya, se ha pasado el último año sin correr por su accidente, si se pasa otro más, su carrera habrá acabado para siempre.

Tiene razón.

Para cualquier otro piloto eso sería una tragedia, ¿pero para ella?

Es moralmente injusto. Las mujeres lo tienen mucho más difíci para llegar a donde ha llegado Lina Dimettri.

—No es asunto mío.

—Sí lo es porque Lina Dimettri solo podrá volver a la Fórmula 1 si es con mi escudería. Y yo no voy a dejarla entrar si no es de tu mano. S rechazas esta oferta, te estarás cargando su futuro. ¿Quieres añadir más peso con el que cargar sobre tus hombros?

Exhalo.

Joder. Voy a darle un puñetazo de verdad.

A medida que yo me enfado él sonríe.

—Tienes suerte de estar cojo.

—¿Nos vamos ya?

Capítulo 3

Lina Dimettri

Termino el entreno antes de que amanezca. Hoy es un día importante y quería calentar motores antes de empezar.

Ser parte de la F1 no es moco de pavo. Y no lo digo por tener que desarrollar mi cuello hasta que parezca una columna romana, que también. La fuerza física que te exige es casi inalcanzable para mí *Casi* es la palabra clave. Tanto que a veces me creo a todos esos que dicen que el cuerpo de la mujer no está biológicamente hecho para esto

Si me oís reconocer eso en voz alta alguna vez, pegadme un tiro gracias.

—¿Cómo me has visto, Arnold? —le pregunto a mi fisio, un hombre casado, con dos hijas, que lleva trabajando conmigo meses.

—Mejor que ayer y peor que mañana —me guiña el ojo y salgo de complejo deportivo.

Siempre sabe cómo darme ánimos.

Antes de subirme al coche, recibo un mail de mi profesor de derecho civil diciendo no sé qué sobre un examen. *Pero si acaba de empezar septiembre, hombre.*

Estudio en la UINS, la Universidad de Indiana - North Star. Voy a dos asignaturas por año, así que dentro de mil seré una mujer hecha y derecha graduada en derecho. *Nunca mejor dicho.*

Es una estupidez, una que no necesito, pero alguien a quien quería muchísimo le habría encantado verme allí.

Alzo la vista al cielo y sonrío.

—¿Y quién soy yo para negarte nada, a ver?

Me subo al coche y arranco.



Le pido a Alexa que me cuente todo lo que sabe sobre Lucian Hendrix, a quien he apodado como «mi salvador». No porque no sepa todo lo que hay que saber, sino porque me relaja oírlo mientras veo el logo de Leik-GP acercándose en el horizonte.

«El gran piloto tuvo que despedirse de su exitosa carrera a los veintiséis años, cuando un accidente fatal le destrozó el brazo y la pierna derecha, incapacitándolo de por vida».

—Alexa sáltate los detalles de ese día —pido apretando el volante evitando esa palabra que empieza por «acci».

También veto impacto, mortal, hospitalización y similares. Ninguna son bien recibidas en este coche.

«Pocos pudieron prever que su mentalidad de ganador lo llevaría a otro tipo de éxito dos años después» dice Alexa en tono monocorde. *«A los veintiocho compró la escudería de Racing Z Pro, que se encontraba en su punto histórico más bajo, haciéndole dudar al público si merecía codearse con la élite de la F1. La escudería renació bajo el nombre de Leik-GP con un nuevo equipo y un nuevo coche para competir que ha dado la talla desde entonces».*

Le pido que me repita esa última parte hasta que llegamos.

Me vibra el móvil cuando aparco.

Doctora Ferrinol

Doctora Ferrinol
Estoy muy orgullosa de ti, Lina.
Mucha suerte hoy.

Tienes que molar mucho para que la doctora que te salvó la vida se acuerde de tus momentazos importantes. Le doy las gracias y salgo del coche.

Entro en las instalaciones y me dicen que me están esperando. Un tío simpático con acento sueco me lleva hasta el otro lado de las instalaciones, donde está el circuito, el coche y el equipo. El box. Estaba preparada para ver a Lucian Hendrix, pero es evidente que no para verle... a él.

Koven Alasdair.

Piernas kilométricas. Una espalda ancha adornada con un par de hombros fuertes. Tatuajes hasta donde alcanza la vista. Una chupa de cuero. Y lo peor de todo: unos ojos azules hipnóticos y odiosamente bonitos.

«—Alasdair debería llevar gafas de sol, mamá —digo señalando e televisor.

—¿Por qué, tesoro? —Me acaricia la espalda junto a mí, en el sofá.

—Para ocultarlos. ¿No sabe que la gente que le rodea se juega l vida y que las distracciones se pagan caras?».

Si a Lucian Hendrix lo considero mi salvador, este tío lo sigue d cerca. El director de la escudería me dejó claro que solo me dejarí ocupar la vacante en Leik-GP si Koven me aceptaba. Estuve a punto d ir a su casa a suplicar, pero Lucian dijo que ya lo había convencido él.

—¡Pero mira quién ha llegado! —Hendrix acalla al resto del equip con una carcajada sonora y se acerca a mí para estrecharme la mano— ¡Nuestra nueva estrella!

El equipo empieza a aplaudir y yo no sé dónde meterme. Son tan majos que oigo algún que otro «ha venido para llevar al equipo a l cima» y también «estás estupenda, Lina». Si no fuera por el aura gélid que noto taladrándome la mejilla derecha, ya me sentiría como en casa

—Muchísimas gracias. Me muero de ganas de trabajar con todo vosotros.

—El coche ya está preparado, ¿qué te parece si calentamos motore y damos algunas vueltas? —propone Lucian y se me hace la boca agua.

—Me encantaría —incapaz de seguir oponiendo resistencia, desví la mirada hacia Alasdair justo para descubrir que está mucho más cerc que hace un segundo.

—Fallo mío, no os he presentado oficialmente —dice Lucian y act seguido me da una pequeña lista de cosas por las cuales este tío es l hostia.

Finjo no saberlas para no asustar a nadie. *Me fascina saber más d lo que demuestro. Es como guardarte un as en la manga por si acaso.*

Llega más gente, patrocinadores, y Lucian se acerca para recibirlos pero yo me quedo donde estoy. Extiendo la mano hacia Koven antes d que se alargue el silencio.

—Muchísimas gracias por la oportunidad. No te defraud…

—No te he dado ninguna oportunidad —Alasdair dirige sus ojos d hielo y nieve hacia Lucian, pero pronto vuelve hasta mí—. ¿No te lo h dicho?

—¿Decirme el qué? —me revuelvo nerviosa dejando caer un poco l mano.

Alasdair se acerca más a mí. Tanto que el olor especiado y cítric que desprende me inunda los pulmones. *Delicioso.*

—Solo me he comprometido a estar aquí una semana. Dudo que necesite mucho tiempo para averiguar si lo que sufriste te dejó lo bastante hecha polvo como para que lo único que puedas hacer en la pista sea estorbar.

Alzo la barbilla aceptando el reto.

—Ardo en deseos de demostrarte que no.

Coge mi mano y la estrecha con firmeza. El contacto altera todas las células de mi ser como si las quemara. Como si evaporara el oxígeno que tengo dentro del cuerpo. Lo que sea que desprende este hombre provoca que una vibración desconocida reverbere por mi piel y siento cómo se me ponen las orejas rojas.

Esto podría ser un problema.

Se la suelto en cuanto puedo. *¿Qué me acaba de pasar?*

Es evidente que a este tío no le va hablar del tiempo ni trivialidades y que su actitud hostil me ha dejado sin temas de conversación, así que tras una sonrisa incómoda me dispongo a seguir a Lucian, *el simpático del grupo* para que me siga presentando a gente.

No llego hasta él. Tropiezo con el cable de una manguera de aire comprimido, pero me recupero rápido. Mi dignidad no tanto.

—¿Le estás suplantando la identidad a Lina Dimettri? —la voz de Alasdair me llega desde algún lugar por encima de mi cabeza.

—Soy un poco torpe fuera de la pista.

—¿Un poco? Eso es ser generosa —alza una ceja de manera tan insolente que quiero caminar hasta él y bajársela con el dedo.

Nada hacía flaquear mi sonrisa, pero eso era antes de estar cara a cara con él. El peso de su mirada intimida a rabiar. Es como si estuviera viendo mis peores momentos y mientras hace una presentación Power Point me señala con el dedo diciendo «¿ves? Fallaste justo aquí».

—¿Sabes quién soy? —pregunta y tengo que esforzarme mucho en reprimir la carcajada.

Capítulo 4

Koven Alasdair

—El repartidor de Amazon seguro que no —carraspea cuando alzo las cejas y asiente con la cabeza—. Tengo una ligera idea, sí.

—Quiero que estudies a todos los pilotos a los que entrené y que averigües qué tienen en común —extiendo dos dedos en su dirección para entregarle la lista de todos ellos, pero ella sonríe—. ¿He dicho algo gracioso?

—No, no, puedo… puedo hacer eso. Claro. —Lo coge y lo mira con ojos brillantes.

La escudriño con la mirada.

—*¿Qué?*

—Es gracioso que creas que no lo sé todo sobre el mejor coach que ha tenido la Fórmula 1 en los últimos cincuenta años.

Se me tensa el cuerpo. La verdad es que eso no me lo esperaba.

Supongo que no será un buen momento para admitir que, después de terminar la temporada con Marcus Torrent, pensaba preguntarle a ella si me quería en su equipo. Supongo que, teniendo en cuenta cómo salieron las cosas, nada de eso importa ya.

—Bien —mi voz suena grave y neutra, y no digo nada más.

—Bien. Nos vemos luego, ¿vale?

La sigo con la mirada mientras camina hacia Hendrix y también después, cuando él se la lleva de aquí para allá por el box presentándole a todos. Llegado un punto, me convierto en su sombra. Los sigo de cerca. Sin intervenir.

Es muy simpática, risueña a más no poder. Parece una cría en su primer día de instituto. En mi opinión, es demasiado sonriente para un ambiente en el que se juega la vida. *Siempre me lo ha parecido.*

Pero sé muy bien todo lo que perdió hace un año y que siga teniendo ganas de sonreír… digamos que impresiona bastante.

Tiene el pelo castaño recogido en un moño despeinado y unos cuantos mechones se escapan de este acunando su rostro dulce y lleno de curvas en las que cualquiera querría matarse. Sus ojos no son azules ni verdes, son de un turquesa que no había visto nunca en directo menos aún desde tan cerca. Unos a los que, en honor a la verdad, las cámaras nunca han sabido hacer justicia.

Debería dejar de pensar en ella como «Lina», es demasiado cercano.

—Koven, es un honor trabajar contigo. Eres una leyenda. ¿Podemos hacernos una foto?

Desvío la mirada hacia Loïuan y no hace falta que diga nada para que el chaval salga despavorido.

Joder, a mí antes me gustaba la gente.

De repente veo cómo la señorita Dimettri dice algo al oído a Lucian y él le devuelve un comentario en el mismo tono, para luego señalar el pasillo y unas de las salas cercanas. No es de extrañar que Lucian Hendrix no se percate de que la sigo, dos segundos después de quedarse solo alguien del equipo ya está reclamando su atención.

Voy tras ella por el pasillo, sin saber qué pretende, ni a dónde va. Giramos una esquina. Al verla entrar en *esa* sala, me sorprendo todavía más.

Empujo la puerta que ha dejado entornada y esta no hace ruido, así que no se da cuenta de que me apoyo en el marco, ni tampoco de que la observo.

La veo colarse tras el escritorio y rebuscar en los estantes que están a la altura de sus ojos. Coge una camiseta de manga corta, la vuelve a dejar y saca una de manga larga.

Lina se quita la chaqueta de espaldas a mí. Se queda solo con una fina camiseta de tirantes que expone todas sus cicatrices. Me quedo sin aire. Recorro con la mirada las que le pintan los omoplatos, también los brazos…

Su cuerpo parece un mapa y sus marcas serpientes ansiosas por devorarla.

Es demasiado rápida al quedarse en sujetador y segundos después la camiseta de manga larga con el logo de Leik-GP ya está abrazando su cuerpo.

—¿Qué estás haciendo, Dimettri?

—¡¿Pero qué…?! —chilla dándose la vuelta y alzando su dedo de señalar en mi dirección—. ¿Me estabas espiando?

Un rubor muy favorecedor le inunda las redondeadas facciones.
—Estás en mi despacho y esa camiseta es mía.
—*¿Qué?*

Capítulo 5

Lina Dimettri

Esto no puede estar pasando.

—Lu… Lucian me ha dicho que podía coger lo que quisiera de aquí.

—*Ajá*.

—¿Y qué haces tú ahí?

—Estás en mi despacho —repite como si eso fuera justificación suficiente.

Me cruzo de brazos para no cruzarle la cara a él.

—¿Y por eso te ha parecido bien espiarme mientras me cambiaba?

—Ni siquiera has cerrado la puerta. Y estabas de espaldas. No puede decirse que me haya colado en tu jardín con unos prismáticos y te haya sacado un par de fotos a través de la ventana de tu habitación.

—Sabes mucho del tema para no ser un pervertido.

Este tío tiene pinta de no haber sonreído en más de mil años, pero ahora mismo parece tener muchas ganas. Koven Alasdair se mete las manos en los bolsillos y parece ganar un par de metros de altura. Kilómetros, quizá.

—Por casualidad, ¿puede que Hendrix te haya dicho que fueras a mano izquierda y no a mano derecha? Allí es donde guardamos todo el merchandising.

—Quizá. Perdón. Estoy un poco emocionada y… bueno, tenía calor pero no… no tanto como para quedarme en tirantes.

—Ajá —repite sin molestarse en disimular que está viendo a través de mi mentira.

—Si me das un momento, te la devuelvo. —Me acerco a él para invitarlo a irse de su propio despacho, pero me doy un soberano golpe en la pierna con la esquina de la mesa y me acuerdo de todos mis antepasados.

—Qué interesante —me escudriña con la mirada—. Eres sorprendente torpe y es evidente que también te orientas fatal. ¿Son

dos secuelas de tu paso por el hospital?

Ese golpe bajo me ha dolido más que el de la mesa.

—Caray, tu don de gentes es impresionante, ¿eh? Para tu información: no —gruño todavía dolorida—. Siempre he sido así. Por si no te has dado cuenta, en las pistas de F1 nunca hay bifurcaciones. Nadie se puede perder.

—Ni siquiera tú. —De repente el anticristo, curva la sonrisa y, sin tocarme, me retuerce la parte baja del abdomen volcando una calidez en mis venas que yo no he pedido.

Una capa de sudor ardiente me empapa de pies a cabeza.

—No, ni siquiera yo —repito como una idiota.

Mi tono de voz es casi inaudible. *¿Alguien puede darme un buen bofetón o empujarme a un pozo seco?* Sus ojos resbalan por la camiseta obviando la curva de mis pechos. Siento la tensión en el ambiente clavándome los talones al suelo.

Me mira los brazos y parece poder ver a través de la camiseta. Me niego a encogerme y alzo la barbilla, aunque me siento muy insegura de mis marcas. Tengo muchas. Todavía estoy acostumbrándome a ellas.

—¿Seguro que no quieres que te la devuelva?

Sacude la cabeza con un gesto grácil y elegante. Los ángulos de su rostro me hacen sentir un poco indigna de respirar el mismo oxígeno que él. *¿Pero qué tonterías digo?*

—Lina.

—¿Sí?

—No tienes nada de lo que avergonzarte.

Alasdair da media vuelta y se va, pero sus palabras suenan con eco incluso después de que lo haga. Y yo sigo sin poder respirar durante un minuto entero. La despiadada y competitiva Lina Dimettri, la "chica sin piedad" se ha quedado sin palabras.

Esto. Es. Nuevo.

Cojo mi chaqueta y vuelvo con el resto. Lucian se acerca a mí como si fuera a contarme un secreto y me pasa un brazo por encima de los hombros. Esquivo una caja de herramientas del suelo y me quedo con la cara de tres personas que han dicho su nombre demasiado bajito y ahora voy a tener que referirme a ellos como «perdona», «disculpa» y «eh, máquina».

Voy directa a presentarme al otro piloto, Mikel Andrews, de veintisiete años, pero me pone mala cara antes de que Lucian me lleve

en la dirección opuesta. *Vaya. No le habrá llegado la circular de que a mí me gusta hacer amigos a donde sea que vaya.*

Lucian no hace ningún comentario y me guía hacia los cargos más importantes. No puedo morderme la lengua otra vez.

—¿Me das un nombre?

—Se llama Brutus. —Lo dice tan alto que el susodicho nos mira mientras sigue trabajando—. Es el director técnico.

Es decir, el que lideró el equipo que creó el coche que voy a conducir. Impresionante.

Tiene alrededor de sesenta-y-bastantes y su cara me recuerda a la de un San Bernardo **ojo, esto lo digo en el mejor de los sentidos**.

—Ya me cae bien.

—Tú a él también. Luego tenemos al ingeniero de carrera.

Es decir, el cerebro que va a estar conmigo en la carrera a través de la radio. Tiene pinta de informático cuarentón que vive con su madre y que, en un apuro, no sabría zurcirse los calcetines. Indefenso pero amigable.

—¿Tiene un nombre corto? Me ha parecido que alguien lo llamaba...

—Se llama Jonathan Jonathan, pero todo el mundo lo llama JJ.

—¿Se llama Jonathan Jonathan?

—Su madre murió en el parto y su padre es adicto al crack.

—¿De verdad?

—No, pero tendría sentido, ¿a que sí? —Lucian tira de mí y apenas contengo la carcajada—. Y como no quiero volverte loca, el último nombre que vas a tener que aprenderte hoy es el de ese tío de ahí: George. Es el jefe de mecánicos, se encarga de coordinar al resto de los mecánicos del box.

George es más que eso. Es el cerebro de la parada en boxes. Si él lo tiene todo bajo control en menos de tres segundos puedes estar fuera con neumáticos nuevos.

—Tiene una sonrisa amigable.

—Sí, también la mantiene cuando discute a gritos. Pero como buen alemán, los viernes nos trae pastel de árbol Baumkuchen, que está para morirse, así que compensa tenerle entre nosotros.

—Tarta, claro, ¿qué otra razón podría haber?

Se ríe y llama a George para que me dé algunas lecciones y avisos sobre la conducción del coche antes de que me suba al monoplaza.

Entre tú y yo, ¿me molesta que esto sea un campo de cromosomas Y? Me gustaría decir que tengo un callo demasiado duro como para

notar ese pequeño puñal, pues, por si todavía no te has dado cuenta soy la única piloto mujer que corre en F1 este año.

Pero sí, claro que me molesta.

—¿Lista? —pregunta George.

—Claro, cuando quieras.



Todo el tiempo que me paso escuchando las lecciones de George adivina quién está a mi lado.

Exacto: Koven Alasdair.

Observándome. Estudiándome.

Es una suerte que mi poder de concentración sea más fuerte que mis ganas de devolverle la mirada.

—Aprendes rápido, chica —dice George sorprendido, al acabar.

—Son mis ganas de subirme a tu creación. ¿Me dejas salir a jugar ya?

Él se frota las manos, suelta los mandos del simulador y se marcha en dirección al monoplaza esperando que lo siga.

—No es ningún juego —dice una voz inexpresiva, pero fría, en algún punto por encima de mi hombro.

—Lo sé. —Aprieto los labios pensando en lo último que me ha dicho

Alasdair va a estar en la radio, en mi oído, junto a JJ. No es algo usual que se permitan semejantes privilegios al coach del piloto, pero digamos que Alasdair es el comodín de la baraja de Leik-GP. Y aunque soy capaz de reconocerme que la idea de que me hable al oído me gusta quizá demasiado, es posible que cuando estoy corriendo a trescientos kilómetros por hora no sea el mejor momento. No tengo tiempo de encontrar las palabras adecuadas para decírselo.

—Un solo paso en falso y cuando te bajes del F1 yo ya no estaré aquí Desobedece mis órdenes una vez y se acabó.

O sea que sin presiones.

Estupendo.

Capítulo 6

Lina Dimettri

Lüar, o Louie, o Lu… bueno, no lo sé, pero ese chico francés tan sonriente que trabaja bajo la supervisión de George pasa muy cerca de mí cuando me inclino a coger el casco y me da un golpe con una esquina del gato bajo. Siento una gota de sangre resbalar por mi mejilla y arrugo la nariz como queja silenciosa.

—Dios. Dios mío, Lina. Lo siento mucho, no te había visto.

—Tranquilo, no ha sido nada —le sonrío y no le digo "si tú supieras…" porque probablemente sí lo sepa.

Todos lo saben. Todos vieron las imágenes. Deben estar suponiendo qué monstruoso aspecto tengo debajo de esta ropa.

—Ve con más cuidado —la voz de Alasdair suena tan arisca que se genera un silencio tenso en esta zona del box.

—Lo siento mucho —se excusa y yo repito que estoy estupendamente, pero pasan de mí.

Malditos cromosomas Y.

Alasdair no me quita los ojos de encima. Su ceño está todavía más fruncido y el tío parece no haber estado tan cabreado en toda su existencia.

—No pasa nada —oigo decir a Lucian, dándole unas palmadas de consolación en el hombro al joven francés con cara de funeral.

—Discúlpate —ordeno en un susurro.

—No he sido yo quien te ha hecho sangre.

—Conmigo no, con Louie.

—¿Quién es Louie?

—El chico que ahora tiene pinta de querer echarse a llorar.

—Loïuan —me corrige.

—Venga ya, eso has tenido que inventártelo.

Alasdair sacude la cabeza como si estuviera siendo exasperante y me seca la sangre con el dorso de su índice. Mi corazón tropieza consigo

mismo.

—Eso no... No ha sido muy higiénico —digo tras atragantarme con mi propia saliva.

—Si no te gusta, no vuelvas a salir herida —aprieta el puño enjaulando el ADN que acaba de robarme.

¿Ha dicho eso? ¿Y ha...? ¡¿De verdad ha hecho eso?!

Solo cuando el hombre de la máscara de hierro se aleja de mí para ocupar su asiento junto a JJ en el pit wall, *desde donde van a estar sacándome defectos y estudiándome al dedillo*, soy consciente de que el olor cítrico de su piel me estaba intoxicando.

Me acerco al monoplaza como una cría a una tienda de chucherías. Me gustaría pensar que soy la Marc Márquez de la F1 en chica, la Fernando Alonso en sus mejores años y con mejor pelo.

Es broma. Sé que nadie tiene mejor pelo que Fernando.

Solo era un poquito de narcisismo juvenil. Confianza infundada que va a venirse abajo con la primera jarra de agua fría y fracaso. Ya verás como sí. Saco el móvil para dejarlo en una bandeja del box, pero hago algo antes de soltarlo. Una tontería.

Desconocido

Lina
Hola, papá
Estoy muy perdida
Solo quería que lo supieras

—Puedes hacerlo —me susurro.

Has nacido para esto.

Me subo en el Fórmula 1 y un inmediato calambre de emoción me recorre. Alzo la vista al cielo mientras cojo los mandos. *He vuelto. Tal y como te prometí.*

—¿Lina, me oyes bien? —pregunta JJ.

—¿Por qué no han hecho ninguna Barbie piloto de carreras? Quizá así no estaría tan sola esta temporada.

—Ni siquiera es seguro que tú vayas a estar en esta temporada —interviene Alasdair.

¿Que no, dice? Vas a ver.

Me explican qué neumáticos van a ponerme y empiezan los problemas.

—No es una buena idea, JJ. Aunque esto sea solo de prueba, no tengo buenos recuerdos de la que empecé con neumáticos duros el día que corrí en…

—Mónaco —interviene Alasdair.

—Sí, hace…

—Dos años y medio.

Exhalo.

—Alguien ha hecho sus deberes.

—Trabajaba en esto cuando tú todavía llevabas pañales, no sé de qué te sorprendes.

—Solo nos llevamos diez años —musito sin llegar a comentar que cuando mi carrera empezó hace cuatro, él desapareció de la F1.

Que aun así esté al tanto de la historia de mis neumáticos… Resulta curioso. Y halagador.

—Bien, Lina, cuando quieras —interviene JJ—. La pista es tuya.

—Mis cuatro palabras favoritas.

El gruñido brusco del coche al acelerar retumba por mi esternón y corre hasta mis dedos obligándome a apretar más el volante.

—El punto de mordida del embrague en 1, no seas bruta.

—¿Bruta yo? —se me escapa una carcajada eufórica—. No sé de qué hablas, Jonathan Jonathan.

—¿Quién le ha dicho mi nombre?

La intensidad atraviesa el asiento y yo con él.

Más deprisa.

Más, más, más.

La adrenalina se convierte en fuerza y me hace olvidarme del miedo

El circuito se abre ante mí como un anfiteatro esperando sangre. Se la doy. Vuelo sin excusas. Sin paracaídas. La fuerza G me aplasta contra el asiento y el esfuerzo que tengo que hacer para mantenerme en posición me recuerda por qué entreno tanto. Mi pulso se dispara mientras tomo las curvas como si no hubiera pasado ni un día desde que lo dejé.

No estoy oxidada.

¿Lo ves Ethan? Te equivocabas conmigo.

Acelero en la recta sin aliento. La euforia cosquillea en mi pecho, en la punta de mi lengua. Mi mente juega en mi contra tirando de un hilo que preferiría cortar. *«¿Y todas esas personas que dijeron que tu carrera había acabado antes de empezar, Lina? ¿Que se alegraron de ello?»*.

No puedo evitar perderme en las sombras de mi cabeza unos instantes.

—Sector uno, +0.163. Has entrado tarde.

—Si vais a meterme prisa antes de que se calienten, necesito neumáticos blandos.

Empiezo a ponerme nerviosa cuando mis tiempos no mejoran. «*Fallaste a la única persona que creyó en ti de verdad. Y vas a volver a hacerlo*». Mi madre nunca habría dicho eso en voz alta, pero mi cerebro ha decidido que suene como ella.

—A boxes, Lina —dice JJ.

Llego y 2.792 segundos después, salgo de boxes con neumáticos blandos. El corazón me va más deprisa que el coche. *Si fallo, Alasdair se irá, Lucian me dará la patada y me quedaré sin temporada*. La luz del sol se derrama por la pista, pero las sombras me ganan terreno en mi interior cuando estoy a punto de alcanzar el primer sector.

Es entonces cuando le oigo.

—¿Con qué escudería estuvo Carlos Sainz en sus mejores años?

Alasdair.

—Ferrari.

—¿Y Fernando Alonso?

—Renault.

—Max Verstappen.

Mataría por volver al pasado y correr con esas leyendas.

—¿En serio? Ponme una difícil.

—Responde a la pregunta.

—Red Bull Racing.

—Sector 1, -0.09 —informa JJ.

Mi sonrisa se ensancha. *No tengo tiempo ni de respirar*.

Antes de llegar a la siguiente marca, acelero de más. Estoy a punto de pagarlo caro, pero me recupero a tiempo. ¡¡Cuantísimo lo he echado de menos!!

—Sector 2, -0.021. Has vuelto a superar tu marca personal.

Los dedos de las malas lenguas recorren mi garganta otra vez. La oscuridad sigue conmigo, apretándome el cuello y cualquiera diría que oye la voz de mi pensamiento porque Alasdair…

—¿Cuál es el circuito más corto?

—Mónaco.

—¿Y el más largo?

—Spa-Francorchamps.

—¿Y el más peligroso?

Esa es fácil. Cualquier carrera en la que corra yo.

Acelero un poquito más sintiendo cómo el coche se pega al asfalto y las ganas de gritar tiemblan en mi garganta. Termino la prueba, ¡¡y la bordo!!

Y sin ningún cromosoma Y al volante. Chupaos esa.

JJ me elogia y me confío. Bajo la guardia como una novata. Tomo mal la siguiente curva que llega en medio de mi celebración. No calculo bien. No aminoro el ritmo a tiempo.

No, no, no, espera.

Mis reflejos me dan una puñalada justo cuando más los necesito ahí para mí. Giro con violencia. El coche patina fuera del piano. El tren trasero se descompone con el golpe, el volante me da un latigazo en las muñecas.

El lateral derecho del monoplaza impacta provocando un estallido de fibra de carbono, chispas y… vergüenza. Mucha vergüenza.

Capítulo 7

Lina Dimettri

Me levanto con todo el cuerpo temblando.

Los recuerdos que intento bloquear se suceden ante mis ojos como flashbacks. Sacudo la cabeza intentando que algo me ancle al presente.

—*Dimettri.* —La voz de Alasdair me ayuda sin saberlo.

—Estoy bien, no ha sido nada. —Me giro al oír las sirenas de la ambulancia—. ¡Estoy bien! Estoy bien... Joder, qué idiota soy.

Llego al pit wall y me disculpo con Brutus y Lucian por lo que acabo de hacerle al coche.

—No es nada que no se pueda arreglar —dice Lucian—. Lo importante es que tú estés bien.

Pero esos ojos azules que se acercan a mí como la tormenta, no parecen opinar lo mismo.

—Has hecho unos muy buenos tiempos —dice JJ, todavía un poco pálido.

Casi como si creyera que iba a palmarla o algo. El dolor de cabeza que me acompaña cada día me late en el cráneo avisándome de lo que estar por venir.

¿En serio? ¿Ahora? Desvío la mirada en busca de un lugar por el que escabullirme sin llamar mucho la atención.

—Podrías haberlo hecho mejor al principio, con los duros. Te has distraído —me recrimina Alasdair desde las alturas y su cuerpo de montaña reduce el tamaño del mío al de un mosquito—. Y luego lo has vuelto a hacer.

—Señor Alasdair, he hecho buenos tiempos, ¿no es lo importante?

—No. Y no me llames eso.

—Como dijo Sonny Hayes, nadie puede elegir sus apodos —sonrío pero él no me corresponde.

—¿Te lo tomas a broma? Conduces como si tuvieras prisa por morir joven.

—¿Tú única manera de comunicarte son los comentarios mordaces?

—Mucho talento y poca paciencia. Es una muy mala combinación a trescientos veinte kilómetros por hora.

—Trescientos cuarenta y dos, en realidad.

—Si la arrogancia sumara puntos…

—Solo estaba constatando hechos. No me gusta que me subestimen —El dolor de cabeza aumenta, no me queda tiempo.

Mierda, mierda.

—No voy a subestimarte nunca, Lina Dimettri. Y tú no vas a mentirme. ¿En qué estabas pensando?

—En *eso* no —digo sintiendo que la palabra que evito, *ese* recuerdo y todo lo que vino después, es tan impronunciable como Voldemort en Hogwarts.

—He dicho que no me mientas —reprocha en tono más grave y seco —. Lo que he hecho ahí fuera, lo de distraerte, ha sido como ponerle ruedines a tu puta bici para que no te cayeras. No puede volver a pasar.

—¿Soy la primera piloto con la que trabajas que tiene ruido en la cabeza después de un accidente?

Dios, que no digas esa palabra, Lina. Voldemort, ¡Voldemort!

Se acerca más a mí. Tanto que puedo contar las motas grises y blancas que arañan la belleza de su iris azul. Es una suerte que el resto del equipo esté muy ocupado yendo a ver el estado del coche como para reparar en nosotros.

—No. Eres la primera piloto con la que acepto trabajar después de jurar por mi vida que no volvería a esto.

El corazón se me contrae con violencia. Durante un segundo lo único que oigo son nuestras respiraciones.

—Estaré a la altura —prometo.

Asiente despacio. Todavía no va a tirar la toalla conmigo. Menos mal.

—Si te digo que aceleres, tú aceleras.

—Con todos mis respetos, soy yo la que conduce.

—¿Y eso significa que lo sabes todo?

—No, pero si voy a matarme por un error, más me vale que sea yo quien lo cometa.

Sé que la he cagado a lo grande en cuanto esas palabras salen de mi boca, pero no tengo tiempo a solucionarlo porque se larga. Decirle eso a alguien como él, sabiendo por qué dejo el mundillo, es de ser una idiota

rematada. Pero no puedo perseguirle. La cabeza me da el último aviso y sé que debo buscar una sala donde esconderme antes de que pase.

Me empapo en sudor por el miedo a pesar de que sé que no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Cierro la puerta y mi infierno se desata.

Capítulo 8

Koven Alasdair

—¿Tú no deberías estar en Leik-GP? —pregunta el profesor de plasticidad cerebral de North Star, sin levantar la cara de sus exámenes sin corregir.

Y yo que pensaba que colarme en su despacho iba a darme toda su atención. Ya es de noche, pero por supuesto él sigue trabajando.

—¿Qué cojones estoy haciendo, Sant Delphi?

Alek aparta la vista del ordenador y me mira como si fuera uno de sus dóberman, es decir, familia.

—Aquello para lo que has nacido, tonto del bote.

Le explico lo que ha pasado hoy. En las condiciones en las que ha quedado el monoplaza después de que la señorita Dimettri lo destrozara.

—Perdona, tengo que pararte un segundo, ¿"señorita Dimettri"?

—Jerga profesional. ¿No estás acostumbrado a oírla?

Sonríe. No es bueno que sonría. Me dan ganas de pegarle un puñetazo en la cara al único amigo que tengo.

—Ethan le cerró la puerta porque es una kamikaze y voy yo y se la abro. —Sacudo la cabeza y me dejo caer sobre una de las sillas frente a su escritorio.

—¿Lo es?

—De momento solo estoy seguro de que es terca y todo un cerebrito de la F1. Lo de kamikaze espero que se lo dejara en el hospital cuando salió de allí.

—Pareces preocupado.

—¿Lo dices como algo bueno?

—Sí, quiere decir que sabes la importancia de lo que tienes entre manos. Para ti y para ella.

—Voy a hacer que se mate. Nunca debí aceptar la propuesta de Lucian.

—¿Y por qué lo hiciste? —se reclina en su silla y me estudia como s
fuera Beckham, el terapeuta al que ambos visitamos aunque po
razones muy distintas.

—Lucian dijo que si no, su carrera había acabado. —Pienso en la
cicatrices, el recuerdo que el accidente dejó en su piel. *Y aun así, s
moría de ganas de volver—*. Es evidente que para ella la pasión es má
fuerte que la lógica.

—No finjas que tú eres diferente. Lo que pasó hace cuatro años t
destrozó y aun así, has decidido arriesgarte. No eres tan distinto a "l
señorita Dimettri".

—¿Puedes no hablar con ese retintín de sabiondo?

—No te piques. —Se ríe, el muy gilipollas.

—¿Me dejas dormir en tu casa esta noche?

—No sé qué estás insinuando, tío, pero no eres mi tipo.

—Ni tú el mío, capullo. Pero echo de menos a Kobra y Dante —su
dóberman—. ¿Me dejas que me los lleve a mi casa?

—No pienso acceder a que secuestres a mis perros. Pero puede
venir a cenar y a jugar un par de partidas a ese videojuego al qu
siempre te gano.

—¿Tu mujer no lo verá como un gran inconveniente? Es vuestr
nidito de amor.

El tío no se aguanta la sonrisa cuando digo «mujer» ninguna de la
veces desde que se casó. La pobre desgraciada es una atleta de tre
pares de narices. Una corredora a la que aprecio bastante, la verdad
Keira L. Sant Delphi.

—No le importará siempre que no le robes a sus hijos.

—¿Sus hijos?

—Eso he dicho.

—Joder, deja de sonreír tanto que al final vas a darme mal rollo
¿Cuántos de tus alumnos han suspendido, a ver? ¿Muchos?

Se le vuelve a poner cara de haber chupado un limón porque a
parecer, sí, muchos. Frunce el ceño con recriminación. *Joder, meno
mal, esto ya sí lo reconozco*.

Capítulo 9

Lina Dimettri

Es de noche cuando salgo del recinto y todavía tengo el pelo mojado de la ducha. Una chica con gafas de sol con forma de corazón en la cabeza y un bolso con forma de labio, al más puro estilo Bratz, me espera a mí y solo a mí cegándome con su encantadora sonrisa.

—Darcy.

—Hola, bombón.

—Has venido —esto lo digo casi en un susurro, porque estoy flipando.

Soy nueva en esto de tener amigas. Es la primera en toda mi vida.

—Pues claro, tonta, ¿cómo no iba a hacerlo?

Se lanza contra mí y me envuelve en un abrazo sentido.

La conocí en North Star. Me dijo que le gustaban mis cicatrices y creí que se burlaba de mí. Me preguntó cómo me las había hecho y cuando se lo conté, se puso a llorar como una magdalena. Todo el mundo podrá comprender que, cuando la desconocida se proclamó mi nueva amiga, no pude rechazarla.

—Entonces estás dentro —dice estrechando la mirada, asegurándose si puede o no sacar ya los confetis.

—¿Puede? Eso creo. No estoy segura, estoy de prueba toda la semana. En cualquier caso Alasdair ha dejado claro que a la mínima que lo desobedezca se largará y entonces Lucian me dará la patada.

—Sin presión.

—Exacto, ninguna.

—¿Sabe alguien que es tu talón de Aquiles?

—No sé de qué estás hablando.

—¿De lo que me confesaste? Eso de que de pequeña, mientras seguías la F1 de cerca, lo veías llevando a un piloto tras otro hasta la cima y acabaste perdidamente colgada de él.

Alasdair era el mejor dando órdenes, pero no tuve la suerte de conocerlo en persona. Entré en este juego a los diecisiete, hace cuatro años. Justo después de que él desapareciera.

—No. Y como es agua pasada, así seguirá siendo.

—Oído cocina —se cierra los labios con una llave invisible y luego la lanza hacia atrás—. ¿Sabes? Si fuera buenísima en esto como tú podríamos ser como los hermanos Márquez, pero en versión F1.

—Tú y yo no somos hermanas. —*Aunque ojalá*.

Inhala todo el oxígeno de la sala y se lleva la mano al pecho con ofensa.

—Retira eso.

—*Retirado*. ¿De verdad estás aquí, Darcy? ¿En serio has venido a buscarme? —odio lo vulnerable que sale mi voz, pero no puedo evitarlo.

—No iba a perderme tu primer día. ¿Te puedo invitar a cenar?

Asiento. *Quien tiene una amiga, tiene un verdadero tesoro*.

Capítulo 10

Koven Alasdair

La cena va bien, mi cabeza no me agobia y el ruido amaina cuando estoy en compañía de la bonita familia feliz. Pero en cuanto mi espalda toca la cama, sus ojos oscuros vuelven a mí acechándome como me merezco. *Lo siento, Marcus. Lo siento.*

Mi cuerpo se empapa en sudor frío, mi pulso se desboca y el palada se me llena de amargura. Beckham cree que ya no tengo ataques de pánico. Todos, en realidad. *¿Qué puedo decir? Soy un buen mentiroso.* Tengo el tiempo justo de llegar al baño antes de que mi estómago decida escupir todo lo que he comido.

Como si eso fuera a cambiar las cosas.

Capítulo 11

Koven Alasdair

No esperaba encontrarla en recepción cuando entro en Leik-GP a eso de las cinco de la mañana, pero es lo que pasa. Y si me quedaba algo de sueño en el cuerpo, desaparece.

—Lella Lombardi 1975. Maria Teresa de Filippis. 1958... —murmura.

—¿Qué haces?

—Pensar en gente que mole mientras te espero. Me has citado tú Vaya, ¿esa cara significa que vas a darme plantón?

—No, es solo que no esperaba encontrarte aquí tan pronto.

—He oído por ahí que valoras la puntualidad. —Se encoge de hombros.

Vaya, vaya. Sonríe.

—¿Impresionado?

—Vamos —echo a andar y me sigue, llena de energía como una ardilla puesta hasta las cejas de bebidas energéticas.

—Tienes muy mala cara —dice cuando llegamos al ascensor, pulso el botón de la última planta y las puertas se cierran—. ¿No has dormido bien?

Mi estómago se revuelve a modo de respuesta. *¿Pero yo cuándo he dormido bien, a ver?*

—¿Alasdair?

—No, no muy bien.

—Tiene que ver con la edad, ¿no? Dicen que cuando eres viejo lo de dormir apetece menos —dice y es imposible ignorar el retintín simpático.

—Señorita Dimettri, me gustaría que guardara las formas mientras trabajemos juntos. No me siento cómodo con demasiadas confianzas.

—¿Señorita Dim...? —la oigo farfullar cuando las puertas del ascensor se abren y la dejo atrás. Ella me persigue—. ¿Ac...? ¿Acabas de

llamarme señorita Dimettri?

—Ajá.

—Ayer me tuteabas.

—Pues hoy ya no. —Le doy la espalda preguntándome si hay alguna forma de hacer esto sin verle la cara.

Le pido que suba a la cinta para calentar y de paso estudiar su ritmo cardíaco. Ayer le hicieron todo tipo de pruebas, pese a los muchos informes médicos que ella facilitó a Hendrix, pero nunca está de más.

Intento no fijarme en lo bien que le queda la ropa oversize de entreno, ni en la gota de sudor que le recorre el largo del cuello.

—¿Qué toca ahora, entrenador? —pregunta poniendo los brazos en jarras cuando termina el calentamiento.

—Empezamos con ejercicios de cuello en 360º. Isométricos con arnés, bandas y giros lentos.

—Me gusta como piensas. —Se desabrocha la chaqueta y se queda solo con una camiseta granate ceñida al cuerpo.

De manga larga.

No puedo decir que no me sienta decepcionado.

—No me mires así, a las chicas nos miran mal si tenemos los bíceps un poco más fuertes de la cuenta —resopla—. Al final una acaba por esconderlos.

—¿Te crees las mentiras que te cuentas?

—¿Men-mentiras? —empalidece un poco y se me encoge el corazón.

—Empieza a entrenar.

—Sí, señor.

El retintín de su tonito hace que una descarga de placer caiga directa en mi polla. Ayer las estuve ignorando, pero es evidente que eso no va a hacer que desaparezca el problema.

Al acabar con esos ejercicios, la llevo a la sala de entreno visual y le explico en qué van a consistir los ejercicios de reacción a luces y colores, seguimiento de puntos y visión periférica.

—¿Estás interesado en cuantos grados de miopía tengo? Porque te aviso que muy pocos, pese a lo bien que me quedaría usar gafas.

—Señorita Dimettri, te agradecería que te limitaras a responder sí o no cuando te pregunto si has entendido el ejercicio.

—Sí, señor.

Joder, si es que me lo busco solito.

Descubro pronto que se lo pasa bien haciendo cualquier ejercicio aunque su rebeldía verbal no deja de perseguirnos a donde sea que

vayamos.

Nos encontramos al otro piloto de Leik-GP, Mikel, pero por suerte tiene tan poco interés en Lina como yo quiero que tenga. *El tío se siente amenazado por su potencial y hace bien. Lina le da cien mil patadas en su peor día.*

—¿Entreno vestibular? —pregunta poco después de que entremos en la sala para el control de mareos, giros, frenadas y cambios bruscos de orientación—. Caray, me siento parte de una élite que nunca me había invitado a jugar. ¿Pero estás seguro de que no quieres darme un par de mancuernas y ponerme a hacer ejercicios de hombros básicos?

—Si resulta ser lo que quiero, te lo haré saber. Ahora siéntate frente al monitor.

—Haré lo que sea, jefe. La carrera de la semana que viene...

—No vas a participar —intervengo y siento un puñal clavándoseme en mi abdomen cuando sus ojos se enturbian con tristeza—. Tendrás suerte si te permito correr en la siguiente.

De repente sus ojos sonríen.

—Así que no lo decías porque estuvieras pensando abandonarme. Bueno es saberlo.

—Yo que tú no daría nada por sentado todavía, señorita Dimettri. Empieza a hacer el ejercicio que acabo de explicarte.

Le veo en la cara las ganas que tiene de poner los ojos en blanco pero obedece. *¿Por qué me gustará tanto que acate mis órdenes? Quizá tenga que ver el hecho de que no tiene pinta que lo haya hecho nunca en su vida con nadie.*

—¿Y bien? —pregunta al acabar, cuando está empapada en sudor y... tan guapa que cuesta mirarla.

—Te he pedido que vayas a la ducha, ¿o no lo he hecho?

—No puedes pedirme que me vaya sin la nota de mi examen. Es injusto.

—Tu cuello aguanta, pero tu core no. Por eso ayer se te movía el volante.

—¿Mi c-c...? ¡Mi core está increíblemente fuerte! —hace soniditos de ultraje—. ¿Quieres que haga cinco series de *dragon flag* en tu cara y te lo demuestro? ¿Cuántos segundos quieres que aguante? Va, dame un número. El que sea.

Aprieto los dientes ordenándole a mi polla que deje de estar tan contenta.

—Vete.

Ahora sí, pone los ojos en blanco y se va. Nunca había trabajado con nadie que tuviera tantos humos. Me paso una mano por la cara intentando deshacerme de la sonrisa.



Se ducha y llega oliendo a flores. *Esto no me lo he pensado bien.*

—¿Me estabas esperando? Qué detalle.

—Tenemos diez minutos antes de que lleguen los demás y quería aprovechar el camino al box para decirte todo lo que has hecho mal.

A duras penas contiene la mueca y el reproche, pero lo consigue. *Pero qué chica más buena.*

Llegamos al box antes de que haya alguien más que George. Entonces revienta.

—Y dale con señorita Dimettri. ¿Eres uno de esos tíos o qué?

La miro y está con el peso apoyado en una pierna y los brazos cruzados, estrechando esa mirada turquesa en la que me estoy ahogando.

—Disculpa, ¿uno de esos?

—Excéntricos y raros. De los que están mal de la azotea. Ya sabes, los pirados. ¿Eres uno de esos?

Exhalo con las fosas nasales dilatadas esperando que deje ya el tema. Lina alza los brazos en son de paz, como quien trata con un arsenal de dinamita.

—Bien, ¿sabes qué? Si quieres llamarme señorita Dimettri, Lady Whistledown o lo que te surja, tú a tu rollo. Espera, ¿eso significa que yo tengo que llamarte señorito Alasdair? Porque dudo que pueda pronunciarlo sin reírme en tu car… —se lleva la mano a la cabeza y hace una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa? —me acerco a ella, pero no me presta atención, tiene la vista clavada al suelo.

—¿A mí? —exhala jadeante, su tono más bajo, más severo—. Eres tú el que vive repentinamente anclado al siglo diecinue… *Mierda.*

—Lina. ¿Qué te ocurre?

—Nada, nada. Cosas de chicas. Sí, eso, solo necesito… ¿me das un segundo? Ahora mismo vuelvo. —Se aleja del box en dirección al pasillo y esta vez cuando gira la esquina no va a mi despacho.

Capítulo 12

Lina Dimettri

Joder, joder, no.

Ahora no, por favor, ¡ahora no!

Los rayos que siento taladrándome la cabeza son inequívocos. Se me inundan los ojos de lágrimas. *¿Otra vez? La última fue ayer por la tarde. Maldita sea, la doctora Ferrinol dijo que la nueva medicación iba a darme algo de tregua y no han pasado ni veinticuatro horas.*

Busco una silla y el dolor irradia de mi pierna con tanta violencia que a duras penas puedo contener el grito.

Una serpiente cruel se enrosca a mi muslo y me tortura desde debajo de la piel. Empiezo a marearme cuando el dolor llega al foco, a protagonista. La puta cadera. Todo mi cuerpo tiembla y veo flashes de fuego en la pista del día del accidente, de la luz blanca del quirófano. Los enfermeros de la ambulancia utilizaron la palabra «destrozada» y no iban mal encaminados.

Gruño de dolor apretando los dientes con fuerza. Me aferro a los lados de una banqueta incómoda que ahora es todo cuanto tengo.

«El nervio siempre estará irritado. Tendrás episodios de dolor intenso. Siento decir que serán crónicos, Lina, pero buscaremos la manera de sobrellevarlos con medicamentos».

Pues claro que son crónicos. Lo mío nunca ha sido la buena suerte. A duras penas puedo retener el grito cuando el latigazo me llega hasta la base del cuello. «Respira» dice la voz de mamá en mi cabeza. *Pero ella no está aquí conmigo, estoy sola. Me he quedado sola para siempre.*

El aire entra a trompicones y es como si tuviera cristales en los pulmones. Me limpio las lágrimas prometiéndome no derramar ni una

sola más, pero no dejan de salir porque dentro de mí hay un volcán electrocutándome viva.

—¿…me oyes? —dice una voz, creo que no por primera vez—. Dime qué tengo que hacer.

Abro los ojos y Alasdair está agachado frente a mí. *Mierda, no. Él no debía saberlo y mucho menos ahora. Ni siquiera he tenido mi primera carrera. ¡¡¡Va a abandonarme!!!*

—Es dolor menstrual, nada m… —no puedo acabar mi mentira porque el grito que sale de mí es gutural y de lo más descriptivo.

Meses atrás pensaba que este era el castigo que la vida me había impuesto por burlar a la muerte. Su simpática forma de decir «tú no deberías estar aquí». Quizá tengan razón.

Oímos a gente.

—Lina.

—No dejes que nadie me vea así —suplico.

Todo pasa muy deprisa.

Alasdair mete un brazo bajo mis rodillas y el otro lo pasa por mi espalda. En cuestión de segundos estoy contra su torso. Me saca de la sala como si no pesara nada y me lleva a donde quiere.

Si su imposible olor a cítricos es lo último que voy a beberme antes de morir, la vida no es tan cruel como parece. Casi hace que me olvide de los últimos latigazos del episodio de hoy que por poco acaba conmigo delante suyo.

Al llegar a su despacho, echa el cerrojo y me deposita en un sillón mucho más cómodo. Luego coge una botella de agua y algo que tiene toda la pinta de ser un botiquín.

El horror empieza a alejarse de mi cuerpo. Como cuando la estampida desaparece y solo queda el polvo que han levantado las bestias al pasar. Siento que me han dado una paliza, pero estoy tan agradecida de que haya acabado que no tengo ni ganas de ser rencorosa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con lo que me gustaría bautizar como voz de *daddy* o villano moralmente gris de un buen dark romance.

Este hombre va a ser un buen padre algún día. Con esta voz ordenará a sus hijos que hagan los deberes y ellos no se opondrán. Fijo que su mujer será una modelo sueca guapísima sin la más mínima cicatriz.

—Lina.

—¿Qué ha pasado con «señorita Dimettri»? —intento bromear, perc no parece tener muchas ganas. Me aparta el pelo que el sudor me ha pegado a la cara y que lo haga sin una mueca de asco me suelta la lengua—. La cirugía me salvó la vida y la carrera. Pero algún que otro nervio decidió vengarse de mí. No tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia?

—Mírate —sonrío y reprimo las ganas de acariciarle la cara—. Parece que has visto a un fantasma.

Sigue siendo guapísimo de todas formas.

Creo que tiene que ver con su mirada profunda, esa que anuncia que ha visto horrores y sufrido pesadillas espantosas en sus propias carnes. Me hace querer cuidar de él.

Alasdair me pide que le dé detalles concretos y yo me dedico a seguir órdenes.

—En el accidente una de las cosas que tuve fue una fractura de acetábulo. Me operaron, pero en la cirugía el nervio ciático y el nervio cutáneo femoral lateral quedaron... bueno, digamos que un pelín dañados.

Endurece la mandíbula como para rompérsela.

—¿Qué sueles tomar?

—Eh, que yo soy antidoping total.

—*Lina*.

No debería gustarme tanto oír cómo pronuncia mi nombre con ese gruñido ronco, áspero y sexy, pero soy una simple humana.

—No puedo tomarme nada que me calme el dolor ahora porque me dejaría grogui y tengo trabajo, pero antes de dormir me tomo unas cuantas pastillas que me ayudan a mejorar poco a poco y a conciliar el sueño. Lo cierto es que estos últimos meses mi doctora y yo hemos estado haciendo pruebas. Supongo que en algún momento sonará la flauta.

—¿Estás diciendo que si te pasa durante el día no vas a hacer nada para aliviarte el dolor? ¿Que va a ser así siempre?

Le admitiría que sí, pero no parece una buena idea.

—No es tan grave. Se suponía que la nueva medicación iba a evitarme los episodios muy frecuentes, pero no está yendo tan bien como habíamos esperado. —Hago una mueca frustrada y sus facciones se relajan.

Se acerca un poco más a mí. *Qué envidia cochina de pestañas, en serio. Comparada con él, tengo tres.*

—¿Es por algo que hemos hecho en el entreno?

—No. Para nada —me apresuro a alejar su culpa—. No hay nada concreto que pueda prevenirlos o provocarlos. Hasta la fecha no ha existido ningún patrón específico.

—¿Cada cuánto sueles tenerlos?

—Antes cuatro o cinco veces. Ahora una.

—¿A la semana?

—Al día —admito y se le cae el alma a los pies—. Si lo piensas, sí ha sido una mejora. En serio, estoy bien. Uno por día es mucho menos de lo que puedo soportar.

—¿Bien? —repite, y ahora el ofendido es él. Me mira como si hubiera asesinado a su perro, y eso que a mí los perros me encantan— ¿Qué dicen los médicos?

—Que soy una quejica.

—¿De verdad? —pregunta, su voz ocho octavas más graves.

Parece muy capaz de ir a partirle la cara a alguien.

—No. En realidad dicen que me lo tome con calma. Pero está claro que no lo voy a hacer.

—¿Por qué lo tienes tan asumido?

—Porque voy a tener dolor de por vida, Alasdair. Pero esto es mejor que estar muerta. Al menos, ahora lo es. Cuando Ethan me dijo que la F1 había acabado para mí, no estaba tan segura —admito con un nudo hecho de puro fuego taladrándome la garganta.

Querría coserme la boca para dejar de soltar verdades ante el maldito Koven Alasdair.

—Es muy probable que tuviera razón —dice y entonces tengo miedo de verdad.

—Koven.

—¿Y si te da un episodio así y vas metida en el coche?

—Tendría tiempo de parar. Mi cabeza siempre me avisa —digo y las vibraciones lejanas que todavía mordisquean la superficie de mi pie me hace temer por el karma.

—¿Y si empeoran? ¿Y si llega un momento en que no hay avisos?

Este hombre podría dejar de dar voz a mis peores pesadillas vamos digo yo.

—No pasará.

—¿Y si pasa?

—Alasdair.

—Lina, sé madura.

—No. Esto es toda mi vida —mi voz suena asquerosamente vulnerable—. No sé hacer otra cosa. No me interesa hacer ninguna otra cosa. La F1 me ha arrebatado mucho, pero también me lo ha dado todo. Por favor, no me lo quites.

Mira la lágrima que se me escapa a traición como si fuera su enemigo acérrimo. Y luego me coge la mano con las dos suyas. Son tan enormes que no queda ni un resquicio de mi piel a la vista. Mi corazón da una sacudida al entender lo que quiere decir.

Ninguno pronuncia ni una palabra más y los siguientes días, nadie saca el tema.

Último día antes de que se cumpla la primera semana juntos.

Capítulo 13

Lina Dimettri

Mi madre y yo siempre estuvimos solas. Mi padre murió en un accidente de avión cuando viajaba a Corea del Sur por negocios. Dejó a mi madre con un bebé de meses y el corazón roto. Se amaban con locura. Por suerte para mí, mamá supo transmitirme la admiración que sentía por el hombre que había perdido.

Poco a poco su dulzura se fue marchitando y fue cada vez más dura. Más fría y distante. Quizá tenía que ver con que su única hija practicaba un deporte peligroso de narices y quería prepararse por si ocurría lo indecible. O quizá solo se cansó de interpretar el papel de madre. Imagino que una niña que siempre hablaba de lo mismo debía ser bastante coñazo de soportar.

En cualquier caso, sé que me quería muchísimo. Y hoy, más que nunca, la echo de menos.

—Me va a dar la patada.

—No seas agorera —dice Darcy a través de la pantalla.

—No lo soy. Pero debo haber roto algún cristal sin darme cuenta. O quizá el gato que nos cruzamos la otra noche era, indudablemente, negro.

—No era negro. Era gris, pero la calle estaba muy oscura.

—Dices eso para endulzarme la terrible realidad de que voy a estar en el paro en cinco minutos —camino hacia el edificio de Leik-GP como quien camina hacia las puertas del infierno—. Darcy... —quiero decirle que ella no lo sabe todo, pero que Alasdair sí.

Que me ha visto en mi peor momento y que si tiene dos dedos de frente, me dará la patada. Después de lo que le ocurrió a Marcus, no querría joder más su reputación conmigo. Pero no puedo porque la idea de que Darcy sepa lo de mis frecuentes episodios, va muy de la mano con la de que mi única amiga empiece a mirarme con lástima. No podría soportarlo, así que no se lo cuento.

—Tú llámame en cuanto te dé la buena noticia.

—Has estudiado psicología en North Star y dentro de nada vas a graduarte, ¿estás segura de que esta fe ciega en mis posibilidades de conquista son una jugada sabia?

—Por supuesto.

—Empiezo a dudar si tienes algo contra Alasdair. ¿Le estás haciendo chantaje con alguna foto guarra que has encontrado por las catacumbas de internet?

—Ufff, se corta, entro en un túnel.

—Vives a cinco minutos del campus, lianta, ¿qué túnel?

Darcy emite unos soniditos de interferencias y luego cuelga. Reconozco que se lleva consigo parte de mis nervios, tal y como pretendía.

Antes de guardarme el teléfono, me llega un mensaje de alguien que nunca dejo en leído.

Doctora Ferrinol

Doctora Ferrinol
Hola, Lina.
Solo vengo a recordarte que el miércoles que viene tenemos cita.

Lina Dimetti
Vaya, y yo que pensaba que me hablabas porque me echabas de menos, doc

Doctora Ferrinol
¿Te estás tomando la medicación?

Lina Dimetti
Sí, siempre que el episodio sea por la noche yo..
(Escribiendo

Doctora Ferrinol
Durante el día también, Lina. Sabes que si no lo haces, empeorarás.

Lina Dimetti
Pero tengo que competi

Doctora Ferrinol
¿Y podrás hacerlo inválida?
Te hablé de los riesgos.

Te dejé claro que si no ayudabas a tu cuerpo, caminar sería cada vez más difícil y t
pierna derecha no aguantará que la tortures para siempre.

Te veré el miércoles. Espero que me traigas mejores noticias que estas.

Lina Dimett
Gracias por todo, doc

Me siento más nerviosa que antes de hablar con Darcy, pero nc importa. Todo acabará en los próximos minutos. Además, la parte buena de no viajar por todo el mundo compitiendo en lo que me gusta es que así no tendré que despedirme de Arnold, mi fisio. Son todc ventajas.

Creo que voy a desmayarme.

Alasdair me ve cuando llego al box con una caja de dónuts y s alguien cree que estoy por encima de comprar el cariño de la gente cor dulces, le pediría, por favor, que empiece a subestimarme.

Evito la mirada de Alasdair como una cobarde mientras doy los buenos días y saludo a todos, en especial a Loïuan a quien cogí mucho cariño después de que me regalara dos cajas de tiritas de Rayo McQueen. Sí, tengo tres moratones más por su culpa, pero un montór de tiritas.

—A mi despacho. Ahora. —La voz de Alasdair me congela la sangre.

Joder. Directo al cuello. Este siempre está listo para darme un puntapié.

Me giro y lo veo marcharse. Sigo la estela de su ceño fruncido Cuando llego a su despacho, él está en la entrada, sujetando la puerta Un cúmulo de sentimientos agridulces me llenan el pecho cuando recuerdo lo que pasó aquí días atrás.

Me ayudó. Cuidó de mí. No voy a olvidarlo aunque me destroce y acabe con todos mis sueños y esperanzas. Cierra la puerta y la habitación se vuelve el triple de pequeña.

—Has tenido un buen rendimiento esta semana. Has progresado en la pista y en los entrenamientos.

—¿Esta es la charla dulce antes de la inyección? ¿La música antes de la hostia? Por favor, ve al grano. —Se acerca—. Espera, lo de la hostia no lo decía en sentido literal.

—Las órdenes las doy yo, Lina. Dentro y fuera del Fórmula 1. S desobedeces una sola de mis indicaciones, me largo y esto se acaba.

—Pero soy yo quien va al volante —rebato a sus ojos que hoy han amanecido más grises que azules.

—No has entendido mi manera de trabajar si no comprendes hasta qué punto somos un equipo.

Mi corazón se salta un latido.

He tenido muchos patrocinadores, entrenadores, jefes y directores de todo tipo. Nunca nadie me ha hablado así.

—¿Hasta qué punto?

—Lina, no voy a decirte nada que te haga perder, a menos que eso te salve la vida. Sé que llegará el momento en que quieras guiarte por instinto, pero mi palabra siempre debe pesarte más. Desde el pit wall las cosas se ven con mayor claridad que desde la pista. Aquí el quid de la cuestión es si estás dispuesta a confiar en mí al cien por cien o no.

—Lo estoy. —Cada fibra de mi ser lo está.

Asiente. Parece a punto de decirme que estoy despedida cuando extiende la mano hacia mí, ofreciéndomela para cerrar el trato.

—Entonces estás dentro. Bienvenida a la Fórmula 1 —dice.

Y se la acepto.

Capítulo 14

Koven Alasdair

Algunos días después.

Ha tenido ya varios destrozos con el coche.

Es agresiva en la pista, pero no más de lo que lo era cuando empezó como bien puedo comprobar en el vídeo que se está reproduciendo en la tele. *Pilota como si fueran los últimos segundos de vida que le quedan y quisiera vivirlos al máximo*. No es habitual que un piloto vuelva así de un accidente, pero es evidente que ella no es una más.

—Es un peligro, ¿verdad que sí, Kobra? —pregunto al enorme dóberman al que debería haber secuestrado ya hace mucho tiempo.

Él se queda inmóvil, observándome con esa fijación intensa que hace que todo ser vivo que se le acerca lo respete. *Eso, y que es enorme*.

Ni siquiera le he contado a Sant Delphi lo de los episodios de Lina. Siento que estaría rompiendo algo que acaba de nacer, algo frágil que es solo nuestro, de ella y mío.

—¿Qué? No me digas que ya te ha ganado —resoplo—, pero si ni la has visto.

Kobra desvía la cabeza hacia la pantalla y ladra.

—Me referia en directo.

Dante viene al galope, moviendo las orejas y pidiendo mimos. Se los doy, obviamente. Uno es enorme, con las orejas puntiagudas y una historia trágica. Otro es pequeño, con las orejas caídas y una historia feliz. Aun así, ambos dóberman han conseguido acabar en un buen hogar.

—Quizá haya esperanza para todos, al fin y al cabo —le digo antes de que Alek irrumpa en su propio salón.

—¿Ya has dejado de hablarle a mis perros como un pirado?

—¿Disculpa? —se queja la mujer que tiene abrazada a la cintura— *Nuestros* hijos.

—Tienes razón, culpa mía. —Sant Delphi procede a morirse de amo
y a colmar de besos a su mujer, y mientras tanto yo me pregunto po
qué no tengo más amigos.

Uno más por lo menos. A poder ser, deprimido y solterísimo.

Alguien llama a la puerta de casa y segundos después aparece Irith
la hermana pequeña de Sant Delphi, o como a mí me gusta llamarla…

—Mira, ha venido la traidora.

—¿Traidora por qué?

—No, no preguntes —murmura Alek antes de poner una mueca d
dolor.

—Ya que te interesa saberlo, *Keira* —carraspeo aclarándome l
garganta—, te diré que Irith Sant Delphi ha decidido clavarme un puña
en mi peor momento. Eso la convierte en una traidora.

—Primero de todo, no te he clavado ningún puñal y, desde luego
este no es tu peor momento. Ni siquiera recuerdo la última vez que tuv
que recogerte del suelo —dice como si nada, pero es verdad que lo h
hecho alguna vez—. Soy médica deportiva, he trabajado en la F
durante años y ahora…

—Has decidido traicionarme.

—He decidido probar con el mundo de las motos —me corrige—, a
parecer, allí también necesitan algo de asistencia.

Me cruzo de brazos y sacudo la cabeza con una ofensa que no siento
En realidad, me alegro por ella, es una crack y se merece ganar past
allá donde vaya. Pero me gusta fastidiarla. Así que digamos que cuand
Kobra viene hacia mí, claramente posicionándose a mi favor, me sient
tremendamente orgulloso.

—¿Has visto eso? Te has quedado sola —me largo hacia la cocin
siguiendo a su hermano, dejando a Keira con el marrón.

¿Alek Sant Delphi intentó emparejarme con su hermana cuand
descubrió lo genial que puede llegar a ser el matrimonio? No. Pero s
mujer, sí.

Lo cierto es que entre Irith y yo nunca ha habido nada.

*Claro, porque no es bajita, ni tiene los ojos de color turquesa, ni s
rebela a cada paso que dais juntos. Ni sufre horribles dolores y fing
que no porque es la mujer más fuerte, apasionada y cabezota que ha
conocido en toda tu…*

—Te vas a cargar mi encimera —dice Alek y cuando bajo la vista a
mis nudillos, veo que los tengo blancos de tanto apretar el borde.

Ay, joder, ¿dónde me estoy metiendo?



A la mañana siguiente, el entreno con Lina va bien. Al terminar cuando ya han llegado los demás, la dejo un rato con Brutus mientras trabajan en algunas pequeñas mejoras a futuro para el coche, mientras hago unas llamadas. Todavía no se lo he dicho, pero si supera todas mis pruebas, correrá en Mónaco el próximo fin de semana.

No tardo demasiado en ir a buscarla porque tenemos mucho que hacer.

—Koven —Loïuan me intercepta nada más salir de mi despacho.

—¿Ha pasado algo?

—No. A menos que «este fin de semana mi novio, Allën, tampoco me ha propuesto matrimonio» lo consideres como «algo», entonces sí. Pero no me gusta ser portador de malas noticias.

—Loïuan…

—Ya, al grano. Solo quería transmitirte algo que pensamos todo el equipo de boxes. Y de Brutus. Y de JJ. Y supongo que todos los demás pero no quiero hablar por ellos sin estar seguro de…

A este tío le gusta mucho divagar. Creo que lo pongo nervioso. A parecer, no lo bastante como para que no quiera venir a hablarme. Trabajaré en ello. En el futuro, hoy carraspeo impaciente.

—Nos gusta Lina. Es genial. Eso es todo. El resto está desayunando en el salón del final del pasillo, ven si quieres. —Se larga escopetado antes de que le responda.

Se me curva la sonrisa. No me extraña que se lo parezca, la actitud positiva de Lina roza lo insólito.

Pese a lo que me ha dicho Loïuan, voy hacia el box, porque si la conozco bien habrá pasado del desayuno con tal de quedarse un poco más trabaj…

—Eres lo que la gente conoce como bulto italiano. —Oigo una voz reconocida y freno mis pasos.

Mikel.

—¿Per-perdona?

—Alguien que han contratado para dejar en buen lugar a Leik-GP. “Oh, miradnos, nuestra escudería incluye a mujeres”.

—¿Vas en serio?

—Es patético que creas que tienes alguna oportunidad de ganarme. Este es mi año y Leik-GP mi escudería. La Fórmula 1 no es lugar para

las de tu calaña. Menos todavía para las que vienen desmontadas marcadas y con piezas en dudoso estado.

Aprieto los puños. Estoy a punto de intervenir y dejar al gilipollas de Mikel Andrews más cerca de la muerte que de la vida cuando oigo a Lina decir:

—Te equivocas.

—¿Y por qué no hay más mujeres en la Fórmula 1, a ver?

—No, digo que te equivocas, no creo que tenga «alguna» posibilidad de ganarte, Mikel. Tu mejor posición ha sido décima. Ganarte se queda corto para describir la forma en la que voy a barrer el suelo contigo.

—Vaya humos —murmura asqueado Mikel cuando Lina se marcha.

No me gusta como la mira y cuando me acerco a él, todavía me planteo si voy a sacarle los ojos de las cuencas o no.

—K-Koven, hola. ¿Qué tal te…?

Me paro frente a él, tan cerca que tiene que forzar el cuello hacia arriba para poder mirarme mientras me imagino cómo me sentiría haciéndole tragar sus propios dientes.

—No vuelvas a hablar así a mi piloto. ¿Sabes? Mejor no te dirijas a ella, ni siquiera bien.

—¿Y quién eres tú para darme a mí órdenes? —pregunta con la boca pequeña, en un tono bajo que casi ni escucho.

Le aguanto la mirada hasta que se le quitan las ganas de hacerme preguntas estúpidas.

—Yo también he oído los rumores, Mikel. No has tenido un buen comienzo de temporada y tampoco tuviste un buen final la pasada. Ella no ha venido a quitarte el puesto, ya tiene el suyo.

—No podría quitármelo aunque… —se calla cuando me inclino más hacia él, obligándole a curvar la espalda.

—¿Le tienes miedo a Lina? —Le cojo una mejilla y le doy unos amistosos golpes—. Bien, chaval. Tienes muchos motivos.

Me largo en la dirección que ha desaparecido Lina y me topo con su cuerpo al girar la primera esquina. Su cercanía me altera como ninguna.

—Vale, tampoco hace falta que me arrolles —dice agarrándose a mis bíceps para no caerse al suelo.

—Tú te has puesto en mi camino.

—¿De qué vas?

—¿Perdona?

—Te has puesto en plan Vito Corleone con Mikel.

—Iba a ponerme en plan Rocky, pero Lucian se cabrearía un poco s se entera de que he dejado a su segundo en coma y temo cómo podría repercutirte a ti esa decisión.

—No necesito que me protejas.

—Eso es más que evidente, Dimettri. —*Pero si se mete con tus bonitas marcas de las que, por algún motivo, no te sientes orgullosa entonces quiero hacerle llorar*.

Mi respuesta la sorprende y no entiendo muy bien por qué.

—¿Y entonces por qué lo has hecho?

—Por mí. —*Porque me ha puesto enfermo*—. Porque no soporto que alguien con una posición de poder se aproveche de alguien en inferioridad de condiciones.

—No estoy en…

—Sí, lo estás. Para el público, para los patrocinadores, para los que han ganado carreras y, aunque me joda, para el grupo machista que va a mirarte por encima del hombro la primera vez que vuelvas a correr. No soy tan iluso como para pensar que dejarás de estar en desventaja cuando empieces a ganar, pero para algunos las medallas son símbolos de poder. Somos un equipo y ahora, el mío también es tuyo.

—¿Tu poder? —repite y se le enrojecen las mejillas.

Como odio cuando le pasa eso. Se pone aún más preciosa de lo que está enfurruñada o con su típica expresión irónica e inteligente. Me saca de mis casillas.

—Ya me has oído.

—Es un detalle que des por sentado que voy a ganar —añade.

—Vas a hacerlo. En Mónaco.

Sus ojos se agrandan y pasan a ocuparle toda la cara. Le brillan tanto que me ciegan. Su boca se abre y se cierra, como la de un pez fuera del agua, y esos gruesos y rojizos labios de aspecto suave y dulce se quedan con toda mi atención. Un segundo. Luego recupero la compostura.

—¿De verdad? Eso es dentro de cuatro días.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

Me regala la sonrisa kilométrica más bonita que he visto en mi vida.

Jo-der.

Me voy de allí antes de aumentar la lista de mis problemas.

Capítulo 15

Lina Dimettri

Es jueves, temprano y en media hora Alasdair vendrá a recogerme a North Star para ir al aeropuerto. Estaremos tres días en Mónaco. No había pensado en la cantidad de horas que voy a pasarme en el avión con ese hombre y lo mejor es que siga sin hacerlo. Por el momento, me centro en el matcha que me ha traído mi amiga, que prefiere saltarse su primera clase del día con tal de estar conmigo. #Piropazo.

—Estás de morros.

—No lo estoy.

Sí lo estoy.

—¿Es porque te has perdido intentando encontrar esta cafetería?

—No.

—No tiene nada de malo. El buen sentido de la orientación no es un premio que le toque a todo el mundo.

—No. Es. Por. Eso.

—Así que admites que hay otra razón.

—No.

Me he perdido las primeras carreras de la temporada y estoy harta de que Mikel me mire por encima del hombro. Vale, en el fondo me importa un pimiento y medio lo que haga Mikel. Quiero correr. Quiero competir. Y quiero ganar. Vale ya de estar en el banquillo. Vale ya de sufrir sin recompensa. Quiero volver a ser quien era antes de mi terrible accidente.

—Va…le —dice la futura psicóloga con tal de no presionarme.

—Tengo muchas ganas de que llegue el domingo, Darcy. Una parte de mí no se creerá que esto está pasando de verdad hasta que la carrera termine.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Es lógico.

La cafetería de North Star está hasta los topes, pero yo la veo solo a ella. Y no tiene que ver con toda la purpurina que lleva en los párpados ni en las grandes cerezas que tiene por pendientes, ni en que su relo tiene forma de iglú de plata con pinchos. Tiene que ver con que sigo sin entender como este corazón puro, lleno de luz y bondad quiere quedarse a mi lado, cuando yo soy un pozo de oscuridad y pesadillas.

—Gracias por decirlo. Por cierto, ¿has traído lo que te…?

—Claro —lo deja encima de la mesa—, ¿desde cuando te gusta tanto el limón?

—No sabría decirte —cojo una de las mitades y me la llevo a la nariz.

Siento que se me relajan un poquito los nervios. Entonces mi buena amiga me suelta una bomba.

—*¿Qué?*

—Lo que oyes.

—¿Conoces a Alasdair? ¿A Koven Alasdair? ¿A Koven Alasdair m coach y el hombre gracias al cual tengo una plaza en la F1?

—Un poquitín, sí. Somos… coincidentes.

No me gusta cómo suena eso. Le pido que se explique.

—Sí, verás es que Keira —su otra amiga de la que *<u>*no*</u>* estoy celosa para nada—, está casada con Alek Sant Delphi, que da la casualidad que es muy amigo de Koven. Además de profesor aquí, en North Star. E mundo es un pañuelo, ¿eh?

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —Me bajo la manga de la camiseta para ocultar la cicatriz y Darcy pone una mano sobre ella.

—Porque si la primera semana de prueba salía mal, quería poder criticarlo como una buena amiga. *Lina*.

Sé que va a decir algo que no tiene nada que ver con Alasdair solo por el tono.

—¿Sí?

—Estoy agradecida de cada herida que te cicatrizó porque gracias a ellas estás aquí. Si no, no te habría conocido. Tápatelas si así te siente más cómoda, pero a mí me gustan.

Me froto los ojos por una razón completamente ajena a lo que acaba de decir.

—Vale, tengo preguntas —carraspea—. Sabes que he visto un millón de vídeos tuyos, quizá más.

—Estoy al corriente, sí —digo, no muy segura de querer cambiar todavía de tema de conversación.

—Pero todavía soy una novata en todo esto. Sé que el viernes es e día de los entrenamientos, pero ¿y el sábado? ¿En qué consiste esa pre carrera antes de la carrera del domingo?

—El sábado es el día de clasificación. Corremos para decidir en qu orden saldremos el domingo. Para eso están la Q1, la Q2 y la Q3.

Mi amiga pone cara de haberme oído hablar en mandarín antiguo 很有魅力![1]

—¿Pero por qué corréis tres veces? ¿Es algún tipo de TOC por part de la organización? ¿Como esa gente que tiene que encender y apaga las luces de la habitación tres veces antes de salir? ¿O dejar el volume de la tele en número par?

Contengo la risa.

—Los últimos de cada una van siendo eliminados.

—¿Eliminados? O sea que ellos no corren el domingo.

—Sí corren, pero saldrán en las peores posiciones. El objetivo de l clasificación es jugarse las diez primeras posiciones. En la Q3 ya sol quedan diez pilotos y quien gane se queda con la *pole position*.

—Parece fácil.

—¿Has entendido algo?

—Que tengo que gritar más fuerte cuando en pantalla aparezca la Q seguida del 3.

—Darcy… —sacudo la cabeza—, gracias. Es la primera vez qu alguien va a ver una clasificación mía solo porque le apetece. No sé qu decir.

—Di que lo vas a bordar. Yo creo en ti, amiga.

Me arde la garganta como nunca. No tenía ni idea de cuánt necesitaba oír esas palabras. Me vibra el móvil y el nombre «Alasdair» aparece en pantalla. Me levanto despacio.

—Te llamaré luego, ¿vale? —le doy un abrazo rápido y echo a corre hacia la salida.

—Eso espero. ¡Aunque mis gritos llegarán hasta Mónaco desd North Star!

Hablar con ella siempre me deja con una sonrisa en la cara.

Capítulo 16

Koven Alasdair

—Ve tú primero —le pido cuando vamos a cruzar la puerta de embarque.

Ella me mira frunciendo el ceño, pero me hace caso. Lleva unos días de lo más obediente.

George, el tío con los calcetines más excéntricos que he conocido en mi santa vida, la adora desde que le regaló unos la semana pasada. Lina es observadora y muy lista. Y es evidente que no está moralmente por encima de comprar el cariño barato de la gente cuando la oportunidad se le pone delante de las narices.

—¿No pasas, jefe? —pregunta Loïuan.

Sacudo la cabeza y le hago pasar a él. *Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que me vean con ella lo mínimo posible*. Miro a mi espalda y cuando veo a Lucian tengo la excusa perfecta.

—Awww, ¿me esperabas a mí? Qué detalle. —Lucian me da dos golpes en la espalda y echa a andar al tiempo que yo.

—Evidentemente.

—¿Es esto el inicio de uno de esos bromances?

—No tengo ni idea de lo que significa esa palabra. Pero no.

Se carcajea y poco después ya estamos subiendo al avión.

Hay muy buen ambiente, salvo por el aura fría y oscura al fondo del avión causa y consecuencia de Mikel Andrews. No puede decirse que interaccione mucho con nadie del equipo, está muy ocupado mirando a todos por encima del hombro. Además, seguro que le cabrea que Lina vaya a correr ya. No le pienso prestar ni un minuto de mi tiempo a ese imbécil. Y en su caso es dicho y hecho.

Lina, en cambio... Ella se queda con toda mi atención por mucho que luche contra ello. No sé si se da cuenta de lo rápido que se los ha ganado a todos. Me pregunto si siempre es el alma de la fiesta allá donde va. Supongo que las primeras semanas de despertar en e

hospital, no lo sería. *Dios, después de perder a su madre alguien estaría en el hospital con ella, ¿no? No tuvo que pasar por todo ello sola, ¿verdad?*

Una punzada de dolor me atraviesa el pecho como un metal roto y oxidado.

Ocupo mi asiento e intento dejar la mente en blanco. Sobre todo intento no pensar en cuántos asientos me separan de ella.

Poco después del despegue, todos se desabrochan el cinturón y empiezan a hablar unos con otros. Los más jóvenes de cada equipo siempre tienen ganas de cháchara. No importa en cuántas escuderías haya trabajado, todas son iguales.

—¿Estás nerviosa por lo que pasará mañana?

—Qué va, Loïuan. He nacido para esto y ahora tengo el mejor equipo.

Un coro de «oh» y «ahhh» siguen a sus palabras.

Miro a Lucian Hendrix y ya tiene el antifaz y los auriculares puestos y una copa de whiskey en la mano.

—Vas a volar, Lina y nosotros lo veremos —dice JJ.

Un pinchazo cervical acompañado de un quemazón en el antebrazo me empuja de cabeza a la piscina de mi peor pesadilla.

«—Marcus, tú no conduces, tú vuelas.
—Eres el cohete que se ha colado en la Fórmula 1.
—No es justo para el resto. Dinos, ¿cuál es tu secreto?».

Las voces de mi pasado se solapan y el suelo bajo mis pies empieza a temblar. El olor a fuego y a goma quemada entra por mis fosas nasales. El humo negro aparece frente a mí enturbiando el aire, acompañado de la bandera roja.

Empapado en sudor y con ganas de vomitar, me levanto como puedo chocándome contra varios asientos. Una de las azafata dice algo pero yo no la oigo.

«El piloto de F-GP iba a entrar en boxes, pero no ha tenido oportunidad de hacerlo».

Veo el alerón delantero de su coche en la calzada. «*Gritos. No oigo gritos. Marcus debería estar chillando de dolor*», es lo único que

puedo pensar mientras corro hacia él.

Entro en el baño, cierro la puerta y me llevo la mano al corazón que parece que me va a reventar.

—Vuelve, joder, no estás allí —pido jadeante, pero el aire no me llega donde debería.

Los nudillos se me quedan blancos de apretar los puños y siento el cosquilleo en las extremidades. El mundo se reduce a un solo momento.

«El coche ha quedado destrozado y Marcus Torrent sigue dentro. No es un buen pronóstico para el piloto».

Marcus sigue dentro. ¿Por qué sigue dentro? La pregunta me acechará hasta el día de mi muerte. Los temblores de mi cuerpo me sacuden con la rabia que sentí entonces. Vienen a por mí una vez más mientras un séquito de luces parpadean en mi visión periférica. *Yo estaba al mando. Yo fui el responsable. Debí evitarlo. Su sangre mancha mis manos.*

«Las llamas llegan alto y el joven piloto, no da señales de vida».

—No es él. Lina no es él, Lina… —el baño del avión no deja de dar vueltas.

Intento acercarme a las llamas y siento cómo la piel se me deshace. *No es ella. No es ella. No es Marcus.* El pánico me entierra bajo la superficie, me ancla a un túnel sin salida en el que no paro de dar vueltas.

Debería haber sido yo.

Capítulo 17

Lina Dimettri

Soy tonta por haber bebido tanta agua antes de subir al avión, perc los nervios a veces me hacen ser una tonta poco previsora. Hace años antes de mi primera carrera, decidí comerme una docena de fresas po lo mismo y, bueno digamos que no llegaron a subir conmigo al Fórmula 1.

Estoy a punto de alcanzar la puerta del baño cuando esta se abre y aparece un Alasdair con muy mal aspecto. Mi corazón se salta un latid al ver que tiene la cara y el cuello empapados en sudor y una expresió de pánico que asusta. Por si fuera poco se tambalea y jadea como si le faltara el aire.

—¿Estás bien? —pregunto aunque es evidente que no.

Su rostro se endurece y me mira como si me odiara, como si le repugnara mi presencia por ser la culpable de haberlo traído hast aquí, hasta este avión.

—Eh, eh, espera —lo sujeto cuando da un paso en falso y está a punto de caerse. Lo empujo un poco hacia atrás para que retroceda y se siente en la tapa bajada del inodoro—. ¿Te da miedo volar? ¿Por qué no me lo has dicho?

Cojo un poco de papel y lo humedezco con agua para pasárselo po la frente. *Dios, parece que tiene fiebre y todo.*

—No puedo, es… Yo te hice eso. —Se aferra a mi camiseta con e puño cerrado.

Marcus. Marcus Torrent. Pues claro, es mi primera carrera, qu idiota soy.

Le doy una patada a la puerta para que se cierre cuando oigo qu alguien viene. Lo siguiente que sé es que está apoyando la cabeza en m abdomen y apretándome contra sí como si fuera lo único que le ancla a la vida. La pena me contrae el corazón y dudo si me lo va a romper. *eso que ya está muy roto.*

—Yo te lo hice…

—No es verdad —rebato acariciando su cabeza.

Él me abraza con todo lo que tiene y yo lo sostengo, intentando que su mundo no se derrumbe, más que dispuesta a traerlo al mío.

—Debí haber sido yo.

—*No*.

—Debí haber sido… Fue todo por mi culpa. Debí… —entra en bucle pero apenas se le entiende.

Se lo rebato cada una de las veces sin estar segura de si habrá una última. Pero sí la hay.

Su agarre se afloja, pero no demasiado. Alza la cabeza hacia mí con los ojos enrojecidos con rabia y violencia contenida, pero sobre todo con una profunda tristeza. Esa del tipo que te marchita el alma.

—*No* —repito sin apartar la mano de su pelo.

Alastair se alza sobre sus talones, todavía jadeante, con retazos de ataque de pánico que aún se dibuja en sus profundos ojos y rasgos faciales. Su cuerpo se roza contra el mío debido al poquísimo espacio que hay y no se detiene hasta que está mirándome desde las alturas. Las fosas nasales se le dilatan con enfado y me mira con un reproche lacerante que debería achantarme, pero que no lo consigue.

Su cuerpo rebasa el mío y sale del pequeño baño del avión como si mi presencia lo estuviera asfixiando. Me mira como si fuera su peor pesadilla, la causa de todos sus males, pero yo sigo sintiendo cómo se aferraba a mí instantes atrás.

—Eh, Koven, ¿estás bien? —oigo a alguien del equipo preguntar y el contacto visual se rompe.

Capítulo 18

Lina Dimettri

Aterrizamos en Mónaco a eso de las doce de la noche. Eso s contáramos el horario de casa, teniendo en cuenta que ellos van sei horas adelantados, cuando llegamos son las seis de la mañana de viernes. *Jo-der*. La diferencia horaria se ha comido nuestras horas d sueño, pero la verdad, no podría dormir ni aunque me fuera la vida e ello.

Cualquiera diría que tantas horas de vuelo han sido suficiente como para darme una oportunidad de hablar con Alasdair sobre l sucedido, pero no ha sido así.

Lo cierto es que me he dado cuenta de dos cosas. La primera: que n es ni la mitad de cercano conmigo cuando estamos en público de lo qu lo es cuando estamos a solas. ¿La segunda? Que me ha dolido much ver cómo alguien que tiene todo bajo control, se hacía pedazo mientras las sombras de sus pesadillas se lo arrebataban de las manos.

Me encantaría que no fuera así, pero tengo la impresión de que ya l aprecio.



Al mediodía entro en el paddock y casi se me escapa la risa al ver Jace Dubois y recordar la de veces que me ha pedido Darcy que l traiga un autógrafo del guapísimo piloto francés. Saludo a algunos co los que ya corrí hace años y me anima comprobar que se alegren d verme. Otros son más del *team* de Mikel y me miran como si hubier pisado sus flores, las hubiera arrancado y luego echado sal a la tierr para que nada vuelva a florecer jamás. Que les den.

—Enhorabuena por tu vuelta —H. D. Antonov me estrecha la man con un pelín más de fuerza de lo necesario—. Siento mucho lo que t pasó.

Me sorprende que lo mencione, el resto de pilotos ha tratado aquello como un tema tabú. *Nadie que se juega la vida corriendo quiere que le recuerden que se está jugando la vida corriendo. Es algo de lo que todos somos conscientes, aunque no queremos verbalizar.*

—Mierda —carraspea—. Perdona, son los nervios.

—Tranquilo.

—Quería decir que siento mucho que te hayas perdido las primeras carreras de la temporada.

—Buenos reflejos.

—Gracias, me lo dicen a menudo. No quiero decir que vaya a ponértelo fácil, porque iría en contra de mi naturaleza competitiva. Pero te aviso desde ya que si acabas en el podio, serás el primer piloto en la historia al que quiera besar con tal de celebrarlo, en vez de bañarlo en champán.

Se me escapa una sonrisa.

—Aww, mira qué mono, crees que estarías en el podio conmigo.

Se carcajea y yo también.

Siento una presencia a mi espalda y la sonrisa de H. D. desparece antes de que lo haga él. Sé quien está detrás de mí antes siquiera de darme la vuelta.

—¿De qué vas disfrazada?

Parece tan normal que casi dudo de si tiene un hermano gemelo idéntico.

—Eh —tira de mi camiseta—. ¿Que de qué vas…?

—Te he oído la primera vez —le doy un señor manotazo y recupero lo que es mío—. Es ropa, ¿tienes algún problema?

—No lo sé, depende —Alasdair me escudriña con la mirada y me analiza—. ¿De quién es esa ropa?

—Mía.

—¿Y desde cuando vistes con ropa cinco tallas más grande de lo que deberías? Estoy seguro de que te está costando mucho trabajo que el pantalón no se te caiga hasta los tobillos.

Sí, es cierto. Y aunque no lo digo, parece que él lo oye.

Siento cómo me pongo roja y maldigo mi estampa. Aunque a una parte de mi le alegra ser la causa de su alegría. Sobre todo después de lo de antes.

—¿Vas a seguir mirándome así hasta que te dé una explicación?

—Puedes apostar que sí.

Resoplo.

—Soy una chica.

—Vaya, no me había dado cuenta. ¿Estás segura de eso?

Levanto el pie amenazando con pisarle, pero aparta el suyo a tiempo.

—No había terminado. Quiero que me vean primero como la piloto y luego por lo demás. No quiero llamar la atención más que cualquier otro.

Se inclina hacia delante y susurra cerca de mis labios.

—Mira a tu alrededor —pide y cuando lo hago solo veo modelos con tacones altísimos, esbeltas y en forma de un modo distinto a como lo estoy yo. De uno más bonito y menos útil a la hora de conducir—. Si lo que querías era no llamar la atención, dudo que vayas a conseguirlo.

—En el fondo no me importa lo que opinen o dejen de opinar. Además, voy cómoda. —Me doy la vuelta muy rápido y mentiría si no dijera que es tremendamente satisfactorio saber que le he dado con el pelo en la cara.

Camino hasta la barandilla de la terraza y le envío una foto de las vistas a Arnold, mi ex-fisio, con tal de no pensar en los nervios que tengo.

Una vez más, soy consciente de cuándo Alasdair está cerca sin necesidad de utilizar los ojos. Por algún motivo, *le siento*. Su tono severo y, pese a todo, suave, reverbera por mi cuerpo cuando pregunta:

—Lina, ¿no viene nadie de tu familia a verte?

—Yo… —carraspeo y me revuelvo incómoda.

Como cuando era el día del padre en el colegio y yo no tenía a nadie a quien regalar la cartulina que hacíamos en manualidades.

—¿Qué?

—No tengo familia.

Sus ojos me buscan, pero yo mantengo la vista fija en la pista hasta que él la dirige también hacia allí. Es la primera vez que me siento liberada al decirlo. Sienta bien no esconderlo como si fuera un defecto si es él quien escucha.

—Alasdair, ¿estás bien?

—Hazme un favor y borra de tu mente lo que ha pasado en el avión.

El deje grave y profundo de su voz no consigue hacerme ignorar la vulnerabilidad tras su petición.

—Sí, hombre —resoplo—, ¿te refieres a la paliza al UNO que le he dado a Brutus? Ese recuerdo no voy a borrarlo de ninguna parte, lo voy a enmarcar y darle una suite presidencial en mi cabeza.

Su mirada se endulza, aunque dura poco. Es tan bonito como una estrella fugaz y dudo de si me lo he imaginado o ha pasado de verdad.

Sus ojos caen por mis hombros y bajan por mi cuerpo calentándome a su paso.

—¿Qué crees que estás…?

—La próxima vez, pídeme a mí la ropa.

Se va y me quedo ahí mirando el vacío que ha dejado su cuerpo a mi lado. *¿Ponerme yo su ropa? ¡¿Es que está loco?!*

Capítulo 19

Koven Alasdair

«—Koven, hijo, ¿puedo decir algo? —pregunta Brutus, el simpático señor de las pastas alemanas, asomado la puerta de mi despacho por primera vez.

—Claro, pasa, ¿necesitas que vaya a…?

—No, no, aquí está bien —cierra tras de sí y vuelvo a sentarme.

—Tú dirás —comento un tanto intranquilo.

Espero cierto desprecio por parte del equipo hacia Lina porque estoy al tanto de que el machismo es un virus que aún no se ha extinguido, ni en la Fórmula 1, ni en el mundo.

Y si es eso, pienso sacar las garras para protegerla.

Al fin y al cabo, Brutus es un hombre muy mayor. Sería lógico que algo de esto le pareciera demasiado innovador para su gusto.

—Hijo, llevo muchos años en este mundillo. Más de cuatro décadas en realidad. En este tiempo he visto a mucha gente ir y venir, pero las que se me quedan clavadas como una espinita en el pecho, ¿sabes cuáles son? Las que valían para esto y abandonaron por tener un corazón demasiado grande. Siempre me ha parecido una ironía cruel que los que se quedan sean los que no lo tienen —exhala y cuadra los hombros—. Me alegra que hayas vuelto, vas a hacer mucho bien a la F1.

Tengo un nudo atravesándome la garganta sin la más mínima piedad. Me muerdo el interior de la mejilla con fuerza.

—No sé qué decir.

—¿Cómo decís ahora los jóvenes, «cringe»? Espero no haber dado cringe.

—En absoluto.

No recuerdo la última vez que quise abrazar a alguien, pero estoy a punto de levantarme y darle un abrazo a Brutus. Se marcha antes

de que lo haga, dejándome a solas con mis prejuicios de gilipollas y en parte, haciéndome sentir muy bien conmigo mismo».

Sacudo la cabeza. Es viernes por la noche y me pregunto hasta cuándo seguirá pensando lo mismo Brutus. Si algo he aprendido es que decepcionar a la gente es inevitable. Deambulo por el hotel.

Las habitaciones de la última planta tienen una especie de sala común con vistas, abierta al exterior, a la que se llega a través de pasillo central. Los únicos que podemos acceder a ella somos Lucian Mikel, Lina y yo. Disfruto del aire frío nocturno y de stalkear a la luna hasta que dejo de estar solo.

Lucian gruñe al ocupar la butaca contigua a la mía.

—Esta pierna me está matando —dice mientras suelta el bastón.

Recuerdo su accidente como si fuera ayer. Nunca se lo dije, pero su enemistad con el resto de pilotos y su necesidad de estar siempre por encima fue lo que provocó el choque que acabó con su carrera. No porque es probable que él ya lo sepa.

Tienen que coincidir tantos factores para que un piloto llegue a la cima que no sé cómo alguien lo consigue.

—¿Cómo ves a nuestro nuevo fichaje? ¿Crees que ha sido una buena elección?

—¿Por qué me lo preguntas a mí?

—Porque me he pasado el día escuchando a todo el mundo diciéndome que he perdido el juicio y no me iría mal algo de convicción. —Se frota el rostro con agotamiento.

—Lina corre mejor que buena parte de sus rivales.

—Pero sabes que la victoria depende de muchas cosas. El coche, la mente fría del piloto, su hambre de ganar, su competitividad… la suerte.

Aprieto los brazos del asiento y el viento fresco de octubre no sirve para calmarme los nervios. Ya no.

La suerte. Esa gran hija de puta.

—Lina es una gran piloto, Lucian. Buenas noches —me levanto y me doy la vuelta para salir de la terraza.

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—De no haberme dicho que sí cuando te supliqué que me entrenaras. —Mira el bastón con el que juegan sus dedos—. Las cosas podrían haber sido muy diferentes… para los tres.

—También podrían haber sido mucho peor. Buenas noches Hendrix.

Capítulo 20

Lina Dimettri

Lucian no me avisó de que tendría que llegar antes al circuito para la rueda de prensa y pronto sé por qué. *Dios, ya ni me acordaba de lo mucho que solía odiar estas cosas*.

Reconozco que ha sido todo un detalle ver como Alasdair se cabreaba con él por no haberle informado. Lo cierto es que eso me da ganas de sonreír. *Todavía estoy aclimatándome a la sensación de tener alguien en mi equipo*.

La sala de prensa huele a café recalentado y a perfume caro. Cámaras. Objetivos. Cuchicheos. Nunca me ha gustado el aura altiva de los reporteros, el hecho de que nos miren como si ellos fueran pilotos experimentados y nosotros solo una pandilla de novatos. Como si les debiéramos el aire que respiramos.

Por si fuera poco, ¿al lado de quién tengo que estar respondiendo preguntas incómodas? ¿H. D.? Ojalá, pero él no forma parte de la escudería de Leik-GP, así que eso me deja junto a…

—Puede que algunos no recordéis su nombre, pero más os vale aprendéoslo. Lina Dimettri ha venido para quedarse. —La carcajada de Mikel atrae algunas del público y algunos cámaras aprovechan para captar su arrebatadora sonrisa de tío súper simpático.

—Hola, Lina. Robert Swanson, del *Journal Empire Magazine*. Muchos consideraban que ya estabas acabada. ¿Cuál es tu opinión a respecto? —pregunta un viejo reportero cuyo deporte favorito es sacar de sus casillas al personal.

—¿Que no?

El silencio en la sala se expande y yo busco a Alasdair entre los focos, pero no le encuentro.

—Samantha Wilks, hola. Volver un año después de lo que te pasó, es bastante impresionante, Lina. ¿Qué puedes decirnos de eso?

Pues que Niki Lauda tardó solo cuarenta y dos días en volver a la F1 después del suyo. Un año no es nada impresionante.

Respondo a las preguntas intentando ser maja, rezando porque esto acabe pronto. A Mikel le encanta que las cámaras y los focos se dirijan a él, y la verdad que me parece genial. *Solo tengo una duda, ¿en algún momento empezará a temblarle la sonrisa de plástico esa que tiene?*

—Considero que es genial que den a las minorías las oportunidades que merecen —dice el paliducho, en su línea de ser más falso que un billete de diecisiete dólares y medio.

Lo que hay que aguantar.

Estoy a punto de ponerme a dar saltos cuando me dicen que nos vamos al box. Al llegar encuentro a todo el equipo en sus puestos. Lo cierto es que ya los considero familia. Nunca he tenido una grande como tal, pero imagino que se parece a un cúmulo de personas cuyos ojos se iluminan al verte.

Es más de lo que yo jamás me atrevería a pedir.

Veo a Alasdair, observándolo todo desde una esquina. No sé si se creerá que es del tipo de persona que puede pasar desapercibida si le apetece, pero podría reírme largo y tendido en su cara de ser así. Fuerzo a mis pies para que no echen a correr hacia él.

—Tenía entendido que no tenías ninguna tradición —le digo cuando le veo guardarse un sobre sin abrir en el bolsillo del pantalón.

Alza sus ojos gélidos hacia mí. Todo su cuerpo desprende tensión.

—¿Y eso tú cómo lo sabes?

Me muerdo el interior de la mejilla. *Pillada. Venga lista, ahora dile que es porque lo has estudiado al milímetro desde que eras una adolescente pringada.*

—He hecho mis deberes —me obligo a encoger los hombros y a parecer segura.

Se levanta de donde estaba apoyado y me mira desde las alturas. El tío no sabe hacer otra cosa.

—Recuerda lo que hemos hablado —dice antes de irse.

Hoy no hemos hablado casi, así que dudo a qué se refiere. *No importa, tú concéntrate en la clasificación.*



Quedo cuarta en la Q1. Apenas tengo tiempo de alucinar o celebrarlo y… Quedo en primera posición en la Q2.

Dios. Santísimo. ¡¡Momento de hiperventilar!!

Es cierto que la decisiva es la Q3, pero estoy chillando por dentro Por desgracia, una voz que no es la mía me asegura que todavía puedo fallar de forma estrepitosa. *«Hasta la última vuelta puedes fracasar hija, no lo olvides»*.

Por ti lo haré bien, mamá. Hemos conseguido estar de nuevo en la pista y parecía imposible, ¿no? Voy a darte algo de lo que estar orgullosa.

Empiezo la Q3 increíblemente bien. No hay otra manera de describirlo. Bueno sí: bestial. Siento que estoy sola en la pista porque no tengo a nadie delante, pero la adrenalina se encarga de recordarme que un séquito de cabreados y competitivos pilotos están pisándome los talones. *«Recuerda que la suerte del principiante se acaba en algún momento»,* insiste mamá.

—Vas muy bien, Lina —dice JJ, y casi le pido matrimonio.

Estoy eufórica. Voy a quedarme con la *pole position*. Y mañana empezaré primera la carrera. Y volveré a la F1 por la puerta grande. Y entonces…

—Aminora.

La voz de Alasdair me hace fruncir el ceño. Le he oído mal.

—¿Qué acabas de decir? No te he entendido.

—Reduce la velocidad, Lina.

Una ráfaga fría me recorre los dedos que aprietan los mandos, me sube por los brazos y se me clava en la garganta.

—¿Estás de coña? —tomo la curva y acelero, si cabe.

El subidón se mezcla con una sombra amarga que sopla un viento gélido en mi nuca.

—Te he dado una orden.

—¿Pero por qué?

—Lina.

Santísimo hijo de… No me puedo creer lo que estoy a punto de hacer.

—Ahora —insiste.

Me aparto lo bastante y reduzco la velocidad tanto que es como si frenara. Mi cuerpo se va hacia delante y el cinturón me aplasta el esternón.

Cinco F1 pasan por delante de mí a la velocidad de un rayo durante el primer segundo y medio. Le pido explicaciones a Alasdair, pero él no me las da. Seis. Siete. La vena de la frente está a punto de reventarme.

Solo cuando estoy en décima posición me pide que acelere. No vuelve a darme ninguna otra indicación, pero ya no importa. He perdido demasiados segundos de ventaja. Por mucha prisa que me dé mis tiempos van a ser un asco.

Y es justo eso lo que ocurre. Quedo la última en la Q3.

Y todo por culpa del puto Koven Alasdair.

Capítulo 21

Lina Dimettri

No oigo los gritos de la gente, ni el jaleo de la pista. Cuando me bajo del Fórmula 1 casi me llevo por delante parte del coche con la rabia. El camino hacia el box sirve para cabrearme más. Esquivo a Lucian, a Brutus y voy directa hacia él que tiene la desfachatez de estar esperándome con las manos metidas en los bolsillos, como si no hubiera hecho nada.

—¿De qué mierda ha ido eso? —grito.

—Te he dado una orden y no me has obedecido a la primera.

—¡Te he obedecido!

—Sí, más o menos. Para ser tan rápida, has dudado. Pero lo importante es que lo has…

—¡He renunciado a la puta *pole position* por ti! ¡¿Puedes explicarme a qué mierda ha venido eso?!

—Cálmate.

Su voz es una daga directa a la tráquea.

Me mira como si tuviera derecho a recriminarme algo. Se da la vuelta y me pitan tanto los oídos de la furia que a duras penas oigo el gutural «ven» que me suelta.

Entramos en una sala, pero bien podría ser el infierno porque lo veo todo rojo. El jaleo exterior solo se ensordece cuando cierra la puerta pero teniendo en cuenta que no es insonorizada, ya podría dejarla bien abierta.

—¿Qué mierda ha sido eso? —vocifero—. ¿Es que vas contra mí? ¡¿Toda esa basura de que éramos un equipo, no eran más que putas mentiras?!

Su cuerpo barre el mío contra la pared. Las manos de Alasdair alzan las mías y toma absoluta posesión y control sobre mí, y sobre la situación.

—Si puedo ser sincero contigo estaba seguro de que no ibas a se capaz, pero me has demostrado estar equivocado. Has pasado l prueba. Ahora sé que puedo confiar en ti.

—No te había dado motivos para dudar —digo con todo el odio co el que pueden cargar unas palabras.

—Eres agresiva, te arriesgas demasiado y tu competitividad roza l imperdonable. Una vez te subes al F1 me has dado mil razones par dudar de ti. Pero has pasado la prueba —me suelta y me desprecio po la añoranza de mi cuerpo a su contacto—. Ahora lo que vamos a…

Lo interrumpo con un grito de ira contenida, porque dejarla salir e la única manera que se me ocurre de calmarme, de no matarlo y de n volverme loca. Tres por uno.

Debería matarlo. La grapadora que hay encima de la mesa parec el arma del crimen perfecta. Estoy rabiosa. Furiosa conmigo misma a reconocerme que lo volvería a hacer porque él es la única manera qu tengo de estar en el equipo. *DIOS, CUÁNTO LE ODIO.*

Admito que la cara con la que me mira Alasdair cuando termino d gritar, como si hubiera perdido la cabeza del todo, no tiene desperdicio

Durante los siguientes segundos, solo escucho mi respiració agitada. Cuando estoy un sesenta por ciento segura de que pued aguantarme las ganas de usar la grapadora unos minutos más pregunto:

—¿Cuál es el plan?

—Pensarán que lo que ha sucedido en la Q2 ha sido pura suerte y t subestimarán. Mañana en la carrera nos aprovecharemos de ello.

—Lo tenías todo pensado.

—Sí.

Me arde la garganta. *Cuando me ha deseado suerte sabías que no l iba a tener. Sabías que ibas a joderme pero bien.*

—Siempre vas un paso por delante.

—Es la razón por la que te sirvo. —Se acerca a la puerta y yo con él pero no llegamos a salir de la sala—. Una cosa más, no vuelvas discutir conmigo en público.

Habla tan cerca de mí que puedo reprocharle todo lo que me h hecho a su estúpido iris.

—¿Porque mancharé tu reputación?

—Porque joderás la tuya. —Tira de la puerta y desaparece sin mira atrás.

Cierro la puerta de golpe cuando descubro que todavía no he terminado de gritar.

Darcy

Domingo. Día de carrera.

—¿Qué estamos haciendo? —Mi amiga de larga melena blanca se detiene en el marco de la puerta de mi salón con dos botes de palomitas más grandes que su cabeza.

—Odiar a voz en grito y esperar a que den la salida. —Golpeo el asiento a mi lado en el sofá y empujo el batido de vainilla con sirope de vainilla en su dirección.

—Somos dos chicas la mar de polifacéticas. —Asiente cogiendo un puñado de palomitas del bol que no ha dejado frente a mí—. ¿Y por qué en tu camiseta pone «odio al sucio Koven Alasdair»?

—¿Porque le odiamos? —digo en tonito repelente.

Hoy me he levantado de lo más insoportable.

—Valep —Keira se acomoda a mi lado en el sofá y no hace más preguntas.

Es lo bastante buena amiga como para fingir que odia repentinamente a un tío que sé que le cae bien.

—Ayer la pobre Lina perdió la *pole position* cuando ya era suya porque el caraculo de Koven decidió que debía ponerla a prueba y estar seguro de que obedecería sus órdenes incluso en los casos más extremos.

—Ohh…

—¿Qué? ¿Por qué pones esa cara? Key más te vale empezar a decir palabrotas a diestro y siniestro o nuestra longeva y perfecta amistad va a tener su primera crisis.

—Tú sabes lo que ocurrió con Marcus Torrent, ¿verdad? Porque Koven siempre está…

—¿Con pinta de querer morirse?

Hace una mueca triste al asentir.

—Sí, lo sé —exhalo—. Pero si iba a torturar a Lina por culpa de sus fantasmas lo mejor hubiera sido no aceptar trabajar con ella.

—Según me dijo Alek, Lucian Hendrix le dijo a Koven que si no aceptaba la oferta, la carrera de Lina estaba acabada. Ninguna

escudería iba a darle una oportunidad.

Me pongo de morros, detestando con todo mi ser lo comprensiva y coherente que es mi amiga.

—Pero yo quiero odiarle. Lina estaba super triste y cabreada cuando me llamó ayer por la tarde. Hacer las camisetas-de-odio es lo único que la convenció de no convertirse en «la asesina de la grapadora».

Keira tiene el instinto de supervivencia suficiente para no reírse de mí en un momento como este.

—Lo entiendo. —Hace una mueca mirando mi camiseta—. ¿Has hecho alguna para mí?

La saco de debajo de los cojines y se la ofrezco. Lo mejor de todo, es que se la pone.

Capítulo 22

Lina Dimettri

Mónaco no fue mi mejor carrera. Sexta no es la posición con la que soñaba cuando estaba en el hospital, pero lo que más me duele no es eso. *Soy una rencorosa. Creo que el día en que me muera seguiré machacando el muñeco de budú de Alasdair con chinchetas*.

A la semana siguiente competí en Barcelona. Octava. Empiezo a comerme la cabeza y a dejar que los comentarios de Mikel, los de la prensa y los de internet me amilanen.

Este fin de semana no hay carreras y el equipo está decaído. Y yo sigo rabiosa. Estoy bastante segura de que nunca voy a dejar de estarlo. Ni de odiar a Koven Alasdair.

Hemos terminado el entreno hace cosa de quince minutos, pero cuando he salido de la ducha, él no estaba allí. Tampoco lo encuentro en el box, pero sí en su despacho.

—¿Tienes un minuto, jefe? ¿O tengo que solicitarlo por radio? —digo al entrar sin llamar.

—Dime.

Camino hasta la neverita que tiene junto a su mesa, la abro con actitud pasivo-agresiva y saco una botella.

—Solo por asegurarme, ¿eh? —hago un gesto con la botella sonriendo de oreja a oreja—. ¿Puedo beber? Tengo sed, pero, dime ¿me vas a pedir que escupa el agua antes de tragármela? Te lo digo porque preferiría no conseguir algo que ansío tener si al final vas a arrebatármelo.

—Puedes beber, tranquila —dice sin inmutarse.

Aprieto la botella y el crujido del plástico es lo único que retumba por la sala.

—¿Y salir ahí fuera? Brutus me ha dicho que van a llegarnos unos packs de mejoras para el coche y quería saber mi opinión. ¿Crees que puedo dársela? Porque no me gustaría quedarme a mitad de frase.

—*Lina*.

—Oye, y ya que estamos. Me pica el codo, ¿puedo rascarme? ¿O vas a pedirme que deje de hacerlo antes de estar totalmente satisfecha? Odiaría tanto que eso pasara.

Alguien llama a la puerta de su despacho y el cretino lo invita a pasar.

—Koven, ya están aquí.

—Gracias, Loïuan. Enseguida voy.

Alasdair tiene la desfachatez de largarse de su despacho cuando todavía no he terminado de ser un engendro odioso. Lo persigo intentando no escupirle en el cogote mientras camina hacia dios sabe dónde.

No llegamos al box donde están todos los demás.

—Sorpresa —dice una voz dulce, cálida y reconocida, la única persona que me apetecería ver incluso teniendo un humor de perros como el que tengo.

Capítulo 23

Koven Alasdair

Barcelona, días atrás.

Intento cargarme de paciencia recordando las palabras que San Delphi me ha soltado esta mañana en el sermón matinal y me plantec si sigue saliéndome a cuenta estar suscrito a ese canal.

Llamo a la puerta de la habitación de hotel de Lina y espero. No tarda mucho en abrirme. Lo que no esperaba es que lo hiciera en bragas. No se las veo, pero rezo porque las lleve bajo esa camiseta larga en la que se puede leer «odio a Koven Alasdair». A duras penas le tapa el culo. *Hostia puta.*

Durante una fracción de segundo me pierdo en la belleza de sus piernas. En lo suave que parece su piel. En lo contenta que estaría m lengua si me dejara hacer lo que…

—¿Hola? —dice su voz, aguda y repelente desde hace una semana pero que tanto me gusta.

—Lucian ha reunido al equipo, quiere hablar con todos antes de la carrera.

—Claro.

Lina sale al pasillo y si no fuera porque pongo el pie, la puerta de su habitación se habría cerrado al momento.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Ir a ver a Lucian. Es lo que has ordenado, ¿no, jefe? —Se encoge de hombros—. Pues vamos.

El gesto, sumado a que me da la espalda, revela un tramo de un culo muy bien puesto y mi cabeza la categoriza como la curva más peligrosa de todas.

Cierro los ojos para que toda la sangre de mi cuerpo deje de volar hacia mi polla.

—Lina —gruño—. Ven aquí.

—Oh, ¿cambio de orden? Claro, jefe. —Camina descalza hasta mí acercándose tanto que puedo ver lo preciosa que está incluso sin una puta gota de maquillaje.

No quiero que nadie la vea así. Sobre todo cuando acabo de descubrir que la Lina de estar por casa es todavía más irresistible que la que lleva ropa un millón de tallas más grande.

—¿Qué quiere, jefe?

—Quiero que dejes de llamarme jefe y te vistas. —Empujo la puerta hasta que se abre con un golpe estridente.

—Claro, sin problema. ¿Quieres elegir tú mi ropa? ¿Te gustaría pasar y...?

Dejo que la puerta se cierre entre nosotros antes de que las inapropiadas ganas de acabar con todo esto de la forma más inapropiada posible, me ganen la partida.

Capítulo 24

Lina Dimettri

Darcy.

Darcy está aquí. Junto con otros dos desconocidos. Un tío altísimo y fuerte de narices y una chica monísima que reconozco de las fotos de Instagram.

Mi buena amiga colisiona contra mí al darme un abrazo y enseguida empieza con las presentaciones.

—Él es Alek Sant Delphi —Darcy señala al tío buenorro que por lo visto es profe en la uni en la que estudio.

Es evidente que derecho no tiene salida laboral. ¿En qué estaba pensando? Mmm, ¿qué dijo Darcy que enseñaba este hombre? North Star, solicito un cambio de grado pero ya.

—Hola, encantada, he oído hablar mucho de tus dóberman.

—Es algo que me dicen a menudo. Es un placer, Lina Dimettri —la forma que tiene de darme la mano y de pronunciar mi nombre me hace sentir importante, como si molara o algo.

No habrá oído las noticias. Mi carrera está acabada.

—Y ella es Keira L. Sant Delphi. Mi hermana, aunque no le gusta reconocerlo —dice Darcy y puede que esté fatal que sienta una punzada de celos porque la llame hermana cuando solo son amigas, pero la siento y mi humor cae un par de escalones más hacia el infierno.

—Hola, encant… —dejo de hablar cuando lo primero que hace la preciosa chica de ojos azules y pelo blanco es desabrocharse la chaqueta y enseñarme la camiseta con la que llevo durmiendo dos semanas.

Esa en la que se puede leer «odio a Koven Alasdair».

Me quedo sin palabras. Boquiabierta y muda. Keira se pone roja Darcy la mira con orgullo.

—Soy tu fan —dice Keira—. Eres un alucine absoluto.

—¿Q-q-quieres ser mi hermana también? —tartamudeo tan flojo que creo que no lo oye.

Y menos mal, de hacerlo tendría que mudarme de continente.

Por suerte, Alasdair ha escogido ese momento para carraspear ofendido y la pobre Keira ha tenido que desviar su atención hacia él.

—¿Presión de grupo? —ladea la cabeza en plan «¿me perdonas?» pero en los brazos de su marido no parece que nada malo pueda pasarle.

—Como excusa deja mucho que desear —dice él.

—No necesita ninguna excusa. —Darcy ancla su brazo con ella y conmigo, y luego lanza una mirada desafiante a Alasdair—. Nosotras tenemos claro lo que significa ser un equipo. Vámonos, chicas, vamos a ver las instalaciones de Leik-GP.

—Uy, no lo sé —giro sobre mis talones y lo busco a él—. ¿Puedo ir jefe? ¿O cambiarás de opinión y me harás volver antes de que llegue a ninguna parte? Quizá podría enseñarles todo esto si tu vinieras conmigo. O quizá la única opción que tenga sea dejarte hablar a ti. Porque en este equipo solo tú tomas las decisiones, ¿verdad?

No he tenido nada más que inexpresividad monosilábica exasperante durante días, así que digamos que me sorprende mucho cuando la máscara se rompe y su expresión se llena de enfado, me coge de la muñeca y tira de mí sin miramientos.

Capítulo 25

Lina Dimettri

Sigue haciéndolo hasta el ascensor y no me dirige la palabra cuando le pregunto a dónde me lleva. Las puertas del ascensor se cierran con nosotros dentro.

—¿Se puede saber cuál es el plan? En serio, sé que eres tú el que toma todas las decisiones aunque soy yo la que se juega la vida, pero sería genial tener el más mínimo conocimiento sobre el itinerario. Jefe.

Me mira y sus ojos son pura antracita. Ya no hay rastro del azul gélido, solo veo maldita oscuridad. Solo entonces me percato que sus mejillas están rojas, y su cuello también.

No me ha soltado en ningún momento, pero cuando salimos del ascensor, aprieta más su agarre. Me lleva hasta la zona de boxeo del gimnasio. Solo me libera para ofrecerme los guantes.

—Póntelos.

—No me apetece entrenar más, todavía estoy agotada de...

—Que te los pongas. —Su tono hace que el cosquilleo inapropiado que siempre me acompaña cuando lo tengo cerca reverbere todavía más fuerte.

Aprieto los labios.

—Claro, se me olvidaba que yo no decido.

Debo ser muy lenta porque me ayuda a ponérmelos con una brusquedad cargada de delicadeza, si es que eso tiene algún sentido.

—¿Y los tuyos? —pregunto.

—Pégame.

Me lo quedo mirando. Es una pena que no haya nadie más en este inmenso gimnasio para poder preguntarle «¿tú has oído lo mismo que yo?».

—¿Estás de broma?

—No te lo voy a repetir. —Sus ojos lanzan dagas, pero lo que más me cabrea es que incluso ahora, cuando me está dando lo que quiero, ¡lo

hace con putas órdenes!

Dejo a un lado la sonrisa irritante y saco las garras. Le lanzo el puño directo a la cara, pero lo esquiva. Al pecho. No le doy. Se mueve tan rápido que casi ni le veo. Intento golpearle donde sea, pero el capullo es más rápido que yo.

—¿De qué mierda sirve esto si no dejas que te alcance? —voy a por su cabeza, pero se agacha antes de que le roce.

Ni siquiera se despeina.

—No voy a regalarte nada. Ni ellos tampoco.

Me cabrea de verdad. Le lanzo patadas y a duras penas tiene tiempo de esquivar todos mis ataques. Soy una furia descontrolada y ni siquiera me importaría hacerme daño con tal de hacérselo también a él.

—Eso ya lo sabía, ¡pero ellos nunca me dijeron que formábamos un buen equipo! —bramo rabiosa. Esta vez mi derecha sí alcanza su hombro, pero cuando la patada de mi pierna izquierda se alza hacia su cadera, él me la coge.

Muevo la otra dispuesta a darle un rodillazo en los huevos y caemos al suelo en una maraña de brazos y piernas.

Sentir su peso contra mí, aplastándome... El roce de su piel, de sus dedos, de su ansia mientras noto cómo sus movimientos se tiñen de esa deliciosa posesividad... Me propina un placer demencial.

Debería odiarme por desearle tanto.

Debería odiarlo a él más de lo que lo hago.

Me reduce hasta que no puedo moverme ni siquiera un poco.

—¿Qué voy a hacer contigo, Dimettri?

—Despídeme, porque no creo que pueda ser quien necesitas. —Le rodeo la cintura con las piernas e intento darnos la vuelta para colocarme encima y poder darle la somanta de puñetazos que se merece.

—Deja de moverte así —gruñe, pero no pienso parar, nunca lo haré.

—¡Tú y tus malditas órdenes! —Me mezo contra él dispuesta a ganarle el pulso, fantaseando con cuántos ojos morados voy a dejarle.

Quizá pueda remodelarle la cara entera. Hacerle una nueva que vaya más acorde con su personalidad y deje claro a todo el que la vea que es un soberano traidor.

—Deja. De. Moverte. Así. —El sonido áspero y ronco que emite su garganta casi me arranca un gemido de la mía.

Me aprieta más, me domina. Y me gusta horrores.

Alcanzo un nivel de ira desconocido.

Alasdair mira un punto de nuestros cuerpos y yo aprovecho la oportunidad para morderle. Sí, literal. Le clavo los dientes en el cuello y junto al sabor salado de su piel caliente, saboreo la queja de su cuerpo al recibir una mísera gota de todo el dolor que lleva asfixiándome desde Mónaco.

Lo que no entiendo es por qué, en lugar de la explosión de satisfacción que merezco, me siento tan mal al hacerlo. Dejo caer la cabeza contra el suelo y permito que sus ojos me encuentren pese a que los míos ahora están llenos de lágrimas.

—¿Sabes? He pensado un millón de cosas. Que trabajas para la competencia. Que en realidad solo estás jugando conmigo. Que nunca has tenido la más mínima intención de tomarme en serio como piloto.

No sé qué odio más, haberme puesto a llorar o la forma que tiene Alasdair de mirar mis lágrimas como si le estuvieran quemando por dentro.

—Lo siento. Lo que hice estuvo mal.

—Pero lo volverías a hacer.

—Repetiría lo que ocurrió en Mónaco, sí. Pero no te lo volveré a hacer.

—¿Qué mierda de confianza esperas que tenga en ti después de eso?

No entiendo por qué tiene las orejas rojas hasta que la ira amaina un poco y me permite *sentirlo*. Sentirle *a él*.

Contra mí.

Es cierto que todos los rincones de su cuerpo son puro músculo duro, pero contra lo que me he estado frotando… Es otro tipo de dureza. Mis labios se separan al tiempo que empalidezco y entro en combustión espontánea, todo a la vez. Alasdair me suelta y se aleja de mí lo justo para no seguir tocándome.

—Le pedí que no lo hiciera.

—¿Qué? —pregunto desorientada.

—Hablé con Marcus de su estrategia tres noches distintas durante la semana previa a su accidente. Le pedí que no lo hiciera. Se lo *ordené*. Pero él…

—Lo hizo de todas formas.

Asiente despacio. Recuerdo bien las imágenes. La pista estaba muy mojada, llovía mucho, tal y como se preveía. Marcus atacó en una curva difícil demasiado rápido y salió mal.

Su F1 salió despedido. Voló por los aires con él dentro y al caer, el coche se volvió una bola de fuego.

Marcus nunca salió del coche.

—Sí. Lo hizo de todas formas. —La camiseta que lleva puesta no es barrera suficiente para mí.

Sé el punto exacto del antebrazo en el que tiene la quemadura.

El coche de Marcus cayó y ardió muy cerca de su parada en boxes Alasdair cometió algunas infracciones, pero fue el primero en llegar. E único que se quemó intentando sacar del Fórmula 1 a alguien que ya no estaba vivo.

—Me juré que nunca volvería a tener la vida de nadie en mis manos —sus ojos se llenan de reproche al mirarme.

—No la tienes. Marcus conducía. La responsabilidad de lo que ocurrió fue solo suya. Y lo que me pase a mí, será la mía.

—No lo entiendes. —Se levanta y lo imito, solo para verlo pasearse delante de mí—. Marcus no debería haberlo hecho. Trabajábamos juntos. Éramos un equipo. Discutimos sobre esto y le demostré que era un error. Debería haber entendido que el riesgo no merecía la pena, yo debería habérselo hecho entender.

Y que él te traicionara es culpa tuya.

Porque no le convenciste. Porque no fuiste un buen mentor.

Murió "por tu culpa" y por eso te alejaste de la F1.

—Eres ridículamente cruel contigo mismo. Pero ahora entiendo de dónde te viene el afán obsesivo de control. —Sacudo la cabeza— Podríamos haber tenido esta conversación antes de Mónaco y habernos ahorrado muchas discusiones.

Me mira y de repente no parece el intimidante Koven Alasdair, el sabiondo de la F1 diez años más mayor que yo que ha llevado a la cima piloto tras piloto con quien ha trabajado.

Parece un crío hecho trizas. Alguien a quien no han dejado de sangrarle las heridas durante cuatro largos años.

—¿Has pensado en contárselo a alguien alguna vez? ¿A un profesional?

—Le diré a mi terapeuta que crees que su trabajo no ha servido para nada.

—Lo siento.

Sacude la cabeza.

—No podría haber aceptado la oferta de Lucian si no fuera por Beckham. Y me alegro de haberlo hecho, Lina. Sé que puedo ayudarte.

El corazón se me contrae por cómo me mira, pero no pienso ilusionarme tan rápido.

—No volverás a hacer nada ni remotamente parecido a lo de Mónaco. Prométemelo. Nunca más me volverás a hacer perder con ta de darme una lección.

—Hecho. —Me ofrece la mano, pero no se la acepto.

—No, lo digo en serio —exhalo—. Si vuelves a hacer algo así, seré yo quien deje Leik-GP.

—Tienes mi palabra.

El alivio me inunda las venas, porque le creo.

—Aclarado, entonces —le acepto el gesto y acto seguido el me ayuda a quitarme los guantes de boxeo.

Esta vez rebosa delicadeza.

—Una cosa más —dice cuando doy el primer paso hacia el ascensor —. Quería pedirte perdón.

—¿No lo has hecho ya?

—Por eso no. —Aprieta la mandíbula y mira al suelo, justo donde hemos acabado.

Siento cómo me baña una lluvia de lava.

Ardo de pies a cabeza.

—*Ahhhhhh*. Eso. No... No ha sido nada.

—No volverá a pasar.

Asiento. Me gustaría decirle que no me ha incomodado lo más mínimo y que, probablemente, ahora que mi ego no tiene que preocuparse por odiarle, incluso fantasearé con el tema en los momentos más inapropiados posibles. Pero no me atrevo.

—Alasdair, quiero pulsar el botón del ascensor, ¿pero me vas a pedir que no lo haga cuando ya me haya inclinado para...? —no puedo reprimir la risa que me arranca la mueca hastiada que pone—. Perdona era para relajar el ambiente, se había quedado un poco tenso.

—Eres *tan* amable.

Esta vez cuando sonrío, él también lo hace.

Llegamos con el resto y pasa lo que pasa.

—¿Solucionado? ¿Cómo? ¿Se ha arrastrado? ¿Mucho? ¿Qué te ha hecho? Eres otra persona, apenas queda odio en tus bonitos ojos —dice Darcy, que no sabe muy bien qué hacer con todas las armas para el linchamiento que ha tenido la delicadeza de traer a Leik-GP.

—Hemos hablado. Me ha prometido que no volverá a hacerlo —explico en voz baja mientras él habla con Alek Sant Delphi.

—¿Y le creemos? —Darcy arruga la nariz, dudosa.

—Yo creo que sí que le creemos —dice Keira y en cuando asiento, se quita la camiseta como si llevarla le hubiera pesado en el alma.

Me cae bien.

Le doy un buen abrazo a Darcy, y atreviéndome a coger a ambas de brazo, les enseño las instalaciones sin dormirme en los laureles porque tenemos mucho trabajo. Aunque la verdad, me encantará que ellos estén por aquí mientras hacemos pruebas.

Capítulo 26

Lina Dimettri

Días después. Red Bull Ring, Spielberg, Austria.

Ayer quedé segunda en la clasificación. Todo el mundo dice que es porque mi coche es el mejor de todos y, aunque es verdad, eso no explica por qué Mikel sale noveno por tercera vez consecutiva.

Asiento mientras Brutus me da unas últimas indicaciones antes de montarme en el F1. Alasdair llama mi atención metiéndose el mismo sobre de siempre en el bolsillo del pantalón y me pregunto si voy a morirme antes de saber lo que oculta.

—Lo vas a hacer muy bien, Lina.

—Tú creaste esta maravilla, te gusta ponérmelo fácil —le doy unos golpecitos en la espalda y troto hasta Alasdair.

JJ me intercepta.

—¿A dónde vas con eso?

Mierda, me llevaba los mandos del F1.

—Pasearlo por el box trae buena suerte, ¿no lo sabías? —se lo presto y lo dejo atrás.

Entro en la sala más importante de todas. O al menos, en la más interesante para mí.

—祝你好运.

—No me hables en mandarín —dice con la espalda recta sin dirigir los ojos en mi dirección.

—Te estaba deseando buena suerte.

Aprieta los labios como si quisiera guardarse sus opiniones, pero le estuviera costando. Me mira como si le pareciera mona. No atractiva como si quisiera guardarme en su bolsillo o algo así. *Tengo el cuello y los brazos demasiado desarrollados como para caber en un bolsillo.*

—¿Por qué sabes mandarín? —su tono de voz es más profundo que el pozo del que sale la niña del pozo.

No sé si he cerrado la puerta al entrar, pero creo que nos hemos quedado solos en el mundo.

—Mi madre creía que holgazanear era una pérdida de tiempo irrecuperable.

—¿Qué voy a hacer contigo, Dimettri?

—Podrías venderme al mej… —alzo la cabeza cuando me enjaula entre sus brazos y la pared—, mejor postor.

—Prométeme que vas a tener cuidado ahí fuera —habla tan cerca de mis labios que no puedo respirar.

Su boca es la obra de arte más bonita que he visto en mi vida. Y quiero comerme esa obra de arte.

—Lo tendré.

—Prométemelo mejor.

—¿Para qué escudería pilotó Sebastian Vettel cuando ganó su último mundial? —pregunto y juraría que murmura algo como «cerebrito»— Contesta.

—Red Bull Racing —separa los labios para pedirme que pare, pero no le dejo.

—¿Con qué escudería consiguió Michael Schumacher sus cinco títulos consecutivos? Venga, esta te la sabes, jefe.

—Ferrari. Lina… —me aparta el mechón que se ha escapado de mi moño deshecho y me acaricia la mejilla con el pulgar.

Mi corazón palpita a toda velocidad cuando giro la cabeza y le doy un beso lento a dicho dedo. Su contraataque es jugar con mi labio inferior mientras su otra mano acaricia mi cadera y me pega contra sí. No hay ninguna parte de mi cuerpo que no esté ardiendo.

—¿Y mi segunda piloto? —La voz de Lucian Hendrix nos sobresalta desde fuera.

La cara de Koven se contrae con recriminación a sí mismo y cierra los ojos con una maldición escrita en el silencio. «No volverá a pasar» eso fue lo que dijo.

—¿Dimettri? —insiste Lucian.

—Vete —pide y yo obedezco.

Lo hago. Con las piernas de gelatina, pero obedezco. La adrenalina zumba por mi cuerpo con un nivel de violencia mil veces más salvaje que de costumbre.

—¿Qué hacías ahí? —pregunta Lucian estrechando la mirada cuando me topo con él en el pasillo.

—Buscando a Alasdair. No le encuentro por ninguna parte. ¿Sabe que la carrera está a punto de empezar?

—Él ahora da igual, sube a tu monoplaza, Mikel ya ha salido.

Atravieso el jaleo del box, cojo el casco, me pongo los auriculares y ocupo mi sitio. Porque es *mi* sitio. Loïuan me lanza una mirada de buena suerte y me doy cuenta de lo mucho que adoro al chaval. Tiene a su madre enferma y aun así es pura luz.

—Lo he paseado, como a ti te gusta —dice JJ antes de devolverme los mandos.

—Gra-gracias. —A duras penas contengo la carcajada.

Capítulo 27

Koven Alasdair

Se me está dando de puta madre lo de mantenerme alejado de ella
Toco el sobre que descansa en mi pantalón y hago una serie de respiraciones profundas. Me prometo que en la próxima carrera tendré el pulso bajo control, pero sé que no va a ser verdad.

—Confío en ella —susurro en bucle solo para mí.

Me cuelo entre el equipo sin llamar la atención de nadie. Paso de largo a George que hace sus comprobaciones murmurando lo que parece un salmo. La tensión se palpa en el ambiente cuando paso por detrás del único F1 que queda ya en el box.

Me choco con Hendrix cuando estoy a punto de llegar al pit wall.

—¿Dónde estabas? —mira a mi espalda como si eso le pudiera dar algo de información.

—En el baño, ¿querías algo?

—Tú y yo tenemos una conversación pendiente y este es tan buen momento como cualquier otro.

—No creo que ahora sea un…

—¿Te la follas?

Veo cómo el F1 de Lina se aleja de boxes por la visión periférica y le lanzo una mirada poco amistosa a Lucian.

¿En mis sueños? Todos. Los. Putos. Días.

—No.

—Más te vale.

—¿Disculpa?

—No tolero ese tipo de relaciones en mi equipo.

—¿Por eso solo contratas a tíos, Lucian?

—Nos vamos entendiendo. —Sonríe como un gilipollas y antes de largarse a ver la carrera desde el paddock, añade—: Se que es difícil resistirse a un coño diez años más joven que tú, pero esta vez vas a tener que guardártela en los pantalones.

Sus palabras me repugnan y lo cojo del brazo con demasiada fuerza.

—Vigila lo que dices.

—Eh, que no te estaba juzgando.

—No soy como tú. Ni por asomo.

Puede que Lina me vuelva loco, pero solo ella. Me gusta su fuerza, la sabiduría que desprende su expresión irónica cada vez que me mira y que sea mucho más madura de lo que sería lógico que fuera alguien de veintiuno.

Aun así, puede que desearla me convierta en alguien despreciable de todas formas.

Pero no soy como Lucian.

—Vale, vale, tranquilo. Solo era por aclarar las cosas. —Sonríe fingiendo que no le ha molestado y se va con sus aires de petulante snob que se gasta.

Cretino.

Este tiempo trabajando con Lucian me he dado cuenta de lo mucho que han cambiado las cosas. Hace años no éramos más que dos chavales, ahora percibo cosas en él distintas a lo que recordaba. Cosas que, si estaban ahí desde el principio, yo no supe verlas.

De lo contrario, nunca lo habría considerado un amigo.

Me siento entre Brutus y JJ, obligándome a centrarme en lo que de verdad importa Este último parece tanto o más nervioso que las anteriores veces. El pit wall huele a euforia, nervios y sudor. Algo me dice que está así desde que Lina llegó al equipo, que todos la quieren más de lo que han apreciado nunca a Mikel. A través de los monitores vemos cómo se van colocando en posición.

—En algún momento se nos pasarán las ganas de vomitar, ¿no? –me pregunta JJ.

—Lo dudo.

—Vamos, chicas, controlad esas emociones —la voz de Lina nos llega desde la radio y hace que Brutus suelte una carcajada.

Lo que te gusta jugar conmigo, Dimettri.

Capítulo 28

Lina Dimettri

Ignoro el lacerante dolor de cabeza que me sigue de cerca en la séptima vuelta, pero me deja el cuerpo empapado en sudor frío. «Buen arranque. Mantén la calma». Han sido las únicas cuatro palabras de Alasdair por el momento y las atesoro como una medalla de oro.

La vuelta en el circuito dura tan poco que el tiempo no existe. Es una repetición frenética de frenar, girar, acelerar y sentir el cuerpo aplastado en todas direcciones. El coche vibra a través de mí y la adrenalina afila mis reflejos permitiéndome mantener la cuarta posición.

Lo que más me jode es que a quien tengo justo delante es al puto H. D. Antonov. El capullo risueño salía sexto y ahora va tercero. Ha cambiado a blandos antes que nadie y la jugada le ha salido bien. Está a solo un segundo y pienso quedarme con su posición.

—Lina, ¿estás bien? —pregunta JJ.

Solo entonces me doy cuenta de que estoy gruñendo como un animal herido.

El dolor forma parte de mi día a día, joder. Esto no puede sobrepasarme. No vamos a sufrir un episodio aquí y ahora, ya lo hemos hablado.

—Un calambre, estoy bien.

—¿Lo estás? —repite Alasdair, su voz cargada de tensión.

—Estoy bien. Te lo juro.

Aprieto el volante y respiro hondo.

Vamos. Mil millones de sesiones de fisio, ¡servidme de algo!

El dolor de cabeza amaina un poco cuando veo la oportunidad y mi corazón se salta quince latidos. Pulso el botón de DRS en el volante. El alerón cambia. El DRS abre una solapa en el alerón trasero. El ala genera menos resistencia. Gano velocidad. Disfruto de la sensación de que el acelerón se alargue y me propulse hacia delante, como si me

dieran una patada contundente. Me quedo con la tercera posición. Perc
a duras penas tengo oportunidad de disfrutarla.

Bandera roja.

¿Qué cojones?

Miro por el espejo y veo humo y el guardarraíl con un destrozo. Ha
habido un choque lateral de dos monoplazas y ahora un ala delantera
está hecha pedazos en mitad de la pista. Gruño y JJ cree que es de
rabia, pero no.

Qué va.

Capítulo 29

Koven Alasdair

Un Safety Car no es suficiente para cubrir los daños del choque de Xander Sazze y Jacob Alök. Todos los pilotos vuelven a boxes mientras se arreglan los desperfectos en la pista. Los que han chocado tienen diez minutos para hacer las reparaciones que puedan y el resto aprovechará para cambiar neumáticos.

Ni eso ni la carrera me importan una mierda, porque cuando la veo pálida y contraída, sé que está mal.

—No te preocupes, solo serán diez minutos —dice JJ, al suponer que solo está cabreada.

El berrinche que está teniendo Mikel nos viene bien. Me coloco frente a ella y ni siquiera tengo ganas de llamarla mentirosa. Estoy a punto de pedirle que me siga cuando dice:

—Ayúdame.

Tiro de ella y me la llevo a una sala silenciosa y con pestillo. Pasamos entre la gente volando. Echo el cerrojo y cuando me doy la vuelta, ella ya está en el suelo. *Joder, ni siquiera en la banqueta.*

—¿Cuándo ha empezado?

—No lo sé, es diferente. Ha sido lento. Me dolía… pero bien. Controlable.

—¿Te dolía «bien»?

Sacude la cabeza, con la cara roja, los ojos llenos de lágrimas y mordiéndose el labio con fuerza.

—Ahora ya no. —Se retuerce empapada en sudor.

Intento quitarle algo de ropa cuando acerca la mano a la cremallera del cuello como si se estuviera asfixiando. Le desabrocho el mono hasta la mitad y sus gemidos de dolor se vuelven gritos.

—Dime lo que necesitas.

—No puedes hacer nada. Mierda, no tenía que ser así… —se tapa la boca cuando el dolor la baña de nuevo.

Son como olas y las veo pasar a través de ella sin poder hacer nada para protegerla.

—¿Estás segura de que no…?

—No tiene nada que ver con correr —interviene jadeante.

—Te ha pasado dos veces después de conducir.

—Me ha pasado muchas más en mitad de la noche mientras dormía ¿eso quiere decir que tengo que dejar de dormir? —se tapa la boca con la mano para contener el grito que le araña la garganta y le retuerce la espalda.

Aparto su mano y dejo que la mía ocupe su lugar. Abre los ojos como si no diera crédito.

—Muérdeme.

El turquesa se baña en el horror, en uno distinto al que le recorre el cuerpo. La siguiente ola es inminente. Intenta apartarme, pero no la dejo.

—Quiero compartir tu dolor, Lina, muérdeme.

Se aferra a mí con ambas manos y noto cómo su cuerpo la tortura cómo la electricidad la atraviesa de pies a cabeza.

Lo hace. Me clava los dientes y rezo por zafarla de parte de su dolor.

Capítulo 30

Lina Dimettri

Tengo un demonio dentro. Uno que jura que va a convertirse en m peor pesadilla. Miro el reloj que no avanza mientras el suplicio m quema hasta el último nervio. Se queda encallado en el tercer minut por lo menos cincuenta y cuatro. Pero amaina al llegar al sexto.

Alasdair aparta la mano de mi boca cuando yo se lo pido y m limpia la sangre con el pulgar.

—¿Estás mejor? —pregunta ignorando su propio dolor.

Asiento, aunque todavía tengo ganas de llorar.

—No te contengas —dice colándose en mi cabeza una vez más.

—Es ridículo que tenga ganas de hacerme un ovillo y llorar como s alguien que no conozco hubiera venido a darme una soberana paliza y me sintiera triste. Esto lo ha hecho mi propio cuerpo y va a segui pasando. Siempre —repito las palabras de Ferrinol—. Toda mi vida.

—No estarás sola.

De repente, una ráfaga de lava dulce se cuela bajo mi ropa cuand Alasdair mete la mano buena dentro de mi mono abierto y acaricia m costado bajo la fina camiseta de tirantes.

—¿Qué estás…?

Su mano cálida sube y baja de forma rítmica y suave hasta que s topa con la línea de mis pechos. Ni siquiera los roza y ya me esto muriendo por dentro.

—Quiero hacerte sentir mejor.

El corazón me da un vuelco cuando se inclina y me planta un bes en la franja de piel expuesta. Enredo los dedos en su pelo, incrédula d que esas cuatro palabras hayan salido de su boca. Una que llev deseando toda mi vida.

Tiro de él para que se incorpore y lo hago yo también.

—¿Qué soy, tu proyecto de caridad? —susurro atontada, pero él n me mira a los ojos—. ¿Cómo tienes la mano?

—¿Puedo besarte?

Dios santísimo.

—No has respondido a mis preguntas.

—Es que ha sido tan ridícula que pensaba que no hacía falta. Y la mano la tengo estupenda. —Se le curva la sonrisa.

—Estoy oficialmente ofendida —*y cachonda*.

—Y preciosa —me coge del cuello con brusquedad y me atraviesa con el azul de sus ojos.

Puedo contar con los dedos de una mano las veces que un hombre me ha llamado preciosa, pero todas esas veces se esfuman para dejar espacio a esta.

—Un gesto de caridad sería que me permitieras besarte, Dimettri.

No soy de piedra y si lo fuera, sería una que a duras penas mantiene unidos sus pedazos.

—Sí… —Me inclino hacia sus labios, pero quien devora la distancia final es él.

No me abre la boca con delicadeza. Es intenso desde el minuto cero no me trata como si fuera una muñeca rota y eso que acaba de ver cómo me desmorono. Toma posesión absoluta de mis labios, su lengua invade y conquista mi territorio hasta que no me queda más remedio que deshacerme entre gemidos.

Se separa de mí y me observa como si fuera algo inaudito.

Su pulgar se clava en mi mandíbula, obligándome a levantar la cara y cuando su boca colisiona con la mía el beso es cruel y despiadado. No me prueba, me come. El ansia marca cada movimiento y baja mis defensas sin que pueda oponer puta resistencia.

Alasdair me besa como nadie lo ha hecho nunca, sacudiendo los cimientos de mi mundo y cambiando mis bases firmes por gelatina. Sacude partes de mi cuerpo que ni siquiera toca. Mis terminaciones nerviosas gritan de placer. Mi sexo palpita de deseo. Tiemblo de necesidad y estoy a punto de subirme encima suyo cuando oímos a Loïuan anunciar que queda un minuto.

No puedo moverme porque su mano sigue firme en mi mejilla. Todavía oigo el viril «buena chica» que ha ido soltando cuando le he lamido el cuello. *Cada segundo de lo que ha pasado en esta sala va a vivir para siempre en mi cabeza sin necesidad de pagar alquiler*.

—Tengo que irme.

Casi antes de que termine, ya ha tirado de mí y me ha puesto en pie sin esfuerzo. Antes de que pueda decir palabra su lengua recorre m

garganta y tiene que sujetarme para que no me caiga. Cuando por fi cuadra los hombros y me mira, tiene los labios hinchados y un expresión severa. *Creo que quiere follarme duro contra la pared. Dios me encantaría que lo hiciera.*

—Nadie puede saberlo.

—¿Porque lo que hemos hecho está mal? —pregunto, lista par volver a subir los muros.

—Porque podría traerte problemas y estoy aquí para facilitarte l vida.

Alasdair bien podría haberme metido la mano en el pecho estrujado el corazón con sus propios dedos, habría sentido lo mismo *En una de estas acabas conmigo.*

—¿Y en privado?

Sonríe de manera torcida, me acuna las mejillas con las dos manos me atraviesa con su dura mirada.

—¿Estás lista?

—Mejor de lo que he llegado, sin duda. Y gracias a ti, 师傅 [2]

—Tenemos que empezar a poner normas.

—¿Normas?

—Para que coexistir cerca del otro no sea una tortura —dic poniendo distancia literal entre nosotros mientras me mira como u león a una gacela.

—Adivino, ¿nada de mandarín?

Asiente respirando con dificultad. Me subo la cremallera del mono salgo lista para pelear.



Faltan cinco vueltas para la setenta y uno.

No pienso reconocérselo ni muerta, pero lo que me ha hech Alasdair con la lengua me ha permitido volver a la carrera de un maldita pieza. *Parece que mamá me ha enviado un ángel de l guarda. Uno sexy, oscuro, salvaje, rudo y hambriento.*

Cuando JJ me avisa por radio de que H. D. Antonov se acerca a m por dentro de la curva, no pienso que esa va a ser la razón por la que n voy a acabar la carrera.

Capítulo 31

Lina Dimettri

El oído me pita y la espalda se me queja. Tardo un segundo a entender que hemos chocado. Ha pasado tan deprisa que en un abrir y cerrar de ojos estoy en la grava y la parte frontal de mi F1 ya no está adherida a él.

Miro a mi alrededor y el único monoplaza que veo es el de Antonov.

No, ¡¡no, NO!!

A la mierda la carrera. Gruño de rabia y solo entonces soy consciente de los alaridos en mi oreja.

—¡¿Estás bien?! Lina, responde —JJ y Alasdair se alternan para volverse locos.

Les contesto que sí, pero no parecen convencidos. Oigo los gritos de furia de Antonov antes de que salga de su F1 y venga a disculparse.

¿Quiero darle un puñetazo en la nariz? No, uno no: dos. Y luego un rodillazo en la cara. Pero por deportividad, acepto sus disculpas. Me alegra ver que está bien, en el fondo ha sido un choque leve.

Sacan la bandera amarilla, los afortunados que todavía circulan reducen la velocidad y no pueden adelantar a nadie en este tramo. Pese a que ambos coches han ido a parar fuera de la carretera, los comisarios entran a retirar piezas y en cuanto la limpian, se vuelve verde.

Para entonces, yo ya estoy con los míos. ¿La única pega? No lo hago sola. Antonov viene a disculparse con el equipo pese a que le he dicho que no es una buena idea tres malditas veces. No le importa, dice que va "con su código". Serán sus estúpidas tres últimas palabras.

—¿De verdad estás bien?

—Menudo susto.

—Ibas tercera joder, qué cabrón.

Brutus, JJ y George se alternan para hablar unos encima de otros pero el que me preocupa es Alasdair. Nadie podría describir mejor el sentimiento de furia que un estoico perdiendo los papeles por primera

vez. Alasdair no espera a que ninguno diga nada. Me ve las heridas en la cara y las manos y lo acusa de haberlo hecho adrede.

—Yo nunca… —Antonov no termina la frase porque, de la nada Alasdair le suelta un puñetazo en la cara.

—*Dios mío*.

Todo el box se revoluciona.

—Vamos a calmarnos todos, ¿vale? —Brutus media mientras hacemos por separarlos.

Unos de manera más entusiasta que otros. Pero Alasdair está fuera de sí y mi corazón no debería latir tan deprisa mientras lo oye gritar que va a matarlo.

—No era mi intención.

—¿Por qué te has acercado tanto si no era tu intención, gilipollas?

Las cámaras lo captan todo y maldigo el espectáculo y las represalias que nos vamos a comer por esto. Empujo a Alasdair dentro lejos de la zona de boxes, de Antonov, de las cámaras y de todo.

—¿Te puedes tranquilizar? ¿Respirar, por lo menos?

—Tiene cuarenta putos años, ese cabrón sabía lo que iba a pasar si se acercaba tan…

—Estoy bien.

—Él no lo estará.

—Eh —cojo sus manos heridas y solo entonces deja de revolverse como un puma enjaulado—, estoy bien.

Me estrecha entre sus brazos en cero coma con la intensidad que necesito.



Si una parte de mí creía que ahí acababa la cosa, ay… ojalá.

Voy a perder el avión y a quedarme sin mis preciadas partidas a UNO. ¿Por qué? Porque los paramédicos que estudian mi estado después del accidente, allí en el circuito, no le valen. Alasdair insiste en llevarme al hospital. Así que mientras todo el equipo cruza la puerta de embarque, yo aparco el culo en una cama de hospital.

—Eres un cabezón. Te he dicho que estoy perfecta. ¿Quieres que te baile un tango a lo Shakira? ¿El Baby Shark, por los viejos tiempos?

Ni siquiera me contesta. Está tan enfadado que solo aprieta la mandíbula y llegado un punto se va a por algún personal médico

Decido coger el teléfono y responde una llamada de alguien que *sí* me escuche.

—No se puede discutir con él, desde el accidente está que muerde —le cuento a Loïuan—. Pero ya le he explicado que Antonov estuvo maldiciendo todo lo maldecible y luego vino a disculparse. Primero conmigo y luego con todos vosotros.

—Mala idea, *girl*.

—Ya, yo también se lo dije —exhalo frustrada—. Sé que ha sido un accidente, he visto las grabaciones. Además, todos conocemos la forma de conducir de H. D. Antonov.

—¿Un piloto puede volverse mucho más temerario de la noche a la mañana? Tal vez —comenta George ya que me tienen en manos libres.

—Fue un accidente —repito.

—No es a nosotros a quien tienes que convencer, aunque nos alegra que estés bien.

Cuelgan porque tienen que ir a por sus maletas.

Vuelve con el médico, —quien tiene cara de querer asesinarlo tanto como yo—, y el especialista nos dice que estoy bien. Que acuda a un hospital si siento mareos, vomito o si algo cambia en mi espalda, pero que con un poco de reposo ni siquiera hará falta que me salte la próxima carrera.

Alasdair no parece en absoluto satisfecho con el diagnóstico.

—Este debió ganarse el título en una tómbola.

Doy gracias de que haya esperado a que saliera por la puerta.

—¿Serviría de algo si te dijera que estoy bien?

Endurece la mandíbula mientras me acaricia el pelo. El gesto es tan íntimo y dulce que me deja de piedra.

—Di que le odias.

—Oh, sí, desde luego. Antonov da asco.

Se inclina hacia mi mejilla amoratada y la besa, como si no hubiera oído el clarísimo tono sarcástico con el que lo he dicho.

—Buena chica.

La parte baja del estómago se me contrae a traición y siento cómo me pongo cada vez más roja.



Cedí en lo de ir al hospital en Austria, sí, pero en el manual de mentor pirado, al parecer, eso no evita que en cuanto aterrizamos en

Indiana, Alasdair me arrastre a otro.

No ha comido nada desde el accidente. Apenas hace otra cosa que observarme como si me fuera a desplomar en cualquier momento. Le pido que me traiga una barrita de la máquina expendedora, pero irónicamente se olvida de mí cuando vienen los médicos. No sé si quiero matarlo o meterle la lengua en la boca.

Pero lo que no me esperaba era que, cuando el doctor de turno le dice que estoy perfectamente, *porque lo estoy*, y Koven Alasdair se va para ofenderlo y pedir una segunda opinión, *que en realidad es una quinta*, mi mejor amiga entrara por la puerta.

—¿Darcy? ¿Qué haces aquí?

Mocosa, despeinada y con los ojos tristes. Casi no parece ella.

—He tenido que enterarme por otro que estabas en el hospital. ¿Qué clase de zorra eres tú? ¿Te puedo abrazar? —pregunta abrazándome— ¿Te estoy haciendo daño?

—Estoy bien, puedes abrazarme. —La llamé yo después de que ocurriera porque sabía que estaría viendo la carrera. Es evidente que no fue suficiente. Esta sensación es nueva para mí y lo admito sin darme cuenta—. Ni siquiera mi madre se preocupaba tanto. Ella sabía que si podía caminar por mi propio pie, estaba estupenda.

—No estás estupenda, tienes la cara amoratada. ¿Y que son estos arañazos en las manos?

—No son nada. —Es adorable que crea que eso es algo terrible.

Antonov también correría peligro con ella.

Darcy se sienta en la camilla a mi lado y me coge las manos.

—Mi hermana mayor… Supongo que ya sabes lo muchísimo que la quiero, ¿verdad?

Asiento. Monique y Darcy no tuvieron una infancia fácil. Al revés. Estuvieron ellas dos solas durante bastante tiempo. Darcy pudo beneficiarse de la generosa diferencia de edad entre las hermanas, pero Monique tuvo que darse prisa en crecer y coger las riendas.

—Pues un día, cuando yo tenía quince, Monique me dijo que se acordaba de la primera vez que me había cogido en brazos. De cuando era solo una bolita rosada y llorona. Dijo que me calmé en cuanto estuve en sus brazos y que sintió una conexión inmediata conmigo. Que supo que haría cualquier cosa por protegerme.

—Dios, Darcy —me limpio el agüilla de la nariz.

—Pero dijo que no se acordaba de la última vez que me había cogido en brazos.

—Eso es un trend, lo he visto en internet —lloriqueo.

—Cállate y déjame acabar. El caso es que me pidió cogerme en brazos para recordar la última vez que me cogiera. La dejé pese a que era una adolescente que no paraba de repetir "esto es una ridiculez" y lloramos como dos pánfilas abrazadas la una a la otra.

—¿A qué viene esto? —sorbo por la nariz, moqueando como un bebé.

—Viene a que quiero mucho a mi hermana, Lina. Muchísimo. Tanto que un día reviento. —Entonces ella se acerca y acuna mis mejillas entre sus manos—. Pero a ti también te quiero como a una hermana pedazo de idiota. Y si tienes un accidente con tu F1 y acabas en el hospital, no quiero que me digas que estás bien. ¡Quiero que compartas ubicación y esperes a que llegue!

Nunca he tenido una hermana, pero estoy bastante segura que tenerla se parecería mucho a esto. *Solo rezo porque Alasdair no decida entrar justo ahora porque si no Antonov no tiene mundo para correr.*

Capítulo 32

Koven Alasdair

Antonov no tiene mundo para correr.

—Así que hay un montón de titulares sobre ti, con fotografías en las que sales tú a punto de zurrar al piloto que le dio el toque a Lina con el coche —resume el profesor al mando del laboratorio de North Star en el que estoy, al que ahora quiero prender fuego.

—Chocó contra ella —puntualizo—, tan fuerte que la sacó de la pista. Y van a amonestarlo por haberlo hecho a propósito.

—Quieres decir que estás trabajando para que lo amonesten.

—Eso he dicho.

—¿Y hasta ahora cuál es el veredicto?

—El veredicto real no me lo darán hasta que comprueben *otra vez* las pruebas tal y como les he pedido.

Mi único amigo tiene pinta de estar aguantándose la risa. *Creo que voy a dejar viuda a Keira. No pasa nada, encontrará algo mejor. Yo puedo ayudarla a buscar remplazo desde la cárcel.*

—Contéstame a dos cosas, ¿no eras tú el que no quería que empezaran a cuchichear sobre vosotros en plan romántico porque eso podía perjudicar a Lina? Y la otra, ¿salís bien en las fotos?

—¿No las has visto? —aprieto los dientes.

—De hecho, sí.

—¿Y entonces por qué preguntas?

—No podía desaprovechar la oportunidad de tocarte las narices.

Me froto las sienes y me dejo caer sobre uno de los taburetes negros del laboratorio que demuestra que los científicos no saben una mierda de ese lugar tan famoso llamado IKEA.

—Soy gilipollas.

—Qué va —me da unos golpecitos en la espalda.

Alzo la cabeza y estrecho la mirada.

—¿Vas en serio? ¿Acaso no te has oído, tío?

—También he leído los artículos. Te tachan de sobreprotector, de agresivo. Sí, en algunos casos ponen en duda si lo que te pasó te ha vuelto así o si acaso se trata de una cuestión de género y lo haces porque es tu primera piloto. Pero por el momento no hay cotilleos románticos. Estabas tan cabreado contigo mismo que ni los has leído ¿a que no?

Me conoce demasiado bien.

Creo que ha llegado el momento de dejar de ser amigos.



Esa noche tampoco puedo dormir. Creía que me desmayaría por agotamiento, pero no puedo dejar de darle vueltas a los diagnósticos de los médicos. *¿Y si se equivocan? ¿Y si le ocurre algo y está sola?* Una melodía me trae de vuelta al presente y veo que Brutus me llama sin importar lo tarde que es.

Descuelgo el teléfono, no sé por qué.

—¿Qué?

Lo primero que oigo es su risa.

—Sabía que estarías despierto.

Lo último que necesito es que cuiden de mí, pero después de diez minutos hablando me doy cuenta de que esa es precisamente su intención.

Capítulo 33

Lina Dimettri

Silverstone, Reino Unido.

El viernes en los entrenamientos, la cosa está tensa. No tenía ninguna intención de contarle a Alasdair que he ido a ver al equipo de Antonov con tal de aclarar malos entendidos y dejar claro que no hay malos rollos.

Digamos que no me han recibido con los brazos abiertos precisamente. Han mencionado algo sobre Alasdair estando demasiado cómodo con las amenazas.

Antonov no ha dicho mucho más que un escueto «está todo bien Lina». Lo mejor es que cuando he vuelto con mi equipo, Alasdair ya se había enterado.

—Mira, me duele la cabeza y no me apetece que vuelvas a echarme el sermón.

Veo cómo se le caen las ganas de abroncarme hasta los pies. *¿Está mal que sea súper mentira lo del dolor de cabeza y que haya usado mis dolores crónicos para librarme de esta? ¿No? Estupendo.*

Volvemos con el equipo.

—JJ, ¿qué haces con los mandos? —pregunta Brutus.

—Pasearlos por el box, trae buena suerte.

—¿Qué chorrada es esa? ¿Desde cuando?

—Desde que llegó Lina.

La sonrisa me llega de oreja a oreja. Miro los dulces que he traído hoy, italianos, haciendo honor a la familia de mi padre y que están haciéndole compañía al pastel de árbol Baumkuchen de George.

Me siento parte del equipo. A gusto. *Ahora tengo una familia ambulante y otra en North Star, qué suerte.*

De repente miro mis zapatos feuchos de trabajo y hecho de menos todas las tardes que he pasado con Darcy en la biblioteca del ala de

psicología de la universidad de North Star, fingiendo que prestaba atención a mis libros de derecho.

«Con los apuntes abiertos y la una al lado de la otra, miramos TikToks en los que aparece un Koven Alasdair furiosísimo.

—Perdona que te lo pregunte, ¿pero cómo narices te concentras?

—No es mi tipo.

—Claro, claro, puedo fingir que te creo. ¿Estás interesada en las mentiras piadosas y las pantomimas?

—Altamente interesada.

Darcy suelta una carcajada y nos llueven un montón de "shhh".

—Hay miles de posts de vuestra discusión.

—¿Qué discusión?

—La que el público se imagina que tuvisteis cuando te lo llevaste de allí a rastras para que no matara a H. D. Antonov. Están mezclando imágenes con las de aquella vez que te pidió que frenaras para quedar última en la Q3 y tú saliste del F1 con ganas de quedarte con su cabeza. Os han apodado el estoico y la rebelde. Os emparejan en todas partes. Van a empezar a salir fanfics vuestros cualquier día de estos.

Me froto las sienes.

—Ay, madre mía…

—Uy, ¿y ese tono? ¿Ha pasado algo que no me hayas contado? ¿Cómo te atreves?

—No es nada. Solo que no me paran de llegar mensajes asquerosos diciendo que he conseguido entrar en el mundillo gracias a mis habilidades para arrodillarme, y que debo hacer muy bien las mamadas.

—Es típico que un hombre con la polla diminuta se sienta amenazado por una mujer poderosa como tú y acuda a esos desesperados intentos con tal de sentirse mejor. No hagas caso, el resto del mundo estará alucinando con tu talento. ¿Qué ha dicho Koven?

—No hemos hablado del tema.

—O sea que se lo estás ocultando.

—Sí, me da la sensación que es una de las cosas que le preocupan —y no quiero que se aleje de mí—. Ahora entiendo por qué era tan distante conmigo cuando estábamos en público. Tan diferente.

Una parte de mí pensaba que bajaba la guardia conmigo y que solo a mí me permitía ver su lado más dulce. Me hacía sentir especial. La verdad también me hace sentir especial, quizá incluso más.

—Teniendo en cuenta lo que vi en el hospital, es evidente que es un buen tío que intenta protegerte dentro y fuera de la pista. Como tu amiga, no puedo estar más contenta de que lo tengas en tu equipo.

Me froto la cara cuando las mariposas vuelan de mi pecho a mi estómago, dispuestas a montar una fiesta que yo no he pedido.

—Vale ya de hablar de F1. Cuéntame cómo te fue el examen y luego dime si al final te compraste o no las dichosas botas por las que llevabas babeando semana y media.

Darcy sonríe de oreja a oreja porque me acuerde de eso, y pienso en que he debido ser bastante mala amiga y una egocéntrica de cuidado estos días.

—El examen ha ido genial. Lo bordé.

Soy nueva en esto de ser amigas, pero quiero cuidarla, así que cuando me dice que no se ha comprado las botas porque son muy caras, se las compro yo.

Se las llevo en cuanto me llegan a casa, dos días después.

—Tengo algo para ti —le digo al llegar a la cafetería.

Ella ve la bolsa, el nombre de la tienda y se queda boquiabierta.

—No.

—Sip.

—No te habrás atrevido.

—Sip.

—Noooo.

De repente entro en pánico. Dudo si lo va a ver como un mal gesto. Dudo de si me he equivocado de color. Dudo de cómo me llamo.

—Has trabajado durísimo desde que empezó el curso y te las mereces. ¿Me he pasado?

—¡Tres pueblos! —chilla y todos los presentes en la cafetería nos miran con una ceja alzada—. No puedo aceptarlas.

—¿Por qué no?

Me coge las manos.

—Amiga, tengo la sensación de que intentas comprar mi cariño con cosas bonitas.

—No sé por qué dices eso.

—La primera semana de conocernos me regalaste un viaje a Santorini.

—Uno que no aceptaste. Las amigas se aceptan los regalos. ¿A cuántos matchas me has invitado ya?

—A los suficientes como para merecerme medio tacón de una de las botas. Lina, no es un regalo comparable a los detalles que yo tengo contigo.

—Y no tienen por qué serlo. Tú aportas mucho a esta relación que yo nunca podré.

—¿De qué estás hablando?

—Eres divertida, muy positiva, alegre, y yo…

—Eres tonta perdida. Es cierto, salgo perdiendo en esta amistad. Quizá sí me merezca las botas.

—Digo que el dinero no tiene valor para mí si no me permite cuidar a quien quiero —empujo la caja de las botas en su dirección sin mirarla, y sí, poniendo morros.

—¿Acabas de decir que me quieres?

Alzo la vista y de repente estoy roja como un tomate. Darcy lo ha preguntado muy alto y toda la biblioteca nos mira como si estuvieran esperando el «sí, quiero» del futuro matrimonio lésbico de North Star.

—¡Pero serás! —Darcy se lanza a mis brazos con los ojos brillantes de lágrimas—. ¡Esto no se hace!

Mi vena competitiva se siente satisfecha.

Hemos ganado. Se queda las botas».

Sonrío como una tonta y me pregunto qué pie calzará Keira. Me acerco al hombre que ha hecho posible todo esto, el que me dio la oportunidad cuando todos me cerraron la puerta.

—Lucian, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Tiene que ver con la carrera de pasado mañana?

—Mmm, no —admito y sus hombros caen de inmediato.

—Pues no me asustes en vano, ¿quieres, niña?

Asiento.

—¿Puedo pegarle esto a mi casco? —le enseño la pegatina.

—¿Qué son? ¿Unos labios?

—Sí, de las Bratz. Unas muñecas que… —carraspeo—. Es una tontería.

—Haz lo que quieras mientras no tapen el logo de ninguno de nuestros patrocinadores. —Me deja atrás como si hubiera cubierto el cupo de minutos de charla que está dispuesto a tener conmigo.

Pero un éxito es un éxito.

Darcy

Sábado, Indiana, EEUU.

—¿Qué es una chicane? —pregunta Keira antes de que empiece la Q1, apalancada conmigo en el sofá bajo un par de mantas.

—Si te digo la verdad, todavía no entiendo la mitad de la jerga.

—¿Qué diría Jace Dubois? —me mira con perspicacia.

—Se llevaría las manos a la cabeza de forma reverencial y elegante A ver qué dice internet. "Secuencia de curvas cerradas y pronunciadas frecuentemente en forma de S" —leo—. Suena fácil.

—Ya me estoy poniendo nerviosa. —Keira se lleva la mano al pecho —. ¿Cómo puede hacer esto Lina?

—No lo sé, pero tampoco sé cómo puedes ir tú a las olimpiadas y se que en unos meses vas a bordarlas.

—Te sorprenderá saber que esa comparación no me pone menos nerviosa.

—Lo siento —me muerdo el labio para no soltar una carcajada y golpeo el sofá a mi lado—. ¿Quieres oír algo terrible? Leí que a Marcus Torrent lo apodaron «el nuevo Lucian Hendrix» porque empezó su carrera ganando de manera tan agresiva y salvaje como él.

—De verdad, algunos periodistas deportivos tienen la sensibilidad de un estropajo. Pobre Lucian. Me parece que hacerse con la escudería y fundar Leik-GP después de lo que le pasó es una manera genial de quedarse en el mundillo. Así al menos puede ayudar a otros a cumplir su sueño.

—Ya te digo. Según he leído Marcus perdió la vida en Monza, el circuito italiano. Imagino que para Koven será un mal trago cuando la temporada los lleve hasta Italia.

—Él también tiene un gran corazón.—Keira me aprieta la mano nerviosa como yo.

En la tele, dan la señal y empieza el espectáculo.

Capítulo 34

Koven Alasdair

Sábado, horas después de la clasificación.

Yo venía a hablar con ella, solo a hablar. Así que no sé cómo he acabado abriéndola de piernas contra el escritorio de su habitación de hotel y frotando mi erección contra su centro.

—Vamos a ver, te estaba diciendo que el programa de mañana…

—Quiero que me folles con la rabia con la que me odiabas —susurra de forma obscena.

—Joder, Lina. Yo nunca te he odiado.

—Me gustaría quitarme la camiseta, ¿puedo hacerlo? ¿O vas a pedirme que me la deje puesta cuando la tenga a medias de quitar?

—*Dimettri.*

—¿Y las bragas? Me gustaría que las vieras, pero no sé si me dará tiempo a bajarme…

Tiro de su culo y la froto contra mí con severidad.

—Ya solucionamos ese tema.

—Sí, pero sorpresa, sorpresa, puedo seguir siendo odiosa, esta vez por las razones correctas. —Saca la lengua y la desliza por mi mandíbula, probándome despacio como si fuera un puto helado.

No debería tocarla.

No deberíamos seguir con esto.

No está bien. Nada bien.

—Me gusta que me aprietes tanto contra ti, que me claves los dedos como si temieras que fuera a desaparecer. —Se inclina hacia delante para rozar sus pechos contra mí—. Es muy sexy.

Los pezones se le marcan a través de la camiseta y creo que podría morirme. Pero hay mucha distancia entre nosotros. O debería haberla. Diez kilómetros como mínimo. O diez mil.

—Nada sería suficiente —susurro succionando la piel de su cuello.

—¿Piensas dejarme chupetones por todo el cuerpo o hacer que me corra? —pregunta en tono divertido y cantarín cuando me alejo.

La beso hasta perder el norte, hasta que gime, hasta que se enreda en mí con desesperación.

—Voy a esperar a que estés tan mojada que lo único que salga por tu boca sean súplicas porque tome lo que es mío. A ver quién de los dos puede ser más odioso. —Mezo sus caderas contra mí.

—¿Lo que es tuyo? —susurra y temblorosa se sacude por la fricción que se está llevando su clítoris—. En tus sueños, chaval.

Le subo la camiseta hasta que sus pechos quedan al descubierto y succiono sus pezones de manera reverencial mientras mis afortunados dedos se cuelan en su centro.

Con un par de centímetros compruebo que está mojada. Mucho. Está tan lista que la polla me da una sacudida brusca en los pantalones. *¿Su piel va a dejar de ser tan jodidamente suave y dulce en algún momento o me voy a tener que morir?*

—Serías más convincente si no fuera por la erección que noto contra mí. Dudo mu… mucho que puedas aguantar hasta… *ahhh,* que yo suplique.

Tiene razón, si se hace la dura no voy a aguantar una mierda. Pero no importará porque si me corro volveré a estar duro en cero coma.

Lina se retuerce contra mí, su perfecto coño palpitando cada vez más deprisa contra mis dedos que no dejan de penetrarla. *Se me va a ir la puta olla.*

—La tienes muy gruesa y larga. Podrías callarme con ella si me la met…

Curvo los dedos y acelero el ritmo en que se los meto y los saco.

—Qué sabrás tú sobre cómo tengo la polla, Dimettri. —La ataco con la rabia que me da no estar de rodillas con la cara enterrada entre sus muslos.

Antes de que se corra salgo de ella y llevo los dedos hasta su mejilla. La acaricio con ellos, humedeciéndole la cara.

—La he sentido contra mí en anteriores ocasiones —responde aprovechándose de la fricción contra mí, la que sea.

—Sé una buena chica y pídemelo. —La acaricio por encima de la tela notando como se humedece gracias a esas dos palabras.

Se le acaba la rebeldía cuando mi pulgar dibuja círculos preciosos contra su clítoris hinchado y sensible. *Lo único que quiero oír el resto de mi vida es a Lina gemir.*

—Tú ganas, *por favor, te lo suplic…*

Le succiono el pezón con un hambre que debería darle miedo y esta vez cuando encuentro su entrada le meto los dedos hasta el fondo.

—¿Tres? ¿Puedo meterte tres?

No responde, así que no lo hago.

Ni siquiera tengo oportunidad de desvestirla del todo. Lo estoy haciendo mal, pero es que necesito que me empape los dedos, necesito sentir cómo el orgasmo le retuerce hasta las entrañas.

Entonces pasa. La forma que me aprisiona contra ella, que se desborda de placer perdiéndose en un beso sucio contra mi boca, me deja sin palabras. *Que le den por culo a la Fórmula 1, esta es mi nueva pasión.*

Lamo su sabor de mis dedos fingiendo tener algo de control mientras ella se recupera.

—Bien. Ahora podemos empezar a jugar en serio.

—¿Empezar? —se baja del escritorio rozándose contra mí—. Pero si yo ya he acabado. —Se desnuda de cintura para abajo y dice dándome la espalda—. Voy a darme una ducha.

Tiro de ella y mi intención solo era atraerla hacia mí, pero opone resistencia y acabamos en la cama. Enseguida nos hace girar. Se tumba sobre mí haciendo uso de su fuerza y habla a un palmo de mi boca.

—No me gusta que me den órdenes, Alasdair. Y vas a aprenderlo por las buenas o por las malas.

Intenta quitarse de encima, pero pongo las manos en su culo para impedírselo.

—¿Y si prefiero entenderlo por las malas?

—Entonces vas a estar duro muchas más veces de las que te vas a correr.

—¿Y si a mí solo me importa que te corras tú?

Se petrifica. Se queda sin fuerzas al tiempo que se abren los ojos tanto que pasan a ocuparle toda la cara. Pero no con sorpresa, *con miedo*. Si me preguntas a mí, alcanza un nivel nuevo de belleza.

—¿Q-qué acabas de…? *¿Qué?*

Tiro de ella. La hago resbalar por mi cuerpo hasta que su delicioso centro está en mi boca. Una vez allí, le succiono el clítoris antes de que tenga oportunidad de encontrar las palabras que le faltan.

Capítulo 35

Lina Dimettri

No sé cómo he acabado sentada en su cara, pero ahora estoy bastante segura de que quiere que lo mate, que lo asfixie. Quizá enviarme a la cárcel sea su verdadero castigo.

Alasdair no me suelta hasta que me deja hecha un desastre, me limpia y vuelve a repetir el proceso. Creo que me ha licuado el cerebro cuando me aparto de él y me caigo sobre la cama. Dice no sé qué sobre lo deliciosa que soy y entonces se levanta.

Me lo quedo mirando, incrédula cuando tiene toda la pinta de que va a marcharse a su habitación.

—¿De verdad vas a irte? —repaso su cuerpo con la mirada centrándome en el bulto en su pantalón—. *¿Así?*

—Si es lo que quieres, claro. —Su voz gutural reverbera por mi piel.

Alasdair se apoya en la pared y vale que sea un gesto sexy a rabiar pero lo que me hace no es ni medio normal. *No hay ni un pulso que te gane. Eres t-a-n odioso.*

—No quiero que te vayas —admito y sacudo la cabeza para más énfasis—. Puedo ser la menos orgullosa de los dos, no importa.

—¿Crees que te pido que me supliques por orgullo? —en un par de pasos ya está a mi lado, mirándome desde las alturas y cogiéndome una mejilla con cariño—. Tienes diez años menos que yo y hay una infinidad de razones por las que esto está mal.

—No es verdad.

—Tengo mucha más experiencia que tú.

—Irrelevante —tiro de él, pero no se mueve.

—Soy tu entrenador, se supone que una figura de autoridad para ti.

—No cuando estoy desnuda, no —tiro más de él hasta que cae sobre mí.

—Tu carrera depende de que yo me quede a tu lado.

La vulnerabilidad de su tono y de sus ojos me abren grietas en e corazón.

—¿Crees que hago esto por miedo a que te vayas?

No contesta, pero por primera vez en toda mi vida veo duda en e rostro de Koven Alasdair.

—Has llevado a la cima a muchos, y eso hace que la piloto que hay en mí te admire. Pero esa no soy yo. Aquí no soy más que Lina. —Me aferro a él rodeándole la cintura con las piernas—. Tú y yo somos un equipo dentro y fuera de todo eso.

Respira con dificultad.

Me aprovecho de que no tiene pinta de saber qué narices decir y le doy un beso lento, profundo, intenso. Hasta que despierto a la bestia que hay en él.

—Dios, Lina…

Vuelvo a besarle por miedo a que se aleje. Le quiero justo donde está o más cerca. Y más desnudo, eso sí. Alasdair se separa de mi boca para besarme el cuello y gruñir un:

—¿Puedo follarte?

—Estoy dispuesta a suplicar, sí.

Poco después ya estamos los dos desnudos y solo puedo decir una cosa.

LA HOSTIA.

¿Por qué iba a tener él tantísimos músculos? ¿Es un deportista olímpico? Venga ya, ¿y todo ese mar de tatuajes? ¿En serio? Esto es abusar.

—Deja de mirarme así o este va ser el polvo más decepcionante de tu vida.

Sonrío. *No tiene ni idea, ¿verdad?*

Acaricio la quemadura de su antebrazo y deposito un beso en la piel rugosa. Él me mira como si quisiera hacer alguna barbaridad de esas bonitas y cursis que te hacen curvar los dedos de los pies.

Por suerte, se contiene.

Caemos en la cama y un preservativo después el ambiente se vuelve húmedo, sensual, intoxicante. No puede ser que cada roce me excite que solo con que su glande separe un poco mis pliegues el placer me ciegue y esté a punto de correrme.

Debería tenerle miedo, pero segundos después paso a estar en shock. ¿Por qué? Muy fácil. Es enorme y yo no.

—Dios santísimo —jadeo con la primera embestida.

—¿Estás bien?

Mueve las caderas con el arte de un puto bailarín.

—Me… me vas a partir en dos.

—¿Quieres que pare? —frena el movimiento de su cuerpo y casi lo insulto.

—No te atrevas.

—Entonces deja de mirarme así la polla.

No quiero preguntar a qué se refiere con «así», pero justo antes de que le diera por charlar, estaba dudando cómo narices va a caberme eso en la boca.

Alzo los ojos hacia los suyos y veo diversión en ellos. Se me pone rojo hasta el cuello.

—No me había fijado en nuestras diferencias corporales hasta ahora. Nada más. —Tiene casi la mitad de la erección dentro de mí y mi vagina no da más de sí.

Me acaricia el clítoris con movimientos circulares despiadados.

—¿Cómo que no? ¿No eras tú la que había dicho que la tenía gruesa y larga?

—No te hacía… jus-ti… justicia. —Una sacudida de placer se derrama en mi sexo y me hace palpitar con violencia.

Me aferro a las sábanas, le clavo las uñas en los hombros. *Cabrón es la única palabra que se me ocurre. Vale, se me ocurren otras más. Desgraciado. Capullo. Animal.* Mi cerebro deja de funcionar cuando oigo su risa.

—¿Puedes dejar de disfrutar tanto de esto? —gimo sintiendo el placer hasta en la parte posterior de la columna, hasta en el último rincón de mi cabeza

—Entonces deja de mostrar tanta desesperación, Dimettri —me besa la sien con cariño—, no voy a ir a ninguna parte y quiero que me dejes tomármelo con calma.

—¿Calma? ¿Es que se te ha ido la olla? No quiero calma.

—No pienso hacerte daño —sentencia con aplomo.

No me queda más remedio que sentirme halagada. El muy capullo…

Hacemos que funcione, aunque nos cuesta un rato. *¿He dicho yo que es enorme y yo no? Pues eso.* Nuestros besos se vuelven mucha lengua y poco de lo demás. La fricción me eriza la piel, me vuelve codiciosa. El hambre amenaza con hacerme perder el juicio mientras su polla me dilata centímetro a centímetro.

—Dios, Lina —gruñe mi nombre con aspereza como si estuviera rindiéndole pleitesía.

Empiezo a no entender dónde acaba su cuerpo y dónde empieza el mío. Me embiste como si me odiara. *Me encanta. Creo que voy a desmayarme.* El placer es una droga que me agudiza los sentidos solo para torturarlos.

—Alasdair, voy a…

Nunca he visto a un hombre tan entero y estoico perder de verdad el control como a él cuando me corro y no tiene más remedio que seguirme. Sus gruñidos son la guinda al pastel de excitación más delicioso que he probado en la vida.

Me doy cuenta solo entonces de hasta qué punto le deseo más allá de su cuerpo. Y alcanzo un nuevo nivel de terror.

Capítulo 36

Koven Alasdair

El domingo me levanto con una sonrisa de tonto cosida en la cara que no puedo con ella. Y parecía que nada podía quitármela, pero desaparece del todo cuando me doy cuenta de que Lina me está evitando.

Mierda.

Es evidente que se arrepiente de lo de ayer, porque esta mañana en los entrenamientos pre-carrera que hago con ella, apenas me ha mirado. Por no hablar de que también ha invitado a Loïuan y JJ, cosa que nunca hace, con tal de no estar a solas conmigo. Y estaba más que desesperada por meterlos en la conversación. O mejor dicho, en no hablar conmigo.

Por ejemplo, antes de subirse a la cinta de correr he visto que tenía una de las deportivas desabrochadas y me he agachado delante de ella para atarle los cordones, ha saltado como un gato asustado. Ha empezado a hablar de las ventajas de correr descalza y cuando estaba a un par de metros de mí, se los ha atado a toda prisa.

Ha sido doloroso de ver.

El resto de la mañana trabajo en algunos asuntos de entrenador que no consiguen ocuparme en absoluto la cabeza en una sala cualquiera que me ceden y al acabar me acerco al box. Lina y yo solemos calmar los nervios de los domingos estudiando carreras pasadas, aunque dudo que hoy le apetezca.

Me la encuentro en un pasillo cualquiera.

—Ho-hola. Voy a… Brutus creo que me necesita. Hasta luego.

Doloroso.

—Lina.

Mi voz suena más severa de lo que pretendía y ella da un respingo casi como si me tuviera miedo. Estoy a punto de decirle que entre a la

sala conmigo cuando Hendrix aparece de la nada y se la lleva para que le infle el ego a no sé qué inversor de Leik-GP.

Odio lo aliviada que se muestra ella ante la idea.

—Es curioso, ¿no crees? —Mikel Andrews pasa por delante de mí segundos después y yo sigo anclado en el pasillo.

—¿El qué?

—Lina no ha hecho ni diez carreras, ¿y ya ha acabado el hospital? Pfff, qué mal pronóstico de temporada. ¿Será por eso que te evita?

Le lanzo una mirada que haría callar a cualquiera con dos dedos de frente.

No es su caso.

—Empiezo a pensar que eres la cruz de los pilotos con potencial, y no la estrella. Al final va a resultar que me libré de una buena cuando no me elegiste.

Aprieto los puños y hago algo que haría sentir orgulloso a mi terapeuta, Beckham.

Me largo en vez de dejar a Leik-GP sin un piloto.

Capítulo 37

Lina Dimettri

No sé qué hacer con mi tiempo. Este rato antes de la carrera siempre se lo dedico a Alasdair, pero hoy no puede ser. Empiezo a deambular por ahí sin rumbo ni sentido.

JJ presencia una de las simpatías de Mikel cuando nos cruzamos poco antes de que empiece la carrera. Lo ignoro y tengo la delicadeza de no escupirle en esa cara de snob que tiene.

—Mikel te tiene envidia.

—Todavía no he hecho nada lo bastante guay para que me la tenga —Sacudo la cabeza.

—Ya lo creo que sí. Tienes a Koven de tu parte. Mikel, igual que muchos otros pilotos, estuvo persiguiéndolo durante mucho tiempo pero Koven ni siquiera le devolvía las llamadas. En cambio tú sales de hospital y sin saber cómo, lo consigues. No me malinterpretes, Lina, yo apuesto por ti. Pero en este ambiente tan competitivo, ya se sabe —se encoge de hombros y se va a lo suyo.

Saco el móvil a la desesperada.

Darcy

Lina
Rápido, ¿cómo evito una sesión de telemetría juntos
🆗😱😰🥶😫

Darcy
¿Una qué?

Lina
Rápido!!!!!!!!

Darcy

Cuando quiero evitar algo que no quiero hacer finjo estar enferma.
O dolores menstruales, eso suele incomodar mucho a la peña.
Estamos hablando de Koven?
Por qué quieres evitarlo?
😏😏😏😏😏😏

Lin
Es una larga historia y no tengo tiemp
Y esa excusa no me sirve!!!

Darcy
Solo se me ocurre UNA razón por la que no te serviría.
Y es que ÉL sepa MÁS de ti de lo que debería.
NECESITO DETALLES CON URGENCIA!!!
😳😱😳❗❗😱

Guardo el móvil cuando lo veo de espaldas. Y menuda espalda Parece una montaña. Una a la que quiero hacerle *cosas*.

—¿Cómo lo llevas? —le pregunta Brutus sin dejar de mirar lo monitores.

—Bien.

—¿Y tu estómago?

—Estoy bien.

¿Su estómago? ¿Le pasa algo? ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—¿Estás malo, Koven? —pregunta un tío que trabaja mucho con JJ cuyo nombre no recuerdo.

Alasdair maldice a Brutus con una mirada.

—Estoy perfectamente. ¿Dejamos el tema?

Carraspeo para llamar la atención del hombre que llevo hora evitando a toda costa.

—Habíamos quedado para… —No termino la frase.

Él suelta un «sígueme» monocorde y se va sin despedirse de nadie Brutus me lanza una mirada de «siento la que te espera, maja», per me lo merezco porque si está así es todo culpa mía.

—Loïuan quería acompañarnos. Aprender de lo que hacemos en la sesiones de telemetría —digo a la desesperada, en voz alta para que lo dos implicados en esa frase me oigan.

—Lo siento, Lina, George me necesita. Otro día me das esa clas magistral —Loïuan me guiña el ojo y con una mueca de disculpa s

larga en dirección a todo su equipo.

Me muero de la vergüenza a un nivel de «tierra trágame» como poco.

La mirada que me lanza Alasdair es equiparable a que te caiga un rayo en plena tormenta. Más bien dos rayos. *Quizá tres*.

Creía que me esperaría en la puerta obligándome a lidiar con su cercanía y su mirada recriminatoria, pero cuando entro en la sala, él ya está junto al ordenador. Este tipo de salas de telemetría siempre me han parecido demasiado grandes para su utilidad, pero hoy tengo la sensación de que las paredes se me echan encima.

—Cierra la puerta —dice en tono inexpresivo, rellenando las claves para que se abran las pantallas adecuadas.

Revisar carreras anteriores con él solía darme paz. Es algo que hacemos en otros momentos, pero siempre, siempre, antes de una carrera. Una tradición que hoy no me apetece nada.

Alasdair mira el asiento a su lado y me percato de que aún sigo de pie.

—No me vendría mal estirar un poco las piernas antes de la carrera.

Vuelve la vista al monitor y oigo un par de clics del ratón.

—¿Y desde ahí cómo vas a ver las gráficas?

La verdad es que no. Carraspeo y ocupo el asiento intentando alejarlo un poco de él en el proceso sin que se note. Se nota y cuando me siento el olor a cítricos, a limpio y a hombre me asfixian las neuronas.

La última carrera es una peliaguda y aunque hemos hablado mucho de ella, no la habíamos analizado juntos al detalle... Por el accidente. Tengo que empezar a perderle el miedo a esa palabra.

—Centrándonos en las primeras vueltas, ¿sabes cuáles fueron tus errores?

Me quedo mirando su perfil cuando habla y desvío la mirada cuando me toca hablar a mí. Analizamos hasta la vuelta número siete. Tres minutos y medio, eso es todo cuanto soporto.

—¿Sabes? No he podido dormir mucho esta noche, ya sabes, los nervios antes de la carrera. —Tú, tú y tú, impregnado en mis sábanas— El caso es que he estudiado mucho esta carrera en concreto y creo que preferiría irme a meditar antes que repetirlo todo otra vez. —Ya me estoy levantando—. Puedo pasarte mis propias gráficas, si quieres. Y si te viene bien, podrías enviarme un email con las conclusiones que saques.

Alasdair no mueve ni un músculo.

Intento traspasar esa máscara de inexpresividad para saber si le parece bien o no, pero no logro hacerlo.

—¿Hay algo que quieras decirme, Lina?

Sacudo la cabeza desde la puerta.

—Ya te avisaré si hay algo de lo que quiera hablar. Hasta luego Koven.

Venga, si te esfuerzas, puedes estar todavía más rara.



Ya estoy subida en el monoplaza cuando le oigo a través de la radio.

—Lina.

Todo mi cuerpo se tensa con el sonido de su voz. Es tan profunda y gutural que me eriza la piel con solo cuatro letras, sobre todo, esas. Giro la cabeza en su dirección, en el pit wall.

—¿Sí, jefe?

Endurece la mandíbula.

—Céntrate en la carrera.

—¿En qué iba a centrarme si no?

No responde. Me revuelvo incómoda por el poco espacio que tengo y salgo del box a pista obligándome a sacar todo el ruido de mi cabeza fuera del monoplaza.

Capítulo 38

Lina Dimettri

Empieza a llover en la décima vuelta de carrera y complica la visibilidad una barbaridad a partir del sector dos. Es bastante irregular así que solo afecta a parte de la pista. Menudo otoño estamos teniendo.

Me gustaría achacar a eso mi cuarta posición, pero no sería verdad. No estoy arriesgándome donde debería, no estoy atreviéndome a tomar las decisiones que mi equipo necesita que tome.

—Cambio a intermedios, Lina. A boxes. Repito, a boxes —pide J. cuando estoy a mitad de la quince.

—Recibido.

Siento cómo me hierve la sangre, pero no de enfado. Es enfermizo que me cueste respirar solo por la puta proximidad. A duras penas estoy tres segundos y medio en boxes, joder.

Salgo a toda velocidad con la sensación de que no hay distancia suficiente para que pueda respirar con normalidad. La adrenalina hoy se ha multiplicado por mil y me está matando.

—Verxen tiene los neumáticos lisos y tiene que entrar a boxes —la voz de Alasdair me incendia las células porque no me la espero—. En el sector dos puedes adelantarle y quedarte con su posición.

—¿Por qué sigue con lisos? —tomo la curva y casi parece que los dos segundos que me separan de su F1 se alargan.

Es una sensación angustiosa y frustrante, voy todo lo rápido que puedo.

—Está apostando a que no vaya a más, pero en el sector dos está lloviendo más fuerte, lo va a pasar mal. Aprovéchalo.

El sector dos de Silverstone incluye una secuencia brutal de izquierda-derecha que a alta velocidad y con lluvia es casi suicida llevando neumáticos lisos.

—Si tú lo crees, yo también. Confío en ti.

No tengo la seguridad de los lisos en seco, pero mis intermedios se agarran a la pista cuando se lo pido. El corazón se me va a salir por la boca. Aquí fue mi primera carrera, en Silverstone. Aquí fue donde me inicié en la F1 y no puedo describir lo mucho que me hizo sudar. Hoy tengo peor visibilidad y lo que viene ahora parece un ataque personal.

—Te recuerdo que no tienes el DRS disponible —informa JJ, por la lluvia, pero no me hace falta.

Llego a las tres curvas más peligrosas de Silverstone bautizadas como *Maggots, Becketts y Chapel*. «Si dudas un segundo, estás muerta, no lo olvides», dice mamá en mi cabeza. Entro en *Maggots* y alcanzo a Adam Verxen. Nos movemos como gemelos idénticos por la pista, en paralelo, pero al salir de *Becketts* acelero aprovechándome de mi ventaja técnica. En la salida de *Chapel*, Verxen patina probablemente por primera vez en su vida, y me brinda la oportunidad que necesito.

No me lo puedo creer.

Paso a tercera posición y entro en el podio. ¿Eso acaba de pasar?

Darcy

Indiana, EEUU.

—Key, no quiero flipar antes de tiempo —digo cuando estamos llegando a la vuelta número cincuenta.

—¡Me estás cortando la circulación de la mano! —dice dándome golpes en la pierna, no para que la suelte, sino de pura euforia.

Dos Fórmula 1 la siguen tan de cerca que en cuestión de segundos podría pasar a estar quinta. *¡¡No quiero ni parpadear!!*

—¿Sigue tercera? —pregunta Sant Delphi entrando en el salón de su casa, con más bebidas.

Viene seguido de Kobra y Dante, los preciosos dóbermans que están listos para ver a su tía ganar. *Vale, puede que todavía no sepan que Lina es su tía, pero cuando lo sepan, la van a amar.*

—¡Sí! —exclama Keira.

—¡Va a ser su primer podio desde que ha vuelto, estoy tan orgullosa —lloriqueo cabreada con las lágrimas que no me dejan ver el momentazo.

—¡Pero Verxen y Dubois están al acecho, no le dan tregua! —dice la corredora que todo lo que sabía de la Fórmula 1 meses atrás era que había coches implicados en el asunto.

—¿Llego tarde? —Irith, la hermana de Alek irrumpe en la casa atrayendo una avalancha perruna en su dirección.

—¡No, aún no es tarde! —exclama Keira—. Venid, ¡rápido! ¡¡Y silencio!!

Su marido se carcajea por lo bajo mientras nos apelotonamos todos en el sofá. Vuelta cincuenta y uno.

Quiero tatuarme este momento. Nunca he estado más eufórica.

—¿No deberíamos grabarlo? —pregunta Keira al borde del sofá.

—Creo que ya lo están haciendo millones de personas —dice Alek con cariño—, vosotras disfrutad del momento.

—Madre mía, ¡es una pasada! ¿Habéis visto cómo ha cogido esa curva? —pregunta Irith.

Pero yo no puedo ni hablar.

No, hasta que la vuelta cincuenta y dos empieza y acaba, y le dan a mi queridísima amiga el reconocimiento que se merece. Entonces me dejo la garganta gritando.

Capítulo 39

Lina Dimettri

Silverstone, Reino Unido

Oh. Dios. Mío.

Infarto. ¡¡¿TERCERA?!!

El *parc fermé* es una zona de seguridad y control dentro del circuito donde van todos los pilotos que acaban la carrera y donde se estacionan los coches justo al terminar la carrera. En cuanto me bajo de monoplaza, miro al cielo y se lo dedico a mis padres. Me llevo una grata sorpresa cuando veo que buena parte del equipo de Leik-GP está aquí esperándome.

He celebrado victorias antes, pero no así.

Es como si estuviera rodeada de familia, como si no se alegraran por ellos mismos, sino por mí. Nunca he sentido nada parecido.

—Eres increíble.

—¡Ha sido una carrera brutal!

—Te los has comido con patatas.

Los cumplidos se solapan unos con otros y llega un punto que ya no sé a quién estoy abrazando, pero se me saltan las lágrimas. No dejo de buscar a Alasdair con la mirada, pero no le encuentro. Pregunto por él entre todo el griterío, pero me felicitan como respuesta. Me obligan a subir al podio antes de poder encontrarlo.

Es una pena porque a pesar de que tengo muchas personas a las que agradecerle esto, él es el primero de la lista.

El ascensor metálico me lleva hasta el mítico lugar con el que soñé noche tras noche en el hospital. Oigo los vítores antes de salir y son como una ola que rompe contra mis costillas. No sé si es la adrenalina o las lágrimas acumuladas, pero tengo un nudo en la garganta y las piernas temblando. *Necesito verte, Alasdair. Esto es gracias a ti.*

El público ruge cuando me asomo. Me vuelvo una niña pequeña celebrando su victoria, no puedo parar de reír, gritar y emocionarme

Estés donde estés, mamá, espero haber conseguido una razón para que te sientas orgullosa de mí.

Lean Eriksen y Alexander Olsen aparecen casi a la vez. El público se vuelve loco. Cuando me subo al podio sigo buscando esos ojos azules entre las caras de la gente.

No los encuentro.



Para cuando termina la rueda de prensa, estoy muy agradecida satisfecha y un poco cabreada. O mucho. *¿Dónde narices se ha metido Alasdair?*

Es lo que no dejo de preguntarme cuando vuelvo con el resto acompañada de Lucian, quien ha demostrado lo mucho que le gustan las cámaras. Yo prefiero estar con el equipo comiendo pasteles alemanes, pero entiendo que es parte del trabajo. Además, no todos los periodistas son desagradables, algunos no me recuerdan que perdí a mi madre el mismo día que todos dieron por acabada mi carrera.

Al llegar el buen ambiente me recibe como una taza de café caliente pero verle apoyado en una pared, hablando con Loïuan como si nada es como una jarra de agua fría acompañada de un manto de cactus y un par de puñales. *¿Acaso no sabe que he quedado tercera? ¿Que me han dado una copa y bañado en champán?*

No espero a que terminen de hablar, voy hasta ellos, tiro de su chaqueta para llamar su atención y en cuanto se gira, intento sonar lo más neutra posible, pero me oigo vulnerable, recriminatoria y dolida a rabiar.

—¿Dónde estabas?

—Uy, me llaman creo que tengo que irme a hacer… algo. Lejos. Adiós. —Se excusa Loïuan, en la cúspide de la discreción.

—Felicidades por tu victoria —dice y es como si intentara mantenerse distante, pero el orgullo y la alegría le desbordan los ojos.

—*Nuestra* —le corrijo, sintiendo como el castillo de naipes de furia se me desmorona.

No hace ningún comentario al respecto, solo alarga la mano hacia mí, como si fuera a acariciarme el brazo, pero se lo piensa mejor.

—Te veré en el avión.

Quiero que me abrace, pero en vez de hacerlo, se marcha.

—Alasdair. —Le sigo, pero alguien me reclama, Lucian, y tengo que frenar mis pasos.

Por suerte él también. Se gira hacia mí, clava sus ojos azules en algún punto de mi rostro y dice:

—Me has estado evitando. He pillado el mensaje —sacude la cabeza —. No quiero estropear tu momento. Has trabajado mucho para llegar a ese podio, Lina. Disfrútalo. Te veo luego.

Se aleja de mí, justo lo que he intentado conseguir todo el día.

Y aun así siento que me están arrancando la piel a tiras.

Capítulo 40

Lina Dimettri

Es el día más raro de toda mi vida.

Estoy feliz como nunca, pero también estoy profundamente triste Lo primero tiene que ver con un trabajo en equipo bien hecho, lo segundo con que soy idiota.

«No quiero estropear tu momento. Has trabajado mucho para llegar a ese podio, Lina». Su mirada dulce, su forma de decirme que yo era lo único importante y su estúpida manía de poner sus emociones en un segundo plano me dejan... asdfghjkl.

Que alguien me mate.

Lucian ha estado paseándome como un trofeo de aquí para allá, así que voy con él al aeropuerto y también con Mikel, que no está muy contento que digamos. El día que repartían la deportividad él se quedó en casa durmiendo. *Que le den.*

—Mañana te necesitaré para algunas entrevistas más, por la tarde —informa Hendrix y me pregunto si me ha confundido con una superestrella del pop o algo así.

No sé qué más quiere que diga que no haya dicho ya.

—Sin problema —respondo y después habla de no sé que accionistas.

Le dejo claro que haré lo que sea con gusto. Soy muy consciente de todo lo que le debo. Poco después, Lucian atiende una llamada y yo me limito a mirar por la ventana y alucinar en silencio.

No me puedo creer que haya estado en el podio tan pronto. Hace unas semanas Ethan me dijo que la F1 había acabado para mí y hoy.. hoy he ganado un trofeo.

La vista se me nubla de la emoción. Al llegar al aeropuerto estoy tan contenta de ver al resto que reparto abrazos incomodando a todo el mundo.

—Koven no para de enseñar tus mejores momentos de la carrera a todos —dice George cuando me ve y pese a que muchos otros me hablan después, no consigo oír nada más.

¿De verdad?

Me acerco a JJ, a ver si tengo algo de suerte.

—¿Sabes dónde está Alasdair?

—Probablemente querría apartar su ceño fruncido de ti, para que disfrutaras de la euforia de tu victoria.

—No quiero que lo aparte de mí —admito por lo bajo.

Termino quedándome con él hasta el embarque y me cuenta algo que no me esperaba.

—Koven suele llevar sus preocupaciones en el estómago.

—¿Qué quieres decir? Nunca lo he visto más intranquilo que cuando Antonov me sacó de la pista, e incluso entonces, su estómago parecía estar bien.

—Así es él. No se pone enfermo cuando alguien a quien aprecia tiene un problema. Espera a solucionarlo, a asegurarse de que la persona está bien. Entonces es cuando se pone enfermísimo.

—¿De verdad?

—Tengo entendido que Brutus fue a verlo unas noches antes de que saliéramos hacia Silverstone y se lo encontró vomitando y hecho polvo.

El corazón se me hace un nudo.

¿Alasdair ha estado mal y no me lo ha dicho? La idea de que la persona que más ayuda me ha brindado haya estado mal sin tener la decencia de compartirlo conmigo me cabrea. *¿Cree que no puedo cuidar de él?*

Capítulo 41

Koven Alasdair

Brutus y yo llegamos con los demás cuando casi todos han embarcado ya. La veo hablando con JJ con sumo interés. Tiene el ceño fruncido y me dan ganas de ir hasta ella y pasar el pulgar por su frente hasta que se relaje.

Mi campeona. Mi cerebrito de la F1. Qué bien lo has hecho hoy.

De repente, se gira hacia nosotros y me lanza una mirada envenenada.

—¿Pero qué le he has hecho? —murmura Brutus antes de que dejemos de estar a solas.

—¿Dónde estabas?

—¿Cuándo? —pregunto.

—Ahora —su mirada pasa por mi cara buscando pruebas.

En serio, estoy intentando no demostrar que sus deseos de ignorarme después de lo de ayer me han dejado hecho polvo, pero me lo está poniendo difícil.

Nunca he sido fan del contacto físico gratuito, pero con ella es diferente. Me duele el cuerpo de las ganas que tengo de tocarla. Aunque sea cogerle las manos.

—Estaba con Brutus.

—¿Y estás bien? ¿No estás… *mal*?

—¿Por qué iba a estar mal?

—Por nada, por nada —dice Jonathan Jonathan—. Nadie ha dicho nada raro.

—JJ me ha dicho que has estado enfermo.

Lo deja boquiabierto, y cuando miro a Brutus con recriminación, él se lleva a JJ pasándole un brazo por el cuello. Menuda panda de cotillas.

—No fue nada.

—¿Dónde estabas cuando he llegado al *parc fermé*?

—Viéndote desde el paddock.

—¿Me estás mintiendo? ¿Te encontrabas mal?

Joder, Lina. ¿Por qué te empeñas en ser tan preciosa? ¿Por qué insistes en destrozarme del todo?

«Última llamada para el vuelo con destino a Indiana» suena por los altavoces.

—Vámonos ya o se irán sin nosotros.

—¿Por qué no me llamaste a mí si estabas enfermo?

No quiero ser ese tío. Ese que no sabe aceptar un no y se toma el más mínimo interés de la otra persona como una chispa que haga arder la llama de su esperanza. No, cuando tenemos que trabajar juntos los próximos ocho meses. Así que le doy lo que necesita de mí.

—¿Por qué iba a hacerlo? Soy tu jefe, no tu amigo. —La dejo atrás sintiéndome como un gilipollas, rezando por haber hecho bien.

¿Pero cuando la veo entrar al avión cabizbaja y los ojos un poco rojos? Dios, entonces me siento la peor escoria de todas.

Capítulo 42

Lina Dimettri

Doce horas y media después aterrizamos en Indiana. Es una suert
que en casa tengamos una diferencia horaria de seis horas porque si n
en vez de las seis de la mañana sería mediodía y mi plan de dormi
hasta el mediodía se habría ido a pique.

El equipo se va separando y me oculto bajo mi gorra para salir de
aeropuerto sin ser vista.

Es entonces cuando alguien me coge de la chaqueta y me obliga a
frenar. El olor a limón me alcanza y me intoxica antes de que me dé l
vuelta siquiera.

He utilizado todas las horas de vuelo para convencerme de que n
necesito nada de este hombre, pero mi cuerpo lo ha tirado todo po
tierra demostrándome en un segundo que solo soy un imán y que de l
único que tengo ganas es de estamparme contra el suyo.

—¿Tienes cómo volver a casa?

—Pensaba coger un taxi.

Sacude la cabeza y baja la mano hasta mi muñeca, entonces proced
a tirar de mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Te llevo.

—No necesito…

—No está abierto a diálogo.

—¿Pero tú quién te crees que…? —No termino la frase, porque s
para en seco y se gira para que pueda estamparme contra su pecho.

—Puede que mi presencia te resulte desagradable, pero vas a deja
que me asegure de que llegas bien a casa. Tu cara empieza a se
reconocida y no quiero que te subas a un coche, sola, con un tí
cualquiera. Te llevo yo.

La firmeza con la que lo dice ya podría estar sentenciando qu
íbamos a casarnos que lo único que iba a salir por mi boca es un gra

«sí quiero».

—¿Puedes soltarme al menos? —me hago la dura—. No soy una niña, no necesito que tires de mí.

Retrocede y se dedica a darme espacio todo el camino hasta su coche. Nunca he sido fan de los que no son monoplazas de carreras pero el suyo me encanta. ¿Principales razones? Es suyo. Huele a él. Y es suyo.

NECESITO. SALIR. DE. AQUÍ.

—Madre mía.

La voz que está siempre en mi cabeza, *la suya* rompe el silencio y tardo unos segundos en percatarme que Alasdair ha hablado de verdad.

—¿Qué?

—¿Tan incómoda estás? —un deje dolido acompaña su mirada que va a parar a mi cinturón, el que estoy apretando con las dos manos.

—No, no. Para nada. Solo cansada —miento, él sabe que miento, lo que probablemente no sepa es lo mucho que quiero echarme a llorar.

—Puedo ir a buscarte a tu casa en un par de horas. Fingir que el vuelo venía con retraso.

—¿A mi casa? —pregunto con un nudo en la garganta.

De verdad que intento no mirarlo, pero las pausas que hace entre frase y frase me lo ponen difícil. *Sí, es el hombre más guapo que has visto en tu vida, Lina. Y sí, ya lo sabías antes de trabajar con él.*

Curiosamente, ahora lo veo un millón de veces más atractivo que nunca.

—Verás, Darcy me llamó ayer. Ella y Keira te han preparado una pequeña sorpresa para celebrar tu podio.

Se me sacude el corazón.

—¿Una sorpresa?

—Una fiesta.

De Darcy me lo podría esperar, ¿pero de ella?

Lo que sé de Keira es que está locamente enamorada de Alek San Delphi, que tiene una mala relación con su familia, que le han pasado cosas muy duras que casi la alejan del atletismo y que le gusta la vainilla. Ah, y que tiene el pelo blanco. Me gustaría conocerla más, pero no sé cómo acercarme a ella porque se la ve muy reservada.

Estoy acostumbrada en tratar con hombres mayores ocupados y con ceños fruncidos, una categoría en la que esta chica no encaja para nada.

—¿A mí? —pregunto incrédula.

—Sí, a ti, campeona. Yo… no iré —dice dándome a entender que estaba invitado, pero no quiere molestarme más.

Porque cree que es eso lo que hace. No tiene ni idea que aquí el problema soy yo.

No puedo más. No puedo con esto.

—Para el coche, Alasdair —digo sin aire.

—Estamos a pocas calles de tu casa. Déjame llevarte hasta la puerta estás agotada. Sé que no duermes bien en el avión.

—Para el coche, por favor —repito con las lágrimas a punto de desbordarse y él lo hace.

Sé que espera que salga corriendo y sí, es una opción, pero la intensa presión que me está aplastando el pecho sin miramientos se vendrá conmigo.

—Lo siento.

—No tienes nada por lo que disculparte, Lina —otra vez la máscara.

Esa que va a estar para siempre entre nosotros si no arreglo esto Quizá incluso aunque lo intente, ya no tenga arreglo. Porque la he jodido.

—Yo… —intento, pero me siento cada vez peor, más pequeña— Koven, me…

—¿De verdad vas a empezar a llamarme Koven? —interviene.

Era solo un intento de mantener cierta distancia de mis emociones puesto que ya siento su apellido como algo *mío*. Pero no lo es, no me pertenece en lo más mínimo.

Mamá tenía razón cuando dijo que mis constantes viajes no eran la razón por la que no tenía amigos. Soy una persona difícil. Ella lo sabía y yo también lo sé.

Vuelvo a disculparme antes de salir del coche y huir sin mirar atrás.

Sant Delphi

—¿A qué viene esto? Ha ganado y no ha tenido ningún encontronazo con nadie —digo mientras le llevo la sopa caliente a comatoso.

Bueno, comatoso del todo no está, solo retorciéndose de dolor en su cama. El tío sufre todas sus emociones a través del estómago.

—No es nada.

—Y una mierda. Le he dicho a mi mujer que iba a por algo de desayuno, ¿y tú me lo pagas con falsedades?

La verdad que eso no es del todo cierto.

Mi mujer preferiría que se lo ocultara antes de ponerla en una situación donde ella tenga que ocultarle algo a su mejor amiga. Así que eso he hecho. Y en honor a la verdad, también voy a llevarles el desayuno. Ambas se quedaron fritas en el salón preparando la fiesta para Lina y aunque debería odiar a Darcy por robármela tan a menudo no puedo sino agradecer que la quiera tanto como lo hace.

—Siento que la fiesta se retrase. Lina necesitaba un poco de descanso.

—Un poco está bien, pero te advierto que mi mujer ha inflado unos montón globos con forma de coche de F1 y nadie va a desilusionarla. Ahora cuéntamelo todo.

Lo hace y veo con claridad lo jodido que está. *Está en la cama retorciéndose de dolor por culpa de la preocupación de que Lina no vaya a estar a gusto trabajando con él en Leik-GP.*

—¿Por qué mierda sonríes, gilipollas? —pregunta entre gruñidos.

—Estás pillado, pero bien.

—Esto era mucho más divertido cuando era yo el que me burlaba de ti —gruñe más.

—Joder, tío, respira un segundo o acabarás con una úlcera. —Le obligo a tomarse la sopa y a calmarse, pero no obedece.

Ojalá fuera uno de mis alumnos y pudiera amenazarle, no sé, con suspenderle el curso.

—Te buscaba a ti para celebrarlo. Y también en el aeropuerto.

—Pero no quiere estar conmigo, está tan incómoda. Ni siquiera he podido dejarla en su casa. ¿Y la telemetría…?

—Ya, ya, porque os hace falta hablar del tema —empujo la sopa hacia él, dudando si me va a salir el tiro por la culata.

He leído en internet que el calor puede tener efecto calmante. Si me vomita encima demandaré a la página.

—Nunca debí acostarme con ella.

—Dice el tío que vendería un riñón para volver a hacer precisamente eso.

—Le he estropeado su primera victoria.

—A ver, capullo, deja de decir eso. Te buscaba a ti, y solo a ti, porque era contigo con quien quería celebrarlo. No le has estropeado una mierda.

Nada de lo que le digo parece calmarlo.

Koven tiene un aguante increíble para mantener la mente fría y serena en los momentos de mayor presión. Por no hablar de lo que supone para él soportar haber vuelto a la F1 después de jurarse a sí mismo que no lo haría. Es un tío fuerte de cojones y no me gusta verlo así de mal.

Dimettri, más te vale arreglar esto pronto.

Capítulo 43

Lina Dimettri

Han pasado dos días desde la fiesta que Keira y Darcy me montaron para celebrar mi tercera posición en Silverstone. Dos agónicos días en los que Hendrix me ha mantenido lejos del equipo, y con los focos y las cámaras apuntando a mi cara.

No he visto a Alasdair, pero mi corazón se salta un latido cada vez que veo a un tío con una chupa de cuero. *Nunca me había fijado, pero en el mundillo de la F1, la gente parece tener predilección por ellas. Está claro que la suerte me persigue, pero yo soy más rápida.*

La verdad es que no he dejado de buscarle en todas partes. Luciano me dijo que estaba en Leik-GP, con el equipo, trabajando día y noche. Con tal de mantener la mente y el cuerpo ocupados he ido a entrenar y a practicar con los simuladores, pero no le he visto. *Tampoco es que fuera allí por eso.*

Lo lógico sería tener un buen equipo en casa o ya puestos, no vivir de alquiler, pero mamá y yo siempre fuimos nómadas. Teníamos algo parecido a un hogar en Italia, pero rara vez íbamos allí. Estoy bastante segura de que todo lo relacionado con ese país le recordaba demasiado a papá, y eso le traía sufrimiento.

Por eso lo evitaba con tanto ahínco. Me pone un poco triste no tener un lugar al que volver, al que llamar hogar, aunque de más joven no me importaba. Me pasaba las horas de las comidas hablando con los ingenieros y las noches repasando carreras o entrenando con la *Batak Board*.

Siempre ha sido uno de mis ejercicios favoritos, así que tengo una en mi apartamento.

La primera vez que Darcy vio esa estructura diseñada para mejorar la velocidad de reacción, la coordinación y la visión periférica de los pilotos, lo llamó el *Just Dance* de la F1. Estos días no he podido verla, y la he echado mucho de menos.

Desconocido

Lin

Te encantan Keira y Darcy, ¿a que sí
Estoy segura de que ya tienen todo tu cariño

Llego a North Star y respiro agradecida por sentirme un poco más en casa, todavía empapada en sudor del episodio que he tenido hace un rato. *No pasa nada, el dolor es parte de la vida.*

Keira está entrenando en la pista de atletismo y Darcy está con los apuntes de psicología en las gradas, fingiendo que estudia mientras graba a su amiga con el móvil. Se pone muy contenta cuando me ve como si en el fondo hubiera dudado si iba a presentarme. Me hace cosas raras en el corazón.

Saco mis apuntes de derecho, pero me embobo viendo a la corredora.

—Dios, es rapidísima.

—Por eso está preparándose para las olimpiadas —dice con orgullo—. Si me preguntas a mí, seguro que gana.

Sonrío. Darcy tiene fe en todos. *Hay personas que vienen a este mundo a sembrar luz y nada más.*

—He oído a Sant Delphi llamarla Lauren. ¿Por qué?

—Es su segundo nombre. Es una larga historia. Muy romántica. Te la contaré algún día.

—Mis padres también tuvieron una historia bonita. Mamá me dijo que sus años más felices fueron antes de que yo naciera.

—¿Eso te dijo tu madre? —Darcy arruga el rostro y se acerca a mí.

—Sí. Estaba loca por mi padre. —Recorro su expresión con la mirada y no la entiendo—. ¿Qué pasa?

—Siempre que mencionas a tu madre… —se revuelve incómoda como si temiera decir algo equivocado—. No lo sé, Lina, no parecía merecerse todo tu cariño.

—No lo entiendes, ella era dura, pero era buena conmigo.

—¿Tú crees? Porque solo parece cierta la primera parte.

Ahora la que se revuelve incómoda soy yo. Me levanto, molesta.

—No me gusta que hablen mal de mi madre y menos todavía tú. Eres mi amiga, ¿no? Además, tú no la conociste, no estabas allí.

—Vale. Te creo. Lo siento. —Me coge de las manos y tira de mí para que me siente de nuevo—. Es solo que me gustaría que hubiera usado palabras más amables. Solo eras una niña. Una increíble con mucho

potencial, sí, pero no era eso lo que te hacía merecedora de su cariño. Y no entiendo cómo su mejor época pudo ser antes de tenerte cuando yo desearía haberte conocido a los tres años.

No puedo evitar sonreír.

—¿Por qué no antes?

—Estaba practicando mi labia y desarrollando mi personalidad, no querría que nadie me pillara en pañales. Literalmente.

Le estrecho las manos.

—A mí también me hubiera gustado mucho.

Pasamos un rato en silencio después de eso. No sé lo que Darcy necesita, pero sus palabras me han emocionado mucho y necesito tiempo para asimilarlas. También para reprimir las ganas de hacerle muchísimos regalos caros. *Dios, ojalá se quede a mi lado*.

—Eh, ¿y si mañana vamos al centro comercial? Necesito libros nuevos, el último sport romance me duró horas.

—Mañana vuelo a Bélgica —le recuerdo.

—Es verdad, es jueves, ya se me había olvidado. —Hace una mueca —. Odio que viajes tanto, aunque como mujer es genial que hagas historia. —Suspira de forma dramática—. Quizá debería buscarme amigas sosas sin aspiraciones. Por cierto, ¿vas a tardar mucho en contarme lo que te ha pasado con Koven?

—¿Q-qué?

—Venga ya, estáis rarísimos desde que llegasteis de Silverstone y tu fuente ilimitada de halagos hacia su persona está un poco seca. Tanto que ni siquiera lo nombras.

—Anda, mira, Keira viene hacia aquí —carraspeo y aplaudo a la corredora que, sin saberlo, acaba de salvarme.

—Venga. Dímelo. Ambas nos morimos de ganas por saberlo.

No podré ganar una partida dos contra una.

—Follamos. Una vez. No volverá a pasar. Por favor, no digas nada – susurro a toda velocidad y a mi amiga parece que le explotan los pulmones dentro del pecho y que esa es la única razón por la que ahoga un grito.

—Darcy, ¿estás…? —La chica del pelo blanco frunce el ceño al mirar a su amiga, pero llamo su atención.

—Keira, tengo que pedirte algo importante. ¿Puedes sonreír? —Saco el móvil y le hago una foto—. Bien, ahora solo falta imprimir las camisetas.

La cara de la futura corredora olímpica es todo un poema. Me dan ganas de hacerle otra foto. Entonces me doy cuenta de que está flipando por otra razón.

—Isabella —dice Keira mirando a algún punto más allá de nuestras cabezas.

Frunzo el ceño mientras Darcy y yo nos levantamos.

—¿Quién es Isabella?

—Yo soy Isabella —dice una voz femenina.

Me giro y hay dos chicas desconocidas, ambas sonrientes.

—Ahhhh. —Le devuelvo la sonrisa y hago un gesto con la cabeza a modo de «encantada».

De repente veo que la pobre Keira se ha quedado más blanca que su pelo. Y eso no es todo, la cosa es que Darcy está igual. Entonces tartamudean simultáneamente:

—Eres Ca-Candy.

—Dios mío, eres Candy Forbes.

—¿Quién es Candy Forbes? —susurro a Isabella.

—Yo soy Candy Forbes —dice la otra chica.

—Esto está empezando a parecer una conversación de besugos —admito por lo bajini.

—¡Madre de dios! Eres una leyenda. No he ido a ni una sola fiesta de North Star en la que alguien no te mencione —dice Darcy con estrellitas en los ojos.

—Tus yurchenkos son increíbles —sigue la atleta.

Descubro que Candy es una medallista olímpica a la que Keira llevaba mucho tiempo deseando conocer. *Ojito cómo se las gasta North Star*.



Las palabras de Darcy se quedan conmigo toda la tarde. Horas después de llegar al pequeño edificio en el que alquilé un apartamento solo porque estaba cerca de la universidad, tengo una idea.

A la mañana siguiente me tiemblan los dedos cuando por fin me atrevo a coger el móvil.

Entro en el chat. En ese que me he quedado mirando noche tras noche sin escribir nada. En ese que ahora está lleno de *tumbleweed*[3] Miento a Alasdair. Además, con descaro. Le digo que no tengo forma de ir al aeropuerto. ¿Y él qué responde?

Alasdair

Alasdair
Llego en cinco minutos.

Capítulo 44

Lina Dimettri

Aparca frente a mi apartamento y no me envía ningún mensaje, solo aguarda. Como si pudiera esperarme toda una vida. *Cálmate*.

Salgo de casa de forma tan apresurada que casi me dejo la bolsa de viaje con lo que necesito llevarme a Bélgica. *Respira*. Entro en el coche y ni siquiera me saluda, solo hace un gesto con la cabeza. Se ha dado una ducha y aún tiene el pelo mojado, pero en lo que más me fijo es en que tiene mala cara. No puedo evitar pensar en lo que me dijo JJ.

—Hola.

—Hola.

—Alasdair, quiero disculparme y no me digas que no tengo motivos —me adelanto cuando abre la boca.

—De acuerdo.

Exhalo y agradezco su expresión paciente. Tiene tanta conmigo.

—Me crie sola con mi madre. Ella quería que fuera una mujer independiente y fuerte, y se lo agradezco. Pero fue difícil a veces. En ocasiones… —carraspeo intentando deshacerme del nudo que aparece en mi garganta, incómoda y rara por mostrarme vulnerable.

—¿Qué? —me invita a seguir en tono suave, dulce, cuando me hago pequeña en el asiento.

—Puede que en ocasiones necesitara ayuda de verdad y que cuando se la pidiera me… me hiciera ver que debía apañármelas sola. Quizá te parezca una tontería, pero lloraba a menudo por sentirme indefensa —suelto una risita incómoda odiando las ganas que tengo de llorar—. Eso ha provocado que ahora, de adulta, me cueste mucho pedir lo que más deseo. En parte es como si al enfrentarme al rechazo volviera a ser esa niña pequeña que no puede tener lo que necesita porque no hay nadie que pueda dárselo.

—*Lina* —me acuna el rostro y me ablanda de un modo aterrador.

Tanto, que me suelto el cinturón y de paso, le suelto a él toda la verdad.

—Me gustas, Alasdair, horrores y me da pánico que me rechaces que quieras espacio. Así que había pensado en dártelo yo primero, pero quiero ser valiente. Aprender poco a poco a lidiar con los rechazos.

Koven Alasdair no me estaba dando ningún espacio, pero la cosa mejora todavía más cuando sella sus labios con los míos, casi logrando que mis lágrimas desaparezcan del todo.

El beso es lento y profundo, sentido, como si me necesitara para respirar. Hunde la mano en mi pelo atrayéndome tanto hacia sí como puede. Me subo a su regazo y le rodeo con los brazos. Él mete las manos bajo mi ancho jersey así que cuando me abraza, lo siento en todas partes.

—Te he echado tanto de menos.

—Te busqué tantas veces en Silverstone —digo llorosa—, solo quería celebrarlo contigo.

Sus ojos se vuelven piscinas profundas de calidez azul y perturbadora belleza cabreada.

—No quiero espacio.

—¿No?

—Joder, Dimettri, no tienes ni idea, ¿verdad? —me coge de la cara para que le mire y lo veo guapísimo incluso a través de las lágrimas— Mataría por ser la persona a la que acudes cuando necesitas ayuda.

Esta vez soy yo quien le besa. Me deshago contra sus labios y la necesidad de tenerlo más cerca. Dudo que se dé cuenta de que me está curando heridas que no me ha hecho él.

Sube la temperatura del coche como si no fuera noviembre. Aquí dentro parece verano. Me besa con desesperación y frotarme contra él no es suficiente.

—Sé que es un mal momento para decir esto, pero no podemos follar ahora —digo y él me mira con ojos brillantes. *Dios es tan guapo. Tiene que dolerle la cara*—. Tengo que ir a ver a mi doctora antes de ir al aeropuerto. Se empeña en hacerme revisiones casi cada semana y Hendrix me ha tenido de arriba para abajo con las entrevistas, los directos y, bueno, lo cierto es que he tenido que darle plantón a mi médico unas cuantas veces. Puedes irte al aeropuerto, si te parece un coñazo venir.

—Lina...

—Pero me gustaría que me acompañaras.

Coge mi mano y me besa el dorso con mimo dándome ganas de chillar. **Adrenalina made in Alasdair*. No tiene nada que envidiar a la F1*.

—No sabes lo feliz que me hace que me lo pidas —dice y cuando consigo despegarme de él, arranca el coche y me lleva al hospital.

Capítulo 45

Koven Alasdair

El malestar que lleva conmigo todos estos días ha desaparecido en cuando Lina ha abierto la boca.

¿Espacio yo? Pfff, ni terapeuta ya me dijo que tenía graves problemas para expresar lo que siento, que es un mecanismo de defensa de los ermitaños cerrados como yo. Pero nunca creí que pudiera darle la impresión a ella de que podía quererla lejos.

Joder, la quiero encima. Debajo. En la boca. Estar dentro de ella es la máxima distancia que puedo permitirme.

—¿Alasdair?

—Dime. —Solo entonces soy consciente de que estamos parados en un pasillo cualquiera del hospital cercano a North Star y que un enfermero joven con el pelo de colores está mirándonos expectante.

—Tienes que soltarme la mano para que pueda entrar a la consulta.

¿Debería ser sincero con ella? ¿Que no quiero soltarla? ¿La asustaré si lo hago?

—En cuanto estemos con el equipo tendremos que mantener las distancias. —Aprieto un poco más mi agarre—. ¿De verdad tengo que quedarme aquí?

Sonríe de oreja a oreja y sus mejillas adquieren un carmesí que lanzan una descarga de placer a mi polla.

—Puedes entrar, si quieres. Claro. —Lina se gira hacia el enfermero —. No hay problema, ¿verdad?

—Ninguno, bombón. —Él le guiña el ojo y entramos todos a consulta.

Conozco a la doctora Ferrinol, una mujer muy amable a la que le debo mucho por haber cuidado de Lina desde el principio. De camino aquí Lina me ha contado algunas cosas sobre ella, sobre que Ferrinol la venía a ver cuando no tenía a nadie que le hiciera compañía.

Le debo mucho, pero no puedo evitar sentir un cabreo recriminatorio cada vez que pienso en los dolores crónicos con los que vive Lina. Sé que soy muy injusto porque la medicina no funciona así pero aunque me convierta en un idiota, es lo que siento.

Ferrinol mira nuestras manos unidas y una sonrisa cálida se dibuja en su rostro cansado.

—Me alegra ver que estás bien acompañada. ¿Te tumbas en la camilla, cielo? —le pide y sí, me muevo con ella.

No voy a soltarla a menos que me lo pida explícitamente. Lina me lanza miradas tímidas mientras ambos profesionales se dedican a sacar unos cuantos aparatos que no he visto nunca y algo similar a unos electrodos.

—Según me han dicho has conseguido una medalla de bronce campeona.

—En la F1 son copas, ¿no? —interviene el enfermero.

—Sí, exacto. Tercera en Silverstone —comenta con brillo en los ojos.

—Cuánto tengo que aprender de vosotros —Ferrinol se pone manos a la obra y cogiendo un tobillo distinto cada vez, le hace hacer algunos movimientos. La estudia y yo la verdad que también—. ¿Has tenido más episodios de lo habitual?

—No han sido unos días buenos, no —Lina carraspea y suelta una risita nerviosa quitándole hierro al asunto.

—¿Más de uno por día? —pregunta sorprendida.

—A veces sí.

¡¿QUÉ?!

—¿El trabajo te ha permitido tomarte los calmantes? —pregunta y cuando no contesta, Ferrinol se pone más seria—. Lina, acabarás…

—Lo sé, lo sé —la corta ella.

—Nadie puede aguantar un dolor tan intenso indefinidamente. Te dije que podrías perder el conocimiento y si eso pasa, será más fácil que sea recurrente. Por no hablar de todos los riesgos que implica que te saltes dosis de medicación. ¿Hace falta que te los recuerde?

—No. Te prometo que no son tan intensos como antes, doc.

Joder, ¿no? Yo la he visto. La destrozan. ¿Qué cojones le hacían antes?

La idea de que haya tenido una crisis sin estar yo presente me cabrea. ¿La idea que haya tenido un puñado de ellas? Eso hace que la furia me hierva la sangre. La admiro por lo fuerte que es, pero esto ya es abusar.

Le hacen una ecografía nerviosa-muscular. Con un ecógrafo mirar el nervio femoral, la cadera y la inflamación. La electromiografía viene después.

—Sirve para ver si los nervios están irritados o dañados —me explica Ferrinol—, dañados ya sabemos que están, pero como estamos haciendo muchos experimentos con la medicación de Lina, queremos ver su estado concreto actual. El grado.

—Entiendo.

—Vamos a seguir haciendo pruebas hasta conseguir dar con la manera de que no la molesten tanto.

—Suena bien. —Tengo que soltarla cuando se desviste.

Es preciosa, besaría hasta la última de sus cicatrices, pero cada una es un puñal en mi estómago. Nunca he visto el vídeo de su accidente por segunda vez, pero ahora siento que debería verlo cada día. Cada noche. Aunque me joda vivo.

Lo que le pasó no puede estar solo en su piel, yo también debería cargar con ello.

—Están un poco más irritados que la última vez que viniste –explica el enfermero.

—No pasa nada —dice Ferrinol, positiva—. Vamos a volver a la medicación anterior al último cambio y a raíz de ahí te voy a subir la dosis complementaria poco a poco.

Dejo de oír a la doctora cuando mis emociones hacen demasiado ruido, gritan demasiado alto.

Quiero formar parte de esto. De todo lo que tenga que ver con ella.

Capítulo 46

Lina Dimettri

Sábado, Spa-Francorchamps, Bélgica

—Te entiendo, Lucian. No quería saltarme la rueda de prensa, es que estaba indispuesta. Ha sido una clasificación dura.

—¿Muy dura? —susurra Koven Alasdair en mi oído antes de morderme el lóbulo de la oreja.

Tiene la mitad de su polla metida dentro de mí y puedo jurar que ya no hay más puto espacio. Tengo el tiempo justo de mutear la llamada antes de soltar una ristra de gemidos.

He descubierto que Lucian se retroalimenta cuando echa la bronca y no necesita mucho más que algún «ajá» o «lo entiendo» de vez en cuando, sin olvidarnos por supuesto del mítico «tienes toda la razón». Lo cual ahora me viene muy bien…

—Tienes un coño perfecto, Dimettri.

Esa manía nueva que ha cogido de pronunciar mi apellido con acento italiano me está volviendo l-o-c-a.

Me mezo sobre su regazo y sacudo la cabeza sintiéndole hasta en el ombligo. Sus dedos están por todas partes, igual que su lengua, su enfermiza posesividad que me derrite el raciocinio y…

—¿Lina, me estás escuchando?

—Eso, ¿le estás escuchando?

Me acerco a su boca y le muerdo con fuerza el labio inferior hasta que gruñe. Su polla da una sacudida dentro de mí y la siguiente embestida me la da con deliciosa rabia vengativa. Vuelvo a coger el teléfono.

—Sí, por supuesto. Estaba pensando en lo que has dicho.

Mi voz suena del todo profesional, pero la sonrisa de Alasdair me deja atontada.

—Que no vuelva a pasar —pide Lucian, quien parece quere escuchar «me aguantaré la indisposición la próxima vez, jefe».

—Haré todo lo que esté en mi mano —juro mientras el demonio qu estoy cabalgando amasa mis tetas con una mano, como si fueran s mayor tesoro, y con la otra me acaricia el clítoris hinchado y sensibl con mimo.

Me empieza a palpitar tan rápido que a duras penas pued pronunciar palabras de despedida antes de que Lucian cuelgue. Ech un vistazo a la pantalla para asegurarme de que estamos solos y apena tengo dos segundos, porque Alasdair me tumba sobre el colchón, m abre tanto las piernas como le es posible y me embiste desde un ángul distinto que me lleva al puto paraíso.

Este hombre tiene la llave a un nivel de placer del que mi cuerpo m había estado privando. Debería odiarle. Debería pedirle que se dé má prisa.

—Dios, Lina… joder.

Gruñe y yo grito su nombre contra su hombro mientras le clavo lo dientes y hago lo mismo con las uñas en su espalda. Me corro contra s erección de piedra y él me observa mientras me hago trizas. U segundo después de que recupere el aliento ya me está follando contr la pared como si quisiera que la atravesáramos juntos.

—Cualquiera diría que me tenías ganas.

—你他妈根本不知道.

—¿Acabas de…? —me arden las mejillas y no puedo luchar contra e orgasmo que se me viene encima.

No te haces una puta idea.

Acaba de decirme *no te haces una puta idea* en mandarín.

Koven, incansable, me alza una de las piernas y me embiste hast que no me queda más remedio que romperme. Su orgasmo lleg segundos después y lo siento derramarse hasta en el último rincón d mi cuerpo.

Creo que en algún momento, debería confesarle que, aunque m haya acostado con otras personas antes, estoy bastante segura de qu se ha quedado con mi virginidad.

Es tarde cuando me arrastra a la ducha.

Le rodeo la cintura con las piernas y me aferro a él como un koal mientras me lleva al baño y abre el grifo con el agua caliente. El baño de la habitación de hotel es casi tan grande como todo mi apartamento pero no lo comento. Tampoco el hecho de que llevo tiemp

acomplejada por mis cicatrices, pero la forma que tiene de tocarme incluso cuando no trae cola de nada sexual, me hace sentir preciosa.

Alasdair me deposita en el suelo con delicadeza y se asegura de que el agua caliente me empape el pelo.

—¿Qué haces?

—Lo que mejor se me da —dice llenándose las manos de champú.

Empiezo a gemir cuando las yemas de sus dedos me masajean el cuero cabelludo.

Me curva las comisuras de los labios cuando intenta apartar su evidente erección de mí. Llevo una de mis manos hasta él, pero enseguida mis muñecas acaban aplastadas contra el mármol negro. Acabamos haciéndolo frotándonos el uno contra el otro compartiendo besos que no llegan a serlo.

Estoy sexualmente más saciada que en toda mi vida y aun así muy hambrienta de él todavía cuando me envuelve en una esponjosa toalla blanca, se coloca una alrededor de las caderas y luego procede a secarme el pelo.

—No hace falta.

—He leído por ahí que tener el pelo mojado mucho rato puede ser perjudicial.

Se me escapa la risa.

—Lo has leído. ¿Dónde?

—Por ahí —se inclina y me propina un beso en el cuello.

Miro nuestro reflejo y no me reconozco. Nunca me he visto así de feliz. Saco el bote de pastillas del neceser y tras coger cuatro, una de cada color, lleno un vaso de agua bajo su atenta mirada.

Me pide que le enseñe la mano para ver el cuarteto mágico y durante unos segundos las estudia, antes de asentir como dándome el visto bueno. Siento una serpiente enroscándoseme en el estómago. Debo estar incubando algo. Me las tomo y vuelvo a encararle.

—¿Se te olvidan alguna vez?

Sacudo la cabeza.

—Es la parada en boxes de mi cadera.

Esquivo su mirada cuando se vuelve demasiado dulce.

Mientras él hace lo suyo, casi me quedo dormida contra su pecho. Sobre todo cuando apoyo la mejilla a la altura del latido de su corazón.

—¿Tienes hambre? —pregunta en tono bajo e íntimo cuando me saca del baño.

—No, solo sueño. Me has robado la energía a base de orgasmos.

Su risa rebota por todo mi cuerpo.

—Pues vamos a dormir.

—¿Te…? ¿Te quedas? —pregunto adormilada e ilusionada.

No contesta. Me quita la toalla y me congelo de repente.

—Ehhh —me quejo.

—Dimettri, no voy a poder pegar ojo si te tengo desnuda a mi lado Por favor, sé buena conmigo —dice y le señalo el cajón donde he puesto la ropa interior.

Doy gracias por haber elegido algo bonito. Me lanza una mirada a ver que es un tanga.

—Tendrá que valer.

—La alternativa a mí me vale —muevo las cejas, insinuante.

Él se muerde el labio inferior y me mira como si fuera su maldición favorita.

—¿Una camiseta para dormir? —pregunta rebuscando entre mi ropa como si fuera algo frágil y delicado que no quiere romper.

Es TAN adorable.

—La tuya —señalo el borde de la cama donde la hemos dejado antes y sus ojos resplandecen como si alguien hubiera encendido una hoguera en ellos—. Así será como si me abrazaras.

—Puedo abrazarte toda la noche, si es lo que quieres —me da un beso en la frente.

En cuanto la tengo puesta, la huelo retorciéndome del gusto. *Madre mía, un orgasmo olfativo total.* Mientras tanto, él se pone los pantalones de chandal que traía, pero ahora sin nada debajo. *Vaya vistas. Qué sed tengo, así, de repente.*

—Íbamos dormir —gruñe en tono cariñoso.

—Claro, claro, sí, eso —me dejo caer en la cama, observándole sin saber muy bien qué hacer.

En dos zancadas Alasdair llega al otro extremo, se mete bajo las sábanas y me atrae hacia su pecho.

—¿Cómoda?

—Mucho. No me puedo creer que quieras quedarte a dormir –admito en susurros cuando apaga la luz y la oscuridad me da una falsa sensación de seguridad.

—Te sorprendería todo lo que… —carraspea y sus dedos se aferran más a mi cuerpo—. Buenas noches.

—Dilo.

—No quiero asustarte.

Trepo por su pecho hasta su rostro. Puede que entre poca luz a través de la ventana, pero la luna me basta para encontrar sus ojos.

—Dilo.

—Me gustaría no tener que separarme de ti, Dimettri, ni siquiera cuando conduces.

Es una suerte que no vea cómo me pongo roja.

Escondo la cara en su cuello y deposito unos cuantos besos mientras enredo mis piernas con las suyas. En algún momento mientras nos amoldamos el uno al otro, nos quedamos dormidos.

Capítulo 47

Lina Dimettri

Domingo, día de la carrera.

En cuanto me separo de Alasdair tempranísimo, me vibra el móvil.

Keira L. Sant Delphi

Keira L. Sant Delphi
Hola, soy Keira, la chica de North Star, espero que no te moleste que te escriba.
Solo quería desearte suerte.

Nada, me da que por mucho que intente evitarlo, esta chica va c
robarme el corazón.
Lo mejor será dejar de resistirse, ¿no?

Lina Dimettr
Muchas gracias, Keira
Darcy me dio tu número hace tiempo
Quería escribirte pero me daba corte
Sé que te quiere mucho y no quiero cagarla contigo
Si te soy sincera, no soy muy experta en esto de tener amigas

Keira L. Sant Delphi
Tranquila!!! Yo tampoco.
Darcy es la única que sabe.
Pero no pasa nada, como en el deporte, todo es prueba y error, ¿no?

¿La asustaría si le dijera que ya la quiero?
Supongo que sí.

Lina Dimettr
Es una buena manera de verlo, si
Cómo estás

Keira L. Sant Delphi
Muy bien!!!
Dime, ¿te gusta la vainilla?

Digamos que la nerviosa y rara conversación con mi nueva amiga es el último gramo de buena suerte que tengo el resto de la mañana.

A la sesión de telemetría, *nuestra* tradición del día de la carrera vienen Lucian y Brutus por un tema del coche y unas mejoras que están estudiando para que vaya todavía más rápida. *Me quieren subir en un cohete*. Que nadie me malinterprete, por mí genial, pero que me quiten mi tiempo a solas con el demonio tatuado de chupa de cuero ya me gusta un poquito menos.

Por si fuera poco, algunos de los más jovenes del equipo, incluido mi querido Loïuan, se han unido al entreno de esta mañana, temprano. Así que no hemos podido ni darnos un mísero beso desde que hemos salido de la habitación del hotel.

Incluso el tiempo que estamos en el paddock estamos tan rodeados de gente que ni siquiera me ha dirigido una mísera palabra. Las seis horas previas de la carrera hoy se me están haciendo condenadamente eternas.

Es tan distante conmigo cuando estamos en público que si no fuera porque todavía siento el fantasma de sus besos en mi piel creería que me lo he imaginado todo. Y no es por nada, pero que sea tan atractivo es un fastidio. Si tuviera la mandíbula menos afilada, oliera como un ser humano y no un anuncio, no estuviera tan guapo cuando se concentra y frunce el ceño... digamos que las cosas serían más fáciles. Pero no, el muy cretino tenía que ser el Thor moreno de las motos.

Sé que está cuidando de mí, que es mi reputación la que podría salir más escaldada, pero al final, cuando ya estamos en el box y faltan cuarenta minutos para la carrera, me pongo de morros. Solo hace falta que nos crucemos tres veces más y que no me mire ninguna de ellas para que pase. Acabo de enfurruñarme cuando pasa por mi lado y dice «Lina» nada más que eso.

JJ me lanza una mirada de «¿te va a echar bronca antes de la carrera? ¿En serio?», y yo camino enfurruñada hasta la sala donde me espera. Eso sí, arrastrando los pies y cejijunta.

En cuanto la puerta se cierra su cuerpo me aplasta contra la pared. Mi corazón salta de alegría, pero soy una chica dura. Lo cual se traduce en que él me besa, pero se lo pongo difícil porque sigo de morros.

—¿Esto qué es lo que representa? —pregunta y su instinto de supervivencia no debe estar en su mejor momento, porque sonríe que no veas.

Es una sonrisa encantadora, carismática y que me calienta más que el puto sol.

—Vale que no quieras darme un beso de tornillo en medio del bo porque las malas lenguas creerían que me he ganado el pan y el hueco haciéndoos ese tipo de trabajillos a ti y a Hendrix, ¿pero tienes que ignorarme hasta el extremo y ser tan frío? Parece que ves a través de mí.

—Sí —me coge de la mejilla con posesividad y me inclina la cabeza para que le mire a los ojos—. Tengo que ser tan frío.

—Pues vale —me pongo más de morros.

—¿No entiendes que no puedo pensar de las ganas que tengo de besarte? ¿Que Brutus me ha pedido si podía traerle una herramienta de la sala de motores y he ido tres veces, y me he vuelto sin nada?

Se me escapa una risita.

—Encima vas y te pones así de guapa.

—Pero si voy c-como siempre.

—Pues eso —junta su frente con la mía y cierra los ojos con fuerza como si estuviera esperando a que pasara la tormenta.

—Me gusta ver que no soy la única a la que esto le afecta.

Abre los ojos y el azul se ha vuelto aún más claro. Tira de mí y ocupa una silla solo para sentarme en su regazo. Pierdo la camiseta y el sujetador, y esta sala ni siquiera tiene pestillo. Será por eso que su pierna está contra la puerta. La milagrosa boca de Koven Alasdair acaba rodeándome un pecho. Le cabe uno entero en la boca y creo que debería empezar a subestimar mi capacidad de estarme calladita.

Me mueve como quiere, me arrastra sobre sí hasta que estoy abierta sobre una de sus piernas. Mi clítoris se roza de lo lindo contra él y más todavía cuando me inclina y me obliga a mecer las caderas.

—No hagas ruido —pide cuando no paro de hacerlo.

—Pues no lo hagas todo tan bien. —Le muerdo el labio inferior con rabia y frustración sexual acumulada, y a él se le dilatan más las pupilas.

Luego su mano llega hasta mi boca y me acalla mientras acelera el ritmo contra su pierna. Abro mucho los ojos demostrando lo que me parece su idea, pero el placer vierte litros de dopamina en mi interior

como quien vacía un bidón de gasolina, y lo único que puedo hacer es arder.

Gruñe mi nombre contra mi garganta mientras mi coño palpita contra su pierna como si me tuviera desnuda en sus manos. Estoy a punto y él me suelta porque en el fondo está tan loco como para querer oírme. Busco su boca, pero no está dispuesto a abandonar el pezón que no deja de succionar y yo... yo...

—*No puedo más* —gimo.

Convulsiono y me corro mientras el orgasmo hace conmigo lo que quiere. Igual que él. Siento un «clic» en el cerebro y dudo si estoy a punto de desmayarme, pero el placer llega a *todas* partes.

Pasan segundos, minutos, puede que años, yo qué sé. ¿Dónde estoy? ¿Cómo me llamo? ¿Cuántas capas tiene nuestra atmósfera?

—Alasdair —jadeo en su oído cuando recupero la respiración. La bestia que tengo amarrada al cuerpo no parece dispuesta a soltarme— ¿Puedo devolverte el favor? ¿Por qué no te pones contra la puerta y me metes la polla en la boca de una vez?

Llevo semanas muriéndome de ganas. Años. Me coge del pelo y me da un tirón que me eriza las terminaciones nerviosas.

—No te lo mereces.

—¿Per-perdón?

—Que nos pillen, no te lo mereces. Nos oirían seguro.

Seguro, sí. ¿Pero es una mala idea? Mi cerebro habla tan bajito ahora mismo que apenas le oigo.

—Lina, si no te vas... —me mira el cuerpo, y me toca, como si fuera el infierno tentándole a pecar con todos sus deseos más oscuros— Dios, no sé qué me estás haciendo, pero sí sé lo que me gustaría hacerte yo a ti.

—Lo mismo te digo.

Se levanta y estoy a punto de poner pucheros otra vez. *La primera ha funcionado de maravilla.*

—Vete.

—¿Y cuándo vas a correrte en mi boca?

—Lina, por dios.

Qué tierno, está tan empalmado que parece que mis guarradas podrían darle el empujoncito que necesita.

—No me gusta deber favores.

—No me debes nada.

—Me he corrido y tú todavía no.

—Lo que te he hecho también ha sido un regalo para mí.

—Tienes que dejar de hablar así —digo sin oxígeno, porque en lo único que puedo pensar es «¿a quién le importa mi reputación?».

Estoy a punto de pedirle que me deje arrodillarme para él cuando se aleja.

—Vete. —Cada vez se aleja más de mí.

Ahora está aferrándose a la mesa con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos, lo cual es todo un contraste con la camiseta negra de manga larga ceñida al cuerpo de dios que tiene.

—Vale, me voy. Pero mantengo mi promesa. Mi boca quiere saldar esa deuda que dices que no tengo.

—Dimettri.

—Sí, sí, ya. ¿Mis mejillas están muy rojas? —pregunto y él me estudia con el ceño fruncido, tan serio que me encoge el estómago.

—Estás preciosa.

—No sé para qué pregunto, todo lo que sale de tu boca son litros de gasolina echados a un puto incendio —murmuro jadeante.

Salgo hecha un desastre y me tiemblan los dedos al girar el pomo pero digamos ahora ya no tengo ganas de estar de morros.

Alasdair tarda cinco largos minutos en salir de esa sala y sé, *sé*, que no voy a ser capaz de aparentar normalidad.

«—¿Qué es eso? ¿Qué suena? —pregunto cuando trepo por sus piernas y escucho un crujido de papel.

—No es nada —dice sin dejar de acariciarme la espalda.

Entonces lo recuerdo, eso que le he visto guardarse en el pantalón una y otra vez. Saco el sobre y se lo enseño. Echo un vistazo en su dirección y al ver que no me frena, lo abro. Son recortes de periódico de aquel día. Todos tienen que ver con la noticia de la muerte de Marcus Torrent, el piloto de F1.

—¿Por qué llevas esto?

—Es mi ancla.

No es un peso con el que tengas que cargar. Me lo quita de las manos con suavidad y vuelve a guardárselo».

Nunca dejaré de preocuparme.

Decido salir a tomar el aire antes de que mi cara acabe descubriendo todo el pastel y es entonces cuando me encuentro con H. D. Antonov. Me sorprende porque no le he visto antes en el paddock.

—¿Tú y tu equipo seguís guardándome rencor por lo que pasó en Austria?

Sonrío. No sé cuántas veces lo hemos hablado ya.

—Claro que no, ya les he dicho que con nuestros mayores hay que tener manga ancha. Nunca sabes cuál podría ser la última discusión.

—Muy graciosa, ¿y tus pañales donde están, niñata?

Sonrío y le choco el puño cuando me lo ofrece. La adrenalina y expectación por la carrera ya vibra por mi piel. *Esto está a punto de empezar*.

Capítulo 48

Koven Alasdair

Todo ocurre muy deprisa, en la primera vuelta. El piloto japonés Tonoke Izumiya choca contra ella. Él sale airoso. Lina reacciona rápido y no pierde apenas segundos en redirigirse.

O en intentarlo.

El coche queda destrozado. Lina pierde la quinta posición que consiguió ayer en la clasificación. Uno a uno, todos los coches la adelantan y la dejan atrás. El pit wall se queda en silencio bañado en incredulidad. El director de Leik-GP que aún no se había ido a paddock es quien toma el relevo.

—Se acabó, Lina, ven a boxes. —Lucian se revuelve, paladeando la derrota, firmando la sentencia de todos.

Noto el corazón latiéndome en las sienes. El sudor frío en la espalda.

—¿Se…? ¿Se acabó? ¿Q-qué quiere decir que se acabó? *No*.

—La carrera ha acabado para ti. Ven a boxes.

—No, no, no. *Lucian* —La voz de Lina suena tomada a través de la radio, rota—. La carrera acaba de empezar. Ha sido la primera vuelta.

Las imágenes que nos llegan son descorazonadoras.

—Tienes el coche destrozado.

—No, solo el alerón delantero y una… una de las dos ruedas delanteras, ¡pero se puede arreglar!

—Lina, ven a boxes —repite.

—Voy, pero no tires la toalla todavía. Dios, ¡solo es el principio Lucian! Tenemos que arreglarlo, ¡la carrera es muy larga! —grita con angustia.

El F1 de Lina se mueve jodidamente despacio, perdiendo más y más segundos. Es como ver a un pirata perdiendo el tesoro que ha buscado toda su vida. Moneda a moneda. Lenta, pero inexorablemente.

Me bajo del asiento en el pit wall y busco a Lucian.

—Quiere correr. Déjala.

—¡Por favor, Lucian! —la voz de Lina me sacude el corazón—. Puedo hacerlo, ¡estoy preparada! ¡Déjame demostrártelo!

—Es solo la primera vuelta, jefe —dice JJ, fuera de la radio, igual que yo.

—El coche podría dar la talla —se suma Brutus.

—Mikel ganará puntos por los dos, va sexto —dice Lucian en tono comprensivo—. Estas cosas pasan.

Mientras tanto, Lina, que no oye nada, sigue suplicando con impotencia y rabia.

—¿Me has traído aquí para ignorar mis putas sugerencias? —gruño apretando los puños.

—¿Has visto el coche? ¿Lo has visto? ¿Qué mierda quieres que haga cuando casi va una vuelta por detrás de todos los demás?

—La conozco mejor que tú. Si ella dice que puede correr, es que puede correr.

La mirada de odio de Hendrix es desmedida, no le gusta que lo reten delante del equipo. Su ego no podría sudármela más.

Y estoy a punto de convencerlo a puñetazos.

—Lina, ten cuidado y no mates a nadie cuando entres a boxes —le dice.

—Déjame correr, por favor, no hemos perdido la carrera. ¡Por favor Lucian!

—Sí, vale. George haz lo que puedas con ella.

—¡Todos en posición! —George moviliza al equipo de mecánicos más rápido que nunca y están listos cuando Lina llega. Me va el corazón a mil. La parada en boxes dura veinte agónicos segundos. Una puta eternidad, pero ella sale disparada como un cohete. Un misil que sabe muy bien a dónde se dirige.

—Gracias, ¡gracias! Os quiero. No os voy a decepcionar, lo juro ¡Gracias!

Capítulo 49

Lina Dimettri

Me han sacado de la carrera casi antes de empezar.

Me han dado por perdida.

Me han subestimado.

Error.

—Lina, tienes los neumáticos fríos. Calma las primeras vueltas –dice JJ, pero acelero curva tras curva.

Me tiembla el cuerpo de anticipación, de todas las posibilidades que se abren ante mí en un abanico violento. El coche responde como una fiera liberada, como si también estuviera cabreado por lo que nos ha pasado. La recta se estira ante mí y no tengo compasión. No he nacido para ser prudente.

Alasdair no ha dicho nada, pero sé que el cambio de Lucian… dios ha sido cosa suya, ¿verdad?

Mi corazón se sacude cuando veo el coche en penúltima posición. Me lanzo por el interior de la curva y lo adelanto antes de que entienda lo que está pasando. Freno tardísimo, al límite. El coche aguanta. Es un puma cubriéndome las espaldas. No celebro la P18, ni la P17. Soy un monstruo sediento de victoria y lo único que hago es ir a por más.

Y volar, joder. Como nunca.

Capítulo 50

Lina Dimettri

P4. Quedo cuarta.

Estoy tan eufórica cuando me bajo del Fórmula 1 que al principio no me salen las lágrimas, solo me río como una puta chalada.

—Muy buen trabajo, Lina —dice Brutus en tono solemne, mientras JJ habla mucho más emocionado.

Pero yo apenas oigo nada más que dos palabras.

—Enhorabuena, Dimettri.

Entonces mis ojos se vuelven dos fuentes. Me bajo del monoplaza y pego el casco contra la carrocería. *Lo hemos hecho*. Me lo quito y beso el puto alerón delantero.

Siento que hasta el último de los gritos del público son para mí.

Mi corazón sabe bien quién es al primero que busco al llegar junto a mi equipo. Pero Alasdair no está por ninguna parte, así que me toca fingir, cuando abrazo a Brutus, que es él quien me sostiene.

—Sabía que podías —dice JJ, como un juramento y espero no abrazarlo con demasiada fuerza, pero no puedo controlarme.

Su voz se ha cortado a través de la radio antes de oír lo que le pedía pero sé que estaba apoyándome contra Lucian, igual que Alasdair.

—Lo has hecho muy bien, Lina —oigo la voz del jefe de Leik-GP.

Me giro y antes de que pueda frenarle, me abraza. Lucian huele fuerte a colonia y su cercanía suele provocarme tos, pero esta vez los mocos me sirven de parapeto.

—Gracias por darme la oportunidad. Gracias.

—Has demostrado dar la talla —dice y no suena orgulloso, pero tiene que estarlo, ¿no?



Me ha separado de la P3 0,005 segundos. En cambio de Verxen y Alök han sido dos y tres generosos segundos enteros, respectivamente. Aun así, es mejor de lo que podría haber soñado. No consigo decirles eso a los que se me acercan con cámaras y preguntas, a duras penas me salen las palabras.

No puedo dejar de llorar. La emoción me sobrepasa. Estoy tan contenta.

Me dan varios intentos y logro recomponerme.

—Verxen ha hecho una carrera excepcional. Se merecía ganar. Por algo lleva ganadas la mayoría de carreras esta temporada, tengo mucho que aprender de él —digo al primero que me pone un micrófono en la cara porque lo pienso y porque me urge salir escopeteada hacia el otro lado.

—¿Cómo describirías a Koven Alasdair?

Altura intimidante, mandíbula marcada, tatuajes que nunca enseña del todo, camisetas negras ajustadas, chaqueta de cuero ancha, mirada que disecciona a cualquiera en un segundo... Es un hombre de hielo por fuera, hecho de pura tormenta por dentro y su humor es seco como el desierto.

—Es un gran mentor.

—¿Crees que va a enfadarse porque no hayas llegado al podio?

—Su ceño siempre está fruncido, es difícil distinguir cuando no está enfadado. —Sonrío y me marcho de allí más contenta que unas castañuelas.

El ambiente es increíble. Una de las cosas que más me gustan y más me han divertido desde siempre, es que no somos solo los pilotos los que lo pasamos en grande. La gente lo celebra como si fueran con nosotros dentro del monoplaza y eso me hace sentir muy especial. Camino deprisa para llegar hasta donde las cámaras no enfocan, a donde solo esté...

Alastair me ve a mí antes que yo a él. Es más alto de lo que era antes de esta carrera. Por lo menos, cinco metros más. Todavía hay mucha gente cerca, así que su mirada se mantiene severa, rozando la inexpresividad.

—Cuarta posición —oigo el deje de orgullo en el tono, uno que me quema viva.

—¿Decepcionado? —me acerco más.

—Horrores. —Se le curva la sonrisa y genera una inundación inmediata entre mis piernas, y al mismo tiempo un nudo en m

garganta.

—Debería haberme pasado más horas entrenando en el simulador ¿Qué me lo impediría? —me tapo la boca fingiendo que voy a toser— Quiero abrazarte, por favor.

Me hace un gesto distante y cordial para que me acerque y aunqu yo me aferro a él con desesperación, él se mantiene sereno. Salvo por e ligero detalle que me susurra:

—Siempre supe que podrías hacerlo.

Capítulo 51

Koven Alasdair

Hendrix está muy satisfecho con la carrera que ha hecho Lina, as que son las doce de la noche cuando consigo llevármela lejos de todo.

—Jonathan Jonathan me ha contado algo —dice cuando entramos a hotel.

—¿Que su apellido es Jones? —intento bromear aferrándome a la últimas briznas de autocontrol que me quedan.

—Su apellido no es Jones, si no habría estado llamándole J3 desd el principio.

—¿Qué te ha contado, Lina? —*no digas su nombre, joder*.

Y no la mires. Y respira, joder.

—Que casi llegas a las manos con Lucian.

Aprieto los dientes. *Yo no diría eso. Más bien que casi pinto l carretera con el color de sus sesos. No me reconozco*.

—Lucian no juega en tu contra. Solo quería evitar ponerte e peligro, por eso intentaba que abandonaras.

—No creía en mí lo suficiente, pero tú sí. —Sonríe, más sensual preciosa que nunca—. No te haces una idea de lo mucho que voy a agradecértelo.

El ascensor del hotel de Bélgica es grande y estamos uno a cada lad antes de que se cierren las puertas. Un segundo después, ya no.

El ascensor se sacude cuando la empotro contra la pared, le abro l boca con brusquedad y bebo de ella con ansia reprimida. Lina gime e mi boca y siento cómo toda racionalidad se desconecta de mi cabeza.

—Estoy tan orgulloso…

Ella se retuerce contra mí y todo mi cuerpo grita que me la folle aqu mismo. El hecho de que falten segundos para que las puertas se abra no tiene el peso que debería. *Mi polla quiere darle todo lo que alguna vez nos pida y más*.

Lina alcanza la hebilla de mi cinturón y yo le rodeo la muñeca con fuerza para frenarla, le vuelvo a dejar en el suelo y me aparto de ella antes de que se abran las puertas.

—Mantén la cabeza gacha y la boca cerrada.

—¿Por qué? ¿Tanto se me nota? —suelta una risita—. ¿Crees que habrá alguien en el pasillo?

—No, pero creo que podría follarte en el suelo si me lo pides.

Se atraganta con su propia saliva y salgo del ascensor con paso firme pensando en lo bien que sabe su lengua y en las ganas que tengo de meterme entre sus piernas y hacer que se corra hasta que se desmaye.

Capítulo 52

Lina Dimettri

La espalda de Alasdair es una cordillera. Músculos y más músculos Anchos y kilométricos. Unos deliciosos que quiero recorrer con la lengua.

Las luces del pasillo son tenues y todo está en silencio, pero m corazón late tan fuerte que va a despertar hasta el último de los huéspedes. *Y no es lo único que me palpita. «Podría follarte en el suelo si me lo pides». Santo dios.*

Sé que ha estado conteniéndose conmigo cuando me enjaula contra la pared de la habitación y empieza a follarme sin que mis pies toquen siquiera el puto suelo. Libera su erección y me tortura con ella.

Está fuera de sí. Su polla encuentra nuevas formas de llevarme a cielo. Entra en mí guiado por su instinto animal y lo hace de una sola sentada. Toda de golpe. El grito me raspa la garganta.

—¿Bien? —gruñe en mi boca.

—M-más —es lo único que consigo gemir antes de que salga de mí y vuelva a embestirme haciendo que me tiemble hasta el corazón.

Mi coño se amolda a su grosor, a su largura, como puede, pero creo que voy a correrme ya. Empezar a tomar pastillas anticonceptivas ha sido la mejor idea de la historia. No sé si va incluso por delante de la de volver a la F1. *Bueno, sí lo sé.*

—Quiero sentir cómo te corres dentro de mí.

Cuando le he dicho que podíamos follar sin condón casi se cae a suelo de rodillas, pero la cara que acaba de poner ahora tampoco tiene desperdicio.

Me siento halagada y bien follada, qué puta combinación.

Alasdair gruñe veneraciones salvajes mientras nuestras caderas se mueven en sincronía letal. Le araño el cuero cabelludo mientras me penetra más profundo, más rápido, más fuerte.

—Dios, Lina…

—Me voy a correr.

Casi no termino la frase y ya estoy cayendo por el precipicio.

El muy capullo me da todo cuanto necesito para que el climax dure hasta matarme. Es tan odioso. Tan insoportable. El orgasmo me deja atontada, pero no lo bastante como para que no sienta el momento exacto en el que se aferra a mí con el alma. Parece que se le rompen todos los huesos del cuerpo y que eso le encante. Siento cómo su calidez se derrama en mi interior y algo en mi pecho estalla.

No le he dicho que nunca había hecho esto con nadie, pero creo que lo sabe.

Después de que Alasdair me folle hasta dejar su huella impresa en mis santas venas, me lleva a la ducha. Es lógico que, cuando me arrodille, crea que es porque mi cuerpo ya no puede más.

—Estoy donde quiero estar —digo cogiéndole la polla a punto de demostrárselo.

Su estómago se pone más duro, igual que su miembro.

—Lina, no tienes por… *hostia puta*.

El sabor salado de su punta es delicioso y se me endurecen los pezones. Creía que era una burda falacia de los dark romance spicy que he leído y puede que lo sea, puede que el único hombre capaz de gustarme tanto sea él.

Oírlo gruñir es una de las cosas más eróticas del mundo así que empiezo a excitarme… *y eso que todavía no lo he llevado al fondo de mi garganta*.

Me saco su erección de la boca solo para lamer toda su longitud ayudarme con las manos, jugar con él mientras el agua caliente de la ducha nos cae encima.

Nunca he tenido mucho interés por las mamadas, pero en esta no podría tenerlo más. *He leído que si succionas en la parte inferior del miembro…*

—*Hostia puta* —el sonido gutural que sale de Koven hace que mi clítoris hinchado y sensible palpite sin control.

Hay tanto que quiero hacerle con las manos, con la lengua, la boca los pechos… No va a dar tiempo a todo. Alasdair se aferra a mi pelo y las caderas empiezan a movérsele solas.

—Qué puta barbaridad, cariño. Eres increíble. *Dios*.

Una ristra de sonidos de placer incontrolables salen de mí al tiempo que se me llenan los ojos de lágrimas y un ardor aparece en mi

garganta. Me encanta que me halague. Me vuelve loca complacerle.

Sus embestidas se vuelven torpes, descontroladas, y palpito con fuerza. Me froto con mis propias piernas perdiendo la cabeza. El orgasmo burbujea a mi alrededor y ni siquiera me estoy tocando.

Tenso las mejillas generando un vacío alrededor de su miembro y sus dedos tiran aún más de mi pelo. Me encanta. Quiero que me use a su gusto. Quiero que siga diciendo lo preciosa que soy incluso cuando apenas puede respirar.

Succiono con fuerza sin darle alternativa. Alasdair se desmonta, me da todo el control de la situación y se pierde hasta correrse. Su orgasmo es como un huracán, pasa a través de mí mientras me llena la boca.

Cuando se aleja me mira con los ojos brillantes. El calor de la ducha no es lo que empaña las paredes, sino nosotros. Siento la piel ardiendo cual lava volcánica.

—Enséñamelo —pide acariciando mi mejilla con posesividad y cariño.

No opongo resistencia, ¿por qué iba a hacerlo? Sus ojos resplandecen con una oscuridad demoledora que me habría dejado de rodillas si no lo estuviera ya.

—Trágatelo.

Cierro la boca y lo hago. Parece que está a punto de correrse otra vez. Se le hunde el pecho como si le hubieran dado un puñetazo y se le tensan los abdominales. Recorro mis labios con la lengua para no desperdiciar ni una sola gota.

—Eres increíble.

—¿Te ha gustado? Puedo probar otra vez. En unos minutos —sonrío de lado echándole un vistazo.

Me levanta y entierra la boca en la mía.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunta con las mejillas coloradas mirándome con pura devoción—. No vas a dejar nada de mí.

—¿Qué quieres decir?

Me coge de la cara con determinación y me aplasta contra los azulejos húmedos del baño.

—No vamos a fingir que no sabes que me tienes comiendo de la palma de tu mano, Dimettri —baja por mi cuerpo, me abre y se mete entre mis piernas.

—¿De… de mi mano? Quizá de otras partes de mi cuerpo sí —me burlo y él me propina un mordisquito en la cara interior del muslo.

Me faltaba tan poco para correrme que apenas tiene tiempo de atacarme el clítoris antes de que me rompa en mil pedazos como putos fuegos artificiales.

Al salir de la ducha, lo hago en sus brazos y las palabras «mi campeona» rozándose contra mi sien.

Definitivamente, hoy ha sido un gran día.

Varias semanas después…

Capítulo 53

Lina Dimettri

Sábado, Hungría, Hungaroring.

Al salir de la sala que me asignaron como camerino, por así decirlo me choco contra Mikel y aunque es más alto y, obviamente, más fuerte que yo, me mira como si él fuera el cervatillo frente a los daros de coche.

—Vigila por dónde vas, no quiero que jodas mi carrera.

—¿"Tu" carrera? Eso es muy generoso teniendo en cuenta que en las últimas tres no has acabado ni octavo.

—Eso va a cambiar —sonríe como un capullo y no me gusta la sensación de que él sabe algo que yo no—. La próxima vez que te interpongas en mi camino, te mando a boxes de un empujón.

Le lanzo una de mis mejores miradas asesinas y me largo.

Paso de ahondar en el tema. Mikel es un perro que solo ladra y rara vez muerde. *«No te molestes en aprender los nombres de todos los pilotos, no vas a estar aquí mucho tiempo»* es solo un ejemplo de una de sus simpatías, pero me ha soltado ya muchas. La realidad es que yo siempre quedo por delante en la pista y eso debe joder.

Dejo las salas atrás para llegar al box, con el resto.

Esta semana casi no hemos pisado Indiana. El martes Lucian dijo que íbamos a volar a Hungría por la noche y estamos de promo desde entonces. Por lo visto las redes sociales están muuuy interesadas en nosotros. Creo que tiene que ver que hay algunos pilotos muy guapetones que se pasan su tiempo libre posteando su vida en TikTok y atrayendo miradas en nuestra dirección. También he recibido muchos mensajes de ánimo y *girlpower* que me han emocionado lo indecible. En cuanto a lo demás…

«—¿Ha habido problemas entre Koven Alasdair y tú, Lina?

—¿C-cómo? —pregunto a los que sostienen los micrófonos cerca de mi cara.

—No le vimos en tu primer podio.

—Y en tu última carrera, cuando lograste hacer una de las mejores remontadas que ha visto la F1 en años, tampoco.

—¿Hay tensiones entre vosotros? ¿Habéis discutido por algo?

—Mi mentor es una persona excepcional a la que le debo mucho. Gracias».

Ese recuerdo siempre me hace sonreír. *Va a resultar que lo de hablar con la prensa me gusta y todo.* Faltan cuarenta minutos para que empiecen los entrenamientos y decido hacerle una videollamada rápida con Darcy, rezando porque conteste.

—¿Puedes explicarme por qué la temporada de F1 de este año ha empezado en agosto en vez de en marzo, como acostumbra a ocurrir?

Decir que me la quedo mirando ojiplática no sería una descripción acertada. *Creo que me ha dado un ictus. O una embolia. ¿Un parraque?*

—¿Qué? Me estoy volviendo una experta.

—Ya lo veo —me encojo de hombros despacio, sin hacer movimientos bruscos—. Las cosas cambian, supongo.

—Patrañas.

—¿Dinero?

—Eso ya me encaja más. ¿Cuándo coges el vuelo mañana? —pregunto nerviosa.

Todavía no me creo que ella y Keira vayan a venir a verme. No me acostumbro a esto de tener amigas, en serio. Darcy dice que con la racha que llevo, seguro que acabo primera y no se lo quiere perder. Creo que está subestimando al resto de increíbles pilotos que no van a ponérmelo nada fácil.

—En cuanto termine la carrera.

—¿De verdad?

—Qué va, tres o cuatro horas más tarde. Pero llegaré a Países Bajos al tiempo que vosotras. Es lo bueno de estar ya en Europa.

La carrera de la semana que viene es en Países Bajos, pero nosotras tres vamos antes del finde para pasar unos días juntas de vacaciones. Son unas fechas especiales y es nuestra manera de celebrarlo.

—Genial, nos morimos de ganas de verte. Si vuelves a subir al podio lo veremos desde el aeropuerto.

—Vale —digo sin poder reprimir la sonrisa que me ocupa toda la cara.

—Sin presión. Hamilton en su época hizo nueve podios en sus primeras nueve carreras.

—Te voy a colgar, todo este conocimiento está empezando a darme miedo.

—¡Te quiero!

En cuanto me guardo el móvil Lucian me pilla por banda. Nos reúne a Alasdair, Mikel, JJ, el JJ de Mikel que se llama Lance, George Brutus y algunos jefecillos más para hablar de la estrategia de mañana. Solemos ultimar detalles el viernes, pero ayer fue un día muy caótico.

—Todos los ojos están puestos en ti Lina, así que vamos a usar a Mikel como estrategia. ¿Lance? —Lucian le cede la palabra y el ingeniero empieza a hablar de algo que conozco de sobra.

Cuando la mayoría paremos en boxes para cambiar neumáticos Mikel aprovechará para aguantar y ganar posiciones. Blablablá. *«Él tiene polla y tú no, Lina, pues claro que es el favorito de papá»*.

No me hace ninguna gracia que quieran usarme como un pompón con el que distraer al resto de pilotos, con la excusa de que he estado llamando la atención, pero Hendrix manda.

Encima van a ponerle las mejoras que han llegado desde Tokyo un mes antes de lo previsto. Estoy celosa, pero en las últimas setenta y dos horas me han follado demasiado bien como para ponerme ahora de morros o centrarme en el susurrante dolorcillo de cabeza que lleva conmigo toda la mañana.

Además, me contenta saber que una vez en la pista, no tienes ni puta idea de lo que puede pasar. Si no, que se lo digan a Bélgica y mi P4.

¿Queréis favorecer a Mikel? Vale, hagámoslo. Ya veremos lo que pasa.

—Me alegra ver que te parece bien, Lina —dice Lucian cuando me pilla sonriendo.

—Tú mandas —le digo, porque sé que le encanta oírlo.

Me vibra el móvil y echo un vistazo a la pantalla bajo la mesa.

Alasdair

Alasdair
Por favor suéltate el pelo.
Y no te hagas más moños.

Menos aún esos deshechos.

Me explotan las mejillas. *¿Le gustan mis moños?* Me veo tentada a patalear el aire con los pies como una adolescente, pero me contengo y hago lo que se me ha pedido.

Me suelto el pelo sin mirarle. Pasa poco antes de que Hendrix nos despache, así que no sé si Alasdair ve que le he hecho caso. Un segundo después...

Alasdair

Alasdair
No.
No, así tampoco.
Mejor, ponte una gorra.
Joder, es que hoy estás preciosa.
Me voy a empalmar y Brutus va a pensar lo que no es.

Rompo en carcajadas.

—¿Con quién hablas? —Loïuan mueve las cejas de manera insinuante al pasar por mi lado con otros dos compañeros más y casi entro en pánico.

—Una amiga.

—No parecía ese tipo de conversación. A menos que esa amiga y tú...

—Hacemos cochinadas, sí, aunque solo a veces. Se llama Darcy –*¿mezclar matcha con un frappuccino de Starbucks cuenta como cochinada?*

—Darcy, ¿eh?

—Sip.

—Entonces tú eres su Elisabeth Bennet, qué interesante. ¿Y cómo es que todavía no sé todos los detalles de esa historia, Jane Austen? –me coge del brazo pero George lo reclama y me libro por los pelos.

¡¡MENOS MAL!!

Y me vuelve. A vibrar. El móvil.

Alasdair

Alasdair
¿Puedes no reírte así?

Lin
Estaría muy calladita con tu polla en la boca

Alasdair
Joder.

Le oigo toser y veo a alguien del equipo darle golpecitos en la espalda. *Si no lo empalmo antes de la salida, sentiré que he fracasado como ser humano.*

Capítulo 54

Koven Alasdair

Después de la clasificación Hendrix está que echa humo porque Lina saldrá mañana primera en la carrera.

—Debe joder —dice JJ por lo bajo, a mi lado junto al pit wall—, le va a dar el mejor coche a Mikel y es la novata la que consigue la *pole position*.

—Basta, Jonathan, me duele la cara —gruño, serio.

—Eso es porque no estás acostumbrado a sonreír. Pero sí, lo mejor será seguir teniendo trabajo y que no nos oiga nadie celebrarlo —me da dos golpes en la espalda y se aleja—. ¡Que ganas de que llegue mañana!

Joder, sí.

La veo hablar y reír con el equipo de boxes. Cuando me reúno con ella, su sonrisa brilla más que el puto sol húngaro. Y para qué mentir, la mía también.

Por eso no me esperaba que un segundo después se llevara una mano a la cadera y cayera al suelo con un grito atronador a plena vista de todos.

Capítulo 55

Lina Dimettri

Lo sucedido vuelve a mí en flashes.

Escucho la voz de Loïuan en pánico. George en shock. La firme y segura de Alasdair intentando darme un ancla. Las cámaras grabándolo todo. La gente de al rededor mirándome como si fuera un interesantísimo animal del zoo. El intenso y lacerante espasmo, los latigazos que caían sobre mis nervios como rayos...

Hace diez minutos que mi episodio ha acabado, pero el sudor frío cada vez es más abundante.

—¿Tú lo sabías? —brama Lucian en una sala privada en la que hay un par de enfermeras, Alasdair, él y yo.

—Cálmate.

—¿Lo sabías?

—Sí, claro que lo sabía.

Lucian se acerca hacia mí y parece muy capaz de llegar a las manos. Estoy bastante segura de que lo único que le frena es la torre de piedra que se alza a su espalda.

—Mentiste en los exámenes médicos. Debería demandarte y dejarte sin nada.

—No mentí, solo oculté mis crisis. El resto del tiempo estoy bien. ¡Te lo juro!

Lucian quiere dejarme sin correr mañana. Está hablando de echarme de Leik-GP de hecho, y con los gritos que da, estoy segura de que el resto del equipo lo está oyendo todo.

Noto como se me empiezan a hinchar los párpados.

—Ahora todo el mundo está hablando de esto. —Lanza el puño contra la pared y Alasdair vuelva a posicionarse a mi lado, es más que evidente que está muy dispuesto a impedir que me toque.

Mi intranquilidad crece por momentos. Una pelea no me acerca más a la posibilidad de correr mañana.

—Eres impredecible físicamente.

—Sus episodios le avisan, ya te lo he dicho —interviene Alasdair en tono firme—. No es como un ataque de epilepsia, no es repentino.

—Podría perder el control, Koven.

—¡No! Siempre tengo tiempo de llegar a alguna parte, empieza con un dolor de cabeza.

—¿Y si es así por qué te has quedado ahí fuera y has tenido uno delante de las putas cámaras? —brama.

—Quería celebrar la *pole*. He sido estúpida, me he confiado. No debo ignorar las señales. Lo siento.

—Eres un lastre.

—Vuelve a decir algo así y te juro que te recoloco los dientes.

—¡Alasdair! —grito cuando lo coge de las solapas del traje.

—Vamos a calmarnos todos un momento —Brutus entra en la sala y cierra la puerta tras de sí—, se os oye desde fuera y los de la prensa son como pirañas. ¿Queréis empeorar las cosas?

—Lo siento, Lina. No quería llamarte lastre. Me disculpo, no ha estado bien —dice recolocándose la corbata mientras recupera el aliento.

—No, no lo ha estado —gruñe Alasdair, cual lobo feroz que aún no ha terminado de morder.

Quiero estrangularlo y besarlo a la vez. Mi cuerpo va empequeñeciendo con cada segundo que pasa y parece ser que me ha salido un guardaespaldas.

—Solo quiero proteger al equipo. El trabajo de todos. Y la vida del resto de pilotos, joder, y la tuya, Lina —dice Lucian, demasiado tranquilo de repente como para no alterar todos mis nervios.

—Puedo correr —insisto con un hilo de voz, rezando porque no haya tomado una decisión todavía—. De verdad.

Por favor, que no me quite esto.

He nacido para pilotar.

Es lo único que tiene sentido para mí.

—Mira, eso lo dictaminarán los médicos después de que vean todos los informes de Ferra…

—Ferrinol.

—Sí, de ella. —Lucian se larga a por el personal médico o quizá a beber, no lo sé.

Para romper a llorar no necesito ayuda de nadie, así que es lo que hago.



Odio que Hendrix deje que Mikel nos acompañe al hospital y más todavía que esté presente mientras hacen lo que quieren conmigo. Lo va a disfrutar y me cabrea, aunque no sé si lo prefiero a las miradas de lástima que me lanzan Brutus, JJ y George.

Metida en una sala de paredes blanca, tengo un déjà vu de cuando perdí la F1 y a mi madre a la vez. *Es como volver a despertar en una cama de hospital para descubrir que mis dos mayores miedos se han hecho realidad y ahora vivo en una pesadilla*. El pánico se me agarra a la traquea y me cuesta hasta respirar.

—No te pongas nerviosa —dice con amabilidad el doctor de avanzada edad que no para de mirarme las piernas como si fueran la tierra santa que se ha pasado la vida buscando.

Igual que Alasdair me hace sentir preciosa pese a mis muchas marcas y cicatrices, este hombre me hace sentir sucia. Lo cual no me ayuda en absoluto a confiar en él.

Lucian hace muchas preguntas y no parece satisfecho con las respuestas.

Mis pulsaciones siguen subiendo hasta que Alasdair me coge de la mano y arrastra un taburete hasta mi camilla. Me preocuparía por las apariencias si no fuera porque JJ parece querer cogerme la otra. Y Brutus. Tal vez incluso George.

Si Ferrinol no dice ciento catorce veces que mi cuerpo dará señales de aviso cinco o diez minutos antes de sucumbir al episodio, no lo dice ninguna. La videollamada se eterniza. Llegan un par de médicos más cinco en total y deciden que van a tocarme un poco las narices.

Hendrix quiere ver si hay alguna posibilidad de que la irritabilidad de mis nervios se active.

Digamos que me hacen un pelín de daño.

Lucian y Alasdair son los únicos que se quedan a verlo, Brutus y los demás salen casi indispuestos. Me sorprende que Mikel no se quede a regodearse, al parecer tiene un estómago sensible.

Que Ferrinol esté cuarenta minutos en videollamada con nosotros es muy amable por su parte. Sobre todo teniendo en cuenta que la sabiduría innata con la que nacieron estos doctores los vuelve un poco sordos.

—La presión en el nervio ciático y la cadera no es en absoluto necesario y tampoco recomendable —repite Ferrinol.

—¿Puede hacer que tenga más episodios? —pregunta Alasdair.

—Tú cierra la boca, estás aquí de oyente —dice Hendrix muy cortante.

Sé que Alasdair quiere sacarme de aquí y mandar a tomar por culo la F1. Es una de las razones por las que casi me da un ataque de pánico cuando todavía estábamos en el circuito. Y también es la única razón por la que la nariz de Lucian no está sangrando como una fuente.

—No es que queramos provocarle un episodio por gusto —dice uno de los doctores—, es solo que queremos estudiar dónde están sus límites.

—Aunque ver un episodio en directo sería revelador —suelta otro con una desbordante empatía.

—Lo tienes en internet —gruñe Alasdair con puro desprecio.

—Siento cómo han salido las cosas, Lina. Cualquier cosa que necesites, me tienes aquí —oigo decir a Ferrinol después de que Hendrix coja el móvil y diga que ya no la necesitamos para nada.

—Estoy bien —le digo a Alasdair, que se va a partir la mandíbula de tanto apretarla.

La realidad es que no lo estoy. Nunca he sentido semejante nivel de terror y estoy tan empapada en sudor que me voy a quedar sin lágrimas que llorar.

Le acaricio la mano y si no fuera por la mirada penetrante y oscura de Lucian, se la besaría.

Las pruebas son variadas y con todo tipo de instrumentos. Pero lo peor es lo más sencillo. Me mueven las piernas en ángulos anormales pero es la rotación de cadera forzada, eso es lo que me lleva al puto infierno. *¿Y si me quedo así? ¿Y si este dolor no desapareciera nunca? ¿Y si tocan donde no deben y acabo peor de lo que estoy?* La locura ha debido ahogar todo mi raciocinio porque aun así no pido a nadie que pare.

Pasan veinte minutos. Treinta. Me estoy volviendo loca reviviendo dolores pasados, pesadillas que se entrelazan con el presente y me plantean un futuro espantoso. Por eso, llegado un momento, se lo pido.

—Vete, Alasdair.

—¿Qué?

Un médico húngaro me tiene cogida la planta del pie y noto un cosquilleo desde el tobillo hasta el cuello que augura cosas muy malas. Es como si todas las operaciones se volvieran recientes. Sé que el miedo

está jugando un papel importante en esto, pero lo dejo campar a sus anchas.

—Sal de aquí, por favor.

—No.

—Por favor, me lo estás poniendo más difícil.

Si estás tú, tengo que hacerme la fuerte. Por favor, vete.

Como si oyera la voz de mi mente, Alasdair lo hace. Me da lo que necesito pese a que es lo opuesto a lo que necesita él. Me pregunto si alguna vez será egoísta, porque conmigo no lo es nunca. No desde la primera vez que tuvo que elegir entre cumplir su promesa y alejarse de las pesadillas de la muerte de Marcus Torrent o nadar en el infierno con tal de ayudarme a mí.

En cuanto cierra la puerta me permito demostrar hasta qué punto me duele y dejo salir hasta el último de mis gritos contenidos.

Capítulo 56

Koven Alasdair

JJ tiene pinta de estar a punto de vomitar y Brutus tiene tantas ganas de partirle los dientes a Lucian como yo.

—Tiene mucho aguante —dice Mikel con pesar en el tono.

Ha ganado la puta clasificación, no debería estar aquí. Esto es un puto pulso de poder, porque le hemos ocultado la verdad. Lucian siempre ha sido un gilipollas y ahora es un gilipollas con poder al que quiero matar.

Si no fuera por la rabia que siento ya estaría vomitando.

—Pediría ayuda si la necesitara, es lo que hace —dice Brutus, pero yo no las tengo todas conmigo.

Porque aunque la necesite, si esta es la única manera que tiene de pilotar mañana, Lina pasará por el aro. Y yo voy a morirme escuchando sus gritos.

Veinte putos minutos después empiezan a salir los médicos de la sala. Me choco con uno al entrar dándole un golpe tan fuerte que se estampa contra la pared.

—Está bien —asegura Lucian.

Ni siquiera lo miro.

La encuentro en la camilla en la que la he abandonado, y está ojerosa y pálida como una muerta. El pelo se le ha pegado a la cara y sus ojos ya no relucen en su tono turquesa habitual.

—Puedo correr mañana —susurra con una sonrisa cansada, pero enseguida se desvanece.

La cojo en brazos.

—Te has pasado de la raya —la voz de Brutus es gélida como la nieve y está llena de filos.

—Se que todos tenéis una opinión el respecto, pero según creo no sois vosotros quienes tenéis la última palabra, ¿a que no? Tenía que

asegurarme de que no ponía en riesgo al resto de pilotos, podría habernos demandado por millones. Lo primero es lo primero.

Quiero coger su bastón y atravesarle la puta garganta con él. No, los huevos.

—¿Te puedo coger en brazos? Quiero sacarte de aquí.

—Sí, por favor —su cuerpo tiembla marchitándose en mis manos.

—Koven, he hecho lo que tenía que hacer, no creas que he disfrutado de ello —dice Hendrix, pero ni siquiera espero a que termine de hablar.

Salgo del hospital con ella en brazos y busco un taxi. Uno en el que poder meterme con ella sin soltarla.

—¿Te duele mucho?

—No, ya… estoy bien —está a punto de quedarse dormida, apoyada contra mi pecho. Nunca he sentido tanta impotencia—. Eres… Eres…

—¿Qué dices? —acerco la oreja a sus labios, habla muy flojo.

—Eres mi sueño. Eres más de lo que podría desear y aun así estás aquí… No… No me creo que sea yo la que puede tenerte. Tú, Koven Alasdair… eres mi maldita *pole position*.

Se deja ir en mis brazos así que no oye lo que le contesto.



Al llegar al hotel, estoy a punto de dejarla en la cama cuando se despierta. Me detengo con ella en brazos, dudoso.

—¿Puedo acostarte? ¿Necesitas ir al baño? ¿Una ducha?

—Cama, por favor. Y… agua.

Sonrío contento de que me pida algo. De que hable siquiera. Ha estado callada en el trayecto hasta aquí, a medio camino entre el sueño ligero y la vigilia. Sigue pareciendo tan frágil. Lo odio. Me siento a su lado en la cama y le aparto el pelo de la cara. Se le ha secado el sudor de la piel, pero su ropa sigue empapada.

—¿Me dejas cambiarte de ropa?

—Con las sábanas serán suficientes.

La desvisto con cuidado. Recorro su piel marcada con los dedos odiando las rojeces nuevas. *Como si no hubiera sufrido ya suficiente.* Me hierve la sangre solo de pensar en la de veces que Ferrinol ha dicho que no hacían falta más pruebas. Si no fuera porque echaría a perder todo el sacrificio de Lina, le habría dado tal paliza al cabrón de Hendrix hasta el punto de que agradeciera estar en un hospital.

—No quiero que tengas dolor de estómago por esto. Por favor, no lo tengas. Tú tienes que ser el sano de los dos.

Le sonrío, encierro una de sus manos entre las mías y se la beso repetidas veces. Es una suerte que a duras penas abra las ojos porque solo con verme la cara ya tendría la respuesta a eso.

La desnudo y la dejo solo con la ropa interior.

—Lina, escúchame —le acaricio la frente y se la beso—, ¿te han hecho alguna oferta?

—¿Ehhh? —frunce el ceño y cuando entiende el mensaje, abre los ojos.

—Sé cómo te miran el resto de escuderías. Han tenido que decirte algo.

—No pienso traicionar a nuestro equipo. Son familia.

—Lucian no. —*No sé cómo cojones voy a volver a mirarle a la cara después de lo de hoy*.

Lina hace una mueca.

—Me va a dejar correr. Es todo cuanto quiero, Alasdair. Por favor vamos a dormir. Estoy muy cansada. —Su tono se vuelve jodidamente convincente cuanto más agudo y triste suena.

No creía que nada en el mundo pudiera dejarla sin fuerzas, pero sí ha pasado.

Me tumbo a su lado intentando no tocarla mucho. Ella se acomoda contra mí, apoya la cabeza en mi cuello y se queda dormida en mis brazos.

Y yo paso horas concentrado en su respiración.

Capítulo 57

Lina Dimettri

Lo primero que siento al abrir los ojos es que me han dado una soberana paliza. Entonces lo recuerdo. Mi episodio, las cámaras, el equipo descompuesto y sin saber qué hacer, el hospital, Alasdair con ganas de romperle la cara a los médicos y sobre todo a Lucian, las pruebas... *dios, las pruebas.*

Sacudo la cabeza intentando alejarlas de mi recuerdo. Alzo la barbilla y veo al hombre que me estrecha entre sus bonitos y musculosos brazos de Sr Montaña. Se me curva la sonrisa sola. Me subo sobre su pecho y empiezo a repartir besos por su mandíbula.

Debe estar en mitad de un sueño profundo, porque no se despierta. Solo me acaricia la curva del culo, algo que tengo comprobado que puede hacer en sueños. Su erección se endurece un poco más y mi sexo se humedece, salivando por tenerle.

Entonces lo recuerdo.

«—Eres mi sueño. Eres más de lo que podría desear y aun así estás aquí... No... No me creo que sea yo la que puede tenerte. Tú, Kovem Alasdair... —cierro los ojos perdiéndole el pulso al cansancio—, eres mi maldita *pole position*».

OH DIOS MÍO.

¿YO DIJE ESO?

¡¡¡Seré bocazas!!!

Un segundo. El cerebro me pica con algo más. Algo borroso.

«—Si yo fuera piloto, no correría para ganar carreras. Lo haría para llegar hasta donde estés tú. —Siento sus labios en mi frente, tan suaves que el beso apenas existe—. Te quiero, Lina».

Dejo de tener pulso. Oxígeno. Mis neuronas dejan de funcionar. Litros y litros de adrenalina se vierten en mis venas.

Entonces Alasdair abre los ojos.

Frunce el ceño al ver mi cara de pánico.

—¿Qué?

—Nada, el desayuno. Deberíamos ir antes de que se acabe. El hote tiene horarios. Voy a quitarme de encima —digo a la carrera, en tono agudo y estrangulado.

Su mano no abandona mi culo, pero su otro brazo rodea mi espalda antes de que pueda darme a la fuga. No me aprieta, es una jaula la ma de delicada.

—Primero déjame asegurarme de que, tal y como creo, no te encuentras mal.

—Estoy bien.

—Eso no puede ser verdad después de lo de ayer.

—Estoy cansada, un poco dolorida, pero con un buen desayuno estaré bien. ¿Me sueltas ya?

—¿Puedes darme un segundo? —pregunta y antes de que pueda responderle su mano llega hasta mi pelo y acomoda mi cara contra su cuello, abrazándome con todo su cuerpo—. Repíteme eso de que está bien.

—Repíteme tú eso de que me quieres.

Al principio ninguno de los dos se mueve. O respira.

Alasdair se mueve hasta que estamos cara a cara. Me mira... no como si se arrepintiera o entrara en pánico, *dos reacciones la mar de válidas tras haber dicho algo en la vulnerabilidad del momento* . É sonríe de lado y le brillan los ojos. La emoción y el miedo zumban por mis venas como una carrera a trescientos cuarenta, con pista mojada y neumáticos lisos.

La muerte está asegurada.

—Mírate, tan asustada. Qué preciosidad —me acerca a su boca y solo puedo rendirme a su beso.

Llegados a este punto, su erección es dolorosamente evidente y yo ya he dejado claro que quiero desayunar. Me rozo contra él ignorando las punzadas de dolor al hacer ciertos movimientos. El placer es mucho mayor a cualquier otra cosa.

—Lina, no puedo follarte bien después de lo de ayer. Dame un par de días.

—Te doy un par de minutos. —Esperaba que su risa reverberara por mi cuerpo, pero ni siquiera sonríe—. Lo siento. Y siento haberte pedido que te marcharas.

Me aparta el pelo de la cara y me mira de tal forma que las mariposas de mi pecho y mi estómago salen escopeteadas al resto de m

cuerpo. Me duele el corazón de lo mucho que...

—Tranquila, no pasa nada —dice y no parece que se refiera a lo de ayer.

Más bien a lo que no soy capaz de decir.

Nos levanta con cuidado y me besa el hombro antes de depositarme a su lado en la cama. Una vez más, está sin camiseta y no puedo sino admirar el regalo para la vista que son sus muchísimos músculos.

Alguien que ame el arte debería pintarle un cuadro a las venas que se marcan en sus bíceps. Es lo mínimo. *Quiero meterme bajo su piel y quedarme ahí debajo, protegida.*

Busca su camiseta, pero no la encuentra. Al parecer, se la ha quitado en mitad de la noche y a diferencia de mi ropa, no estaba colocada con mimo en la silla, sino en el suelo.

—Nunca me has hablado de tus padres. Tú sabes la historia de los míos. —Me abrazo las rodillas con tal de no abalanzarme sobre él dudando si habré sido tan sumamente pesada con el romance de mis padres como imagino—. No me parece justo.

Sé que su madre fue una gran coach, que le enseñó desde pequeño todo cuanto hay que saber y que por eso es tan alucinante. Pero no sé nada de ellos en lo personal.

—Eran muy cariñosos. Puntuales hasta lo odioso. Creían férreamente en ser responsables de sus actos. Y también eran abiertos de mente. Les parecía que ir a terapia era algo que la mayoría de gente normal debería hacer.

—Hablas de ellos en pasado. —Me acerco a él, como un perrito dispuesto a suplicar a su dueño que no se vaya al trabajo todavía.

—Eran mayores cuando me tuvieron. Mi madre falleció hace seis años, mi padre hace cinco.

No lo sabía. ¿Cómo pude no enterarme de lo de su madre? Era alguien importante en la F1. Se me abren grietas nuevas en el corazón.

Un segundo, eso significa que cuando ocurrió lo de Marcus hace cuatro, Alasdair ya era huérfano.

—Voy a irme primero, ¿vale? —pregunta—. Te esperaré abajo frente a la sala del desayuno. Así nadie sabrá que he dormido aquí.

—Alasdair.

—¿Sí?

—Te quiero.

Se le hincha el pecho con una inhalación que no exhala. Se acerca despacio y su mirada es de-mo-le-do-ra.

—Repítelo —la palabra intenta ser una orden, pero viene vestida de preciosa vulnerabilidad.

—Venga ya, «eres mi maldita pole position» no es como que deje mucho a la imaginación. Ya revelé mis cartas —resoplo, roja como un tomate anhelando su contacto hasta que sus manos me encuentran.

—Por favor —pide.

Exhalo, derrotada y con el corazón en la garganta.

—Te quiero, Alasdair.

Traga saliva con dificultad y sus dedos llegan a mi cintura apretando para asegurarse de que estoy aquí, pero no tanto como lo harían si ayer no hubiera existido.

—¿Vas a decir algo?

—No.

—¿Por qué no? —inquiero.

—Podría asustarte.

Joder. Mi cara alcanza nuevos niveles de color. Me muerdo el labio con fuerza.

—Prueba.

—Cásate conmigo.

—Estaba hablando en serio —resoplo.

Me mantiene la mirada un segundo. Y otro. Y otro más.

Empiezo a quedarme blanca y él sonríe. Me besa la frente y luego los labios, pero apenas respondo. Se marcha de la habitación y yo me quedo ahí, en el mismo sitio. En shock.

—No acaba de proponerme matrimonio, ¿verdad?

Capítulo 58

Koven Alasdair

Me alejo por el pasillo con ganas de volver a entrar.

En algún momento se me pasará esta sensación de que si no estoy en contacto con ella respirar se vuelve difícil. La vida ha cobrado un sentido distinto desde que conocí a Lina y no estoy dispuesto a renunciar a eso.

Reconozco que la cara que ha puesto cuando le he hecho la pregunta ha sido del todo adorable.

Por esa razón, Brutus, cuando entro al salón comedor, cree que estoy contento y dispuesto a hablar de lo de ayer. *Empieza a dolerme el estómago otra vez.* Le hago un gesto para que lo deje para luego cuando me menciona que las cámaras lo grabaron t-o-d-o.

—Hay una cosa más. Es sobre la prensa.

—No quiero oírlo. Y ella tampoco.

La idea de que Lina tenga que lidiar con las malas lenguas después de lo que soportó me jode más que una puñalada intercostal.

—Sí, sí queréis —sonríe y me desconcierta—. El público no la está tachando de irresponsable, dicen que es admirable que compita a tan alto nivel teniendo en cuenta los dolores que sufre. La adoran.

—¿De verdad?

—Y no solo eso. Después de que anunciaran que Mikel es el único que va a tener mejoras en el coche y que Lina se hiciera con la pole position, el público baraja que sea un tema de discriminación de género. Se los ha ganado a todos.

Me paso la lengua por el interior de la boca.

—Lo mejor será que nos centremos en la carrera.

—Lucian se merece un buen bofetón después de lo de ayer —dice poniendo una mano en mi hombro—, sentirse traicionado por ella no justificó lo que hizo. Pero estoy seguro de que ahora se arrepiente de

haberle dado el visto bueno y dejarla correr hoy. De lo contrario, e público se lo habría comido vivo.

—No voy a negar que me gustaría verlo.

—Lo entiendo, en serio —Brutus me aguanta la mirada y parece qu quiere decir otra cosa.

Que lo sabe.

Que le parece bien guardarnos el secreto.

—Todos le hemos cogido cariño a nuestra compañera —digo en ton neutro—, nadie en el equipo quiere que se quede sin correr.

Asiente conforme con dejar las cosas así.

Es un buen tío, pero no estoy dispuesto a poner en peligro l reputación de Lina. Ni siquiera con él.

Capítulo 59

Lina Dimettri

Entro en el salón y veo a Alasdair hablando con Brutus de espaldas a la puerta.

En cuanto lo hago, todo el equipo dirige sus ojos hacia mí a la vez y me mira como si fuera la mismísima Galadriel entrando en el salón comedor. Como si hubiera vuelto de entre los muertos. O como si fuera su artista Kpop favorita y hubiera hecho el mejor *comeback* de la historia.

Me vuelvo a poner roja. *Vaya mañanita*.

—¿Cómo te encuentras? —Loïuan se levanta de su asiento y se me acerca a toda prisa con un trozo de pan con mantequilla en la mano.

Un par más del equipo de boxes, con quien no creía tener tanta afinidad, también vienen corriendo con consternación en los ojos. Y George. Y JJ, por supuesto. Digamos que hay mucha gente de pie.

—Estoy bien.

No los tranquiliza.

—No tenía ni idea de que pasabas por eso.

—Pobrecita.

—¿Te hicieron muchas pruebas ayer?

—Dicen que te pasa a menudo, ¿cada cuanto, Lina?

—No debiste sufrirlo sola.

—¿Es muy doloroso?

Pronto, tanto interés y las preguntas que no tengo oportunidad de contestar, empiezan a ser un poco abrumadoras.

—¿Y si dejamos que coma, chicos? —propone George regalándome una cálida sonrisa.

De todas las cosas que me dicen con la que me quedo es la Brutus. En un tono solo para mí, me pone la mano en el hombro y me suelta que la cicatriz que tengo en el lateral de la pierna derecha se parece a Italia y que debió salirme por genética.

Quiero mucho a esta gente.

El hotel es un bufet libre del tipo todo-me-apetece-que-pena-que mi-estómago-no-sea-el-de-un-elefante, versión húngara. Me acerco a Alasdair con disimulo. Está paseándose frente a las bandejas de comida. En cuanto llego con un plato vacío, se dedica a llenármelo con fruta sin miramientos. Voy a quejarme de su invasión platil, pero me ha puesto piña y fresa, que da la casualidad que son mis frutas favoritas.

—¿Y si decimos que salimos juntos? —susurro.

—No —responde con rotundidad alejándose de mí.

Le persigo como una *stalker* y llegamos a la zona de café.

—No me gusta la unilateralidad de tu tono.

—No voy a hacerte eso, Lina. Esa conversación no está abierta a debate.

—Todo está abierto a debate.

—De eso nada. Esto es una dictadura.

—Sí, pero creía que era *mi* dictadura.

Me mira. Hace eso de pasarse la lengua por el interior de la boca intentando no sonreír. Y luego se larga de vuelta a la mesa, no sin antes mencionar algo sobre unas tortitas altas en proteína.

Es un monstruo.



Horas después, cuando me acerco al monoplaza, le rezo a todo lo que existe. Lo acaricio con mimo mientras JJ pasea el volante por el box y agradezco a quien escuche de poder correr una carrera más.

—¿Estás bien? —pregunta Alasdair en tono neutro.

Me preocupan sus ojeras, lo tenso que está y lo que pueda pasarle mañana cuando nos separemos. De repente, irme a Países Bajos con mis amigas me parece muy egoísta, sobre todo sabiendo el empeño que tiene su cuerpo en llevarse las cosas a lo personal. *¿Se encontrará mal cuando me vaya?*

—Preocupada por ti.

—Me refería a tu cabeza.

—Sé a lo que te referías.

Me mira dejándome claro que si estuviéramos solos ya me habría puesto contra la pared. Ojalá estuviéramos solos.

—El jefe está preocupado —dice Loïuan por lo bajo pasando de largo, recordándonos sin querer lo muy acompañados que estamos.

—Mi cabeza está genial.

—¿Me lo prometes?

—Sí. No me duele nada salvo el oído después de hablar con Ferrinol La tía grita mucho cuando insulta —sonrío y él también curva la comisura de los labios sin poder evitarlo.

De verdad, *de verdad*, que me gustaría mucho besarle.

—Me alegra. Yo también estoy bien.

—Más te vale, te necesito entero para que me vigiles. Y luego para que me entrenes. Puedes dejar lo de ponerte enfermo para cuando termine la temporada —ya me buscaré otra excusa llegado el momento.

Sus ojos brillan y menos mal, lo echaba de menos.

—Me ha faltado tiempo en el paddock.

Se me corta la respiración.

«—¿Y qué pasa cuando te eche de menos? —pregunto.

Alasdair se gira despacio hacia mí en la ducha y casi suelto un "lo retiro" cobardica.

—¿Cuando me eches de menos? —se acerca a mí y me acaricia con mimo mientras el agua nos cae encima—. ¿Vas a tener tiempo?

—Me refiero a cuando estemos en público y deseemos no estarlo.

Alasdair levanta las cejas y yo me muero un poquito más.

¿POR QUÉ LO HE INCLUIDO EN ESA FRASE, JODER?

—No digo que tú desees…

Me interrumpe con un beso y, dios, no es un beso cualquiera. Es una sentencia. A mí ya no me puede salvar nadie.

—Cuando me muera de ganas de arrinconarte… —susurra y se inclina hacia mí oído mientras se roza contra mí—, besarte o tenerte así… Te diré que me ha faltado tiempo en el paddock».

—¿Cómo dices? No te he escuchado bien.

—He dicho que me ha faltado tiempo en el paddock.

—Sí, a mí también mucho —admito con el corazón galopando a toda velocidad mientras me pongo los auriculares de la radio y el casco como si nada.

—Ten cuidado, Dimettri. —Es lo último que dice antes de marcharse a la *pit wall*.

Siempre.

Capítulo 60

Koven Alasdair

Cinco luces rojas se apagan y el rugido de veinte motores me atraviesa el esternón. Empieza la carrera.

—Buena salida, buena salida —dice JJ.

En la tercera vuelta tenemos el primer percance.

Mikel comete un error mínimo en la chicane, pero a esta velocidad un milímetro es un mundo. Su coche y el de Xander Sazze se ven afectados. Sacan la bandera amarilla en el sector dos y un Virtual Safety Car (VSC), típico en incidentes moderados.

—¿Qué le ha pasado a Mikel?

—Toque con el muro. Nada grave —responde JJ mientras ella, y todos los demás, reducen la velocidad.

—¿Está bien?

Le lanzo una mirada a Lance mientras JJ le responde.

—Ha perdido posiciones, pero está bien. Ya de vuelta en la carrera.

A ver cuándo pregunta él por el bienestar de Lina. Lance finge no darse cuenta y sigue tranquilizando a Mikel por radio, que estará teniendo otra de sus pataleta de niñato malcriado.

El VSC desaparece de la pista.

El F1 de Lina responde a las exigencias de su piloto como si fuera una extensión de su cuerpo. Pierde la primera posición en un undercut agresivo de Verxen, pero se mantiene en P2 con una ferocidad que no da tregua a nadie. En cuanto al P3, la distancia que la separa de Jacob Alök es cada vez más irrisoria.

—Necesitas nuevos neumáticos, Lina. A boxes, a boxes.

—Recibido.

La parada en boxes es rápida, pero la ralentiza y vuelve a la carrera en cuarta posición. Lo que hace un segundo era Verxen, Dimettri y Alök, ahora es Verxen, Alök, Harris y Dimettri con Izumiya y Eriksen jodidamente cerca.

La euforia zumba a través de mí y no quiero ni pestañear.

—A tu izquierda —le advierte JJ.

Ella no baja la guardia, devora las curvas y golpea donde duele. Va a cuchillo. A más de trescientos treinta y cinco putos kilómetros por hora.

El F1 del inglés, Elias Harris, intenta cerrarle el hueco en la siguiente curva y el del japonés, Tonoke Izumiya, se le pega mucho por detrás. Me provoca un latigazo de angustia en el pecho, uno que dudo que alguna vez termine de irse, pero Lina Dimettri no permite que nadie la toque.

Tras salir de la recta y entrar en la siguiente curva, Alök y Harris están a punto de chocar. Maniobran para evitarlo y Lina recupera la segunda posición detrás de Verxen.

A joderse, chavales.

P1, Verxen.

P2, Dimettri.

P3, Alök.

P4, Harris.

P5, Izumiya.

P6, Eriksen.

—¡Qué tensión, por dios! —jadea a través de la radio.

Odio la idea de distraerla, pero cuando un piloto tiene tiempo de pensar en algo más que solo la carrera, sé que es momento de intervenir con tal de que no lo haga el miedo.

—Dimettri, ¿cuál es el circuito más rápido del calendario?

—Monza.

—¿Y cómo se le conoce?

—Como el templo de la velocidad.

Alök le pasa por delante acelerando más de lo que debería en la recta. El piloto de cuarenta y cinco años tiene mucha más experiencia que ella, espero que sea eso lo único que esté pensando Lina y...

Pues no, no lo es.

—Lina, ya vas a trescientos cuarenta —dice JJ.

El corazón se me sube a la garganta viendo la amenaza constante de los que están a menos de dos segundos de ella. Recupera la segunda posición, pero Alök y Harris son dos hienas hambrientas... *dios, esta siendo una carrera muy reñida.*

—¿Cuál es la curva más mítica?

—Eau Rouge. Si no te da miedo, es que no vas lo bastante rápido.

—¿Quién es el piloto más agresivo de la parrilla actual? Y no diga que tú.

—¿Quieres la respuesta políticamente correcta o la de verdad?

—La de verdad.

—El que tengo delante.

Sonrío mientras Lina está a punto de alcanzar el famoso alerón trasero de color amarillo de Adam Verxen.



Llegamos a la vuelta sesenta y nueve. Penúltima. Mi pulso ya se ha acostumbrado a golpear mi garganta de forma frenética y estoy bastante seguro de que no sería consciente si empezara a darme un infarto.

Después de una lucha incansable, y del accidente de Izumiya con Harris, Alök ha perdido posiciones tras una mala parada en boxes y Lina se ha puesto en cabeza. Pero la cosa está muy reñida con Verxen.

—Tú marcas el ritmo, él te sigue —anuncia JJ.

Decir que está reñido sería el puto eufemismo de la historia. Ha hecho una carrera magistral, pero no es la única. Nadie comete errores Eriksen, en tercera posición y con neumáticos en un mejor estado que ellos dos, va ganando décimas de segundos poco a poco.

—Qué puta barbaridad —dice Brutus que no para de maldecir nervioso perdido.

La carrera se convierte en un triángulo de fuego Dimettri-Verxen Eriksen. Suelto un gruñido cuando Verxen, en su línea, lleva su monoplaza hasta el límite y adelanta a Lina.

Última vuelta.

Ya no respiro.

Adam comete su primer error, un pequeño sobreviraje. Apenas es visible para nosotros, pero JJ lo confirma.

—Ha perdido tracción, Lina. Si atacas ahora, no podrá hacer nada.

—Hecho, equipo.

Última curva.

Lina entra por el interior como si hubiera nacido allí y él intenta cerrarle, recuperarse del fallo. No lo consigue. Llega tarde. Se adelanta.

Última recta.

Lina alcanza los trescientos cincuenta kilómetros por hora. El ambiente en el circuito es un volcán a punto de erupcionar y cuando lo

hace, siento que me estalla dentro. Gruño un «hostia puta» justo antes de que cruce la línea de meta porque es inevitable. Ha ganado.

—Victoria. Victoria, P1, Lina —anuncia JJ—. ERES UNA PUTA DIOSA.

—¡¡¡Oh, dios mío!!! —grita eufórica con una mezcla de risa, llanto, incredulidad y gloria.

No tenía el mejor coche y ha ganado.

La velocidad tiene nombre.

Y es el suyo.

Capítulo 61

Lina Dimettri

Salgo del Fórmula 1 después de la vuelta de honor. Le doy unos toques en agradecimiento, pero podría ponerle un puto altar o morrearle, si no fuera por el casco.

La adrenalina no me permite estarme quieta, así que echo a correr con un tsunami de pura felicidad agitando mis emociones desde dentro.

Señalo el logo de Leik-GP dibujado en mi mono al encarar a las cámaras más cercanas. Tengo la piel de gallina. En mitad del caos, solo hay nombre que me quema la garganta.

—¡¡¡ALASDAIR!!!

Me dejo la voz gritando, las lágrimas se mezclan con unas carcajadas que no puedo controlar.

Nadie apostaba por mí.

Pero él sí lo hizo.

Hoy mi victoria es tan suya como mía.

Los encuentro a todos en el *Parc Fermé,* pero solo uno me clava los pies al suelo y me deja temblando. Su mirada es la copa que aún no me han dado, pero mejor. No puede tocarme, hay demasiados ojos demasiadas cámaras, pero sus ojos me sostienen como lo harían sus manos.

Al tiempo que Brutus, JJ y el resto me dan la enhorabuena él me llama campeona y cada letra me atraviesa con más fuerza que el rugido del motor en la salida. *Creo que voy a acabar tatuándomelo.*



Lo que parece una eternidad después, cuando me alejo de las cámaras, él me sigue. Ni siquiera nos hemos ido del circuito todavía

razón por la cual, su cercanía me pone más nerviosa que de costumbre Y eso ya es mucho decir.

—¿Se ha perdido, jefe?

—¿Estás segura de que conoces el significado de la palabra «perder», Dimettri? —pregunta y se me escapa una risita. Alasdair me aprisiona contra la pared de una sala vacía y echa el cerrojo. Luego chista la lengua—. No me gusta este sitio, no voy a follarme a la ganadora en un armario.

—No es un armario —me desabrocho el mono—, es más grande.

—Menos de lo que te mereces.

—A esta ganadora le da igual el donde —trepo por él como un koala lujurioso y alcanzo sus labios al tiempo que le arranco la ropa de cuerpo.

Está tan duro y le deseo más de lo que puedo concebir.

—Dios, has mantenido la estrategia hasta el final —jadea mientras se carga mi sujetador—. Has estado *tan bien* en las curvas. —Me clava los dedos en la piel como me gusta y no siento más que placer mientras frota su glande contra mí y yo le hago cosas sucias con la lengua.

¡¡SOS!!

—Y he hecho unos adelantamientos difíciles, ¿verdad, 师傅[4]? —le muerdo el cuello con olor a limón.

Terminamos de desnudarnos a toda prisa, sin dejar de atacarnos el uno al otro.

—Sí, joder —gruñe—, muy difíciles. Imposibles.

—我想要你[5].

Emite un sonido gutural y nuestros cuerpos se vuelven uno. Se acabó respirar. Se acabó pensar. Me inclina sobre una mesa, pero sin dejar de besarme el cuello. Mete la mano entre mis piernas y mientras me acaricia el clítoris con los dedos en movimientos circulares demenciales, su polla se abre paso en mi centro candente, húmedo y desesperado.

La forma que tiene de aprisionarme contra él y hacerme suya solo se podría definir como violenta adoración. Me vuelve loca. Sus besos están llenos de orgullo, de hambre voraz, de algo que hace temblar mis rodillas más que cualquier curva a trescientos.

Alasdair me folla como me merezco y más, y a mí no se me ocurre mejor manera de celebrar la victoria que con él.

Somos un equipo.

Por primera vez en la vida, tengo uno de verdad.



Horas después, en el avión, todavía se me llenan los ojos de lágrimas de la emoción.

Adam Verxen es el piloto de esta generación que más victorias tiene a sus espaldas, así que mi P1 todavía sabe más increíble.

Hoy las muchas peticiones de Lucian ni siquiera se me han hecho tan cuesta arriba. Su actitud me ha sorprendido gratamente. «En la próxima carrera, las mejoras serán tuyas». Me sabe mal por Mike porque sé lo que es que te quiten algo que creías tuyo, pero esta noche no puedo dejar de sonreír.

«—Ha habido muchos momentos en los que estaba nerviosa de verdad. Podría haber metido la pata —le digo a Alasdair mientras recupera mi mono y me ayuda a ponérmelo.

La forma que tiene de embestirme sin piedad y luego colmarme de mimos es todo un contraste.

—Pero no lo has hecho —me besa el hombro y yo busco sus labios perdiéndome en el sabor de su lengua y por poco, el hilo de lo que iba a decir.

—Porque tú has empezado a jugar al trivial conmigo. —Sonrío tanto que me duele la cara.

—Deja de mirarme así o te esposaré a mí, y te impediré que te vayas a ninguna parte».

No voy a mentir, he sentido tentaciones de dejar que lo hiciera. Muchas. *Tantas*. *Suspira*. Pero mis amigas y su vuelo de once horas y media era algo que pesaba demasiado. Digamos que es algo que me ha empujado a pensar con la cabeza.

Seguro que el karma me compensará renunciar a todos los orgasmos que la bestia de Koven Alasdair me habría dado las próximas cuarenta horas. *Lo voy a echar tanto de menos. Y al equipo. Loïuan ha llorado como una magdalena. Y JJ. Y Brutus parecía tan orgulloso…*

El día de hoy estará para siempre en mi memoria.

Pienso en lo que ha pasado antes de separarnos. Le he dado su regalo. Al fin y al cabo, mañana es Navidad.

«—Sé que acabamos de conocernos como aquel que dice, pero como mañana es Navidad y no vamos a vernos, quería hacerte un regalo. No espero que tú me des nada a cambio. Esto es un agradecimiento por todo lo que has hecho por mí. Venga, ábrelo rápido. —Se lo doy y lo coge como si fuera un tesoro.

Este hombre tiene que empezar a ser más normal, más sucio y menos agradecido o yo voy a morirme.

—Es un libro.

—Sí, he supuesto que sabes leer. Vaya, ¿me he equivocado? —me burlo y él me pellizca y me besa la mejilla antes de abrirlo.

*Le encantan las normas y los reglamentos, sabe todo lo que puede hacerse y lo que no, y por eso es tan alucinante plantearnos estrategias juntos. Así que le he hecho una imitación a uno de los reglamentos de la Federación, *edición Lina Dimettri*.*

Su sonrisa se ensancha con la primera página. Me abraza pegando mi espalda contra su pecho y pasa las páginas sin alejarse de mí ni un poco.

—El ceño fruncido es obligatorio para entrenar —lee—. Rebelarse lo es para ganar. Discutir suma puntos y follar todavía más. —Su carcajada pasa a través de mí, contagiándome—. El coach debe dormir con la piloto un mínimo de veinte horas semanales.

Es una tontería monumental, pero mi corazoncito tiembla al ver que le hace gracia. Creo que para que esto funcione hacernos reír es importante, ¿no? A él le sale solo, el capullo es muy divertido.

—Vale, vale, vale, no hace falta que lo leas todo delante de mí —pido frenando sus manos, siendo muy consciente de t-o-d-a-s las guarradas y elogios que he puesto dandole las gracias por follarme tan bien.

—¿Te estás poniendo roja? —susurra en mi oído.

—Para nada. Ve a las últimas páginas, por favor.

Su cuerpo se tensa al poco de hacerlo.

Al final del libro no hay normas sino fotos y también algunos recortes de todos sus éxitos y las veces que la prensa ha elogiado su talento. Solo he podido coger algunas, había cientos de noticias.

—¿Qué es esto?

—Por si alguna vez necesitas recordar lo bueno que eres.

Alasdair se queda muy quieto y muy callado durante un instante que se me hace eterno. Luego me gira en su abrazo y me observa con un aplomo contra el que no puedo luchar. Cuando me besa lo hace despacio y profundamente, dándome mucho miedo. Se me llenan los ojos de lágrimas y cuando vuelve a desnudarme, soy plenamente consciente de que lo que hacemos ahora tiene poco que ver con follar»

Un rato tras el despegue, una de las azafatas se acerca a mí con una nota. Cejijunta y confusa, se lo agradezco y rezo porque no sea una nota

del piloto diciendo que todos vamos a morir y que me lo cuentan a m en primicia porque es fan de la F1.

Se me congelan los dedos al reconocer la letra de mi entrenador.

Te quiero, 书呆子. [6]

Dios, este viaje me está rompiendo el corazón.

Darcy

Aeropuerto de Amsterdam, Países Bajos, finales de diciembre.

Nunca pensé que una carrera de Fórmula 1 pudiera hacerme llorar pero ha pasado. Por si fuera poco, ver a Lina corriendo y gritando «Alasdair» de esa forma tan cruda y desesperada está volviendo loco a todo internet y a nosotras también.

—Dios mío, Key, ¿tú la ves? ¿La ves? —pregunto agitada.

—No, ¡no la veo! —Keira me aprieta el brazo con el mismo nerviosismo.

Nuestro avión ha aterrizado antes de lo previsto, por eso hemos podido ver la carrera. Por desgracia para entonces Lina ya había subido a su avión, ¡y no haber podido hablar con ella nos tiene histéricas!

La seguridad del aeropuerto de Amsterdam nos ha llamado la atención por los gritos que dábamos. Casi nos echan, pero les hemos enseñado de qué se trataba y se han quedado a terminar de ver la carrera cerca nuestro. La barrera lingüística no ha sido en absoluto un impedimento.

Ahora, frente a la puerta por la que va a salir la piloto ganadora empiezo a dudar si quiero ser psicóloga o su fan. Seguirla por el mundo parece un planazo.

—¡¡¡Allí!!! —Keira tira de mí, cortándome la circulación del brazo y perdiendo la bolsa de viaje por el camino.

La ropa se puede volver a comprar, los momentazos si no los vives te los pierdes.

Corremos hasta ella armando escándalo, así que nos ve de lejos. La saltamos encima. Suerte que está fuerte porque la placamos sin piedad.

—¡Eres una pasada!

—¿Cómo has hecho eso?

—¿Habéis visto la carrera? —sigue preguntándolo cada fin de semana, y en secreto, odio un poquito más a su madre por no haberla querido bien.

Nos abraza y entre carcajadas emocionadas le dejamos claro que sí.

—¡HAS GANADO! —grito un poquito más.

—Lina Dimettri —dice un chaval con acento nórdico a nuestro lado tirando de la manga del abrigo de su padre.

Comparto una mirada con Keira.

—Uy, que ahora tiene fans, cierto.

—Y nosotras aquí dando el cante —murmuramos por lo bajini.

Lina es un encanto y se hace fotos con quienes se la piden, y a veces Keira y yo servimos como fotógrafas, pero en cuanto el grupito que se ha acercado está satisfecho, le pongo mi gorra a *celebrity,* le tapo bien la cara y tiro de ella sin miramientos.

—Corre, Key, tenemos que llevárnosla al hotel antes de que nos la secuestren.

—¿Secuestrarme?

Keira le pone su bufanda y se dedica a mirar en todas direcciones como si fuera una agente del FBI con una clara misión.

—¿Has traído la copa? Si es que si, será mejor que no la saques.

—¿Cómo va a haber traído la copa? Aunque en verdad habría molado. Podríamos beber vino blanco en ella. ¿La has traído?

—Se la ha quedado Alasdair —dice entre carcajadas, buscando la manera de respirar.

—¡ALASDAIR! —gritamos Keira y yo a la vez, imitándola.

Lo cual no va muy bien para lo de no llamar la atención, pero sí para romper a reír.



Juntamos las tres camas individuales del hotel y creamos el lugar perfecto para nuestra noche de pijamas. El calambre estomacal está asegurado con estas dos.

—Los amstermdeños deben ser muy altos. Estas camas son mucho más largas que la mía.

—Amsterdamenses.

—Fíjate, Keira, acaba de corregirme una campeona.

La piloto de F1 me da un codazo en el estómago de lo más injustificado y luego se ríe como una villana.

Nos cambiamos y vamos a la piscina interior del hotel. Son las diez de la noche y la tenemos toda para nosotras. Está en la última planta así que podemos ver las estrellas a través de la cristalera.

—He cotilleado tus redes y he visto lo bien que van tus entrenamientos —le dice a Keira.

—Ah, ¿eso? Bueno, mi nueva entrenadora cree que publica algunos vídeos podría atraer patrocinadores —Key se pone un poco roja.

—¿Puedo decir algo? —pregunto, dispuesta a cargarme el buen ambiente. Miro a Lina y siento como se me sacude el corazón—. Estoy un poco enfadada contigo.

—¿Conmigo?

—¿Por qué no nos dijiste que tenías tantos episodios? La última vez que tú y yo hablamos del tema me dijiste que era un dolor soportable uno que pasaba muy de vez en cuando. Y por lo visto tienes uno al día como mínimo. —Desvío la mirada cuando algo se me aferra a la garganta.

El agua está caliente, pero mi cuerpo se queda frío al recordar las espantosas imágenes. Daban un miedo horrible.

—Lo siento. Nadie que se dedique a la F1 le gusta centrarse demasiado en los riesgos, el peligro real o los daños. No quería mentiros es solo que… Si podía ser una chica normal con vosotras, me ayudaba a sentir que lo era.

—Puedo entenderlo —Keira se le acerca y le hace un cariño un poco torpe, pero del todo adorable.

Una atleta profesional y una piloto de F1. Las miro y pienso que narices sé yo de dificultades.

—Sí, y supongo que yo puedo aceptarlo —murmuro por lo bajo.

Después de volver a la habitación, muchas risas, champán, un extenso y delicioso servicio de habitaciones, y varias películas a las que no hemos hecho ni caso, nos preparamos para dormir. Veo a Key mientras se lava los dientes con la cara pegada a la pantalla, donde está teniendo lugar una videollamada con su marido y sus perros.

Dan un asco que te cagas.

Lina mira su móvil por si en los últimos veinte segundos le ha llegado alguna notificación. Pongo los ojos en blanco y cojo el mío.

El tío al que voy a cargarme como se pase de listo

Darc
Eh, tú
Tienes que venir

Ha pasado algo?
Es su cadera??
Está bien?
Está bien?????

Darc
Estamos pasándolo en grande, pero conozco a Lin
Sé con quien quiere celebrar su victoria y en su lista, faltas tú
Pero tengo que pedirte algo más

El tío al que voy a cargarme como se pase de listo
Lo que sea.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntan las dos frente a la cam antes de que termine la conversación.

—¿Qué cara?

—De maldad —Lina sonríe de oreja a oreja—. ¿Es porque no ocultas algo? Porque yo a vosotras sí. Os he comprado una tontería.

—Dijimos que nada de regalos.

—Yo he preparado algo que pensaba reservar para mañana – explica Keira—. Son unas galletas con forma de F1 y otra de birrete pero decoradas con copitos de nieve y similares.

—Keira... —dice Lina con la voz tomada—. Ahora mis jerséi navideños a juego van a parecer una tontería.

—Me encantan los jerséis navideños.

Mientras se emocionan como dos pánfilas, pienso que estas do son mi regalo.

Capítulo 62

Lina Dimettri

Lunes, las doce de la mañana del día de Navidad.

Tengo un sueño algo peculiar. En este, me encuentro en una habitación similar a la del hotel en el que me acosté, con la diferencia de que esta cama no está formada de tres unidas. Es una única redonda y grande. Y unos dedos largos y hábiles rozan la curva de mis pechos y me endurecen aún más los pezones.

Alasdair.

Mis hormonas están tan perdidas en él que siento el sabor de su lengua en mi boca incluso en sueños. Sus manos acarician mis curvas me queman y me hacen retorcerme como una lagartija sedienta de más

Las cortinas están echadas, así que la habitación está bastante a oscuras, pero no tanto como para no permitirme ver las indecentes hendiduras junto a sus caderas. *Gracias pantalones caídos*. Tampoco las dunas de sus abdominales marcados.

Eres el hombre más guapo con el que he soñado nunca.

—Gracias.

Doy un respingo. Lo he dicho en voz alta. Y él lo ha oído.

Alzo la vista para encontrarme con unos ojos azules profundos como un abismo y brillantes como diamantes de nieve. El corazón se me encoge dentro del pecho.

—Dios mío, este sueño es muy realista.

Me muerde el labio con la fuerza justa como para que grite y me de cuenta.

—¿Estás aquí de verdad? —jadeo—. ¡No puede ser!

—Darcy me dijo que viniera. Y que trajera conmigo a Sant Delphi Está ahora con Keira.

—Dios santísimo. Es la mejor amiga del mundo.

Y tú… tú has volado hasta aquí. Por mí. Para verme.

Me lanzo a sus brazos y Alasdair suelta una risa grave y melodiosa cuando pierde el equilibrio y cae sobre la cama. *Míomíomíomío*. Rueda

sobre él. Alasdair me estrecha entre sus brazos afianzándome en su regazo, oliéndome el pelo y besándome el cuello.

—Tenía tantas ganas de verte, joder —gruñe—. Ni veinticuatro horas aguanto. Estoy enfermo.

Mi corazón se salta un latido y sonrío como una idiota porque yo siento lo mismo. Le deseo tanto que me cuesta hasta mirarle, como si temiera que fuera a ver a través de mis emociones. *Es tan intimidante.* Me coge de la mejilla con firmeza y me obliga a hacerlo.

—Me da que yo estoy contagiada de lo mismo.

Nos besamos como si lleváramos un mes muriéndonos de frustración sexual reprimida.

—Pensaba que los regalos estaban prohibidos, así que iba a esperar hasta tu cumpleaños.

Al principio no entiendo lo que dice. Estoy atontada por el efecto que causa en mí. Entonces noto algo en mi muñeca. Bajo la vista y veo la pulsera de plata con un casco de F1 en miniatura en el que se puede leer «mi P1».

—Alasdair…

—La he hecho yo.

—Cállate —gimo.

Me ha hecho una pulsera. Él. A mí. Mi corazón entra en un cortocircuito peligroso. Él sonríe mientras a mí se me llenan los ojos de lágrimas.

—¿Quieres que te la ponga?

—Por favor —pido con la voz estrangulada, pensando en que no pienso quitármela por nada.

Le ataco a besos. Es la única manera de explicar la forma en que me muevo encima suyo. Meto la mano entre nosotros y acaricio su erección guiada por el deseo de tenerle.

Me aparto de él lo justo y me arrodillo en el suelo, apartando su pantalón de mi camino.

—¿Qué estás haciendo, cerebrito? —su voz es tan áspera y grave que me eriza toda la piel.

—Celebrando tu visita. Eso hago —libero su polla y, despacio, recorro el glande con la lengua.

Cojo su gruesa erección con una mano y la acaricio repetidas veces hasta la base. Le succiono hasta que gime y está a punto, sin llegar a darle lo que anhela de mi boca.

—*Dios, Lina*. —Recoge todo mi pelo en su puño para quitarlo de en medio.

—Haces que quiera portarme muy mal solo para que puedas torturarme.

—¿Quieres que te castigue? ¿Que te convierta en una buena chica?

Asiento y él me desviste con la boca. El dominio de la situación cambia de manos bastante rápido.

Mi pijama acaba en el suelo y yo apoyada sobre mis rodillas, con la cara hundida en la almohada y el culo demasiado expuesto. Siento su aliento en el clítoris y tiemblo de pies a cabeza.

—Dios, qué mojada estás ya. ¿Me dejarías despertarte así?

Antes de que conteste Alasdair me succiona, comiéndome como se le antoja. La idea me deja ardiendo y su lengua me pone los ojos de revés.

Me aferro a lo que puedo, a la vida, a mi llanto suplicante de más mientras su lengua se cuela en mi coño sin piedad. Entonces se aleja y chista la lengua.

—Te he hecho una pregunta, ¿o no? —me propina un mordisquito en uno de mis labios, cuando estoy palpitando tan rápido que estoy segura de que voy a correrme ya.

—S-sí —gimo mientras acerca su polla a mí, se roza con mis piernas y mis glúteos.

—¿Sí qué? —Su punta húmeda recorre mis muslos, se roza contra mí dándose placer y de paso, torturándome.

No importa las veces que lo haya tenido dentro. Se me encoge el estómago de la impresión solo de verlo, cada vez.

—Quiero que me despiertes así. —Muevo las caderas para intentar no lo sé, tentarlo—. *Por favor, Alasdair…*

Me premia con una embestida. Es lenta, tanto que grito, pero es certera. Me penetra un poco más, me usa como quiere.

Centímetros y centímetros de gruesa y larga tortura. Qué bien lo hace el muy insoportable.

Me quedo sin respiración cuando tira de mí hacia él hasta que me yergue. Y esto sin salir de mí. Gruñe en mi oído mientras el escaso espacio en mi interior que había para él se reduce todavía más y mi clítoris tiembla sin control.

—Más… más —gimo mientras sus embestidas se vuelven más rápidas.

Su mano se cruza por mi vientre y sus dedos alcanzan uno de mis pezones, volcando más litros de cálido placer en mis venas. Con la siguiente embestida no puedo hacer otra cosa que romperme. Me desmonto en sus brazos. Tiemblo mientras me sostiene y no quiero que pare. *Nunca.*

—Eso es, empápame la polla, cariño. Qué puto regalo de Navidad.

DIOS.

Las sensaciones explotan en todas direcciones y dejo de ser persona. Soy un amasijo de placer, humedad y satisfacción. Lo único en lo que puedo pensar es en que le quiero, el resto de mi mente es un lienzo en blanco.

Cuando recupero el aliento, está todavía más duro dentro de mí y la siguiente embestida la noto en el ombligo, en cielo de la boca, en la puta alma. Me hace un chupetón en el cuello, marcándome como quiere. Me folla como si me odiara, y no podría gustarme más.

—No íbamos a vernos en unos cuantos días. ¿Pensabas tocarte pensando en mí?

—Es lo único que me hace soportar no tenerte cerca.

Gruñe y yo inclino el cuello para darle mejor acceso, pero la tentación de su boca es demasiado grande y acabamos compartiendo un beso apasionado.

—Quiero verlo.

—¿A-ahora?

—La próxima vez que lo hagas —me acaricia el clítoris pasando una mano por mi vientre—. Quiero que lo grabes y me lo envíes.

Nunca he hecho eso, pero no tengo oportunidad de comentarlo. Su polla entra hasta la base y estoy bastante segura de que he perdido la cabeza.

—Agárrate al cabecero.

Obedezco sin dudar. Me alza las caderas, me separa las piernas y se cierne sobre mí. El nuevo ángulo le hace algo raro a mi coño, algo que provoca que cada vez que se desliza a través de mis pliegues y se entierra con la rabia con la que yo conduzco, mis sentidos tiemblan y veo lucecitas por todas partes. *Qué santa barbaridad. En algún momento el sexo debería volverse aburridísimo. En algún momento esta burbuja estallará.*

¿…Verdad?

Debería haberlo pensado mejor antes de ceder a mis impulsos. Habérmelo pensado mejor antes de ser valiente. Ser solo Lina otra

vez, cuando él se canse de mí, va a doler horrores.

Capítulo 63

Lina Dimettri

Los días en Amsterdam pasan muy rápido y antes de que me de cuenta el jueves ya se nos ha echado encima. Falta muy poco para Nochevieja y si me preguntas a mí, es una suerte que caiga en domingo día de carrera. ¿Qué mejor manera de cerrar el año?

«—No puedes encontrarte mal, ¿sabes? —pregunto a sus labios antes de chocar contra ellos en un puñado de besos rápidos—. Es decir, estoy perfectamente y además soy una campeona.

Alasdair asiente y me estrecha entre sus brazos, y casi me creo que vaya a borrar de su mente todo lo ocurrido en aquel hospital. Pillarle en los baños del restaurante al que hemos ido a comer todos juntos, ha sido una idea de-li-cio-sa. La de arrinconarme en una esquina ha sido toda suya.

—Estoy bien.

—¿De verdad? Porque yo también lo estoy —y no me fío un pelo de que tú me estés engañando y la idea de que te encuentres mal y me lo ocultes es como un puñal oxidado en la garganta.

—De verdad, Dimettri, pero si vuelves a abalanzarte así sobre mí no te soltaré hasta que te tiemblen las piernas».

Ufff, qué calor de repente. *Carraspea*. Como iba diciendo…

Keira y yo nos hemos asegurado de no perdernos en los brazos de los hombres que nos enloquecen y de que Darcy lo pasara muy bien. Eso se traduce en que la hemos dejado escoger nuestra ropa, que hemos tachado todos los destinos de su lista navideña y, en definitiva, que la hemos convertido en la hija favorita y mimada de dos matrimonios. *Después de lo que ha hecho por nosotras, es lo mínimo.*

Hoy nos hemos pasado la mañana haciendo turismo y luego parte de la tarde en Vondelpark, solo volvemos al hotel para adecentarnos y salir a cenar. La de hoy va a ser más temprana que el resto de días

porque mañana Alasdair y yo tenemos trabajo, pero a nadie parec molestarle la idea.

¡No me puedo creer que mis amigas vayan a verme correr! Estoy intentando lidiar con el entusiasmo en secreto para no parecer una pringada total, pero estoy muy ilusionada.

Por si fuera poco, mi cabeza no puede parar de recordarme lo que ha pasado esta mañana. La forma en la que mi coach ha decidido despertarme. Llevo anhelando su contacto desde entonces, mojada incapaz de dejar de sentir el recuerdo de su lengua en lugares muy vulnerables.

No tenía ni idea de que me iban esas cosas, pero dios, ya lo creo que me van.

Aunque, por algún motivo, el resto del día ha estado castigándome con algún que otro beso casto y nada más. La peor parte ha sido ir a la habitación del hotel a cambiarnos de ropa, empezar a desnudarme para tentarlo y Alasdair yéndose al baño en vez de, no sé, follarme contra la mesita del café con violencia.

Me tiene muy mal acostumbrada.

Supongo que unos días me deseará más que otros y no pasa nada.

Llegamos a la recepción antes que nadie y dos aficionados a la F nos interceptan. Parecen de mi edad, universitarios

—Venimos a ver la carrera desde Irlanda —dice recolocándose el gorro granate de pescador—. Llevábamos mucho tiempo esperando un buen fichaje por parte de Leik-GP. Tienen suerte de tenerte.

—Nos morimos de ganas de verte correr mañana. Hiciste un gran trabajo en Hungría. —El chico de ojos verdes ladea la cabeza y me mira desde las alturas con mucho interés.

—Sois muy amables. Fue un buen trabajo de equipo —miro a Alasdair, pero ellos no, así que no ven la seriedad de su rostro, ni lo que intimida.

—Eres mi piloto favorita.

—La de ambos —puntualiza el de ojos verdes—. No queremos robarte mucho tiempo, solo idolatrarte unos segundos.

—Sí, no vamos a obligarte a jugar al Mario Kart con nosotros ni nada. Fijo que te lo piden un montón.

El comentario me hace reír y siento la mirada de Alasdair taladrándome la mejilla. Me piden hacernos una foto y estoy a punto de hacérsela a ellos dos, qué toooonta.

Nos despedimos y me quedo con una sensación preciosa en e
pecho, como de que el mundo es un lugar bonito o alguna chorrada así
Ni siquiera soy consciente de que Alasdair tira de mí hacia el ascenso
hasta que me mete dentro y pulsa el botón de la última planta.

—Perdona si eso ha sido un rollo. Quizá podría ponerme una gorra y
tratar de no…

Sus dedos se cuelan más allá de mis pantalones y mi ropa interior
Encuentra mi centro y me los mete sin la más mínima piedad. Llevo
todo el día empapada y lista para él, así que resbalan sin freno.

—¿Qué estás…? *Dios, Alasdair.*

—¿Te ha hecho mucha gracia lo que ha dicho ese tío? —su pulgar se
mueve en círculos mientras sus dos dedos entran y salen de mí.

Se aleja al tiempo que las puertas se abren en la última planta y
entonces pulsa el botón de recepción. Sé que se me saldrá el corazón
por la boca si intento decir algo.

—Bien, ¿por dónde íbamos? —se cierne hacia mí cuando las puertas
se cierran.

Antes de que pueda contestar me mete la lengua hasta la campanilla
y retoma sus deseos de masturbarme en el puto ascensor. Sus dedos
entran y salen de mí con más rapidez. Los curva y empiezan a
temblarme las piernas.

He perdido totalmente la cabeza porque busco su cinturón pese a
que solo quedan ocho plantas. Siete.

—¿Crees que podríamos…? —miro su erección y parece que le
arranco diez años de vida del cuerpo.

Alasdair aprisiona mi mano contra la pared del ascensor con la
única que tiene libre y se mete todavía más dentro de mí. aún más
profundo. Grito. Me empapo en un fuego ardiente que sale de dentro y
me quema.

—Juraría que te he oído reírte *tres* veces —me mete un tercer dedo y
rozo el cielo.

Empiezo a correrme. Es como una avalancha. Empieza despacio y
luego es puro caos descontrolado. Siento cómo le empapo los dedos
mientras me besa de la forma más obscena que puede.

Mi orgasmo se alarga como un chicle. Alasdair sale de mí tres siglos
antes de que yo quiera que lo haga, pero presiona mi clítoris con fuerza
y siento que me corro otra vez. Quizá no he dejado de hacerlo en
ningún momento. La pura verdad es que no entiendo del todo a mi
cuerpo desde que estoy con él.

Separa las manos de mí lo mínimo.

—No tenemos tiempo para más —dice jadeante antes de robarme un beso rápido con la boca bien abierta.

Las puertas del ascensor se abren y mientras me cubre con todo su cuerpo, se dedica a lamer sus dedos hasta dejarlos limpios. No ayuda mucho a que recupere el aliento, que digamos.

—Ahora vas a salir ahí y fingir que aquí no ha pasado nada.

—¿Cómo…? ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Por quién me tomas?

—Por una campeona —se inclina y me besa la mejilla. Me da la vuelta y me pone delante suyo para ocultar la tremenda tienda de campaña en sus pantalones—. Camina.

—Se me ha olvidado cómo se hace.

Puedo ver su irritante sonrisa sin necesidad de verle la cara. *Lo siento muy adentro. Y también siento otras cosas.*

—Darcy se va a dar cuenta. Dios, y Keira. Me conocen —digo tapándome la boca con la mano.

Nuestros amigos han debido bajar por el ascensor del otro extremo de la recepción porque ya están ahí.

Alasdair tira de mí. Se apoya en una pared como si fuéramos nosotros los que están esperando y de paso, me pega contra su pecho.

—¿Tenemos que fingir que no les hemos visto? ¿Que estamos esperando?

—Deja de jadear.

—Hace tres segundos que me has…

—Llevas todo el día volviéndome loco.

Esa confesión es lo que le faltaba ya a mis pulmones, vamos.

—¿Por eso estabas tan distante? —Sonrío—. Qué tierno.

—Deja de hablar.

—Deja de darme órdenes. —Muevo el culo hacia atrás y gruñe cuando me rozo contra su erección. Le miro por encima del hombro— Te recuerdo que no estamos en Leik-GP y que ahora eres tú el que me necesita a mí.

Su mirada arde con sed de venganza y creo que me voy a arrepentir de haber dicho eso.

—¡Ahí estáis! —Darcy llega trotando y está tan guapa que tengo que tomarme un momento para apreciar el mono turquesa de pelo y las botas brillantes que se ha puesto.

Parece una Monster High, una Bratz y un Labubu, con lo mejor de los tres mundos. *Estoy segura de que sabe que es la tía más alucinante*

que hay.

—Darcy, eres empática, inteligente y comprensiva, pero una parte de mí considera un desperdicio que seas psicóloga.

—El mundo no está preparado para asumir tanta belleza, es mejor así. Bonito colorete, por cierto —desvía la mirada hacia arriba, muy arriba—. Aunque este no pienso pedirte que me lo prestes.

Me atraganto con mi propia saliva y los dedos del culpable se clavan en mis brazos. Alasdair me ha dejado hecha un desastre, así que busco una excusa para subir arriba.

—Ten-tengo que ir un segundo a mi habitación —comento cuando Keira y Alek Sant Delphi llegan hasta nosotros—. Me he dejado el móvil.

—No necesitas el móvil —dice el hombre a mi espalda propinándome un beso en la mejilla antes de salir de detrás de mí y entrelazar su mano con la mía con fuerza—. ¿Nos vamos a cenar?

—Eh, sí lo necesito —gruño por lo bajo cuando el resto echan a andar.

Alasdair frena nuestros pasos, me coge la cara con ambas manos y se inclina hacia mí para decir en un tono de voz que solo yo escucho:

—Quiero saber que tu entrepierna está llorando por mí, ¿puedes hacerme ese favor?

No me muevo ni un milímetro.

—¿Y p-por qué iba a hacer eso?

—Porque tú más que nadie, Lina, sabes que un duro trabajo trae consigo una gran recompensa.

Todas las posibilidades de «recompensa» llueven sobre mi cabeza.

Soy fácil de convencer. Demasiado fácil.

Capítulo 64

Koven Alasdair

No es como si Lina y yo hubiéramos ido cogidos de la mano por las calles de Amsterdam estos días, ni como si la hubiera besado contra los escaparates de las tiendas como quería hacer cada tres segundos, pero reconozco que hemos disfrutado de ciertas libertades que acaban a llegar circuito de Zandvoort el viernes.

«—Nadie sabe a dónde vamos en realidad, ¿me equivoco? – pregunta Sant Delphi.

—Ajá.

—¿Qué le has dicho a Lina?

—Lo mismo que tú le has dicho a Keira, que quería darle un rato para estar con Darcy a solas y dejar de invadir su viaje de amigas. La cual no es del todo mentira.

Asiente.

—Salvo que sí lo es. ¿Estás seguro de que te han entendido cuando has llamado por teléfono?

—La mayoría de la gente de Ámsterdam habla un inglés fluido ¿sabes?

—Ya, pero quiero burlarme de ti y la prisa que tienes.

—¿Qué prisa?

—Esa que no te permite esperar a llegar a casa para hacer esto ¿No crees que deberías decírselo a ella antes de…?

—No. No lo creo.

Del ansia que nos tenemos, a veces follamos sin llegar a desvestirnos del todo. Eso hace que esto no vaya a ser ningún problema. No verá nada de lo que me hagan».

—Bueno, nosotros nos vamos ya a las gradas —empieza a decir Darcy, cogida del brazo de Keira.

Comparto una mirada con Sant Delphi.

—Alto ahí —pide Lina—. Qué adorable, ¿de verdad creíais que ibais a venir hasta aquí para sentaros en la grada como si no fuerais amigas de la ganadora de la última carrera? —Saca las tres acreditaciones VIP para el paddock y su sonrisa ilumina el puto circuito.

—¿Vamos a estar con el resto de pilotos? ¿En serio? —los ojos de Keira se vuelven dos corazones y Alek a su lado, se derrite un poco más.

—N-n-no puede ser. —Darcy se ha quedado blanca.

—Sí, creo que tú me pediste una foto del piloto francés. ¿O era el alemán? —Lina se encoge de hombros—. Supongo que da igual, podrás pedírsela a todos los que quieras.

Ambas se lanzan a sus brazos al tiempo que Alek Sant Delphi, cuya mujer es la única persona en el mundo que le hace ilusión conocer, suelta un estoico «gracias, Lina».

Pero ella me está mirando a mí con los ojos brillantes de la emoción y mi corazón no se queda quieto en su sitio. Esta mujer consigue que mis heridas recientes ardan.

—Darcy, ¿sigues respirando? —le pregunta Keira.

—*No*.

—¡Eh! Nada de llorar, que estáis muy guapas y quiero presumir de amigas. Eso también va por ti, Sant Delphi.

—Sí, tío, aguántate las lágrimas —le paso un brazo por encima de los hombros y lo zarandeo mientras echamos a andar.

—No sé si voy a poder.

—¿De quién era el póster que tenías colgado en tu salón?

—Era tuyo, tío. No sabía cómo confesártelo.

Keira me lanza una falsa mirada asesina antes de volver a sonreír con toda la cara y echar a andar rápido cogida del brazo de Lina y Darcy. *Esto va a ser interesante*.

Capítulo 65

Lina Dimettri

—¿Crees de verdad que les ha hecho ilusión? —pregunto mientras caminamos hacia el box.

Alasdair me mira alzando una ceja en plan «¿en serio?».

—Darcy parecía a punto de tener un ataque.

—Ya, me da pena que el resto no se haya podido llevar una impresión real de lo guay que es siempre. Parecía… tímida —admito esa palabra a duras penas queriendo salir de mi boca.

Alzo la vista cuando no dice nada y lo encuentro sonriendo mirándome de una forma que: jo-der. Se queda con mis bragas, mi oxígeno y con todo.

—¿Tenemos tiempo para…?

—*No*.

—Pues será mejor que te adelantes y me des un segundo —le pido ralentizando mis pasos.

—No quiero separarme de ti todavía —responde con total seriedad.

—Alasdair, por dios. —A las mariposas de mi estómago les da un A TA-QUE.

—¿Cómo puedo estar echándote tanto de menos?

—No lo sé, estoy justo aquí —digo, aunque yo también lo siento.

Si no estoy encima suyo o tocándole de alguna forma, me falta algo.

—Se nos pasará —promete.

—¿Tú crees?

—Ayúdame un poco, Dimettri.

—Oh, sí, por supuesto. Se nos pasará. Acabaremos asqueados el uno del otro.

Ni siquiera asiente. *Ahora quién no ayuda a quién*.

—¿Tu cadera está bien? —pregunta y es que hoy no he tenido el mejor despertar de la historia, que digamos.

Ha reaccionado tan rápido. Es como si viviera en guardia.

Me ha acompañado durante el episodio y luego me ha acurrucad contra su pecho y me ha susurrado palabras preciosas obligando a m cuerpo a olvidarse de todo lo malo.

—Estoy como nueva.

Gracias a ti.

Alasdair se aleja de mí y veo al jefe de lejos. Admiraba a Lucia como piloto. Mucho. He estudiado sus carreras incontables veces y como cualquiera que se dedique a esto, he evitado ver su accidente Per después de trabajar mano a mano con él, después de lo que ocurrió e el hospital, mi admiración ha mermado bastante.

De repente, Mikel, pasa por mi lado y…

—Lina.

Inhalo esperándome lo peor. *Aunque, ¿qué puede ser peor que la cosas que ya me ha dicho? ¿Un escupitajo?*

—¿Sí?

—¿Qué tal llevas lo tuyo? —desvía la mirada hacia un punto mu concreto en mi cuerpo: la cadera.

Espérate, que me muero.

—¿Vas en serio? —pregunto y su expresión cae un escalón más en l empatía. Asiente—. ¿Me he muerto?

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. —Carraspeo—. Lo llevo bien. Gracias.

—Puedo imaginar lo jodido que es aguantar tanto dolor.

—¿Puedes?

—Mi padre murió de una enfermedad rara cuando yo era pequeño pero estuvo cuatro años sufriendo en el hospital.

—Vaya. Suena terrible, lo siento. Lo mío no es tan grave.

Asiente, pero no parece creerme. Solo entonces recuerdo que é también estaba en el hospital aquel día, cuando Lucian quiso poner prueba si podía seguir conduciendo o no, que lo presenció todo.

—Guay —asiente dando la conversación por terminada, pero n parece creerme—. Suerte ahí fuera.

—Lo mismo digo.

Qué. Acaba. De. Pasar.

Me acerco a Loïuan a toda prisa, porque está a solo un par de paso de mí.

—Necesito buena suerte.

—¿Por qué? —se me curva la sonrisa sin poder evitarlo.

—Mikel acaba de ser amable conmigo y la única explicación que se me ocurre son maldiciones o vudú.

Loïuan empieza a sacudir las manos hacia mí como quien libra a un alma buena de los malos espíritus. #MenosMal.

Antes de subirme al monoplaza busco una sala vacía y me tomo un momento. Estoy segura de que cualquier persona que supiera lo que hago se extrañaría mucho de que fuera a él a quien busco y no a mi madre, pero por alguna razón, es lo que necesito.

Desconocido

Lin

Estés donde estés, ¿te arrepientes de no haberme conocido
Quizá te avergüences de mí por no poder pasar página y olvidarte
Puede que pienses que es patético que te escriba
pese a saber que tú nunca leerás los mensajes..
aunque ojalá que no
Te quiero, papá

Darcy

Sábado de clasificación.

Siento que entro en el Olimpo por segunda vez. O quizá un lugar más exclusivo. El paddock es un mundo aparte, con catering, simuladores de conducción para que los invitados jueguen, e incluso una banda tocando en directo.

La cosa va más o menos igual que ayer. Los pilotos fingen ser personas normales y corrientes y los muggles que orbitamos a su alrededor fingimos no darnos cuenta.

—¿Cuánto me quieres? —pregunta la chica de ojos turquesa.

—Mucho —musito por lo bajo, tensa mientras cojo una copita de champán porque Verxen está muy cerca nuestro.

—¿Por qué estás…?

—Intento no hacer movimientos bruscos.

—Cariño, creo que eso es con los velociraptores.

Keira alza el móvil, pero la necia me graba a mí, no a él.

—Os odio —me alejo despacio con mi copa de champán sintiéndome tontísima.

Con todo lo que sé sobre el cerebro humano, no sé cómo mis emociones me están sobrepasando de esta manera. Estoy fangirleando como una quinceañera, qué santa vergüenza.

Me choco contra un muro de piedra. Alzo la vista y veo a H. D Antonov. De repente recuerdo todos los romances con *age gap* que he leído.

—Perdona.

—Vaya, vaya —dice Lina poniéndome un brazo sobre los hombros— no tienes bastante con chocar contra mi monoplaza, ¿ahora también contra mis amistades?

Antonov dice algo bastante agradable, aunque mi cerebro no procesa bien. Volvemos con Koven y Alek, y un poco alejados de todo me tranquilizo.

—¿Vas a estudiar? —pregunta Keira en tono dulce, *me da que es único que tiene*, justo después de que los pilotos empiecen a marcharse

Koven y Lina incluidos. Una pena, me dolía el estómago de la risa.

—O a fingir que lo hago. Tengo examen el miércoles y ahora mismo no podría importarme menos, pero tampoco quiero suspender. ¿Tienes alguna técnica para meterte un buen puñado de información de golpe y porrazo?

—Lo mío es correr, lo siento —hace una mueca—. Puedo recomendarte unas buenas deportivas.

—Lo tendré en cuenta. ¿Y tú, profesor de North Star? ¿Tienes alguna técnica para aprobar que sea infalible?

—Estudiar con meses de antelación.

Comparto una mirada con Keira y tiene la decencia de no partirse de risa en mi cara. *Ten amigas para esto, supongo.*

Capítulo 66

Lina Dimettri

Domingo, día de carrera, en alguna sala recóndita.

El coche es increíble. Una maravilla con la que voy a volar, un sueño. Hoy es Nochevieja y tengo cerca a todas las personas que quiero conmigo. Por si fuera poco, ayer quedé segunda en la clasificación.

La. Vida. Es. Bella.

—Quiero agenciarme este monoplaza —digo sentada en el regazo de Alasdair que acaricia mis piernas a ambos lados de sus caderas.

—¿Sí? Este no tiene mejoras.

Me inclino para besarle.

—No le hacen ninguna falta.

No se lo he contado a nadie, pero creo que Darcy tenía razón cuando me dijo que mamá era algo… dura conmigo. *Finjamos que fue esa palabra la que utilizó*.

No he podido evitar comparar sus técnicas a las de Alasdair.

Por muy exigente que sea conmigo, con él nunca me siento insuficiente, pequeña o indefensa. Siempre tengo su mano a mi lado por si necesito pedirle ayuda.

No sé qué me está haciendo, pero no quiero que pare nunca. Le beso, le acaricio, y de repente, hace una mueca de dolor. No emite sonido alguno, así que por poco lo paso por alto.

—¿Qué tienes bajo la camiseta? ¿Una herida? —pregunto al notar algo debajo, aunque no parece una gasa.

—No es nada.

—Mentiroso —intento averiguar de qué se trata, pero me agarra las muñecas sin piedad—. Te gusta demasiado tener el control.

—No tanto como a ti te gusta quitármelo.

—Déjame ver. *¿Por favor?* —ladeo la cabeza con una mueca de súplica en la cara y su mirada me invita a que lo desvista.

Lo hago con agrado. Me observa mientras descubro su nuevo tatuaje, a la altura de su antebrazo.

—Caray, ¿otro más? No quiero asustarte, pero creo que tienes una seria adicción a la tinta y… —dejo de hablar, de respirar y de tener pulso. Me aferro a sus hombros porque siento que si no acabaré en el suelo—. Son… Son…

—Que esto no te impida romper conmigo, si te apetece. Esta es una decisión que he tomado sobre mi cuerpo, no tiene que ver contigo.

—Pero son…

—Las coordenadas del circuito en el que tuviste el accidente y las del circuito en el que corriste por primera vez tras tu vuelta.

¡¿QUÉ?!

—*No*.

—Quiero mirarlo cada vez que no me sienta capaz de hacer algo. Estoy seguro de que me ayudará.

—¿Es que te has vuelto completamente loco? —pregunto jadeante.

Me siento halagada, cachonda, eufórica, aterrada, a un pelo de entrar en pánico y con ganas de follarle hasta romperlo.

—Eh, mi cuerpo, mis normas —se encoge de hombros, moviéndome consigo.

El corazón se me sacude prometiéndome rendirse si no le beso ya. Así que lo hago. Nos fundimos el uno en el otro y lo único que nos para soy yo, porque cada ciertos segundos tengo que ver si el tatuaje sigue ahí.

Al principio suelta una risita, pero luego me coge por la nuca y me impide separarme de él hasta hacerme suya.

Capítulo 67

Koven Alasdair

Lucian Hendrix me pilla por banda y su mirada está más oscura que de costumbre.

—¿Tienes un minuto para hablar? Esa sala valdría —dice mirando a mi espalda, pero antes de entrar con él ahí, le prendo fuego a la sala.

Estoy seguro de que todavía huele a Lina.

Cierro tras de mí y muevo la cabeza hacia un lado del pasillo.

—No tengo mucho tiempo.

Por cómo se apoya en el bastón y me mira de lado, es evidente que no aprecia que no le haya puesto una alfombra roja bajo los pies como hace todo el mundo por aquí.

—No has contestado a mis mensajes esta mañana. ¿Qué tal los entrenamientos del viernes?

—Seguro que podrás encontrar información en internet. ¿Hemos acabado? —paso de largo, pero él me frena cogiéndome del antebrazo en el punto exacto donde mi piel quemada se vuelve rugosa.

—No aprecio el tono.

Me zafo de su agarre.

—Si crees que darle el mejor coche va a hacer que me olvide de lo que le hiciste en ese hospital, es que no me conoces.

—Tu tiempo como mentor solo dura un año. ¿Sabe Lina que solo te quedan unos meses a su lado? ¿A quién elegirás después?

Me quedo quieto. Ahí está el recordatorio de que es él quien tira de los hilos, que la aceptó por mí y que el contrato vencerá en unos meses.

Una manera poco sutil de recordarme que la felicidad de Lina está en sus manos.

No por mucho tiempo. Mi intención es que firme con otra escudería antes de que acabe la temporada. Lo cierto es que si ella me lo permite, podría serle de gran utilidad el resto de su carrera. No quiero ser el mentor de nadie más, Lina Dimettri es mi última parada

Pero eso Lucian no tiene por qué saberlo.

—¿Sabes a quién elegirás? —insiste.

—No lo sé.

—Deberías pensarlo.

—¿Qué harás tú, Lucian?

—No lo sé, también debería pensármelo. Pero ese es el quid. En la Fórmula 1, todo puede cambiar de la noche a la mañana. Si no que nos lo digan a nosotros, ¿ehhh?

Pasa de largo y vuelvo a tener esa sensación al mirar su bastón.

Lo mucho que me gustaría usarlo para hacerle daño.

Capítulo 68

Lina Dimettri

Noto unas punzadas molestas en la cabeza cuando llegamos a la vuelta veintisiete, sí, pero rezo para que no sea nada. *Estás bien respira*. Mamá ha debido cuidarme mucho desde el cielo porque estos últimos días las cosas no podrían haber ido mejor.

Voy P3, acechando a Alök. Ya saboreo la segunda posición a menos de dos segundos. Me revuelvo en el asiento un poco intranquila convenciéndome de que todo va a salir bien, que mi cadera está bien que todavía queda mucha carrera y que yo voy a poder correrla *Respira, Lina. Tú puedes.*

El viento de Zandvoort me golpea por la izquierda en la recta y lo compenso por instinto. Alasdair y yo hemos estudiado este circuito cada noche y mis manos ya saben exactamente lo que tienen que hacer.

—Interval Alök, 1.9 —dice JJ.

—Recibido.

—¿Cómo sientes los neumáticos?

—Están bien.

Y es cierto, todo está bien, es perfecto.

Pero nada es perfecto mucho tiempo.

Percibo algo extraño antes de que ocurra. Durante una fracción de segundo el coche no responde como debería. Mi corazón reacciona igual a cuando estoy dormida, me doy la vuelta y estoy a punto de caerme de la cama. *Pero no es más que un susto, ¿verdad?*

—¿Lina? —pregunta JJ.

El motor hace un sonido que no había oído nunca. No es un petardeo, es algo seco, de engranaje, y de repente el volante se convierte en mera decoración. Intento reducir la velocidad, pero los pedales tampoco responden. Entro en la curva peraltada de Zandvoort a demasiada velocidad. La vida se me escapa de las manos.

—*Alasdair*. —Es lo único que tengo tiempo a decir porque al salir de la curva el coche salta por los aires.

No era la primera vez que mamá no llegaba a ver una de mis carreras.
No pensé que pudiera estar muerta.
No pensé que fueran a decírmelo cinco minutos antes de tener que salir a pista.
Vi cómo mi mundo se hacía pedazos antes de que lo hiciera el coche que conducía y mi cuerpo con él. Qué crueldad.
Esto es peor, mucho peor. Yo le quiero y él me quiere a mí. Y voy a abandonarlo.

El motor explota antes de que nos rompamos contra el asfalto. El impacto es un déjà vu demoledor. Solo siento dolor hasta que una décima de segundo después, ya no siento nada.

Capítulo 69

Koven Alasdair

«—¿Qué hacen todas las pantallas apagadas? ¿Y la sesión de telemetría?

—Hoy vamos a hacer un poco de historia. Ven aquí, siéntate y lee.

—Un periódico, qué vintage. ¿Es tu manera de recordarme que me estoy tirando a un octogenario? Tienes suerte de que me encante la historia —la sonrisa se le apaga cuando sus ojos resbalan por el titular—. Retiro lo dicho.

—Lee, Lina —digo con sequedad.

—No quiero.

—Como tu entrenador no me preocupo de lo que quieres, sino de lo que necesitas. Lee.

—Elio De Angelis, quince de mayo de mil novecientos ochenta y seis. Alasdair…

—Sigue leyendo.

—El alerón trasero se desprendió a alta velocidad, provocando la pérdida de carga aerodinámica y el vuelco del monoplaza.

Pongo otro periódico sobre la mesa.

—Sigue.

—Roland Ratzenberger, intentaba tomar la curva Villeneuve de alta carga aerodinámica, su alerón delantero dañado no estuvo a la altura. El coche se estrelló contra el muro exterior a trescientos catorce kilómetros por hora.

Pongo otro sobre la mesa, al tiempo que cojo una de sus manos. Me la suelta. Se le llenan los ojos de lágrimas y rabia, pero sigue leyendo.

—Ayrton Senna. Ayer el piloto se salió de la pista en la curva Tamburello, todavía se investiga por qué. Impactó contra un muro de hormigón en la séptima vuelta, causándole lesiones fatales en la cabeza. —Me mira con odio—. ¿Por qué me haces esto?

—Hay mucho que puede pasar que no es culpa del piloto, Lina. Se que da miedo, pero no estás sola. Juntos vamos a estudiar qué hacer en esos casos extremos. —Le vuelvo a coger la mano y esta vez se aferra a mí».

El recuerdo pasa muy rápido por mi cabeza.

Todos los presentes oímos el petardazo.

—*Alasdair*. —Su voz es el filo de un cuchillo en mi garganta, me empapa en sudor frío anunciándome algo terrible

Al salir de la inclinada curva su coche sale despedido como un misil girando sobre sí mismo y sin el menor control. El motor del Fórmula 1 de Lina estalla en el aire y se vuelve una furiosa llamarada.

El impacto contra las protecciones es seco.

Antinatural.

Una mitad queda destrozada, y la otra sucumbida por el fuego. Siento que me muero una y otra vez.

—¡No puedes ir! —JJ y otros del equipo me retienen con su cuerpo mientras Lance le cuenta a Mikel por radio lo que le acaba de pasar a Lina.

Intento alejarme del pit wall, pero mi cuerpo no llega a ninguna parte. Por las pantallas vemos cómo los marshals llegan hasta ella con extintores. En un abrir y cerrar de ojos el fuego ya no existe.

Los segundos se arrastran a una velocidad extraña y no puedo respirar bien. Miro a Brutus. Está pálido como un muerto. Me acerco a él y a duras penas me aguanto las ganas de darle el último empujón.

—¿Por qué ha explotado?

—No lo sé —dice por lo bajo, sin fuerzas, en shock.

—¿No lo sabes? —se me rompe la voz con la garganta ardiendo— ¡Es tu puto coche y ha salido ardiendo en el puto aire! ¿Qué mierda ha sido eso?

Se le descompone la expresión y parece a punto de vomitar. Yo también lo estoy.

—Vámonos al hospital, Koven, se la están llevando —dice JJ tirando de mí para que vea las pantallas.

Los marshals sacan a una Lina inconsciente del habitáculo. Alzo la vista hasta el paddock antes de irnos y veo a Lucian.

Su expresión me resulta insoportable.

Sant Delphi

Llegamos al hospital y oímos mucho alboroto.

Nos hemos bajado del coche a tiempo de ver a JJ cruzar las puertas y por los pasillos ya oigo a Koven.

—Aquí no puede entrar tanta gente —un enfermero nos corta el paso y Lauren me da un apretón antes de soltarme la mano para que vaya.

No quiero dejarla justo ahora, pero sabe igual que yo que Koven me necesita. Me pide que me vaya al tiempo que abraza a Darcy, que no deja de llorar de forma desconsolada.

—Dios mío, el coche... dios mío, Key, estaba ardiendo muchísimo... —son las últimas palabras que oigo decir a Darcy antes de que se cierren las puertas y el sonido se silencie.

Encuentro a Koven rojo de rabia, con las mejillas mojadas, la cara roja, los puños heridos y una vulnerabilidad aterradora en el rostro. JJ a duras penas puede contenerlo.

—Eh, eh, tranquilo —intento sujetarlo y me falta un pelo que me dé un puñetazo.

—Ha entrado a quirófano y ahora no podemos decirles más —dice una enfermera a la que le falta un estornudo para estar hasta los cojones—. Que se calme o haré que lo echen del hospital.

—Lo sentimos, lo sentimos mucho —dice JJ.

En cuanto Koven me ve a través de las lágrimas me abraza como si la fuerza con la que lo hace fuera lo único que ancla a Lina al mundo de los vivos.

—La están atendiendo los mejores —digo con tal de darle algo de esperanza, pero sé que no me oye, igual que sé que no tengo ni puta idea del estado de Lina, ni de lo que va a pasar con ella.

* L * D *

—¿Y si no gano, mamá? —pregunto a la víspera de mi segunda carrera en F1.

La primera ha ido muy bien, pero me ha generado dudas, miedos. Lo ha hecho real y no sé si doy la talla.

—No puedes pensar así. Los Dimettri nunca perdemos.

—Pero, ¿y si lo hago?

—Defraudarías a tu padre.

—¿Aunque lo intentara?

—No dan medallas a nadie por intentarlo, tesoro —me da un beso en la frente.

Su móvil suena y sale del coche para contestar.

Me percato en que cuantas más cosas conseguimos, más fruncido está su ceño. Miro la foto de papá en mi fondo de pantalla y la acaricio.

—Haré todo lo que pueda. Lo prometo. No voy a rendirme.

«No te rindas, Dimettri» esa voz no es la de ninguno de mis padres, es una que no pertenece en esta historia, pero hace que mi corazón lata muy fuerte.

No lo haré.

* L * D *

Capítulo 70

Koven Alasdair

Horas después, en alguna sala de espera remota.

«—Brutus, sé que Lucian es tu jefe y sé que solo llevo una semana aquí, pero para poder trabajar en este equipo tengo que tener plena confianza en ti. Ciega.

—Te escucho.

—Si alguna vez Lucian te aprieta las tuercas, te pide ir más allá de lo seguro para ganar, quiero que me lo digas.

—Lo haré, pero después de decirle a él que se vaya al cuerno. No soy de la clase de persona que alzaría orgulloso una copa de oro manchándola con la sangre de mis manos.

Asiento porque creo que dice la verdad.

Le ofrezco la mano y Brutus me la estrecha».

Son las dos de la mañana y creo que ya me estoy volviendo loco. Me encantaría pensar que Brutus me ha traicionado, que ha actuado a mis espaldas y que ha incumplido el trato que hicimos, pero era jodidamente evidente que él no tenía ni puta idea de lo que había ocurrido.

Y sé que Lucian no actuaría a las espaldas de su director técnico con tal de aumentar las posibilidades de sus pilotos, incluso él tiene un límite.

Puede parecer que su codicia parezca no tenerlos, pero si así fuera se le habrían muerto todos los pilotos en la historia de Leik-GP.

Aun así el rostro de Hendrix sigue persiguiéndome. Acechándome. *Intercambiamos una mirada antes de que me fuera y parecía.. tranquilo.*

En calma.

Siendo un mero espectador de mi peor pesadilla sin hacer nada.

—Eh, para —Alek me coge la cabeza en un gesto de cariño típico de hermano mayor—. Lo que sea que te está pasando por la mente, cierra

el grifo. La operación ha sido mínima y ha salido bien. Eh, Koven Mírame.

No lo hago. Mis ojos están clavados en el puto suelo estéril y soy incapaz de ver otra cosa que el accidente. En bucle. Una y otra vez pasando por delante de mis ojos sin que pueda evitarle ese dolor.

—Había tanto fuego.

A pesar de lo que nosotros hemos visto, las llamas no han llegado a invadir el *cockpit,* y el casco y el mono han conseguido protegerla del resto. Que nadie nos haya hablado del estado real de Lina es lo que ha hecho que mi mente me propinase imágenes infinitas de lo más horribles, seguidas de escenarios dolorosos donde la perdía ciento cuarenta mil veces.

—Se quedó inconsciente en el impacto. Y no se despertó.

—Estará bien.

—No hice nada para ayudarla.

—Joder, ¿en serio? ¿Y qué coño ibas a hacer tú, a ver? —chista la lengua y mira a Keira y a Darcy. Están dormidas en los asientos frente a los nuestros. Seguro que no se imaginaban que pasaría esto cuando cogieron el avión en casa—. Le han hecho una pequeña incisión en el abdomen porque sospechaban que podía haber hemorragia interna y no la había. Ha sido una intervención rápida. Lina ha tenido muchísima suerte, tío.

Es lo que dicen los TACS.

Así es la F1. Si hubiera caído con veinte grados más de inclinación parte de su cuerpo habría quedado desprotegido del coche y su cráneo se habría abierto dentro del casco por el impacto. Pero ha tenido suerte y va a ponerse bien. Sigo diciéndomelo a ver si tengo menos ganas de morirme.

Loïuan

Loïuan

Sé que ahora esto te importará una mierda y me alegro, pero cuando veas conveniente, creo que deberías saberlo.

Han encontrado una válvula de control de presión manipulada y aceite en la cámara de combustión.

La Federación Internacional ha abierto una investigación. Pero hay algo más.

No es oficial.

Lucian se está enfrentando a ellos en privado con tal de demostrar que todo eso es FALSO y que el accidente ha debido manipular lo que creen tener.

Brutus está como loco, asegurando que cuando él dio el visto bueno al coche, estaba bien pero Koven, lo de hoy…

No parece un accidente.

Capítulo 71

Lina Dimettri

Abro los ojos y no reconozco dónde me encuentro. Lo que s reconozco es el dolor por todo el cuerpo. Tengo el miedo aferrado a l garganta. Un grito en el pecho intentando liberarse. Recuerdo habe salido despedida con el coche, sin control.

Me aferro a la cama, a las sábanas y levanto la cabeza para ver a do chicas dormidas en la cama contigua. De repente, un hombre alto y fuerte aparece por el pasillo. No es Alasdair, es Alek Sant Delphi. S detiene en el marco de la puerta con un vaso de agua en la mano y tengo un muy mal presentimiento.

—Lina —se acerca rápido a mi cama—. ¿Cómo te encuentras?

Este hombre es estoico a rabiar, o sea que lo de reflejar emocione en su rostro no es que sea lo suyo precisamente. Así que ver toda es preocupación en sus ojos se me hace rarísimo.

—Bien. Dolorida, pero yo siempre tengo dolores. Estoy hecha un anciana.

Espero que se ría, pero no lo hace.

—¿Quieres un poco de agua?

—Te daría un riñón a cambio, sí.

Nada, que no hay risa. Ni siquiera una sonrisa por lástima.

Me bebo el vasito de agua como un alma despiadada, puesto que e muy probable que se lo hubiera traído para él. Sus ojos cada vez está más tristes y me mira, no sé, como si le estuviera poniendo en u apuro.

—¿Por qué tienes esa expresión? ¿Me he quemado la cara? Porqu no me duele. ¿Hay un espejo por aquí o algo que pueda…?

—Koven se ha ido.

No me gusta el tono solemne con el que lo dice, como si estuvier dictando una sentencia. Como si acabaran de empujarme al fondo de mar con dos bloques de cemento atados a las piernas y a él lo hubiera obligado a mirar.

—¿A dónde?

—Se ha ido, Lina.

Esas cuatro palabras suenan con eco y se solapan con el silencio qu las sigue. Agradezco el espacio, pero no me ayuda a entender nada *Nada que quiera entender*.

—¿Por qué?

—Deberías hablarlo con él.

Me ahogo un poco dentro de mis pulmones.

Intento buscar refugio, pero no encuentro nada.

—Pero estoy en el hospital. He tenido un accidente. Lo he tenido ¿verdad? —Miro la venda blanca que cubre mi antebrazo y la mancha roja que demuestra que ahí debajo hay una buena herida.

—Sí. Koven ha estado aquí, Lina, todo el tiempo él solo... se ha marchado hace una hora.

—¿Pero por qué?

Aprieta los dientes y me mira como si le estuviera estrujando e bazo. No me lo va a decir, es evidente que la lealtad que le tiene a Alasdair es mucho mayor que la que me tiene a mí. En ese momento Keira y Darcy se despiertan.

—Estás despierta —murmura Keira que se baja tan rápido de la cama que por poco se come el suelo. Por suerte su marido tiene buenos reflejos y la sujeta al vuelo—. ¿Cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

Me coge la mano y me mira las marcas como si le dolieran en sus propias carnes. Nunca me había fijado en lo grandes que tiene los ojos pero ahora que están llenos de lágrimas me atrapan y me conmueven sin dejarme escapatoria.

Empiezo a decir que estoy bien, pero la figura petrificada de Darcy a un lado de la habitación se queda con mi atención. Hace que m corazón se salte tres latidos cuando decide sonreírme, pese a lo que le tiemblan los labios.

—La F1 es mucho más salvaje de lo que pensaba.

—Solo un poco. —Asiento y extiendo un brazo al tiempo que con e otro tiro de Keira para invitarla al abrazo.



Después de un breve momento con mis amigas, vinieron algunas enfermeras y médicos para echarme un vistazo y hacerme algunas pruebas más.

El personal médico ha tenido la amabilidad de no decirme que somos unos exagerados y que deje de ocupar una cama que hay gente que lo necesita de verdad, pero estoy segura de que lo piensan. Me da que los cinco puntos de mi abdomen son lo único que me salva.

Al volver a la habitación, Darcy me ayuda a tumbarme. Estoy hecha un trapo y me siento peor que eso. Keira y Alek han ido a por algo de desayunar aunque no son ni las seis de la mañana.

—¿Dónde está, Darcy?

Aprieta los labios. Por primera vez en toda nuestra amistad, mi mejor amiga no parece dispuesta en contarme lo que sabe.

—¿Se encontraba mal? ¿Se ha puesto enfermo? A veces le pasa. ¿Es eso? Por favor, dime si…

—No, no es eso. Se ha ido. Pero no va a dejar de ser tu entrenador —se apresura a decir.

Es evidente lo que no dice. Es fácil leer entre líneas cuando la franja está subrayada con entusiasmo.

—¿Puedes pasarme mi teléfono? —pregunto y ella enseguida me lo da. Se arrepiente cuando ve que abro internet y me busco—. *Dios mío*.

—No las mires —pide, pero tengo que hacerlo aunque sienta ganas vomitar.

Las imágenes son escalofriantes. Más que eso, son horribles, dignas de pesadilla. Y soy tan egoísta que ni siquiera me percato en que no soy la única que tiembla al verlas.

Cierro los ojos con fuerza queriendo volver el tiempo atrás, tratando de no sentir que esto me está desbordando. Bloqueo el móvil y lo tiro en la cama.

—Es normal que tengas miedo —me acaricia el pelo—. Yo también lo tendría.

—No, no lo es, Darcy. ¿Cómo va a darme miedo pilotar? Pero si es para lo que he nacido.

—Has tenido un accidente muy… —su cara pierde un poco de color —, pero al final no ha sido nada. Estoy segura de que vas a poder librarte de este miedo y yo te voy a apoyar. A menos que decidas escoger otro camino más tranquilo. En cualquier caso, yo te apoyo.

La veo contener las lágrimas una vez más y dejo de pensar en mí misma durante dos segundos.

—¿Fue muy horrible de ver?

—No, tranquila, apenas… las pantallas no… Nada.

—*Darcy*.

—Lo fue. Te chocaste tan fuerte, Lina, y tan rápido. Las llamas estaban por todas partes. Nunca en toda mi vida he tenido tanto miedo

—Lo siento mucho. El mono ignífugo protege mucho más de lo que parece.

No parece que nada pueda calmarla. Es como un cervatillo asustado frente a los faros de un coche. La rodeo y la estrecho entre mis brazos.

En cuanto tengo un momento a solas le escribo los mensajes más crueles, furiosos y cargados de violencia que se me ocurren.

Alasdair

Lina
Me ha puesto triste no verte aquí al despertar

Alasdair
Tengo trabajo, ahora no puedo hablar.

Lina
Vale
Estoy bien
Cuándo puedo llamarte

No responde.

Capítulo 72

Koven Alasdair

Indiana, EEUU.

Lo encuentro en su despacho en las instalaciones de Leik-GP. No he dormido nada, pero el jet lag no es más que un punzante dolor en las sienes que tengo intención de ignorar. *Igual que todo lo demás.*

—¿Qué ha pasado con la Federación? ¿Ya han concluido la investigación? ¿Por qué el equipo no sabe nada?

—Buenos días a ti también, Koven. Toma asiento.

—Contéstame.

—La Federación está contenta y silenciada gracias a un generoso donativo. Yo no estoy nada contento, no me gusta cuando las cosas no salen como yo quiero. Y, al parecer, tú tampoco lo estás.

—Alguien se ha arriesgado mucho con tal de hacer daño, pero todavía no sé a quién quería hacérselo —masco las palabras.

—Lina es quien iba en el coche.

—Pero ella no ha hecho daño a nadie y pese al ambiente competitivo en el que se mueve, me cuesta creer que uno de sus rivales estuviera dispuesto a llegar tan lejos. ¿Es por ti? ¿Por Leik-GP?

—No sé por quién es.

—¿Y por que no parecías nada sorprendido? Te vi. Impasible sería quedarse corto.

—No deberías sorprenderte a estas alturas de que, a diferencia de ti tenga la mente fría.

—¿La mente? —me acerco, le encaro—. ¿O la sangre?

Quiero preguntarle si se lo olía, si lo veía venir, pero dudo tanto de mi autocontrol que sé lo que pasará. Si sospecho que sí, lo mataré con mis propias manos.

—Hice lo que tenia que hacer para que nos dejaran seguir corriendo pero voy a averiguar lo que ha pasado.

—Vamos a averiguarlo —le corrijo.

—Por mi bien, Koven Alasdair. Yo siempre quise trabajar contigo.

Sale de la sala y yo me quedo oyendo el sonido monótono y constante de su bastón.

Capítulo 73

Lina Dimettri

Reconozco que el episodio que sufro en el avión de vuelta a Indiana es uno de los más tristes que he tenido. Supongo que es lo que ocurre cuando pierdes a alguien que cuidaba de ti. Sientes el vacío de esa persona y te aplasta contra el suelo. Lo único bueno es que he podido medicarme porque ni de puta broma estoy para hacer mis ejercicios. Me dejan un poco atontada, eso sí.

Lo mío me cuesta que Darcy no me acompañe cuando le digo que voy a ir a Leik-GP.

—¿Puedes conducir? —pregunta Alek antes de que nos separemos.

—Ella no conduce si puede evitarlo —explican Keira y Darcy a la vez.

—No poder correr me cabrea, así que digamos que sería un peligro si estuviera contenta tras un volante corriente. —Sonrío—. Gracias por todo. A los tres.

Echo a andar a paso ligero.

Puede que me convierta en alguien horrible, pero mientras entro en Leik-GP me alegro de estar sola. Fingir ser fuerte es agotador. Me seco las lágrimas antes de cruzar el largo pasillo y dibujo una mueca agradable en mi cara, aunque no la sienta.

—Lina —George es el primero en percatarse.

Me calienta el corazón ver lo que el equipo se alegra de verme y lo preocupados que estaban. Las lágrimas que brillan en los ojos de la mayoría, el cuidado con el que me hacen un gesto de cariño... Creo que no son conscientes de que me están dando algo que yo nunca he tenido.

—¿Qué tal tu antebrazo? —pregunta JJ.

—Estará como nuevo enseguida.

Sé que él estuvo en el hospital un montón de horas. Siento que no me lo merezco.

Se hace el silencio cuando Brutus entra en el box con Mikel. El segundo parece estar esforzándose mucho en no venir a darme un

abrazo, *y se lo agradezco porque podría darme un patatús*, pero e primero parece haber visto un fantasma.

—Que quede claro —digo para que todos lo oigan—. Sé cómo trabajas con tu equipo, Brutus. Os conozco bien a todos. Sé que no se os ha pasado nada. A veces las máquinas fallan y no es culpa de nadie.

Se va sin responder y dudo si la medicación me ha dejado tan atontada que no soy capaz de ver que acabo de meter la pata.

—Me alegra ver que estás bien —Mikel me pone una mano en e hombro y pasa de largo.

Todos siguen con lo que estaban haciendo antes de que yo llegara y empiezo a sentirme bastante incómoda. Rara. Miro a Loïuan y pregunto con la mirada.

—Al parecer alguien hizo algunos cambios en el coche. La Federación empezó a investigarlo en cuanto llegó el coche al *parc fermé*. Lo que encontraron iba en contra de las normas y si no tenemos graves problemas es porque Lucian se ha encargado de soltar una buena cantidad de pasta.

—Espera, ¿estás insinuando que…?

—Alguien intervino el coche, lo jodió y luego se largó sin decir nada.

—Nadie de Leik-GP —digo para confirmar, mientras la otra mitad de mi cerebro sigue tratando de asimilar que alguien ha intentado hacerme daño.

—No, dios. Al menos, Lucian no cree que así sea. Lo está investigando. Alguien tuvo que ver algo, debieron ser unos cuantos los implicados para llevar a cabo los cambios sin ser vistos. —Me regala una sonrisa compasiva—. Tú céntrate solo en recuperarte, ¿vale?

Me alejo de Loïuan y del box cuando oigo su voz a lo lejos. Proviene de su despacho, ese en el que hemos estado juntos tantas veces. El corazón se me acelera a medida que me acerco. *Alasdair, Alasdair*. Parece que cada latido grita esa palabra.

—Me da igual, te pago para que lo averigües, no para que me des largas. —Su voz suena áspera, seca y cargada de todo lo que está mal.

Empujo la puerta entornada y lo primero que veo es su espalda. Me recuerdo que estoy muy cabreada, y también se lo recuerdo a mi corazón.

—Hola.

Todo su ser se tensa como respuesta a mi voz. Tarda lo que me parece una eternidad en darse la vuelta. Cierro la puerta a mi espalda y me apoyo contra ella.

—Me alegro de verte. —Sonrío.

Tampoco responde. Al menos, no de inmediato. La máscara en su rostro me impide ver lo que siente, entender por qué ha decidido hacerme daño cuando ya estaba herida.

—Lo mismo digo.

—¿De verdad te alegras? —pregunto con un deje un poco amargo pero no mucho—. ¿Por qué te fuiste antes de que despertara?

—No quería que te hicieras ideas equivocadas.

—¿Por qué iba a hacérmelas? —trago saliva con dificultad.

—Lina, necesito empezar a mantener las distancias entre nosotros.

La primera grieta siempre es la más dolorosa porque es la que rompe el bienestar

—Lo necesitas.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Para siempre.

Me muerdo la lengua para mantener las emociones a raya.

—¿Por qué?

—Porque quiero.

La dureza con la que me mira… no, no estoy acostumbrada. Pero no pasa nada. Me acerco a él de todas formas. Le rodeo el cuerpo con los brazos a pesar de ese «¿qué estás haciendo?» profundo y severo que sale de él.

—Te he echado mucho de menos —admito mientras él no responde al abrazo—. Quiero que pares lo que sea que estás haciéndote. Nada de esto es culpa tuya y yo no te culpo.

—Fue un error —dice apartándome de sí y durante unos segundos yo solo me alegro de sentir su contacto.

Espero a que se refiera a irse del hospital antes de que pudiera verle pero en el fondo sé que no. Decido no ahondar sobre a qué se refiere. Prefiero no saberlo. Inhalo su olor a cítricos agradeciendo la cercanía.

—No me has preguntado cómo estoy. ¿Has llamado a Sant Delph para preguntárselo?

—No he tenido la oportunidad, no. Estoy trabajando. Lo mejor sera que te vayas a casa a descansar —se da la vuelta y vuelve hacia su mesa —. Este domingo no puedes correr. Así que si todo va bien, la semana que viene podremos entrenar…

—Sí puedo correr este domingo. Estaré bien para entonces.

No contesta durante unos segundos. Cualquiera diría que le cabrea.

—Ve a ver a Ferrinol y si ella te da el visto bueno, por mí bien —dice mirando a la pantalla de su portátil.

Me miro el cuerpo para comprobar que no me he vuelto tan invisible como me siento. Me acerco a él y bajo la tapa de su ordenador. Un músculo palpita en su mejilla.

Sonrío, pero no hay ni una parte de mí que no duela.

—Sé lo que estás intentando hacer, pero no te creo. Tú me quieres.

—Lina, sal de mi despacho.

—No. No hasta que hablemos de verdad —intento sonar firme, pero no es como me siento.

Tarda mucho en responder. Tanto que dudo si ha llamado a los perros y una jauría furiosa va a venir a morderme los tobillos mientras él observa.

—¿De qué quieres hablar?

Intento acariciarle la cara, pero se aparta y se reclina sobre su asiento antes de que lo alcance. Deberían volver a abrirme y mirarme bien porque estoy bastante segura de que sí me estoy desangrando por dentro.

—Alasdair, para. *Por favor*.

—Eres tú la que está alargando esto más de lo necesario. ¿Es que no sabes aceptar un «no»? ¿Es que no tengo derecho a romper contigo si quiero?

—Claro que tienes derecho. Pero es que no te creo.

—¿Y eso a mí qué? ¿Tengo que convencerte de que ya no quiero follar contigo?

—Me tienes impresa en tu piel para llevarme siempre contigo. No. Te. Creo.

—¿Lo dices por el tatuaje? ¿Es eso lo que te está frenando? —se remanga la sudadera negra de Leik-GP y me quedo sin oxígeno— ¿Este?

La tinta ya no se ve, ahora unas marcas rojas y brillantes de sangre cruzan la tinta destrozando la escritura. Las heridas recientes lo han estropeado. Se me encoge el estómago de dolor.

—¿Te lo…? ¿Te lo has hecho tú?

Su mirada reluce con rabia celeste demoledora.

—Que te larges.

Esta vez lo hago porque no quiero que me vea llorar y sé que no voy a poder contener las lágrimas ni un minuto más.

Darcy

El tío al que voy a cargarme como se pase de listo

Darc
Te advertí que no podías hacerle daño
¿Y eliges un momento como este
Eres un cabrón
Voy a hacer lo que esté en mi mano para que encuentre a alguien mejor que tú
Por suerte para mí, será jodidamente fáci

—¿Escribes a Lina? —pregunta Keira, acercándose a mí tras sus tres series de sprints.

Estamos en el parque y si los ánimos estuvieran más bajos llegarían al subsuelo.

—No, no me contesta desde que ha dicho que se iba a dormir.

—Es sábado. ¿No deberíamos estar con ella? Debe ser difícil no competir —el rostro de Keira está tan compungido que tengo un déjà vu a cuando peor lo pasó por culpa de su perversa familia, a cuando sus ojos siempre estaban tristes.

Las cosas no han salido como creíamos. Lina estaba segura de que correría mañana, pero no ha sido así. La impotencia debe de estar asfixiándola.

—Creo que la obligaríamos a hacerse la fuerte, Key. No quiero ponérselo más difícil.

—Yo tampoco. Aunque quizá una videollamada para que sepa que estamos pensando en ella la anime. ¿Probamos cuando termine el entreno?

Asiento y sonrío, aunque no tenga ganas. Me encanta ver lo rápido que le ha cogido cariño.

Ojalá Lina no nos cierre la puerta.

Capítulo 74

Lina Dimettri

Estoy días sin pisar Leik-GP tras enterarme de que el coche no estará listo para la carrera del domingo. Mis amigas se encargan de recordarme que podré correr la siguiente, pero aun así estoy muy triste.

El lunes Lucian viene a verme para comprobar que estoy bien. Le aseguro que sí, que estoy entrenando y preparándome para la carrera del domingo que viene en Alemania. Es mentira. En cuanto se va vuelvo a meterme en la cama.

Me ha dicho que está investigando quién está detrás de todo y aunque me da la sensación que no es preocupación lo que lo mueve sino rabia porque alguien haya conseguido darle un golpe bajo a Leik GP, a mí me vale. Rezo porque encuentren al o los culpables antes de viernes o coger el coche se me hará muy cuesta arriba.

Tal vez si tuviera un trabajo normal, uno al que tuviera que ir cada día, esto sería más fácil. Me obligaría a quitarme el pijama, por lo menos.

—No quiero defraudarte, papá. Quiero merecerme tu cariño, al menos.

Él también se fue. Y mamá. Es posible que haya personas más predispuestas a ser abandonadas que otras. Debería estar agradecida de tener a Keira y a Darcy mientras estén a mi lado.

Es probable que tampoco dure mucho.

Se me llenan los ojos de lágrimas y me las limpio. Ya parece un gesto automático. De repente tengo una idea. Así que le escribo.

Alasdair

Lina
Tengo miedo
Dices que vas a seguir siendo mi coach así que imaginaba que te gustaría saberlo
Tengo miedo de correr el domingo
Y cuanto más me paso sin conducir, más insegura me siento

No contesta, pero veinte minutos después aparece en la puerta de mi apartamento. Lo primero que hace es tirar de mí y sacarme de casa.

—¿Eres consciente de que estoy en pijama?

No responde. Me lleva hasta su coche y abre la puerta de conductor.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto señalando los arañazos y la abolladura que tiene en el lateral.

Una de las ventanas no tiene cristal.

—Sube —pide en tono seco, sin mirarme.

¿En serio? ¿En pijama? Será cretino el tío. Menos mal que es solo rojo y no uno de esos con humillantes corazones.

Lo hago y en un abrir y cerrar de ojos ya está en el asiento de copiloto, poniéndose el cinturón.

—¿Has tenido un accidente?

—Me abrieron el coche para robarme. No es nada. Arranca.

Lo hago, pero no puedo evitar pensar que los arañazos del coche no parecen en absoluto hechos por una persona, más bien por haber chocado contra algo.

—¿A dónde vamos?

—A que recuerdes quién eres y devolverte la fe en tus reflejos. No eres la primera en tener miedo tras un accidente y voy a ayudarte a solucionarlo.

Sus palabras son amables, su tono no.

El silencio del coche es tan denso que casi parece que sea un ente que va con nosotros en el coche respirándome en la nuca. El corazón me late rápido y mal, y me arrepiento de no haberme vestido en condiciones. O dado una ducha, por lo menos.

Como ya sabemos todos, odio conducir por ciudad, pero es un constante de pruebas y obstáculos que me mantiene en alerta.

—Ve más deprisa.

—¿No aprecias tu vida?

—Que aceleres.

Dios, qué borde es.

Entonces recuerdo lo que se hizo en el antebrazo y lo que hizo con mi corazón y me doy cuenta de que hay cosas peores. Acelero. Es enfermizo que me guste complacerle incluso ahora.

—¿Qué hace el diferencial en salida de curva?

—Estas no son las preguntas que sueles hacerme —admito ganándome otra mirada hostil—. Gestiona el reparto de par entre ruedas traseras para evitar pérdida de tracción.

—¿Qué circuito castiga más los neumáticos?

—Barcelona, históricamente. Y Silverstone.

Me doy cuenta de lo que hace con la sexta pregunta. Alasdair me obliga a reconocer todo lo que hace que el coche funcione, todo lo que me mantiene a salvo. Además de recordarme lo que sé y el control que tengo.

Cuarenta minutos después ya no me tiemblan las manos, no tengo sudores y me reconozco en voz baja que no voy a dejar que el miedo me controle.

—¿Contra qué dos pilotos te habría gustado correr?

Desvío la vista hacia él. Esta no parece una pregunta típica de nuestro trivial de sabiondos. Parece una personal.

—Max Verstappen y Fernando Alonso. —Sonrío—. Hubiera sido una barbaridad.

Paro a un lado de la carretera y él me pregunta por qué. Me dice que si quiero que me lleve a Leik-GP a probar el coche de Mikel más me vale arrancar.

No me puedo creer que esto vaya a pasarme ahora, aquí, delante de él.

Qué humillante, dios.

—¿Lina? —él ya no puede sentir preocupación por mí, así que lo que debo oír es lástima—. Mierda. ¿Es la cadera?

—Sal del coche, por favor.

—No voy a salir del coche.

—No me toques —pido cuando lo hace—, no quiero tu ayuda.

—Lina.

—Quiero que salgas del coche, Alasdair.

Que no lo haga me duele más que lo que me está haciendo mi propio cuerpo. El dolor se extiende en todas direcciones y yo maldigo, con ganas de llorar, acurrucarme en una esquina y no volver a ver la luz del sol.

Mierda, mierda, mierda.

Mi espalda se retuerce mientras recibo un latigazo tras otro y me empapo en sudor frío. Se me llenan los ojos de lágrimas y me muerdo la lengua con fuerza para sentir algo de control en el dolor que me atormenta.

—Respira, Lina. No durará mucho.

Dios es tan patético, tan humillante. El hombre que ya no me quiere, el que ha preferido masacrarse el brazo antes de seguir llevándome en su piel, me inclina el asiento porque sabe que tumbada estoy mejor.

Entonces me doy cuenta de que, con un poco de esfuerzo sí podría odiarle. Y quizá así esto sería más fácil. Al fin y al cabo él me ha dado algo que yo nunca he tenido, para luego arrebatármelo en mi peor momento.

—Sal del coche, Koven. O te juro que lo haré yo.

No debo imponer una mierda, porque no lo hace. Busco la manetа de la puerta y la empujo, pero él alarga el brazo por encima de mi cuerpo y cierra la puerta. Quiero estrangularlo. La impotencia me ahoga. Odio que mi cuerpo sienta alivio por tenerlo tan cerca cuando lo único que quiero es apartarlo.

—¿Te crees que puedes cerrarme la puerta y pretender que siga siendo vulnerable contigo? Tú te has alejado y me has… me has obligado a respetarlo. Bien, ¡pues ahora respeta tú esto, capullo!

—No.

Será cabrón.

El siguiente estruendo de dolor sacude mi cuerpo como si se estuviera vengando por algo. Recibo un castigo tras otro y hago lo único que puedo hacer.

Aceptarlo.

Capítulo 75

Lina Dimettri

Pasa una eternidad hasta que mi cuerpo me da tregua, pero en cuanto lo hace no tardo ni dos putos segundos en empujar la puerta del coche y salir escopeteada del interior.

Koven-el-impresentable me sigue y dudo si voy a poner en práctica las clases de defensa en el cuerpo a cuerpo a las que mamá me obligó a asistir de pequeña.

—Lina, para.

—¡No tenías derecho a tomar esa decisión por mí! —grito cuando se me acerca y me meto en un callejón intentando darle esquinazo.

Estoy mareada, agotada y no tengo fuerzas para echar a correr.

Su mano rodea mi antebrazo bueno y odio pensar en que lo ha tenido en cuenta, que se acuerda de mis heridas cuando él no para de hacerme otras mucho peores.

—No vayas por ahí, ¿es que quieres meterte en líos ahora?

—¡Vete a la mierda! —lo empujo y su estúpido cuerpo hecho de mármol macizo apenas se mueve.

—Soy tu entrenador, estoy aquí para asegurar que estás en plenas facultades para competir. ¿Te ha dolido más o ha sido una impresión mía?

Lo miro desquiciada, odiándole por estar tan bien lejos de mí. Le ha dado igual romper y alejarse. Puede estar así de cerca y no sentir n-a-da.

—No te acerques a mí. Así no —me aparto las lágrimas con rabia a tiempo que él retrocede.

—Responde a mi pregunta.

Esa maldita inexpresividad, dios, ¡cómo la odio!

—No tengo por qué. Te veré mañana en el trabajo.

—Lina.

—Te lo diré mañana.

—Ahora. Necesito saber…

—Sí. Sí, duele más. Sí. Desde el accidente los episodios son peores Mucho peores. ¿Ya puedo irme?

Intento dejarlo atrás, pero Alasdair me corta el paso. Todo su cuerpo se cierne sobre mí como un puma a una gacela.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunta a un palmo de mi boca, con e tono mordaz que lo caracterizaba cuando lo conocí.

Sus ojos están tan cargados de una rabia tan desconocida para m que retrocedo.

—¿Q-qué?

—¿Tan poco te quieres? ¿Tan poco valoras tu vida? —coge mi mano y alza mi antebrazo herido en un gesto que parece involuntario— ¿Cuántas marcas más te hacen falta para dejarlo estar?

—La valoro mucho y justo por eso quiero vivirla al máximo Renunciar a mi sueño es lo que mataría mi fuego. Alasdair, esto es lo que me mueve. Es mi pasión. Soy quien soy por la Fórmula 1.

Asiente apretando los dientes y me suelta despacio, como si su cuerpo mintiera peor que su boca. Luego me da la espalda.

—Te llevo a casa.

—No quiero ir a casa. Quiero conducir un monoplaza, te he dicho que… —remoloneo, trago saliva—. Eso.

—¿Eso?

—Te he dicho que tengo miedo. Quiero que me lleves a Leik-GP y que me ayudes a librarme de él.

Aprieta los dientes, pero es allí a donde me lleva.



Ninguno de los dos abre la boca de camino allí. Parte del equipo sigue en Leik-GP, pero son pasadas las diez de la noche, así que la mayoría no. Miro el monoplaza que se me presenta. Solo van a ser unas vueltas de prueba, así que no necesito gran cosa. Leik-GP tiene un coche decente que no está a la altura de las carreras, pero que sirve para este tipo de ejercicios. *Ya lo he usado antes. No pasará nada.*

—Han revisado el coche, ¿verdad?

—De lo contrario no te dejaría subirte. Lina —dice cuando ya me he puesto el casco— No estás hecha de cristal. Y no has perdido nada Estás aquí. En tu sitio. —Endurece la mandíbula—. Eres la mejor. Hazlo como sabes.

Camina hasta el pit wall como si no me hubiera dejado hecha polvo A duras penas puedo dejar de mirarlo con la boca abierta. Me tiemblan las piernas al entrar en el monoplaza.

Puedes hacerlo con miedo. Eres una Dimettri.

Al bajarme veinte minutos después, siento que vuelvo a ser yo.

Lucian

—¿Qué quieres decir con que no voy a correr? —pregunta e miércoles por la mañana, escasos segundos después entrar en m despacho.

—Quiero decir que no vas a venir a Alemania.

—Hace años que no se celebra un Gran Premio allí. Quiero ir. Y estoy perfectamente. Puedo competir. Necesito pilotar, no puede quitarme esto, Lucian. ¿Es porque aún no sabemos quién está detrá del accidente?

—En parte.

—El coche está bien y yo puedo pilotar mientras tus detectives s encargar de…

—Si estás bien para Italia, te dejaré competir en Monza. Si no, a siguiente.

—¡Pero estoy bien! El coche está bien. No necesito esperar más. Po favor, Lucian.

—He sido claro, Lina. Ahora sal de mi despacho.

Lo hace con lágrimas en los ojos y roja de rabia. *Niña estúpida*.

Capítulo 76

Koven Alasdair

Me paso todo el día en mi despacho de Leik-GP buscando a ver a quién más puedo pagar para que averigüe lo que necesito. No me paran de cerrar puertas en la cara y mi instinto asesino crece por momentos.

Cada vez que alguno de mis hombres encuentra algo, alguien desde las sombras les paga más dinero que yo y me dan la espalda. Ya es la tercera vez que me pasa y por mucho dinero que les dé, siempre los pierdo. Eso me hace pensar que el único que puede estar detrás de todo es un piloto, y reconozco que el primero que me viene a la mente es Antonov. Por desgracia, está limpio, así que camino a ciegas.

Me froto las sienes dudando si todos estos cortapisas ya son suficiente como para que la policía intervenga y llegue hasta donde yo no puedo. Pero existe la posibilidad de que también los hayan comprado.

En cuanto a Lucian, sé que sabe más de lo que me cuenta, pero ha resultado evidente que quiere llegar al fondo de todo este asunto y una vez tenga la información, estaré más que dispuesto a sacársela a puñetazos.

Salgo de mi despacho a tomar el aire y con lo tarde que es, espero encontrarme las instalaciones de Leik-GP vacías.

No es así.

—¿Tienes un momento? —pregunto y cuado Brutus me mira, se queda callado unos segundos que se me hacen eternos.

No le culpo, tiene motivos de sobra. Suelta los planos del coche sobre la mesa abarrotada de ellos y asiente.

—Sí que lo tengo, sí.

—Quería pedirte perdón. Sé bien cómo trabajas. No debí decir lo que dije.

—Me culpaste y no puedo reprocharte nada porque yo también lo hago.

Siento cómo se me revuelve el estómago.

—No tienes la culpa, Brutus.

—Es mi coche.

—Pero no trabajas solo. No tienes la culpa —insisto y solo entonces su rostro se relaja un poco.

Se le llenan los ojos de lágrimas y se saca un pañuelo de tela de bolsillo para secárselas. Lo que mi estómago ha estado haciendo conmigo desde el accidente me sacude desde dentro. Carraspeo y desvío la mirada.

—¿Cómo está Lina? —pregunta.

—Cabreada porque no la dejen pilotar ya —comento y sonríe consciente de cómo es—. Necesito preguntarte algo más. Es sobre Loïuan. ¿De verdad confías en él?

Una semana después.

Darcy

Jueves.

Coge la bolsa de viaje y exhala como si estuviera agotado. No dejo que sus ojeras o su mala pinta me ablanden. No después de lo que ha hecho.

Koven se queda inmóvil cuando me ve.

—¿Darcy? ¿Qué haces aquí? —Cierra la puerta de su casa tras de sí y se acerca—. No son ni las seis de la mañana.

Me acerco a él y busco su antebrazo porque tengo que verlo con mis propios ojos. Al comprobar que la herida está ahí, donde debería estar el tatuaje de Lina, se me revuelven las tripas.

—Me da tanta rabia que no podía dormir. Me caías bien y bajé la guardia contigo. Vi lo feliz que la hacías y la bajé todavía más. Pero tú Koven Alasdair, eres escoria.

—Eso podías habérmelo escrito por mensaje. Se te ha dado muy bien estos d... —deja de hablar cuando le suelto un bofetón.

No estoy a favor de la violencia y probablemente esto esté fatal. Pero ver que no hace nada, que no responde, me llena los ojos de lágrimas.

—Irte del hospital cuando Lina no había despertado fue despreciable. ¿Querías romper con ella? Estabas en tu pleno derecho ¿pero así, haciéndole tanto daño y justo en su peor momento? ¿No podías quedarte a su lado como amigo? ¿O como su puto entrenador?

—No.

—¡Pues deberías! Tuve que verla haciéndose la fuerte después de accidente tan jodido que había tenido. Verla aferrada al móvil dándote el beneficio de la duda cuando era evidente que no te lo merecías –exhalo, o tal vez lo que suelto es un principio de sollozo cargado de rabia—. Lina es fuerte, dulce, tiene un corazón que ninguno de nosotros podría ganarse ni en mil vidas, y tú te has deshecho de él como si fuera basura. —Se me caen los hombros de la rabia y se me rompe la voz— Creí que la querías.

Durante una fracción de segundo una profunda tristeza cruza su rostro, pero es tan breve y desaparece tan rápido, que ni siquiera estoy

segura de haberla visto de verdad.

—Tengo que irme al aeropuerto. ¿Necesitas que te lleve a North Star?

—No hagas eso. No finjas que eres una buena persona.

—Nunca he pretendido serlo.

—Mejor, porque no lo eres. Está claro que Marcus Torrent no es el único piloto que se habría beneficiado de no conocerte. Ahora si me haces el favor, vete a la puta mierda.

Me largo de allí arrastrando el peso de mis palabras.

Capítulo 77

Lina Dimettri

Nadie del equipo sabe que salíamos.

Así que no se imaginarán que estar sentados el uno al lado del otro en el avión es de lo más incómodo. Algo que hace semanas elegíamos y ahora odiamos. Trabajar es una cosa, nuestras conversaciones son directas, breves y eficientes. Pero el avión es distinto. Ninguno habla y por lo visto, de Indiana a Italia hay trece horas en avión. *Socorro*.

No pasa nada. Respira, Lina. Todo irá bien. Ya ha pasado lo peor.

Los primeros cuarenta y dos minutos son lo peor, ¿no?

Alasdair a duras penas me ha dirigido la palabra estos días. Una parte de mí cree que eso lo hace más fácil. Pero creo que esa parte de mí se va a morir de la pena.

En fin, #pringada.

Estoy en el asiento de ventanilla y trato de distraerme con el cielo las nubes y mis ganas de NO pensar en Koven Alasdair. ¿Me sale bien? Sí, pero no. Salvo que el «sí» es una mentira tan grande como una catedral. Estoy desarrollando una fijación odiosa con llorar de forma repentina y me gustaría decir que es por mis episodios, pero no sería cierto.

Lo peor del vuelo está por venir y lo sé cuando soy consciente de que beberme mi peso en matchas no ha sido una buena idea cuando siento que me va a reventar la vejiga antes de que se cumpla la hora y media. ¿El problema? Alasdair y sus kilométricas piernas de capullo están en medio.

Cuanto le odio. A él. A la oscuridad que lo envuelve. Al tatuaje que ya no tiene. A lo mucho que lo echo de menos. A lo fácil que es para él decirme cosas como *«no estás hecha de cristal y no has perdido nada. Estás aquí, en tu sitio. Eres la mejor. Hazlo como sabes»* y luego no responder ni uno de mis mensajes.

La mejor. Me llamó la mejor. ¡Será insoportable!

Mi orgullo no me permite pedirle favores, así que intento pasar como puedo sin despertarle. Me suelto una TED Talk motivadora sobre cómo soy completamente capaz de conseguir... Todo pasa muy deprisa.

Alzo una de mis piernas para bordear una de las suyas y la tengo que levantar muchísimo por culpa de la diferencia de altura de nuestros cuerpos. Entonces Alasdair se despierta, o quizá nunca estuvo dormido pero la cosa es que se desabrocha el cinturón y se levanta mientras una de mis piernas se enreda con una de las suyas.

Se mueve más rápido que un F1 y a mí eso me viene muy mal porque su cuerpo colisiona contra el mío y pierdo el equilibrio. Me caigo hacia delante. Él evita que me golpee la barbilla contra uno de los reposabrazos metálicos de los asientos tirando de mi cintura en el último momento.

En conclusión: aterrizo en su regazo sin aliento. Obtengo justo lo que no quería, contacto, y en este preciso instante lo siento en todas partes. Incluso me imagino que inclina la cabeza y me huele el pelo. Estoy tarada, lista para ser encerrada en un psiquiátrico.

—Perdón.

—No yo...

—Ha sido culpa mía.

—Lina.

Intento levantarme si frotar mi culo contra su... en fin. Estoy roja como un tomate y me siento diminuta. Torpe y tonta. Salgo escopeteada y sin mirar atrás. Todo el avión está frito así que nadie ha presenciado mi momento más humillante.

Se habrá sentido fatal. Asqueado. Incómodo por tenerme en brazos cuando ni siquiera me quiere cerca. Llego al baño y cierro la puerta tras de mí rezando porque toda esa pesadilla se quede atrás. No tengo esa suerte.

Me lavo la cara y luego me tomo varios minutos para recriminarle a mi reflejo el pésimo equilibrio que tiene.

—Deja de llorar —susurro—. Ya no te quiere, ¿y qué? ¿Y qué más da? No es algo que nos importe.

Sería mucho más convincente si no me estuviera mirando en el espejo y viera cómo me tiembla el labio.

Sacudo la cabeza y cojo más papel.

Al salir estoy lista para ir a despertar a Loïuan y suplicarle a mi buen amigo que me cambie el sitio, pero la puerta del baño no se abre del todo porque se topa contra algo. La espalda de Koven Alasdair. Sus

hombros ocupan demasiado espacio en el reducido pasillo y soy de todo consciente cuando se da la vuelta y mi espalda se aplasta contra la pared con tal de no tocarle.

No sé qué viene a decirme, pero no le doy la oportunidad. Me doy cuenta de que me he quedado mirando sus labios entreabiertos un segundo antes de salir de allí escopeteada. Loïuan estaba sentado junto a JJ y por eso no le extraña que le pida cambiar. Por suerte para mí Alasdair me deja tranquila el resto del vuelo y no vuelvo a verle hasta aterrizar.

Capítulo 78

Lina Dimettri

Sábado de clasificación. Italia, Monza.

El templo de la velocidad. El circuito más rápido del calendario. E lugar perfecto para una carrera intensa y con velocidades absurdas. E mejor sitio para volver, si me preguntan a mí.

El olor a goma quemada me sacude el pecho. El viento silba, perc hace muy buen día, el cielo está despejado y listo preparado hoy.

A diferencia de mí.

Falta una hora y media para que salga a competir y estoy escondiéndome como una niña pequeña. Necesitaba algo de silencio as que he buscado una sala de pesas tranquila. Le he escrito alguno mensajes a mi padre y luego me he dedicado a estirar durante diez, ta vez quince minutos, antes de que alguien me encuentre.

Y por «alguien», me refiero a la principal persona de la que me escondía.

Alasdair vuelve a quedarse a mitad de una palabra cuando me ve Bueno, a mí no, a mis cicatrices. Esto es algo que lleva pasando desd que rompimos. Así que aquí estoy, en el suelo, inclinada sobre una d mis piernas y arrepintiéndome de haberme quedado solo con el top.

Antes del accidente, me sentía hermosa cuando me miraba orgullosa de mis marcas, incluso. Ahora me siento horrible. Fea. Un monstruo. Lo odio, así que me pongo en pie y busco mi chaqueta.

—¿Qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece que hago? —respondo arisca.

Incapaz de controlar la rabia que me da sentirme tan insuficiente cojo la chaqueta y me la pongo, abrochándomela hasta arriba.

—¿Y ahora? —me observa apoyado contra la única puerta de salida.

—Taparlas. Es evidente que te dan asco.

Me sostiene la mirada una puta eternidad y el cuerpo me tiembla.

—Eres muy amable.

Que no lo niegue hace que el alma se me caiga hasta los pies Resoplo e intento no darle importancia a lo que me hace, pero una ve más no lo consigo. *Es cruel. Y no entiendo por qué*. No nos separa una gran distancia y es culpa mía, porque mis ganas de salir de aquí no me han hecho previsora.

Despacio, sin pedirme permiso, sus manos me tocan. Sin apartar los ojos de los míos, me desabrocha la chaqueta. Y yo le dejo, petrificada e inmóvil. Ardiendo. Dispuesta a quedarme ahí para que coja lo que quiera de mí. Deseosa de que haga lo que en el fondo deseo tantísimo.

La cremallera llega hasta abajo y la chaqueta se abre, pero su mirada ya no es como antes, ya no se vuelve dulce al recorrer la piel expuesta de mi abdomen. Es severa, fría e intimidante, al contrario que la mía.

—¿Qué estás…?

—Nada. No estoy haciendo nada, Lina. —responde en un gruñido erizándome todo el vello del cuerpo.

La petición subliminal de que le dé un segundo está ahí pero no entiendo por qué. Alasdair me mira, respira el mismo aire que yo y lo electrifica.

Luego cierra los ojos y aprieta la mandíbula con fuerza mientras me bordea y me da la espalda. Me tiemblan las piernas. Ni siquiera estoy segura de si me imagino el «vete» ronco que oigo antes de lanzarme hacia la puerta y marcharme. Quizá solo esté en mi cabeza, pero lo cierto es que no importa mucho.

No dejo de poner distancia.

En cuanto puedo cierro una puerta a mi espalda y exhalo todo el aire contenido, pidiéndole a mi pulso que se calme de una vez.

Unos minutos después busco un lugar en el que tranquilizarme y ponerme el mono. Consigo lo segundo a la perfección. Me encuentro a Lucian de camino al box y casi se me sale el corazón por la boca.

—Qué susto.

—Perdona, no era mi intención. ¿Cómo está esa cabeza tuya? ¿Te va a dejar tranquila?

No es la primera vez que me pregunta y tampoco es la primera que siento incomodidad entre nosotros. No es de extrañar, desde que descubrió mi mentira sobre los episodios que mi cadera me regala a diario, la cosa ha estado tensa. Y creo que sabe que, después de prohibirme ir a Alemania, imprimí una foto con su cara y le clavé un montón de chinchetas.

—Estoy bien —le aseguro dándole un par de datos innecesarios sobre lo bien que he dormido, *mentira*, y sobre las ganas que tengo de competir.

—Me alegra oírlo.

—¿Y tú? Sé que hace años de tu lesión, pero imagino que…

—Bien —su gesto se tensa dejando claro que no le gusta hablar de eso.

—Suerte la tuya.

—Sí, bueno… Toma, te he traído esto. —Me ofrece una bebida isotónica y mis músculos casi se ponen a dar saltos.

—Gracias, estoy sedienta y… —Doy un bote cuando Loïuan grita de dolor.

Alzo la vista y veo sangre. Corro hasta él y lo ayudo a levantarse.

—Hijo, ten cuidado —dice George, el padre de todo el equipo de mecánicos.

—Un poco tarde para eso —dice otro de sus compañeros.

Siempre hay un puñado de herramientas por en medio y siempre hay alguien que no ves o alguien que no te ve.

—Seré idiota —gruñe Loïuan para sí poniéndose en pie.

—Ehhh, tranquilo —digo con voz dulce.

—Desde que vuelvo a estar soltero no doy pie con bola —se reprende.

—Anda, ven aquí —tiro de él y me lo llevo a una salita donde sé que hay un botiquín.

Básicamente porque yo no voy a ninguna parte sin uno.

—¿A ver? —le examino la mano—. Uhhhh, vaya herida. Va a haber que amputar.

—Muy graciosa.

—¿Te ha pasado algo, corazón?

—No quiero llenarte la cabeza de ruido antes de tu carrera.

—Me vendría bien una distracción. En serio —digo cogiendo el desinfectante y las tiritas.

—Allën me ha dejado.

Mira, esa canción me suena. Loïuan gruñe como si se maldijera a sí mismo.

—Soy patético, no puedo parar de pensar en él. Por eso estoy tan torpe, joder. Sé que si me llamara pidiéndome volver correría hasta sus pies sin dudarlo. Le quiero —exhala—, y no sé cómo voy a dejar de hacerlo. ¿Estás… llorando?

—Perdona, sabía que estabais muy enamorados —sorbo y sigo a lo mío.

—Yo sí lo estaba. Él no tanto.

—¿Qué ha pasado? Si puede saberse.

—Me ha puesto los cuernos —suelta y ahogo un grito—. Bueno técnicamente hacía dos horas que había cortado por teléfono conmigo pero el sentimiento de traición está ahí.

—Ya, entiendo a qué te refieres. Pero mírale el lado positivo, tienes mucha suerte de que no trabajáis juntos y de que puedes rehacer tu vida con algún chico italiano o de cualquier país al que todavía no hayamos ido. Todavía queda mucha temporada por delante. Además eres un bombón. ¿Has visto la serie *Heated Rivalry*? Porque te pareces a Hollander.

—Estoy bastante seguro de que solo lo dices porque tengo los ojos rasgados.

—Y porque estás buenísimo. El quid de la cuestión es que si Allën no quiere estar contigo, eso quiere decir que, de lo que sea que están echas las almas, la tuya y la suya no son idénticas.

—Eso es de la película de Cumbres Borrascosas, lo dice Margo Robbie. ¿Has leído alguno de los libros en los que se han basad…?

—Sí, ¿y tú has entendido lo que quería decir?

—Sí. ¿Puedo preguntar qué piensas de esas adaptaciones?

—¿De verdad quieres abrir ese melón?

Loïuan se carcajea. No se da cuenta, pero me ayuda un montón cuando más lo necesito.

Capítulo 79

Koven Alasdair

Aquella noche.

Me revuelvo en la sala que todavía huele a ella y pienso en todo. En aquella noche sobre todo.

«Una enfermera con mirada comprensiva nos dice que podemos pasar a verla, pero cuando estamos a punto de despertar a Keira y a Darcy, nos pide que mejor no llenemos la habitación de gente tan pronto.

Sigo a la enfermera con zancadas tan rápidas que casi voy corriendo. Sant Delphi me sigue. La puerta está abierta así que la veo antes de llegar. Dormida, en la cama, aún bajo los efectos de la anestesia. Tan indefensa. Tan vulnerable.

Solo me doy cuenta que estoy llorando cuando Alek me pone una mano en el hombro. Se me mueven por la rabia. Me acerco a ella y la cojo la mano. Me arrodillo a su lado y se la beso, cerciorándome de que no me lo estoy imaginando.

Una parte del alerón delantero, destrozado en el impacto, estaba derretido contra parte del lateral en llamas por la que la sacaron. En resumen, tiene un buen corte en el antebrazo y le dejará cicatriz. Otra más.

Va a dejar que esto la destroce.

Y me va a obligar a verlo.

—Necesito sacarla de aquí.

—No estará en el hospital mucho tiempo, tío. Es probable que mañana le den el alta.

—No me refiero del hospital, quiero alejarla de esto. De la Fórmula 1. Del peligro.

Por la cara de espanto que pone Alek al mirarme, juraría que sabe lo en serio que voy.

—No puedes hacer eso. Es su sueño.

—Ya lo sé. Pero es el único escenario en el que podría estar con ella

—Tampoco puedes hacer eso. ¿Quién sabe lo que haría Lucian si tú te vas? Por muy bien que le vaya a Lina, la única condición que puso fue que tú…

—Ya lo sé —interrumpo, pero no me refería a eso, sino a estar con ella de verdad. Sacudo la cabeza consciente de que solo hay una cosa que pueda hacer—. Debería haber visto que el coche no iba bien, que las mejoras no estaban a la altura.

—Ni siquiera Brutus lo vio venir y es su creación. El fallo que haya tenido el monoplaza no debe ser nada fácil de detectar

—Mikel tuvo un accidente la carrera anterior. Debí darme cuenta de que las mejoras…

—Lo tuvo porque conduce de pena, joder. No es culpa tuya.

Empiezo a recoger mis cosas sintiendo como el corazón se me agrieta más y más en el pecho.

—¿Qué estás haciendo?

Se lo cuento. Mis intenciones con Lina. Todo lo que va a cambiar a partir de ahora. Digamos que no le hace mucha gracia.

—¿En serio vas a dejarla? ¿Ahora?

—Lo que siento por ella me distrajo y casi se mata.

—Tío, estás llevando la culpa a un extremo que no…

—¿Te he pedido opinión? ¿Ves un par de carreras y ya eres un experto en el tema? Que yo sepa solo te pagan por dar lecciones dentro de North Star y ahora mismo no estás ni en el mismo continente, así que yo que tú cerraría la boca.

No la cierra. Insiste como el puto terco que es.

—¿Hace cuánto que no hablas con Beckham?

Endurezco la mandíbula.

—Adiós, Sant Delphi.

Le doy la espalda y salgo de la habitación. No llego lejos. Me corta el paso dándome un golpe en el hombro por el que quiero remodelarla la cara y de paso partirle la mandíbula. Me contengo, principalmente por Keira.

—No hagas esto. La quieres.

—Y eso casi la mata. Al volver después de lo de Marcus, me prometí que nunca bajaría la guardia, que estaría atento a todo, que impediría que mi peor error se repitiera y esta noche ha pasado justo eso.

—Va a ponerse bien.

—No gracias a nada que yo haya hecho —echo a andar y me sigue.

—¿Qué mierda crees que le va a pasar cuando despierte y no esté a su lado? ¿Cómo cojones crees que va a conducir en la próxima carrera en la que compita con el corazón hecho pedazos?

—Voy a seguir siendo su entrenador. Sé hacer bien mi trabajo, lo he demostrado con creces.

—Quieres decir que la vas a obligar a ignorar sus sentimientos igual que haces tú.

—Sí, Sant Delphi. Eso es exactamente lo que quiero decir. Ahora apártate de mi puto camino o te apartaré yo».

Capítulo 80

Lina Dimettri

Alguien del equipo de Brutus se tiene que ir por indisposición y resultan ser unas clasificaciones algo caóticas pero la conclusión es que mañana saldré cuarta. *¡Yuhu!*

Por la noche, cuando llego a mi habitación de hotel, me paso un buen rato hablando con Darcy, asegurándole a mi mejor amiga que estoy perfectamente. Me va bien distanciarme del equipo en mis horas libres. *¿Es un intento desesperado? Sí. ¿Funciona? Tal vez.*

—¿Y qué tal tú? ¿Qué tal las clases? Has empezado tu último semestre en North Star, ¿estás nerviosa?

—Perdida. Tanto Keira como tú tenéis muy claro el objetivo de vuestra vida. Yo no.

—Claro, tiene sentido.

—¿Disculpa?

—Tu eres el faro de todos, Darcy. Iluminas el camino de los demás para que seguir adelante sea más fácil. Pero te has olvidado de ti. Supongo que solo tienes que redireccionar y mirar donde pisas. Y aunque estés perdida, estás conmigo. Yo te haré compañía hasta que te encuentres.

—Eso me ha pillado con la guardia baja —dice sorbiendo.

Últimamente estamos un poco blanditas. Después de colgar, la cama crece y crece, y con ella la habitación del hotel italiano. Vuelvo a quedarme en trance. Me pasa mucho cuando estoy sola, mi mente se va lejos a un lugar donde mi cuerpo no puede llegar.

Sé cómo voy a acabar si me quedo aquí sola, igual que todas las noches anteriores, y mañana por la mañana paso de necesitar cucharas frías en los párpados.

Me pongo la ropa de deporte y subo al gimnasio de la última planta. Con suerte habrá alguna pareja de alemanes mayores, o un par de japoneses con jet lag y me veré obligada a guardar las formas y las lágrimas.

Pese a lo tarde que es, hay una familia de neerlandeses majíismos que me piden una foto. Luego me quedo sola trotando en la cinta de la que casi me caigo cuando entra en el gimnasio... Alasdair. Siento un latigazo en el pecho al pensar que antes lo buscaba y ahora me escondo de él.

Me bajo de la cinta antes de caerme de ella. Mi pulso late de forma errática y siento cómo palpitan partes de mi cuerpo que lo han echado mucho de menos.

—No te vayas por mí.

—No pensaba hacerlo —miento.

Supongo que ahora tendré que hacer algo más de ejercicio. Mierda.

—¿No podías dormir? —camina hacia una de las cintas.

No una cualquiera, la que yo estaba usando. El gimnasio no es lo bastante grande como para no percibir su olor a cítricos.

—Sí, pero quería bajar la cena. He hecho una videollamada con Keira y Darcy, y he comido demasiado. No quería sentirme pesada mañana.

Es curioso lo bien que suenan ya mis mentiras.

—Mañana sales cuarta —dice mientras coloco mi toalla en la máquina de extensión de cuádriceps.

—Lo sé, estaba allí —sueno cortante de narices.

—Podrías haber quedado primera. ¿Les pasaba algo a tus neumáticos?

—No —esquivo su mirada penetrante, pero me taladra la mejilla.

—Entonces estabas evitando ir al límite por miedo.

—Ya no tengo miedo. Las cosas han salido así porque la suerte también influye, ¿vale? Hay tres pilotos que lo han hecho mejor que yo bueno, hay muchos más que lo han hecho peor.

—Dime la verdad.

—Ya te lo he dicho. No tengo ganas de hablar ahora, ¿de acuerdo? Ya no estamos trabajando y como no somos amigos, no tengo por qué...

—*Lina*.

Las rodillas me flojean y su forma de decir mi nombre me vuelve un poco loca. Dios, es agotador, estoy a sus pies y tengo que luchar de manera constante para fingir que no.

—Puede que estuviera distraída —*cállate, no lo digas.*

Cierra. La. Boca.

—¿Distraída con qué?

—¿En serio?

—Siempre hablo en serio. ¿Con qué?

—Contigo, idiota. A ti no te importa una mierda distanciarte de mí Es evidente que no me querías una mierda, pero yo a ti sí. Tú puede actuar como si nada, ya lo has demostrado, pero yo no.

Para la máquina de golpe pulsando el botón rojo de emergencia. Me apresuro a coger mi toalla, mi botella de agua y el móvil, y hago lo que está en mi mano por largarme antes de que me alcance.

En mi cabeza podía conseguirlo. ¿En la realidad?

Nunca tuve la más mínima oportunidad.

Capítulo 81

Koven Alasdair

La cojo de las mejillas y respiro muy cerca de su boca.

—¿Crees que no te quiero? Pero cómo se puede ser tan necia.

—¿K-Koven? —retrocede, pero eso no hace que haya más espacio entre nuestros cuerpos.

Engullo esa distancia. La devoro porque esa distancia es el oxígeno que a mí me falta.

—Sé que no puedo quitarte la Fórmula 1, así que me quedo. Justo aquí. —Me pego a ella—. Viéndote salir ahí fuera a competir siendo consciente de que si tienes otro accidente, por leve que sea, mi corazón dejará de latir. ¿Y si te pierdo del todo? Me matarás a mí contigo, no tengas ninguna duda.

—No hables así —dice horrorizada.

—No puedo irme de aquí, pese a que cada minuto es una puta tortura. Pese a que cada instante es una lucha constante conmigo mismo por no hacer lo único que deseo.

—¿Lo que deseas?

—Cargarte sobre mi hombro y llevarte lejos. Comprarnos una casa robarle los dóberman a Sant Delphi y darte todo cuanto anheles que sea seguro —resoplo—. Joder, si es que hasta empiezo a entender a todos esos putos desquiciados que encerraban a la princesa en la torre porque es eso precisamente lo que quiero hacer contigo.

—*Alasdair*.

—Pero si lo hago, pierdes tu sueño. Si me voy de Leik-GP, pierdes tu sueño —la cojo del cuello con firmeza y la atraigo hacia mí con violencia —. ¿Qué no te quiero? Si te quisiera un poco más ya estaría muerto Dimettri. No queda nada para mí, ni un resquicio. Soy solo tuyo, tu puto perro. Así que úsame a tu antojo. Pero no te atrevas a decir que no te quiero cuando he dejado claro que es lo que mejor se me da.

Capítulo 82

Lina Dimettri

—*Alasdair*. —El corazón me da tres saltos mortales y luego me estalla en pedazos.

—Pero si lo hago, pierdes tu sueño. Si me voy de Leik-GP, pierdes tu sueño —me atrae hacia sí con violencia—. ¿Qué no te quiero? Si te quisiera un poco más ya estaría muerto, Dimettri. No queda nada para mí, ni un resquicio. Soy solo tuyo, tu puto perro. Así que úsame a tu antojo. Pero no te atrevas a decir que no te quiero cuando he dejado claro que es lo que mejor se me da.

Me alzo sobre mis puntas, me aferro a sus hombros y tiro de él hasta estampar mi boca contra la suya. El beso es salvaje, animal, violento. Un choque de lenguas, una conquista, una pelea en la que solo puede haber un ganador.

Separo bien los labios para dejarle entrar y él se hunde en mí con la posesividad que me ha mantenido en vela tantas noches. Sus manos me buscan y mis piernas acaban alrededor de su cintura mientras nos movemos el uno contra el otro con un deseo propio de unas bestias. Y es su sabor, es él, nada ha cambiado, sigue siendo todo cuanto ansío tener.

Gruñe mi nombre con una malicia que hace que mi clítoris tiemble de placer. Un manantial nace entre mis piernas y sé que si sigue follándose así mi boca voy a correrme aquí y ahora. Me mueve y me aplasta ejerciendo una deliciosa presión con su polla en mi sexo y casi no tengo fuerzas para tirar de su pantalón.

Es una mala idea. Podría vernos cualquiera.

—Fóllame —jadeo—. Por favor. Te quiero dentro de mí.

El sonido animal profundo y gutural que emana de su garganta me vuelve líquida, así que estoy más que lista para recibir su primera embestida cuando su erección se abre paso entre mi humedad.

—Abre más las piernas.

Me muerdo el labio para no gritar. Solo le ha hecho falta bajarse un poco el pantalón y hacer a un lado el mío. Su polla me dilata a pesar de que no hay espacio suficiente y mientras tanto su lengua está por todas partes haciéndome maldades que no puedo soportar.

—*Joder* —me muerde, me besa, me come y entonces susurra—: Tu cuerpo me reconoce mejor que tú.

—Ni lo sueñes —le clavo las uñas con tal de aferrarme a él, palpito sin freno y me deshago a su antojo mientras resbala dentro y fuera de mí.

Me corro como una avalancha, un volcán y un tsunami. No reconozco lo que me hace mientras grito su nombre contra su cuello.

—*¡Alasdair!*

Mi orgasmo se estira como un chicle al ver que todos sus músculos se tensan al quedarse muy quieto y romperse contra mí. Me sostiene como si fuera lo único que lo mantiene con vida. Siento cómo su semen me empapa y me llena igual que él.

Busco su boca, pero esta vez me niega el beso.

—No. —Me aprieta el cuello sujetándome por la nuca, pero su pulgar es dulce al resbalar por mi garganta y su mirada, vulnerable—. No puedo.

—*Por favor* —le hundo los dedos en el pelo y vuelvo a besarle porque es el mejor argumento que tengo.

Nuestros cuerpos vibran a un mismo ritmo, ni siquiera él puede negar lo evidente. Me besa inhalando con fuerza. Con la misma con la que separa nuestras bocas.

—*No* —gruñe y me freno porque soy fan del consentimiento.

—Vale —musito al borde de las lágrimas, del segundo orgasmo, de morirme.

—No puedo estar a tu lado así y protegerte. Ya lo he demostrado.

—El accidente no fue culpa tuya. Y es probable que Lucian mande matar al culpable cuando lo encuentre, creo que es un tío turbio. —Rozo su mandíbula con la nariz porque aunque no quiero saltarme sus normas, necesito el contacto.

Me da que él también. *Todavía está dentro de mí y siento cómo se está poniendo duro otra vez.*

—Esto ha sido un error —dice antes de arrancarse de mí.

No sé a quién de los dos le duele más, pero el nudo en mi garganta va ganando terreno.

—Llámalo como quieras, pero no harás que me arrepienta —digo y sigue alejándose de mí—. Y para que conste, yo también te quiero.

Se marcha, pero lo oye.

Estoy segura de que lo oye.

Capítulo 83

Lina Dimettri

Domingo, día de carrera.

Estoy en el paddock y echo de menos a Keira y a Darcy, así que les envío un mensaje.

Las tres Marías

Lin
Qué hacéis?

Darcy
Keira está terminando su entreno en el jardín, expectante a que le grite que entre
Kobra y Dante la están animando
Y el profe está haciendo deberes en North Star, pero ya viene de camino
OBJ🍿🍿🍿🍿

Lin
Y qué haces tú

Darcy
Esperar a que mi bestie salga por televisión.
No estoy en absoluto nerviosa.
Tú???????????

—¿Cómo está mi chica en llamas? —pregunta Antonov acercándose a mí sin que lo vea venir.

Un escalofrío recorre mi espina dorsal y le lanzo una mirada poco amistosa, aunque una vez más de lo que tengo ganas es de darle un puñetazo.

Una relación curiosa la nuestra.

—Muy agudo.

—He pensado que la prensa te ha tenido que preguntar mucho por eso y quería quitarle hierro al asunto.

—Gracias, pero no empieces a llamarme Katniss. Dudo que pudiera vivir en ese pedestal.

Darcy
Estás flipando????????
Porque podemos flipar juntas.
Pero si no estás flipando, entonces yo tampoco.

Los nervios burbujean por mis manos mientras mis dedos no paran de darle vueltas a un reloj que voy a quitarme a ver si así me tranquilizo. *Alasdair no quiere verme aquí, no quiere ver cómo pongo mi vida en riesgo, ¿y qué hace él? Quedarse a mi lado. Ayudarme. Preguntarme por qué no he hecho una mejor clasificación, ni he empujado hasta mi límite.*

El corazón se me acelera cada vez más.

Siempre he pensado que había nacido para pilotar, que era lo único que daba sentido a mi vida. Pero ya no, ahora ya no es lo único. Él... dios, quedarse a mi lado aún queriendo encerrarme en una torre probablemente sea el gesto más romántico del planeta.

Las llamo por videollamada. Porque sí, puede que esté rodeada de un puñado de pilotos a los que admiro a rabiar, pero cuando el corazón se me sube a la garganta con quien quiero hablar es con ellas dos.

—¿Seguro que Sant Delphi no nos oye? —pregunto poniéndome los auriculares.

—No. A menos que te refieras a mí.

—Keira, claro que no. Sé que debería empezar a llamarle Alek, pero se me hace rarísimo, y es culpa de todos vosotros que siempre lo llamáis por el apellido.

—Vale, ¿podemos ir al tema que nos ocupa? Has dicho que había pasado algo con Alasdair —interviene Darcy, ansiosa.

Me alejo un poco más de todos.

—Puede que el susodicho me encontrara ayer en el gimnasio, me follara contra la pared del gimnasio y a mí me encantara —murmuro demasiado rápido y demasiado bajito para que me entiendan. Me obligan a repetirlo. Exhalo empezando a notar el rubor ardiente en las mejillas—. He dicho que puede. Que me follara. Contra la pared del gimnasio. Y me encantara.

Me dejan sorda como una tapia. Mientras mis amigas chillan de forma simultánea, en tonos cada vez más ascendentes, me acerco a la zona de la terraza más alejada de todo.

—¿PERO ESTO QUÉ SIGNIFICA?

—¡¡¡¿¿¿Y NOSOTRAS NO LE ODIÁBAMOS???!!!

—Hubiera hecho todo más fácil si le odiara, pero no. Y no sé que significa. Lo único que sé es que si ha roto conmigo es porque se siente culpable de mi accidente, dice que salir conmigo le impide estar atento a lo que debería.

—¿Te echó la culpa? —pregunta Darcy, lista para defenderme.

—No. No, para nada. Creo que me estoy expresando mal. Me dijo que quería alejarme de la Fórmula 1 para mantenerme a salvo, pero que no iba a largarse de Leik-GP para proteger mi sueño. Me dijo que si me pasaba algo él se moriría y que quererme es lo que mejor sabe hacer.

—¡OH DIOS MÍO!

—¡¿ESO TE DIJO?!

—OHHHH. DIOOOOOS. MÍOOOOO.

—¡¡SABÍA QUE NO PODÍA SER UN MONSTRUO SIN MOTIVO!!

Dejo que mis amigas tengan un ataque tras otro y suelten todo lo que llevan dentro. Fuegos artificiales verbales sería una buena descripción de los soniditos y los gritos que sueltan.

—¿Chicas?

—¿PUEDES CAMINAR?

—Shhh, eso no es lo que yo quiero saber. O al menos, no lo primero —dice Keira—, necesitamos información sobre qué va a pasar ahora.

—¿Habéis vuelto a follar esta mañana?

—No sé que va a pasar a partir de ahora. Y no tiene pinta de que vaya a suceder otra vez. Cuanto más lo pienso más cuenta me doy de que lo pillé desprevenido. Seguro que se arrepiente.

—Claro, claro. ¿Quién no se va a arrepentir de follarse a la chica de la que está enamorado en un ataque de lujuria y pasión? —Darcy resopla.

—Es tan romántico —suspira Keira con corazones en los ojos—. ¿Y qué le dijiste tú cuando te dijo esas cosas tan bonitas?

—Algo así como que me follara cuanto antes —carraspeo mientras ellas se vuelven locas.

De nuevo.

—Es una buena respuesta.

—Gracias, Keira. ¿Darcy sigue respirando?

—Me parece que no.

Capítulo 84

Koven Alasdair

Se detiene nada más entrar al box, en cuanto me ve. Se le caen unos cuantos mechones de su moño despeinado lleno de ondulaciones y aunque tiene cara de haber descansado bien por primera vez en muchos días, también se la ve nerviosa. Tensa. Desvía la mirada y va directa a Lucian como si supiera que en ese caso no voy a interceptarla que está a salvo de mí.

Error. Le corto el paso.

—¿Puedes actuar con normalidad? —pregunto en tono bajo, solo para ella.

Tenemos suerte de que en el box haya mucho jaleo.

—Estoy siendo de lo más normal.

—No, me estás evitando y todo el mundo se va a dar cuenta.

Vuelve a salir del box afuera y la sigo. A ella y a su olor dulce e hipnótico que me pone enfermo. Mira a su alrededor para comprobar que no hay nadie cerca y cuando estoy frente a ella, susurra:

—Me dices que me quieres. No, me dices algo mucho más romántico y doloroso que eso, y… Y luego no te presentas a nuestro entrenamiento. Te saltas nuestra tradición antes de la carrera y… Es evidente que no quieres estar conmigo, así que no, yo tampoco puedo actuar con normalidad.

No he ido al entrenamiento porque sabía cómo iba a acabar. *Se me da mal tenerla delante cuando estamos rodeados de gente. ¿Pero a solas? No tengo autocontrol. Mi cuerpo va por libre. Cada segundo que pasa que no la beso me muero un poco más.*

Dios, nunca debí decírselo.

Debí mantener la puta boca cerrada.

Y sobre todo, no debí follármela contra la puta pared.

—¿En qué piensas, Alasdair?

—No quieres saber lo que pienso.

—¿Me oíste cuando dije que yo también te quiero?

—Joder, Lina. —*Sí la oí, y no necesito que me lo recuerde.*

Sobre todo, no cuando tengo sus preciosos e imposibles ojos turquesa tan cerca. No, cuando aún siento su precioso coño palpitando contra mi polla a punto de correrse.

—¿Me oíste? Porque puedo repetirlo.

—No lo hagas.

—De acuerdo, no lo haré —me coge el antebrazo donde antes estaba el tatuaje en su honor—. Ojalá estuviera todavía aquí.

Lo cierto es que tuve un pequeño accidente de coche. No me lo hice yo. Pero si el accidente no es prueba suficiente de que, si ella ocupa toda mi cabeza no sirvo para nada, no sé lo que lo será.

¿De verdad quiere estar impresa en mi piel cuando todo mi cuerpo mi mente y mi puta alma ya le pertenece? Es evidente que su ambición no tiene límites.

—Lina, nada ha cambiado. Necesito estar lejos de ti para poder serte útil.

Me suelta el antebrazo despacio. Tiene los ojos llenos de lágrimas pero sus labios sonríen.

—Siempre me ha encantado pilotar, Alasdair. Más que nada en el mundo. Pero tú me has hecho más feliz incluso que eso y no estoy dispuesta a renunciar a ti. —Traga saliva con dificultad—. Buscaré la manera de que esto funcione. Sé que la hay y voy a encontrarla.

—Sales a pista dentro de nada. En lo único que quiero que pienses es en eso.

—Nunca va a ser lo único en lo que piense —promete y luego se marcha.

Capítulo 85

Lina Dimettri

Todavía noto en el paladar la bebida isotónica que me ha regalado Lucian y dudo si ha sido buena idea probar una bebida nueva antes de montarme en el monoplaza.

Probablemente no.

Probablemente no soy capaz de tomar buenas decisiones cuando siento los labios de Alasdair en mi boca mientras las palabras que dijo se repiten en mi cabeza.

Que quiere encerrarme en una torre. ¡Está loco! Y yo también dado que la idea cada vez me gusta más.

—¿Lina? —pregunta JJ.

No por radio, en directo. Aún me estoy poniendo el casco.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Un poco molesta por la cuarta posición en la clasificación. Debería haber hecho la pole.

—Ese es el entusiasmo que me gusta —dice coqueto con la mirada chisporroteando de ilusión.

Ladeo la cabeza y veo al director técnico lanzándome la misma mirada que estas últimas semanas.

—Brutus, por favor, deja de mirarme así. Estoy bien.

—Te fallé.

—No es cierto. Y te pedí que dejaras de decirlo.

Lucian ha hecho que cinco personas revisen el coche esta mañana y Brutus ha estado presente en todo momento. Quizá si fuera otra persona estaría cabreada con él o lo culparía, pero quien quiso hacer daño a Leik-GP no fue nadie de mi equipo. Mi fe en Brutus es ciega y fundada.

Después de tantos meses, los conozco a todos ellos. No llamo «familia» a cualquiera y no me tomo confianzas a la ligera. Es evidente

que los ánimos han estado muy bajos desde mi accidente y espero que esta carrera cambie las cosas.

¿Tengo miedo? Sí. ¿Estoy cabreada de cojones y quiero cargarme a quien haya intentado hundir a Leik-GP convirtiéndome en un puto daño colateral? Puedes apostar que sí. Pero si hoy no compito estaría sentando un precedente.

Asustadiza.

Cobarde.

Y a estas alturas, todos estaremos de acuerdo en que soy una luchadora de tres pares de narices.

—Debí preverlo.

—Brutus, es muy probable que si alguien hubiera pillado a la persona o personas responsables con las manos en la masa hubiera ocurrido algo terrible. Quien sea que hizo esto está dispuesto a ir a la cárcel por quitar la escudería de Lucian de en medio.

Sacude la cabeza, está cada vez más blanco. Más ojeroso. *Para que luego digan que el estrés no te mata.*

—¿Has dormido algo estos días?

—Lina, tú no viste…

—He visto el vídeo. Pareció mucho más grave de lo que realmente fue. Mírame, estoy perfecta.

Sacude la cabeza otra vez y se me encoge el corazón.

—¿Y si no corrieras por el momento? No hasta que encontremos a los culpables. He intentado hacérselo entender a Koven, pero dice que es decisión tuya.

Insertar aquí la nueva forma de Koven Alasdair de ponerme cachonda.

—Es que es decisión mía —reitero.

—Ya, pues ojalá no lo fuera. También he intentado hacerle ver a Lucian que quizá este no sea mi sitio, pero…

—Eh, eh, eh. —Le doy un abrazo, rezando porque no le haga sentir súper incómodo.

—Te fallé.

—No. Eres una víctima igual que lo fui yo, y esto no va a pararnos – me aparto para mirarle a los ojos—. Brutus, vamos a llegar al fondo de este asunto, pero no a costa de tu trabajo. Ni de mi temporada.

—Lo tuyo no es rendirte, ¿eh?

—No está en mi vocabulario, nop. *—Por dios, que esas no sean mis estúpidas últimas palabras.*



En la decimoquinta vuelta, pongo nervioso a todo mi equipo.

—Lina, ¿estás bien?

—Son gritos de felicidad, JJ, tranquilo.

Estoy eufórica y eso que sin las últimas mejoras del coche —ya que hemos vuelto al origen hasta que se resuelva lo que causó el accidente —, es mucho peor. Pero eh, hoy correría hasta con una maldita chatarra. ¡CUÁNTO LO HE ECHADO DE MENOS!

Para sorpresa de todos, Antonov se quedó con la pole position tras hacer una clasificación espectacular, pero el resultado es que ahora va quinto. Adam Verxen, Xander Sazze y Alexander Olsen son los únicos que van delante de mí.

Me apuesto lo que sea a que todos los pilotos que van por detrás ya no se alegran tanto de verme como el viernes cuando entré al paddock. Se me van escapando gritos impulsados por la adrenalina que corre por mis venas a una velocidad mayor que el Fórmula 1 que conduzco.

Pero luego me quedo callada.

No soy consciente de ello hasta que pasan tres vueltas. Quizá cuatro. Lo raro es que cuando intento comentárselo a JJ, la lengua no se me mueve del cielo de la boca. Lo más raro todavía es que no consigo entender lo raro que es eso hasta dos vueltas después.

Mis dedos se mueven por el volante en piloto automático. Paso por la Variante del Rettifilo, la primera chicane del circuito de Monza, y compenso el sobreviraje por instinto, pero mis reflejos están... dormidos.

¿Por qué? No lo sé.

—Al...Alasdair —consigo decir.

—¿Que te pasa?

—Lina, ¿estás bien?

—Bien —respondo, aunque mi instinto asegura lo contrario.

Sus voces me llegan muy lejanas. No logro descifrar lo que me ocurre. No es un episodio, es otra cosa. Las voces de JJ se entrelazan entre ellos y prestarles atención me cuesta mucho esfuerzo.

Me doy cuenta tarde de que se me han dormido las piernas.

—Te estás acercando mucho a Olsen en las curvas —me advierte JJ.

Mi lengua se ha convertido en cemento y ahora sí que no puedo hablar. Mis pulsaciones se disparan con el pánico.

Todo pasa demasiado deprisa. Veo doble y segundos después la vista se me nubla. Oigo la voz de Alasdair, pero no entiendo lo que dice

Mierda. Siento *que* las manos aflojan el agarre del volante.

—Entra a boxes, Lina. *Ahora* —ordena Alasdair, pese a que no le he dado pistas para saber nada de lo que me pasa.

La cosa es que no puedo moverme. Por mucho que lo intente, m cuerpo ha dejado de pertenecerme, de responder a mis deseos. Tengo voz, pero mis labios no se mueven. Antonov me adelanta, pero Jace Dubois venía muy rápido por detrás y no tiene tiempo a reaccionar antes de chocarse conmigo.

Capítulo 86

Koven Alasdair

—Estamos todos muy nerviosos —dice JJ desviando la mirada por e pit wall unos segundos—. ¿Estoy loco por querer mandarla a boxes?

—Si lo haces, es posible que George no la deje volver a salir —admit Brutus.

La tensión se palpa en el ambiente.

Me meto la mano en el bolsillo del pantalón para tocar el sobre qu siempre llevo encima para recordarme que nada de lo ocurrido co Marcus Torrent va a volver a pasar, que podré preverlo.

—No está tomando las curvas como debería —dice JJ y luego abre e canal de comunicación—. ¿Todo bien, Lina?

Es entonces cuando mi cabeza trae de vuelta memorias del pasado Noticias que leí hace años.

El mundo del automovilismo despertó ayer con una noticia devastadora: Lucian Hendrix se retira de la competición por culpa del terrible accidente ocurrido en Monza meses atrás.

Lucian Hendrix la promesa de la Fórmula 1 que quedó en nada. A su veintisiete, en vez de hacer historia, el piloto va a ser fácilmente olvidado po cualquier joven promesa que lo remplace

Lucian Hendrix funda Leik-GP a sus veintiocho años, el piloto parece querer aferrarse con desesperación al mundo de la F1.

Marcus Torrent pierde la vida a la temprana edad de veintitrés años e Monza, Italia

Una gota de sudor frío me recorre la columna.

—Entra a boxes, Lina. *Ahora* —ordeno, pero es tarde.

Lo último que oímos es a ella, respirando como si le costara esfuerzo. Un instante después Dubois impacta contra ella y los dos monoplaza salen fuera de la pista.

Darcy

Indiana, EUU.

—Tranquila, tranquila. Todo va a salir bien —repito en bucle con voz temblorosa.

Keira no para de llorar. Entramos en el hospital y a duras penas entiendo lo que dice la enfermera. Cogemos el ascensor, seguimos las flechas del suelo y el nudo en mi garganta no deja de crecer.

—Dios mío… —no para de repetir Keira.

—Nos ha llamado él —le recuerdo, aunque no sé si eso la calmará en absoluto.

El corazón me va a mil por hora. Es mediodía, a plena luz del día. Estábamos viendo la carrera y Alek… él tenía que ir a North Star a ultimar algo del trabajo para mañana.

Pero no se ha presentado en casa. En vez de eso nos ha llamado desde el hospital.

Entramos en la sala y se me encoge el corazón ante la imagen que se nos presenta. Key corre hasta la camilla y parece que la vida se le escapa de entre las manos.

Yo me quedo sin palabras. Alguien le ha dado una buena paliza a Alek Sant Delphi. Ahora tiene el labio partido, una brecha en la frente y según dice “solo un par de costillas rotas”.

—Lauren, no llores. Estoy bien —dice con voz dulce, acunando una de sus mejillas con mimo, pero ella sí llora.

Mucho.

—¿Quien podría querer hacerte daño a ti? —pregunto y tengo que morderme la lengua con fuerza para no unirme al club de las lágrimas de Key.

Verlo herido en una cama de hospital, a un hombre como él que es la viva imagen de la fortaleza y del “yo me encargo” es chocante.

—¿Esto es culpa mía? —pregunta Keira entre llantos, porque la relación que tiene con su familia no es nada buena y no es una locura pensar que quisieran herir al amor de su vida.

Pero eso no haría que fuera culpa suya, joder. Por suerte Alek se lo deja claro.

—Había gente en el aparcamiento que los ha visto —dice refiriéndose a los atacantes—. No se han molestado mucho en cubrirse las espaldas.

No ha sido fortuito. Eran cinco y le han hecho mucho daño. San Delphi es un puto armario. Han ido a por él a sabiendas de con quién iban a toparse. Lo tenían planeado.

—Te han robado el móvil para aparentar —sacudo la cabeza—. Esto no ha sido un robo casual.

—Yo también lo creo.

—¿Qué mierda está pasando? —solloza Keira y verla así de descompuesta es descorazonador.

—No lo sé, pero hay algo que no le he dicho a la policía. Uno de ellos mencionó un nombre. No para mí, juraría que se le escapó.

—¿Qué nombre?

—Hendrix. Tengo que llamar a Koven.

Soy yo la primera que lo intenta, pero como la carrera aún no ha terminado, no me lo coge. No tardo mucho en darme cuenta de que si no responde, no es por eso. Veo las noticias.

Lina ha tenido un accidente.

Capítulo 87

Koven Alasdair

Italia.

El coche de Lina se levanta sobre dos ruedas y cuando cae pierde una de las delanteras. El alerón trasero ha quedado destrozado en el impacto. Dubois milagrosamente, sale de su monoplaza haciendo un gesto a la ambulancia que ya se acerca a ellos.

Lina sigue en el F1.

Los gritos de mi cabeza ensordecen todo cuanto hay a mi alrededor y no se callan hasta que le cojo la mano en la ambulancia.

Los paramédicos murmuran cifras, niveles, presión arterial. Las paredes del vehículo en movimiento no dejan de moverse en círculos. Me concentro en cómo su pecho sube y baja demasiado lento, no me gusta nada.

Las voces se solapan unas encima de otras mientras devoramos la carretera camino del hospital y luego al llegar allí. Lina sigue sin dar respuesta. No tardamos mucho en descubrir qué le pasa.

Han drogado a la piloto.

Ha tenido suerte de que el choque no la matara

La droga fue administrada desde dentro del paddock.



Esta vez no pierdo el control de mis emociones. Al menos, no de forma evidente.

Han intentado matarla. Delante de mí.

La policía está por todas partes porque les he llamado yo. Le he pagado una buena pasta a uno de ellos para que no se aleje de la cama de Lina desde el momento que la traen después de hacerle un lavado de estómago, hasta que yo lo diga.

Alguien la drogó. Alguien tuvo que acercarse a ella lo bastante para hacerlo. Pincharle algo en el cuello, en el brazo o quizá hacer que lo ingiriera. *No debí evitarla. No debí dejarla sola cuando sabía que había peligro.*

—Un día difícil, ¿verdad? —pregunta una voz reconocida a mi espalda.

Me aparto de la máquina expendedora despacio. Alzo la vista y veo a Lucian apoyado en la puerta de una sala de descanso vacía y bastante a oscuras. *Fue él quien vino a mi casa a pedirme que ayudara a Lina para que su carrera no se echara a perder. No puede haber sido él.*

Lucian Hendrix se aleja de la entrada y me hace un gesto para que entre. Lo hago y al cerrar la puerta tras de mí, veo a otros tres tíos. Van vestidos de negro y con pasamontañas.

No puede. Haber sido. Él.

Capítulo 88

Koven Alasdair

Aprieto los puños.

—¿De qué va todo esto? —masco cada palabra.

Sonríe después de meses sin hacerlo mientras se reajusta la corbata del traje.

—Dame un segundo, necesito paladear este momento.

—*Lucian*.

—Tranquilo, ya casi hemos llegado a la línea de meta. Mañana a primera hora, un par de señores muy respetables de la Federación van a recibir un donativo obsceno y, fíjate tú qué casualidad, todas las pruebas van a señalar al mismo sitio.

—¿Qué coño has hecho?

Su mirada se ilumina.

—Mira que drogar a Lina —chista la lengua—. Pero supongo que será creíble, al fin y al cabo esto no es más que otro clarísimo caso de violencia de género. Tú querías follártela y ella no. La forzaste y te pasaste de brusco. Ella muere y tú vas a la cárcel. Qué lástima todo ¿no?

—Hijo de puta. —Me acerco a él sintiendo que toda racionalidad de mi cabeza se desconecta.

—Ahh, ¿crees que el lavado de estómago servirá de algo? —se carcajea—. Pobre tonto.

Me ve venir, pero esquivo su puñetazo y le doy uno en la barbilla desde abajo y un rodillazo en los huevos.

Los tres tíos con pasamontañas se me echan encima. Mis nudillos colisionan contra una mandíbula, una nariz y una garganta. Obviando el que está en el suelo con problemas respiratorios, los otros dos me sujetan a la fuerza impidiendo que alcance al cabrón que ha drogado a mi mujer.

MI MUJER.

Él aprovecha mi desventaja y me da un golpe bajo tras otro.

—¿Por qué a ella? ¿Por qué me pediste que la ayudara? —pregunto escupiendo sangre, porque antes de matarlo necesito saber su motivación.

—Para ser tan bueno con las estrategias en las carreras, no has visto venir la mía. Si te digo la verdad, me sentí algo decepcionado cuando no te diste cuenta que fui yo el que provocó la muerte de Marcus. —Su expresión adquiere una forma perversa—. Tú me lo quitaste todo. Era evidente que yo iba a venir a vengarme.

—¿Que yo te lo quité todo? —le doy un cabezazo al de mi izquierda le clavo el codo en la cara al de mi derecha y me lanzo hacia Lucian hasta tirarlo al suelo.

El golpe que se da en la cabeza al caer no es nada en comparación con lo que le hago a su cara. Por desgracia, sus tres sombras se recuperan y me reducen.

—Éramos los mejores, cada uno en su ámbito, ¡y yo perdí mi carrera y mi vida por culpa tuya, de tu rechazo!

Noto un pitido insoportable recorrerme el cráneo de lado a lado a tiempo que mi espalda choca contra el frío suelo.

—De haber trabajado juntos no estaría cojo y sería el mejor piloto de la historia del automovilismo —escupe con toda la rabia contenida que cabe en un cuerpo—. Creí que quitar a Marcus de en medio acabaría contigo, como te merecías, pero aún te quedaban fuerzas. Que te enamoraras de Dimettri fue un puto regalo del cielo. Me ha llevado mucho tiempo pensar todo esto, pero quien ríe el último ríe mejor.

Uso la adrenalina y la rabia asesina para ignorar las quejas de mi cuerpo, esquivar a sus lacayos y asestar a Lucian el puñetazo que se merece.

—Te mato. Voy a matarte, hijo de puta.

Cojo su bastón, pero no llego a clavárselo en la tráquea.

—Ya lo hiciste hace nueve años. Solo soy un fantasma que ha venido a cobrar venganza. —Sonríe con los dientes manchados de sangre.

No tiene que hacer nada para protegerse, sus hombres lo hacen por él. En cuanto estoy en el suelo, uno de ellos me da una patada en la cara y la habitación empieza a dar vueltas muy rápido. El resto de golpes apenas los siento.

—Ay, Koven —Lucian suspira y se agacha frente a mí—. ¿De verdad creías que ibas a poder demostrar que he sido yo?

—No quiero demostrar que has sido tú. Quiero que dejes de respirar. —Alzo las manos intentando alcanzar su garganta, pero mis brazos se mueven muy despacio y en dirección errática.

La luz de la habitación titila, pero creo que son mis ojos.

Lucian se va y sus hombres con él.

Quiero levantarme, pero no puedo.

Antes de que todo mi mundo sea engullido por la oscuridad, alguien con un mono azul sale del armario de material y llega hasta la puerta justo a tiempo para gritar socorro a pleno pulmón. Es lo último que oigo.

Varios días después.

Capítulo 89

Lina Dimettri

—Alasdair —es lo primero que murmuro en cuanto abro los ojos bastante convencida de que es la única palabra que conozco.

La desorientación no es que sea profunda, es que está dibujada en mis huesos. Casi no sé ni cómo me llamo. Entra el sol por la ventana y esta mañana es tan buena como otra cualquiera para entrar en pánico.

Al principio creo que no está aquí, en la puñetera y desconocida habitación de hospital en la que despierto, *una vez más* pero me topo con los ojos ojos de un tío con pinta de policía. Es él quien me lo señala con la mirada desde su posición en la puerta.

En una butaca y con la cara des-tro-za-da, está Koven Alasdair. *Dios mío, ¿qué le ha pasado?* Alargo mi mano hacia la suya herida y casi me caigo de la cama con tal de alcanzarle.

—Alasdair —jadeo mientras abre los ojos y nunca me he alegrado más de verlos, y eso en mí es decir mucho—. ¿Qué te ha pasado? ¿Y qué hago aquí?

Se aferra a mi mano y se pone de pie, alarga la otra hacia mi mejilla se acerca a mí y me besa con la intensidad de mil demonios enjaulados. Mi corazón tiembla al caer en el hecho de que… está aquí.

Esta vez no se ha ido.

Me aferro a él como si no tuviéramos público y mi alivio y mi preocupación crecen con cada segundo. Al separarse de mí Alasdair me mira como si se lo hubieran quitado todo y yo llegara con las manos llenas de regalos. Me asusta lo que pueda decir.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo la cabeza embotada y una sensación de asco similar a las náuseas, pero estoy bien —bajo el tono—. ¿Y por qué tenemos un policía en la entrada? Tuve un accidente, ¿verdad? Soy inocente.

—¿No te acuerdas?

—No, pero primero dime qué te ha pasado a ti. Estás demasiado bueno como para que se desperdicie toda esa infraestructura de dios griego que tienes —digo señalándole el rostro y aunque espero que sonría, no lo hace.

—Lo que me ha pasado a mí no tiene importancia.

—Eso lo dices porque no estás enamorada de ti. —Miro al policía— ¿Tengo razón o no tengo razón? Es guapísimo, ¿verdad?

—Muy... sí —responde el policía tenso, y a mí tanta seriedad hace que me dé la risa.

Una bastante incontrolable.

Uy, creo que estoy bajo los efectos de algún medicamento raro.

—Lina —Alasdair llama mi atención con cautela, acunando una de mis manos con las dos suyas.

—¿Te he dado las gracias por estar aquí? —Le beso la mano y a inclinarme, mi estómago se queja.

No me digas que me han vuelto a abrir para mirar si me estaba desangrando viva. Mira que ya tengo cicatrices para aburrir, ¿eh? No quiero más.

—No, no había riesgo de hemorragias internas esta vez —responde Alasdair, porque por lo visto, he compartido mis pensamientos con toda la clase. De repente, mira al policía en la entrada—. ¿Puedes avisar a alguien y decirles que está despierta? No te alejes mucho.

—Sí, señor.

No entiendo por qué hay un policía que habla inglés en un hospital en Italia.

Estoy al tanto de que la policía investigó a Alasdair después de mi primer accidente, igual que investigó a todo el equipo. ¿Será alguno de esos?

—Lina.

—Alasdair.

—¿Qué recuerdas?

—No mucho —admito algo avergonzada.

Me pone en situación. Me explica lo que ocurrió en el circuito y la intranquilidad empieza a crecerme en el pecho, en el corazón. Se me hace un nudo en la garganta antes de saber por qué y las lágrimas me arden en los ojos.

Recuerdo el dolor. *Oh no.* Lo recuerdo en un punto muy concreto. *No, no, no, no.*

—Me encontraba mal, me acuerdo de no enterarme bien de lo que decíais por la radio… —Las imágenes del domingo caen sobre mí con la violencia de una cascada de gran caudal. Vienen en flashes, confusas y desordenadas. Me sobresalto—. Dios mío, ¿tengo un tumor cerebral o algo así? Un segundo, ¿Dubois está bien?

—Jace chocó contigo, no al revés —dice sin apreciar mi preocupación.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Sí, está bien. Y no tienes ningún tumor —vuelve a besarme—. Te drogaron.

Se hace el silencio en la sala. Uno espeso y tóxico como el petróleo.

—¿Me… *qué*?

—Te drogaron.

—¿A mí? ¿Cómo? No puede ser.

Endurece la mandíbula y su culpa se vuelve una tercera persona presente en la sala, dispuesta a sustituir al policía. Al preguntar quién lo hizo, me dice que aun no lo saben.

El suelo bajo mis pies empieza a temblar. El hospital entero lo hace.

—Respira, por favor —pide con dulzura, pero yo ni siquiera soy capaz de articular bien lo que pienso.

—No pueden haberme drogado. ¿Cuándo lo harían? Dios mío, ¿en el hotel? ¿Alguien entró en mi habitación mientras dormía?

—No, tuvo que ser muy poco antes de la carrera.

—¿Muy poco? —repito incrédula.

En shock.

Ahora la habitación da vueltas a trescientos kilómetros por hora porque eso quiere decir que quien me ha drogado es alguien que conozco.

ALGUIEN DEL EQUIPO.

El sentimiento de traición se mezcla con el de pérdida absoluta de control. Me siento sucia y enrabiada, violenta. Vengativa y triste. Soy un coctel peligroso porque una vez más tengo que apuntar otro trauma a la puta lista.

—No quiero que pienses en eso ahora. Céntrate en mí.

—Es una idea tentadora, pero el domingo que viene voy a tener muchos problemas para subirme al F1. Dios, ¿y si no puedo? ¿Cómo voy a poder? Me han drogado —me tiembla la voz, las manos, el cuerpo entero.

Entonces Alasdair termina de romper la burbuja de cristal en la que me encuentro.

—Podrás volver a correr de aquí a unos meses, si es lo que quieres Lina.

—¿Meses? —repito con la lengua pastosa.

—Ahora tendrás que centrarte en tu recuperación.

Él sigue hablando de mis opciones, pero yo dejo de oírle. Como si estuviera bajo el agua, hundida y a la vez flotando, pero muy lejos. Me resulta cada vez más difícil ignorar la voz de mi subconsciente.

Hay un peso extraño bajo la sábana.

Siento como si la cama, de repente, estuviera inclinada hacia el vacío. Hacia uno que no quiero mirar. No quiero acercarme a nada que pueda tener forma de pérdida. Pero lo hago.

Aparto la sábana que me cubre las piernas y veo la férula inmovilizándome una de ellas. La luz blanca del techo baña la nueva cicatriz, la piel manchada, la cruda realidad a la que voy a tener que enfrentarme.

Me he roto la pierna.

Los planes que tenía se escapan de entre mis dedos. Veo cómo todas las carreras se esfuman, pese a mis esfuerzos por anclarlas a mí. Y con ellas, mi futuro, mis sueños.

—*No* —gimo como si eso pudiera cambiar algo—. ¡No!

Rompo a llorar.

Necesitaría mucho tiempo para asimilarlo, pero desde luego los dos minutos que tarda el personal médico en llegar es del todo insuficiente.

Capítulo 90

Lina Dimettri

No sabía cuándo se iría de mi lado, pero sabía que Alasdair lo haría.

Es por la noche cuando ocurre y estoy bastante convencida de que lo hace por no ser una carga. La planta está bastante silenciosa, pero yo no. Por dentro hago ruido. Todo el ruido del mundo.

No sé bien a dónde ir. Han pasado varios días y he podido comprobar que las máquinas expendedoras no son mis mayores aliadas teniendo en cuenta que no puedo agacharme bien a recoger lo que compro. Además, tampoco tengo hambre. Siento que nunca volveré a tenerla.

Me acerco a la única persona con bata que parece haber en la planta la que está tras el mostrador.

—¿Quién no puede dormir?

—Culpable.

—¿Estás sola? —pregunta la recepcionista con ese acento italiano en su inglés que caracteriza a todos los de por aquí.

Decido poner en practica el idioma que siempre me trajo a mi padre de vuelta. *Me haces mucha falta ahora mismo, desconocido.*

—¿Ves el de uniforme a un par de metros a mi espalda? Él impide que esté sola —aunque no impide que me sienta solísima.

—Sí, lo veo. Es guapo, aunque se le ve reservado.

—Sí, no habla mucho. O nada.

Le odio porque no suelta prenda de a dónde se ha ido Alasdair. Lo peor es que puedo hacerme una idea. *Va a seguir preocupándose por mí hasta que no quede nada de él. Seguro que ahora se encuentra fatal.*

—¿Sabes italiano, bombón?

—Un poco. ¿No sabes quién soy?

—Las del turno de noche vivimos en una realidad paralela. Nos enteramos de cosas, pero no de lo mismo que las de la mañana. ¿Quién

eres? ¿Una científica buenorra? —pregunta sorbiendo de la pajita de su enorme termo que pone «fan del hockey sobre hielo».

—Nadie, no soy nadie. —Nunca me he alegrado más de que alguien no me reconozca.

Todos los que sí lo han hecho han compartido una mirada de lástima que me pone furiosa y me llena de ira. Estoy tan insoportable que ni siquiera les he cogido el teléfono a Keira o a Darcy. Me he limitado a enviarles un breve mensaje asegurándoles que estoy bien y a apagar el móvil. De eso hace ya varios días. Soy una capulla.

Hago una mueca. Puede que no tenga ganas de hablar con nadie pero todavía tengo menos ganas de estar sola con mis horribles pensamientos.

—Qué misteriosa. —Se levanta de la silla y mira mi pierna—. ¿Hay alguna razón por la que lleves una sábana envuelta sobre lo que supongo que es una férula?

No quiero verla.

Sé que es infantil, pero estoy a punto de volverme loca y lo que lo está impidiendo es esta sábana.

—Sí que la hay, sí. ¿Qué es lo mejor de ser enfermera? —pregunto apretando mis muletas, esperando que me pida que me largue y rezando porque no lo haga.

—¿Me cargaría un montón de años de trabajo feminista si dijera que los enfermeros?

Sonrío. Me recuerda a Darcy y eso me da ganas de llorar.

Estoy que no me soporto.

Días después…

Darcy

Indiana, EEUU.

Lina dice que el aire en casa huele a frío. En el cielo se ven mucha más estrellas de las que debería y yo no podría estar de peor humor. N hay ni una parte del cuerpo que no le duela, y se nota.

—Deja de moverte un segundo, bombón.

—Tengo que ir a verle, tengo…

—Centrémonos primero en bajar del taxi, Lina —pido ofreciéndol las muletas, empujando la puerta con la cadera para abrirla un poquit más.

Tiene los párpados hinchados de llorar y da mucha pena.

Alasdair no se separó de su lado, pero en las veinticuatro horas qu estuvieron juntos en el hospital en Italia, no le dijo que Lucian hab resultado ser el responsable de todo.

No le dijo que le habían dado una paliza como para matarlo. No l dijo que su ex-amigo fue el responsable del intento de asesinato de Lin y que la sangre de Marcus Torrent fue todo cosa suya. Alasdair no l dijo nada de todo eso porque quería que Lina lidiara primero con lo d su pierna.

Gracias a la enfermera que fue testigo de la confesión de Lucian, s ha abierto una investigación de tres pares de narices y todos a los qu Hendrix tenía sobornados están cayendo como moscas.

La cosa ha llegado tan lejos que se han suspendido las carreras d los próximos dos fines de semana por todo el jaleo mediático y está po ver lo que pasa con el resto de la temporada, dado que peña de l Federación estaba en el ajo y eso al parecer, es gravísimo e inaceptable.

Personalmente quiero que todos esos cabrones acaben entre rejas pero ya veremos.

Alasdair tuvo que ir a la policía para presentar su testimonio junt con la enfermera y el tío aún estaba sangrando que no veas. Hay foto suyas por todo internet con uno de los ojos tan rojos que da cos mirarlo. El caso se ha trasladado a Estados Unidos y ahora es el mayo escándalo ocurrido en el mundo de la Fórmula 1.

Pero a mí solo me importa mi amiga.

Alasdair

Lin
Por favor, déjame verte
Necesito saber que estás bien
Tu policía secreta no me ha perdido la pista hasta ahora
¿No vas a preguntarme donde estoy

La veo escribir todo eso en su móvil antes de coger las muletas.

—Loïuan tenía una cara de estar muerto en vida que ni te cuento –dice—. Ahora sabe que la pasta que le dio Lucian para cuidar de su madre enferma no fue más que una estrategia para despistar a Alasdair cuando empezaba a husmear donde no debía. Solo quería entretenerlo hasta la carrera de Italia y…

—No lo digas —pido lidiando con mis propias náuseas.

Creí que después de conocer a la espantosa familia de Keira mi instinto asesino acababa con ellos, pero no. Lucian Hendrix, el hombre al que abracé tres veces el día que lo conocí, ha intentado matar a mi mejor amiga. No tengo palabras para describir lo que siento.

—Vale, no lo digo —coge las muletas, sale del taxi y este se va—. Qué maldito desastre. Tengo que ir a ver a Alasdair.

—Tienes que descansar.

—Darcy, no me coge el teléfono. Sé cómo es. Debe estar… —le tiembla el labio inferior y le acuno las mejillas con cariño.

—Son las dos de la mañana, cielo —digo con dulzura.

—¿Estoy muy fea?

Dios.

—Imposible.

—Entonces…

—Entonces vámonos a mi casa. Nos levantamos temprano y vamos a verle. Necesitas comer algo y descansar.

—Lo que necesito es verle, Darcy —se le desbordan las lágrimas— Sé que se está culpando de todo. Tú no has visto cómo se pone. —Mira la bolsa en el suelo—. Estoy un poco floja para llevar mis cosas y caminar hasta su casa. Si no quieres acompañarme, ¿puedes llevarte tú la bolsa y…?

Alzo una mano para que se calle porque estoy tan sensible que podría echarme a llorar por esa puñetera insinuación. ¿Tan sola la dejo

su madre que cree que yo estaría dispuesta a pirarme y dejarla sola en una situación como esta?

—Darcy, ¿estás llorando?

—No. —Me cuelgo su mochila al hombro.

—Vale, porque yo me estoy aguantando las ganas por ti.

Me arranca una carcajada llorosa.

Keira nos llama y tras darnos una información que me pone todavía más nerviosa, viene en nuestra búsqueda. Nos la encontramos de camino a casa de Alasdair y en cuanto la tengo cerca, tiro de ella y le doy un abrazo tan fuerte que no sé cómo no la desmonto.

Sant Delphi

Entro en su casa a medianoche y doy gracias de que hace mucho tiempo me diera una llave. Ahora no lo haría. Se ve a sí mismo como un ancla y no quiere llevarse a nadie consigo al fondo del océano.

El muy gilipollas.

Lo oigo desde la puerta. La casa está a oscuras, pero he venido tantas veces que ya conozco el camino. Conocí a Koven por tener el mismo terapeuta que yo. La muerte de Marcus lo había dejado hecho polvo, y eso que no fue él quien le comió la oreja al chaval para que cometiera el peor error de su vida. Fue el ex-piloto al que Marcus admiraba mucho.

Me pregunto cuánto lleva sobreviviendo, joder. Así no se puede vivir.

Lo encuentro empapado en sudor, en el suelo y en pleno ataque de pánico, intentando que no se le note. El tío lleva la culpa a un extremo demencial. *No quiero que el próximo evento al que me obligue a acudir sea un funeral, pero si la cosa sigue así, lo será.*

—Joder —gruño.

Le doy la bolsa de papel que he traído y le obligo a respirar dentro. Nos quedamos ahí media hora como mínimo, hasta que su estómago se calma. Luego lo levanto y lo obligo a caminar hasta el baño. Si le meto la cabeza bajo el grifo es porque Beckham dice que el agua caliente puede ayudar a relajar el sistema nervioso.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta cuando me ve la cara, pero no me duele.

Las costillas rotas en cambio son una putada monumental. Sobre todo para venerar a mi mujer del modo que se merece.

—¿Te alcanzo un espejo?

—Tío —insiste.

—Estoy bien. No ha tenido nada que ver contigo. Soy un profesor muy odiado en North Star.

Se le hunde el pecho y el corazón me hace cosas raras.

—Que estoy bien, no me seas gilipollas —insisto.

Le dejé claro a la policía que Lucian Hendrix estuvo detrás de la paliza que me dieron, al tiempo que hacía malabares para que Kover no se enterara. El problema es que los moratones de mi cara son difíciles de ocultar.

Se deja caer contra la bañera y se frota los ojos, que los tiene rojos como dos tomates.

A mí me cae bien muy poca gente, pero él es como un hermano pequeño para mí, así que me jode horrores verlo así.

—¿Quién te lo hizo?

—Unos críos a los que suspendí. Ya lo hablaremos. Ahora lo importante es que no dejes que Lucian vuelva a meterte en el agujero del que has salido. Tienes una vida que merece la pena vivir, tío. No se te puede olvidar.

Se le contrae el rostro. Veo dibujado en su expresión todo lo que cree no merecerse.

—Eh.

—No se me olvida —dice, pero suena a mentira.

Le traigo algo para que se cambie de camiseta y también le doy algo para que se enjuague la boca.

—No lo vi.

—¿El qué?

—No interpreté nada de los acercamientos de Lucian a Marcus, en aquel entonces. Pero ahora tiene mucho más sentido la decisión que lo llevó al accidente. Era algo que Lucian habría hecho, era una estrategia ingenua y temeraria. Lucian consiguió que se matara en Monza, donde él perdió su carrera. El puto psicópata. —Sacude la cabeza y aprieta los dientes con fuerza—. Y Lina…

—Lina está bien.

—Se ha roto la pierna y casi la mata, «¿bien?».

Le miro las manos heridas, los nudillos abiertos.

—Respira —le digo cuando vuelve a hacer ese sonido de asfixia.

—Casi la mata. Casi…

Capítulo 91

Koven Alasdair

—Respira.

—Casi la mata. Casi…

Siento cómo el suelo del baño se abre de nuevo. Dudo que alguna vez vuelva a sentirme bien conmigo mismo.

Después de todo el día con mis abogados y la policía, he llegado aquí seguro de que me desplomaría en el suelo del cansancio, pero mi ansiedad no entiende de agotamiento.

Escribí a Darcy para que se asegurara de recoger a Lina del aeropuerto, porque he rastreado cada movimiento suyo desde que salió del hospital.

Lo que no sé es cómo Sant Delphi sabía que iba a pasarme esto. Siempre va un paso por delante y empiezo a dudar si tiene cámaras en mi puta casa.

—¿Puedo dejarte solo un segundo?

—¿A dónde vas? —*¿A cambiar de sitio las cámaras escondidas?*

—Están llamando a la puerta.

Siento que el oxígeno se desintegra de mi pecho. Pensaba quedarme en el suelo hasta que mi amigo se largara, pero en cuanto oigo las muletas mis piernas se vuelven un muelle. Eso sí, no soy capaz de dar un paso, así que cuando se para frente a la puerta del baño, yo la estoy esperando.

Decir que está triste sería un eufemismo, pero también parece muy cabreada. Eso es bueno, la ayudará a superar esto. A mí siempre me ha encantado su carácter fuerte.

Verla con la pierna rota me sigue haciendo polvo.

—¿Qué haces tú aquí? Le pedí a Darcy que te obligara a descansar.

—Necesitaba saber cómo estabas —sus ojos turquesa se inundan— Veo que mal.

Bajo la vista hasta la camiseta limpia que me ha traído Sant Delph poco antes de irse y agradezco el enjuague bucal que me haya quitad el sabor a vómito de la boca. Pero por mucho que me esfuerce, m oscuridad y mis mierdas siempre terminan absorbiéndola.

—Estoy bien, Lina.

—Pues yo no. —Suelta las muletas y deja que repiqueteen contra e suelo, luego extiende los brazos hacia mí para que la rodee con los míos como me muero por hacer.

Me acerco con rapidez pero me obligo a solo sujetarle las manos.

—¿No?

—He estado fatal desde que te fuiste, y no solo por mi pierna. Keira y Darcy me llamaron. Me dijeron que no querían que me enterara po otros, hicimos una videollamada poco después de que tú te fueras. Fu Lucian. Lucian me drogó —resopla y sonríe de manera irónica—. Cre que nunca he llorado tanto en mi vida, ni siquiera cuando murió m madre. Lo cual seguro que me convierte en un despojo humano. ¿En serio no vas a darme un abrazo? —su voz es tan vulnerable y baja qu me flojean las rodillas.

Es todo cuanto quiero y no puedo decírselo. Me obligo a contentarme con acariciar sus manos porque es lo único que voy a tener de ella antes de perderla para siempre.

—Si no es un «sí» no quiero que digas nada —añade con rapidez.

La visión se me nubla un poco mientras empujo las palabras más allá de mi garganta.

—Lina… Leik-GP ya no existe. La escudería…

—Eso ahora me da igual. —Me aprieta las manos y tira de ellas, per no me muevo—. ¿En serio no vas a darme un abrazo? Porque llevo días necesitándolo y preferiría que escogieras cualquier otro momento para rechazarme.

No se lo doy. ¿Cómo podría? He destrozado su carrera.

El silencio que sigue a sus palabras no es un silencio, es una fractura. Una grieta que se abre entre nosotros y juro que yo voy a caerme dentro.

Lina chista la lengua y reduce la distancia dando un par de salto torpes. Está a punto de caerse, pero la sujeto a tiempo. Ella tira de mí y en un par de movimientos erráticos terminamos en el suelo sin qu ninguno de los dos lo haya decidido del todo. Igual que antes, con la espalda contra los azulejos de la bañera rectangular, salvo que esta ve estrecho a todo mi mundo entre mis brazos.

—¿Te has hecho daño?

—Sé lo que estás pensando y no voy a permitírtelo. —Se le mueven los hombros—. No vas a dejarme.

—Deberías dejarme tú. Casi acabas muerta por mi culpa.

—No, casi acabo muerta porque Lucian está desquiciado y loco, y está claro que el capullo no sabe lo que es ir a terapia —le tiembla el labio—. Por favor, no me quites esto. No me alejes. Te quiero.

—¿Cómo puedes quererme?

—¿Porque eres un buen corazón al que la vida no ha dejado de darle palos? ¿Porque no te merecías nada de lo que te ha pasado? —pregunta entrecortada, rompiéndose delante de mí—. Tengo miedo de lo que va a pasar a partir de ahora, pero sobre todo lo tengo de que no quieras estar a mi lado. Lucian me drogó porque sabía que no iba a pasar por encima de ti, a repetir lo que hizo Marcus, y si te digo la verdad, no me arrepiento de que me lo hiciera.

—No digas eso ni en broma.

—Pero es la verdad. Gracias al accidente Lucian va a pagar por sus crímenes, y tú vas a librarte de la carga porque a partir de hoy vas a empezar a culpar a ese cabrón en vez de al hombre al que amo.

—Deja de llorar así por favor.

—No hasta que me digas que no vas a alejarme. No, hasta que me lo prometas, idiota.—Se aferra a mí con la fuerza que le queda y me encoge el estómago ver la poca que es.

—No puedo alejarte, Dimettri. No voy a ir a ninguna parte.

Algunos meses más tarde.

Capítulo 92

Lina Dimettri

Junio, Yas Marina, Abu Dabi.

El calor sofocante de hoy no solo está en el aire: pesa sobre mis hombros y hasta sobre mis párpados. La temperatura veraniega te envuelve como una manta húmeda de ochenta toneladas desde el segundo en que bajas del avión y se mete en tus pulmones para ponerte nerviosa. Además, hoy hace un sol para morirse y eso consigue que el asfalto casi brille. El aire huele a goma quemada y motores listos para el domingo de batalla.

Tan listos como yo.

Voy a disfrutar tanto de esto.

Dejo el paddock atrás y pienso en lo reconfortante que ha sido encontrarme a Ethan Vermand y oírle decir «me equivoqué contigo». *¿Podría haber algo mejor? Keira cree que no. Yo creo que Keira es una chica muy sabia.*

Falta alrededor de una hora para que empiece la carrera cuando llego al box de Gear-GP y me encuentro de cara con algo terrible. Algo que va a tirar por tierra t-o-d-o-s mis intentos de no emocionarme como una panoli.

El equipo está reunido alrededor de una tarta. Una enorme con un par de muletas de azúcar a modo de corona.

—¿Y esto qué significa? —pregunto emocionada, parpadeando más de la cuenta.

—Hemos pensado que te gustaría despedirte de ellas —dice Brutus encogiéndose de hombros.

—¿Y qué mejor idea que comértelas? —pregunta JJ sirviendo la porción más minúscula en una cuchara.

Sabe que los nervios antes de la carrera y la adrenalina de la velocidad no son buena mezcla con azúcares como estos, ¿pero una cucharada? Supongo que no pasa nada.

—Estáis locos. —Abro bien la boca y paladeo la riquísima tarta de limón.

Aplauden y dicen cosas preciosas que, para nada, grabo a fuego en mi memoria.

—¿He dicho ya que estoy muy orgullosa de ti? —pregunta Kathy, la que lleva siendo mi entrenadora lo que parece una eternidad.

Me ruborizo dándole un abrazo. Kathy me ha acompañado día tras día en mi recuperación, hemos llorado juntas y hemos fantaseado con llevar a cabo un montón de estrategias increíbles en la pista.

Los dos meses de pronóstico se convirtieron en cuatro y la recuperación de mi pierna fue más agónica de lo que una hubiera esperado. Pero he llegado a tiempo. Hoy es la última carrera de la temporada, ¡y estoy lista para ella!

—No me hagas llorar todavía, por favor —le pido en el apretado abrazo.

—Haré lo que pueda.

—Gracias —le aprieto un poco más y espero que sepa a todo lo que me refiero.

Pasan diez minutos antes de que nos pillen celebrando esta mini fiesta.

—Mi jefe es un capullo —dice Loïuan cogiendo una buena porción demostrando que no le teme a nada.

—Ya —me sumo—, algo he oído. La verdad que el mío también. Aunque tiene buen culo.

—Sí, la verdad que yo también me he fijado en eso.

—Recoged todo esto si no queréis que nos abronquen —interviene George.

—Sí, señor —tensamos la espalda y nos ponemos firmes.

—Perdona, estás hablando con la que ayer consiguió la *pole position,* un poquito de respeto —dice una voz profunda a mi espalda que me eriza la piel y me acelera el pulso.

—Claro, jefe. Perdona, Lina —dice George fingiendo temer por su puesto de trabajo.

—Conseguí mi maldita *pole position* mucho antes que ayer —digo por lo bajo mientras miro a Alasdair y tarda unos segundos en entender que de hecho, sí, he dicho eso.

Y SE RUBORIZA. *Dios, este hombre me va a volver lo-ca.*

Entonces hace una locura. Entrelaza nuestros dedos, tira de mí y me pone delante de los dos monoplaza del equipo de Gear-GP.

Hubo cinco escuderías que me hicieron ofertas cuando se hizo público que Lucian había intentado matarme con tal de llevar a cabo su injusta venganza contra Alasdair. Pero las rechacé cuando Koven tomó cartas en el asunto. Me dijo que tras una charla con los accionistas mayoritarios de Leik-GP, que no querían ver a Lucian ni en pintura, había conseguido que despojaran a Lucian de toda responsabilidad. Compró la escudería, echó a todos los que hubieran estado al corriente de los intentos de Lucian, le cambió el nombre, pero se quedó con el equipo porque... bueno, porque son familia.

No me dejó invertir una buena pasta como accionista porque no quiere atarme a esta escudería. *Está chalado si cree que voy a largarme de aquí.*

—¿Nos hemos metido en problemas? —pregunta JJ entre el jaleo de la gente que poco a poco va guardando silencio.

—Sí, ¿qué hace aquí uno de la Federación? —pregunta Brutus.

—¿Hemos hecho algo ilegal? Yo soy inocente —dice Mikel causando risas.

«Estoy por sacudirle con una de mis muletas.

—Mikel, vete a casa —pido apoyándome en la pared blanca con olor a desinfectante.

—No. ¿Y si intentan matarte otra vez?

—¿Crees que esos hombres de ahí llevan uniformes porque en realidad son strippers?

—No me voy a arriesgar. Tú haz lo que tengas que hacer. —Mueve la barbilla hacia mi habitación—. Además, el pasillo de este hospital no es tuyo. Soy libre de quedarme donde quiera».

Llegué a dudar si estaba compinchado con Lucian. Pobre. No tiene culpa de ser insoportable incluso cuando intenta ayudar. *No quiero asustar a nadie, pero creo que le estoy cogiendo cariño a Mikel.*

En cuanto al monstruo... Lucian lleva más de dos meses en la cárcel.

«—¿Sabes? —le digo a Keira a través de una videollamada intercontinental—. Creo que las películas no hacen justicia a lo tedioso, largo y horrible que puede ser el proceso judicial.

—¿No? Pues hay varias que lo detallan como agonizante.

—Ninguna que yo haya visto.

—¿Cuál has visto?

—Ninguna.

Keira me aguanta la mirada y yo se la aguanto a ella. Rompemos a reír a la vez».

El proceso judicial fue una fuente de ansiedad descomunal. Sobre todo porque la gente poderosa como él no suele acabar entre rejas. Tuve muchas pesadillas, pero el público estaba de nuestra parte. Habían visto los accidentes. Querían un culpable y ahora lo tenían. *Tiene pinta de que, al final, el dinero no puede comprarlo todo, ¿eh, Hendrix?*

—¿Estás conmigo? —pregunta Alasdair trayéndome de vuelta al box y no me doy cuenta de que le tiembla un poco la mano, porque toda yo tiemblo con los nervios de la inminente carrera.

Sus ojos brillan con fiereza y me aplastan contra el suelo. Dudo si alguna vez dejará de acelerárseme tanto el corazón, pero si no lo hace es posible que acabe sufriendo un infarto.

—Aquí estoy, sí —sonrío como una tonta.

Darcy lo llama mi sonrisa de bien-follada.

—Bien, porque quiero dejar algo claro. O anunciar, más bien.

—¿Anunciar? —repito.

—¿Algún despido? —pregunta George.

—No seas agorero —dice Loïuan.

—Es verdad, podría ser algún ascenso —dice JJ.

—O quizá podría ser algo malo —dice Mikel, causando más jaleo.

Uno que se silencia cuando Alasdair, que no aparta su mirada de la mía, se aleja un poco de mí. Lo justo para clavar una rodilla en el suelo.

Un sonido que no se parece a ninguna palabra sale estrangulado de mi garganta seca al tiempo que Loïuan se queda sin aire y un grupo de «joder» suenan en todas direcciones.

—Te he querido en secreto demasiado tiempo, Dimettri. No puedo soportarlo más.

—Dios mío.

—No sabía vivir antes de conocerte, solo sobrevivir. Y tú viniste con tu positividad infinita, tu ambición y tu fuerza, y me jodiste todas las defensas. Voy a perseguir tu sombra a donde sea que vayas, por muy deprisa que lo hagas —sonríe con emoción mientras me acaricia la mano—. Voy a proteger tus sueños, a ayudarte a levantarte cuando te caigas y a cuidar de ti.

—Alasdair.

Abre una pequeña caja de terciopelo rojo y me enseña un anillo precioso. Me mira con vulnerabilidad, ilusión, y lo mío me cuesta no comérmelo a besos.

—Lina Dimettri, ¿me dejarías amarte el resto de nuestras vidas?

—Sí. Sí. Por dios, ¡¡sí!! —sollozo abalanzándome sobre él para besarle con intensidad.

Me coge y me protege de la caída con su cuerpo, me besa y me aferra a sí como si fuera todo su mundo.

—¿Vas a casarte conmigo? —pregunta solo para mí.

—Sí —vuelvo a besarle olvidando que tenemos público—. Ponme el anillo. ¡No pienso quitármelo nunca!

Me coge de la nuca y me presiona contra sí con hambre y la emoción de un millón de estrellas fugaces. En cuanto me coloca el anillo en el dedo el resto de equipo se nos echa encima para darnos la enhorabuena. Los abrazos y las felicitaciones vuelan en todas direcciones, pero no me alejo de Alasdair ni dos pasos.

—Os lo teníais bien calladito, ¿ehhhh?

—¡Lo sabía!

—¡Yo lo supe cuando le vi irse al hospital enfurecido!

—Pues yo no tenía ni idea.

—Porque a ti lo que no sean neumáticos, George…

Cinco minutos de cortesía después, me acerco y tiro de su mano para que se agache a mi altura y pueda oírme susurrar:

—Por favor, llévate a tu prometida a una sala vacía y fóllatela como si la odiaras.

Su risa reverbera por mi cuerpo y me besa la cara como una promesa.

Una vez más, Koven Alasdair cumple con mis altísimas expectativas.

Capítulo 93

Koven Alasdair

Le separo más las piernas, le clavo las yemas de los dedos en la carne del culo mientras mi polla se abre paso a través de la calidez de su coño prieto, húmedo y perfecto. Se le ponen los ojos en blanco y a duras penas contiene los gritos.

—¿En serio vas a follarme otra vez?

—Dos es un buen número —respondo contra su boca—, ¿pero y tres?

Lamo el sudor de su garganta y succiono más de la cuenta. Ya no sé cuántas veces la he embestido contra la pared. Dios, me he jurado mil veces que empezaría a llevarla hasta una cama, como la gente decente pero nunca tenemos tiempo de encontrar una.

—Me vas a matar —jadea, pero en vez de apartarse se empuja más contra mí.

Necesitada. Desquiciada. Como si el problema fuera que no le doy suficiente.

Me tomo mi trabajo muy en serio. Innovo con los dedos, la lengua y la polla hasta que se retuerce contra mí mientras me la como y la embisto. Su sexo palpita sin control y yo podría correrme tan rápido y tan fuerte que no entiendo cómo me aguanto. El orgasmo la atraviesa y la quema como un relámpago. Compartimos un beso profundo, sucio y con más lengua que otra cosa y estoy al borde del abismo. Pero me aguanto.

—¿Te estás riendo? —jadea mordiéndome la oreja, pero se le quitan las ganas cuando tiro de ella, la tumbo sobre una mesa y le doy lo que necesita pensando que esto se parece bastante a una cama.

Le acaricio el clítoris para ver como se sacude. Miro mi polla perderse entre sus pliegues y juro que algo se desconecta en mi cabeza. Muevo los dedos con rapidez haciendo que la sala se inunde de sonidos obscenos.

Nunca la he tenido tan dura. Nunca he estado tan enamorado.

Acelero las caricias de mis dedos y ralentizo las embestidas a tiempo que las hago más profundas.

Empieza a correrse otra vez y quiero que le dure hasta perder e puto conocimiento. Quiero que se olvide de que alguna vez le ha dolido algo y que lo único que recuerde sea este orgasmo.

Entro un poco más en ella y veo las estrellas. *Supongo que ahora no es un buen momento para admitir que no la he follado ni una vez como si la odiara, que siempre lo he hecho como si fuera el amor de mi vida, porque es lo que es.*

—Hostia puta, Dimettri.

—¡Alasdair!

Quiero arrodillarme ante ella y darle placer desde todos los ángulos Quiero usar su cuerpo para el mal. Quiero que se case conmigo.

—Alasdair.

Después del «sí, quiero», oír mi nombre arrancado de sus labios en pleno orgasmo es lo que más me gusta del puto mundo.

Tiro de su mano y se incorpora todavía latiendo sin control, gime contra mi boca mientras nos enredamos el uno en el otro. Me corro como si fuera la primera vez. Me arde el cuerpo mientras intento acabar con el último milímetro de espacio. El placer me muerde la espina dorsal y me derramo en el preservativo sin control.

Ha sido idea mía, no quería dejarla hecha un desastre a veinte minutos de la carrera, pero dios, cuánto me gusta dejarla hecha un desastre. Al acabar me deshago del preservativo y vuelvo hasta ella recogiendo su ropa del suelo.

—¿Me estás poniendo morros después de lo que acabo de hacerte?

—No te has corrido dentro.

Gruño sintiendo cómo mi polla resucita.

—Quiero a mi hombre.

La atraigo de la cintura hasta el borde de la mesa y la beso con desesperación. Solo hablo cuando nos vemos obligados a parar para respirar.

—Ya me tienes.

—Oh, no hablaba de ti, sino del monoplaza. Somos íntimos.

La pellizco y le hago cosquillas hasta que se le quitan las ganas de portarse mal y decir barbaridades. La ayudo a vestirse y le arreglo el pelo. Le beso por todas partes. Le están saliendo pecas de tanto sol pero el intenso turquesa de su iris no cambia pase lo que pase.

Qué preciosidad.

—Deja de decir cosas tan bonitas con los ojos o voy a renunciar a la carrera por quedarme un poquito más aquí contigo.

—Mentirosa.

—Pero pensaré mucho en ti mientras corra.

Le muerdo el labio, la saco de allí y la llevo con los demás.

—¿Alasdair? —me llama JJ antes de que me vaya del box.

—¿Sí?

—Algunos echamos de menos tenerte por aquí. Es decir… somos conscientes de la gran labor que estás haciendo, pero… eso. —Carraspea.

—¿Vas a echarte a llorar?

—No.

—Genial —le doy dos golpes en el hombro y me largo de allí conteniendo la sonrisa como puedo.

Ya no formo parte del box, como antes.

Lo cierto es que llevo meses trabajando para la Federación Internacional. Cuando Lina me dejó claro que no podía volver a alejarme y, la verdad, mi corazón evidenció que no podíamos vivir sin ella, supe que esta era mi única salida.

Mientras la pierna de Lina se curaba yo hice todo lo que estaba en mi mano para llegar hasta aquí. La verdad es que mi reputación ayudó y ahora…

Soy comisario de la Federación Internacional.

Desde aquí estudiamos infracciones, tiempos, banderas, investigamos accidentes y aplicamos sanciones. Desde aquí tengo poder y control. Ahora ya no pertenezco al pit wall, más bien soy parte del reglamento.

Voy a ser capaz de detectar irregularidades antes de que pasen. Evitar la corrupción y los sobornos que llevaron a Lucian a cas salirse con la suya.

Desde aquí voy a poder cuidarte mejor, Dimettri.

—Hola, Alasdair.

—Koven.

—¿No ibas a no sé dónde?

—Ya he vuelto —me limito a no dar muchas explicaciones a mis compañeros.

Somos unos cuantos, pero el ambiente no es en absoluto como el box que he dejado atrás. Lo cierto es que creo que aquí encajo mejor

aunque eso me aleje de mi familia.

Ocupo mi asiento y me pongo los auriculares abriendo el cana interno de la Federación.

A veces, en mis momentos débiles, escucho las radios del equipo pero intento no hacerlo. Soy mejor desde la distancia y mi mujer s merece lo mejor.

Capítulo 94

Lina Dimettri

Cinco. *Cuatro*. Las luces rojas empiezan a desaparecer. Mi primera carrera como prometida. *¡¡¡He vuelto!!! Tres*. *Dos*. Una parte de mí tiene miedo, pero por suerte, es la otra parte es la que sujeta los mandos. *Uno*.

Siento el empujón de la fuerza G aplastándome contra el asiento mientras paso de cero a «si te estampas, se acabó». No recuerdo cuándo fue la última vez que viví una salida tan agresiva. Alexander Olsen me arrincona al tiempo que el maldito Adam Verxen se hace con la primera posición.

—Lina, hay un muro a tu izquierda —dice cuando me acerco demasiado.

—Muy gracioso Jonathan Jonathan.

Dejo que el coche respire en la recta. Me pego todo lo que puedo a rebufo de Olsen y en cuanto abro DRS, el mundo entero se estira frente a mí.

—Mode push, Lina.

Obedezco. Activo el modo bestia. El motor ruge un poco más y mis brazos protestan mientras el volante tiembla en mis manos. La adrenalina se vierte sobre mí sin darme alternativa. Espero que Kathy se sienta orgullosa y espero que Alasdair me esté viendo bien. Voy a dar un buen espectáculo.



¿A alguien le sorprende que Antonov y yo tengamos un pequeño toque que me obligue a ir a boxes? No.

Pero tampoco debería sorprenderle a nadie que, aunque después de ese toque voy séptima, en la vuelta cuarenta y ocho ya estoy tercera

dejando atrás a Eriksen y ganando margen de un segundo entero con él.

Y después segunda, tras adelantar a Dubois. *Grita con euforia*.

También está lloviendo bastante, eso no me lo esperaba.

—1.08 de Verxen, Lina.

—Dame tres vueltas.

—Tienes cinco para cuidar las ruedas.

—He dicho tres.

No lo consigo.

Estoy en la vuelta cincuenta y cinco y sigo por detrás de él, a medio segundo, con Jace Dubois pisándome los talones.

Las mejoras del coche de Adam Verxen son una pasada, una condena, y voy a tener pesadillas con ellas. Pero Kathy y yo somos mujeres muy aplicadas, hemos estudiado a fondo y hemos pasado muchas noches en vela con tal de llegar hasta aquí. No voy a decepcionarla.

El mundo se reduce al alerón trasero de Verxen. Todo lo ocurrido en Monza se refleja en ese trozo de carbono amarillo. Inhalo con fuerza. La puta férula en mi pierna. Todo cuanto me quitó Lucian. El anillo que arde en mi dedo anular bajo los guantes.

La lluvia golpea el halo y la visera como si quisiera barrernos de la pista. Me pego tanto a Verxen como puedo. Freno antes que él y acelero al salir de la chicane. JJ me alerta de la bandera blanca. Última curva. Tengo el corazón a mil.

Quiero alargar vivir en este momento para siempre.

No, en el de mi pedida de mano. No, en el de después. ¿Una mezcla de todos? Dios, menudo día.

—Alasdair —susurro como un mantra, lo llamo, lo invoco como una tarada.

Dubois se acerca todavía más. No puedo respirar. Última curva.

Verxen protege el interior de esta como si fuera su casa. Me lanzo al exterior con agresividad mientras la lluvia taladra el monoplaza. Suelto y vuelvo a pisar el freno. Dejo que el coche gire. Lo alcanzo. Vamos en paralelo.

Mis neumáticos están en mejor condición que los suyos, así que mi Fórmula 1 muerde el asfalto al salir a la última recta y prácticamente soy catapultada.

Nunca he ido tan deprisa.

—P1, Lina —vocifera JJ, pero apenas lo oigo.

Dubois, en P2, se lanza detrás de mí como un misil. Está muy cerca Demasiado. Pero no lo consigue. Atravieso la línea de meta sin levanta el pie del acelerador.

La radio estalla en gritos y el corazón me retumba con fuerza en e pecho. Al principio de la vuelta de honor no grito, solo lloro.

Incrédula de haber llegado hasta aquí después de todo.

Una semana más tarde.

Epílogo I

Lina Dimettri

Estoy empapada en sudor, retorciéndome como una lagartija y lo único que sale de mi boca son jadeos. Me aferro a las paredes del coche como si eso pudiera anclarme a algo, devolverme el control.

—*Alasdair*.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño —su tono evidencia que está conteniendo un grito.

Incluso así, con la mandíbula tensa, está guapísimo. Alguien debería estudiarle porque el grado de *buenorrismo* que ha alcanzado es demencial, colosal, extraordinario…

Me muerdo el labio para no chillar.

—No he hecho una mala temporada, ¿verdad?

—¿En serio estás pensando en eso ahora?

—El único momento en el que mi mente deja de pensar en la F1 es cuando estás dentro de mí.

Y ahora no tengo esa suerte.

Me retuerzo en el asiento trasero del taxi, sobreviviendo al episodio como puedo. La cadera me había dejado tranquila estos últimos tres días. Ferrinol estaba eufórica. Íbamos a batir récord de días sin una crisis, pero no. *Ohhhhh, no*. La cerda de mi cadera estaba lista para joderme cuando menos me lo esperara.

Lo cierto es que la cosa mejoró mucho cuando, por culpa de mi pierna rota, empecé a medicarme como mi doctora quería. Ferrino pudo estudiarme a gusto y mejoré, pero aun así, la relación con mi cuerpo sigue siendo una balanza inestable.

—Dime algo bonito que me distraiga —suplico intentando no llorar.

Me siento tan culpable por cargarle con esta mierda. Alasdair le ha pagado cinco mil dólares al taxista para que nos dejara a solas y estoy segura de que cree que estamos montándonoslo. Soy una novia un poco cara.

—¿Algo bonito? Ganaste a Mikel en Abu Dabi.

—Eso estaba claro —sonrío paladeando esa realidad porque, aunque ahora nos llevemos bien, sigue siendo un cabroncete odiable—. Más.

—Estoy muy orgulloso de ti —me acuna como puede, lidiando con el poco espacio que tenemos.

Siempre espero que se le acaben las cosas que consiguen que un puñado de mariposas revoloteen en mi estómago y mi pecho, pero no. De repente una verdad superficial y quizá absurda me baña y me provoca ganas de llorar.

—Mierda, voy a llegar feísima.

—Imposible.

—Hoy es el gran día de Keira, quería estar guapa.

—Keira va a estar mucho más sudada que tú al terminar sus cien metros lisos.

Los Juegos Olímpicos para los que lleva dos años preparándose han llegado. Hoy es el gran día. Darcy y yo hemos hecho camisetas con su cara. Sant Delphi ha estirajado la suya y ahora la cara de Keira está un poco distorsionada. Estamos seguras de que le va a encantar el gesto cuando nos vea a los cuatro en las gradas.

—Respira.

—Ay dios, ¿me he olvidado la cámara?

—Lo tenemos todo, cariño, tú céntrate en ti un momento.

Es tan dulce.

El dolor amaina poco a poco y Alasdair sigue acunándome como si no fuera una bola de fuego, sudorosa y llorica, que apenas sabe respirar. Me mira como si hubiera ganado todas las carreras, como si hubiera curado el cáncer. Sigo sin entenderlo. Rezo por casarme con él antes de que descubra que no soy tan alucinante.

—Tienes una sonrisa digna de quedarse con mis bragas 24/7, pero ahora mismo se me antoja un pelín sádica.

—Han sido cuatro minutos menos que las últimas veces.

—¿De verdad? —me incorporo y miro su reloj.

Él siempre lleva cuenta de todo. Se me llenan los ojos de lágrimas otra vez al ver que dice la verdad.

—El nuevo medicamento está dando muy buenos resultados.

—Ferrinol va a flipar en la siguiente visita.

Me lanzo a sus brazos y le beso imaginándome que algún día no me pasa, que él es el único que me hace sudar así. Aunque si soy sincera una parte de mí cree que esta es la forma cruel que tiene la vida de

demostrarme que no estoy soñando. Que todo esto está pasando de verdad.

Epílogo II

Koven Alasdair

Llegamos al estadio muy pronto y Darcy nos intercepta. Lina pone cara de pánico cuando la abraza porque está sudada, pero a su mejor amiga no tiene pinta de que le importe nada. Se la lleva al baño para cambiarse a los "atuendos oficiales" y yo hago lo mismo porque no quiero enfurecerlas. Juntas son peligrosas.

Keira me cae muy bien, pero reconozco que la cara de mi mujer es la única que me gustaría llevar como insignia. Eso sí, cuando Lina sale del baño y me ve de esta guisa, se le iluminan los ojos de una manera que hace que todo valga la pena.

—¿Qué tal estamos? —pregunta Darcy sonriente.

Me pidió perdón por la bofetada de aquel día, pero nunca podría guardarle rencor a nadie que vele por el bienestar de la mujer a la que amo.

—Increíbles.

—Tú tampoco estás mal.

Con las mejillas rojas, Lina vocaliza un «gracias» sin sonido y yo quiero pedirle matrimonio otra vez. Me muero de ganas de demostrarle que estoy dispuesto a llegar mucho más lejos que esto por verla feliz.

Vamos a buscar nuestros asientos en las gradas y Darcy empieza a hiperventilar. Se va a buscar a Sant Delphi, y probablemente a ver si puede darle un último abrazo a Keira antes de la carrera. Mientras tanto, nosotros nos quedamos a custodiar los asientos.

En cuanto estamos solos, siento a mi prometida en mi regazo.

—Estoy muy emocionada.

—Ya lo veo.

—Es rapidísima, creo que puede llevarse el oro, aunque nunca se sabe —dice acariciándome con mimo y jugando con mis manos—. Ojalá gane. Ha entrenado muchísimo. Aunque llegar aquí ya es un gran logro. Darcy y yo se lo hemos repetido muchísimo.

Dios, ¿por qué tiene que ser tan bonita?

Una vez las cicatrices de mi antebrazo se curaron por completo, e tatuaje de Lina volvió a su sitio. Le hizo tanta ilusión que tuve qu pasarme una semana convenciéndola de que no se tatuara lo mismo.

Puede hacer lo que quiera con su piel, claro está, pero no quería qu sintiera que me debía algo. Y la conozco, así era. Además me gusta qu ella tenga sus propios tatuajes sin tinta. Esas cicatrices la sanaron y l dieron otra oportunidad tras aquel terrible accidente, por eso no m canso de besárselas.

—Tengo que confesarte algo.

—De acuerdo.

—Es algo raro —desvía la mirada y hace una mueca.

—Tienes toda mi atención.

—*Muy* raro —insiste y le alzo la barbilla para besarla.

Reconozco que durante unos segundos se me olvida que m intención era calmarla y que estamos en público.

—Cuéntamelo.

—Escribo a mi padre.

—¿Cómo dices?

Cierra los ojos y me enseña la pantalla de su teléfono, poniéndos cada vez más roja.

—Es una estupidez. Empecé a hacerlo hace años. Es solo que... m gusta imaginar que él puede leerlo, aunque sé que no —tartamudea u poco—. No estoy loca, te lo prometo. Sé que es una tontería.

—¿Puedo hacerlo yo también?

Se le abren mucho los ojos.

—¿Escribir a mi padre?

—Sí. ¿Puedo?

Asiente despacio. Aterrada es la única manera en la que podrí describir su expresión de forma justa. Acepto su móvil cuando me l ofrece. Deslizo el pulgar por el chat y empiezo a grabar un audio.

—Hola, señor Dimettri. Mi nombre es Koven Alasdair y llevo much tiempo muerto de ganas de conocerlo. Y eso no va con segundas.

—No tienes por qué hacer eso —dice mirando a su alrededor, per no hay nadie lo bastante cerca como para que esto no sea algo *nuestro*.

—Pero me gustaría hacerlo. Me encantaría pensar que tu padr recibe este mensaje y que ve lo que estás consiguiendo. Me gustarí poder dejarle claro lo bien que voy a cuidar de ti y lo mucho que t quiero. —Me inclino hacia delante y le doy un beso en la frente.

Envío el audio. Podría decir mucho más, pero no quiero incomodarla. Tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Gracias. Podríamos hacer lo mismo con los tuyos, si quisieras. Todavía tienes su número, ¿no?

El corazón me deja de latir.

Seré un idiota, pero no había pensado en esa posibilidad.

—No hace falta —digo repentinamente blando y vulnerable.

—Ya sé que no hace falta, ¿pero quieres?

Esta mujer va a dármelo todo, ¿verdad? Va a hacer realidad hasta el último de mis sueños. Alek y Darcy llegan justo entonces, pero me da tiempo a asentir y ella me mira con una promesa que sé que va a cumplir.

No creí que pudiera volver a sentir cerca a mis padres, pero con esto, es lo que ocurre.

Sant Delphi se sienta a mi lado y Lina ocupa el otro con tal de estar más cerca de Darcy, pero no me suelta la mano.

—¿Cómo estás, tío? ¿Nervioso?

—Lo va a bordar —dice blanco como el papel.

—Joder, estás muerto de miedo.

—Y una mierda. Lo va a bordar. Joder… —Se lleva la mano al pecho y en serio, estoy por sacar el móvil.

Esto es un material buenísimo para futuros chantajes. Se me escapa la risa. *En serio, ¿la gente sabe que este tío es una roca impasible e inexpresiva la mayor parte del tiempo?*

—Lo va a bordar, Alek. Tranquilo.

—Se ha preparado tanto —se pone serio mientras sacude la cabeza y pone esa expresión de «como alguien haga daño a mi mujer está muerto» tan típica suya.

Empiezan a presentar a las corredoras de la categoría de cien metros lisos.

—¡Ahí está! —grita Darcy agitando los pompones que Lina y ella han hecho a mano.

Ambas se ponen a saltar y gritar, y Sant Delphi se pone a aplaudir tan fuerte que estoy segurísimo de que Keira lo oye. A mí me deja sordo. Me uno al griterío porque para eso no hacen falta tímpanos.

—Qué nervios —dice Lina revolviéndose en su asiento cuando las mejores corredoras del mundo caminan para colocarse en los distintos carriles—. ¿Te gusta esto?

—Es agradable ver una competición cargada de adrenalina con e alivio que da saber que no puede morir nadie, así, para variar.

—Eso ha sido un poco turbio.

—Es que yo soy un poco turbio —la miro desafiante, pero ella s inclina para besarme la punta de la nariz.

—Te quiero, Alasdair —entrelaza nuestras manos y besa la mía ante de dirigir toda su atención a su amiga del pelo blanco.

Yo sí que te quiero, mi preciosa pole position.

A g r a d e c i m i e n t o s

Descarga emocional a toda velocidad post-temporada de F1

¡Hola! ***Desde mi monoplaza hasta el tuyo: gracias por leerme.***

Mi nombre es ***Athena Paulsen,*** *y estoy encantada de conocerte Si has llegado hasta aquí significa que hemos compartido un séquito de chicanes rápidas, calambres, episodios y sustos médicos de todo tipo, una montaña rusa de dopamina, romance deportivo y conexiones amorosas complicadas de las que te sacuden hasta las pestañas.*

¿Puedes respirar después de todo eso? Yo tampoco >.<

Espero que hayas disfrutado de la historia de ***Lina & Alasdair*** *y si te atreves… te reto a dejarme* ***tu momento favorito en una reseña*** *de Amazon ;) Prometo que no enmarco mis reseñas favoritas ni nada…*

🆙🏎️🪽😮‍💨🔥💔🏎️💫🪽🏆🚑🏎️📱😍🪽🥳

Si quieres conocer la historia de Keira y Sant Delphi, la puedes encontrar en Amazon, se llama: Sprint en tu dirección.

Se me dan f-a-t-a-l las despedidas. Así que me marco un Kover Alasdair y me escapo antes de que te des cuenta. Ahora en serio, desde mi pit wall al tuyo: gracias, gracias, gracias.

Espero que hayas disfrutado de ***ERES MI MALDITA POLE POSITION.***

Nos vemos muy pronto con más historias ***North Star.***

Porque mientras la Fórmula 1 siga existiendo, seguiré escribiendo de forma tan o más compulsiva como Lina devora circuitos :)

Con cariño y más pasión que una piloto en el último Gran Premio de la temporada,

Athena.



[OBJ]

A t h e n a P a u l s e n

Nota de autora

Athena Paulsen *alias amante-empedernida-del-romance deportivo, es la creadora del mundo North Star. Le fascinan los vínculos emocionales que se construyen en mitad del caos y los besos que te reconfiguran el sistema nervioso. Los jugadores de hockey que no saben pedir ayuda y las gimnastas invencibles por fuera, pero blanditas por dentro. Los gofres también le gustan, pero sobre todo los batidos de alcachofa, espinaca, uva y pera (no hemos venido aquí a juzgar, ¿eh?)*

*Cuando no está escribiendo, Athena... ¿para qué engañarnos? Athena s-i-e-m-p-r-e está escribiendo. (Ufff, demasiado sincera Athena, hazte la guay) *insertar sonidos de grillos*... (¿Athena? ¿Sigues ahí?)*

Instagram: @athena_paulsen

[1] En mandarín significa: encantadora.

[2] En mandarín significa: mentor, maestro.

[3] planta rotadora, cardo ruso o estepicursor. Una planta que una vez madura y seca, se desprende de su raíz y rueda debido a la fuerza del viento.

[4] En mandarín significa: mentor, maestro.

[5] En mandarín significa: te deseo.

[6] En mandarín significa: cerebrito.